

VIRTUDES

DE

SAN JUAN EUDES

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS POR

PEDRO HÉRAMBourg (1661-1720)
Presbítero de la congregación de Jesús y maría

Y VERTIDA AL CASTELLANO POR

EMILIO POSTIGO PÉREZ
de la misma Congregación.

RENNES
IMPRIMERIES OBERTHUR

1929

NIHIL OBSTAT :

rarisùs, die 9a Mart. 1929.

ALB. LUCAS, *Præp. Gener.*

IMPRIMATUR :

Rhedonis, die 1'9a Mart. 1929. IL GAYET, Vie. Gen.

INDICE

Páginas	
PRÒLOGO	5
CAPÍTULO I.- Del aprecio y amor que tuvo San	
Juan Eudes a la virtud	11
CAPÍTULO II. - De su fe	14
CAPÍTULO III. -- De su esperanza y confianza en	
Dios	19
CAPÍTULO IV. De su amor de Dios.,	28
CAPÍTULO V. De su conformidad con la divina	
Voluntad	34
CAPÍTULO VI. - En qué manifestó particularmente su sumisión a la divina Voluntad	42
CAPÍTULO VII. - De su gratitud para con Dios	51
CAPÍTULO VIII.- De su amor a Jesucristo Nuestro	
Señor	55
CAPÍTULO IX. - De su devoción a los misterios de	
Nuestro Señor	61
CAPÍTULO X. - De los misterios de Nuestro Señor	
que inspiraron particular devoción a San	
Juan Eudes	68
CAPÍTULO XI. - Invenciones de su amor a Nuestro	
Señor	74
CAPÍTULO XII. - De su devoción a la Virgen san-	
tísima	80
CAPÍTULO XIII. - De sus diversos ejercicios de devo-	
ción a la santísima Virgen	87

Páginas

CAPÍTULO XIV. - Contrato de místico enlace entre San Juan Eudes y la Virgen santísima9 6

CAPÍTULO XV. - Gracias que San Juan Eudes recibió de María santísima1 0 3

CAPÍTULO XVI. - De la devoción de San Juan Eudes a algunos otros San 106

CAPÍTULO XVII. - De lo mucho que estimaba la virtud de Religión. y de cómo la ejercitaba. 112

CAPÍTULO XVIII. - De su religión en el rezo del Oficio divino1 1 9

CAPÍTULO XIX. - De su religión en lo referente al Santo Sacrificio de la Misa y a, la Sagrada Comunión1 2 5

CAPÍTULO XX. - De su estima y afición a la oración. 134

CAPÍTULO XXI. - De la fe práctica que informaba las acciones de San Juan Eudes142

CAPÍTULO XXII. - De la caridad de San Juan Eudes para, con el prójimo-150

CAPÍTULO XXIII. - De su caridad para, con los pobres-155

CAPÍTULO XXIV. - De la mansedumbre del buen Padre Eudes para con el prójimo164

CAPÍTULO XXV. - Del celo de San Juan Eudes por la salvación de las almas169

CAPÍTULO XXVI. - Del aborrecimiento, de San Juan Eudes al pecado y de cómo lo rehuía175

CAPÍTULO XXVII. - De su desprecio del mundo- 181

CAPÍTULO XXVIII. - De su humildad1 8 9

CAPÍTULO XXIX. - De su amor a las humillaciones. 196

CAPÍTULO XXX. - De las enseñanzas que daba San Juan Eudes sobre la humildad2 0 3

CAPÍTULO XXXI. - De su castidad y de su mortificación- 209

ÍNDICE 243

Páginas

CAPÍTULO XXXII. - Del amor que tenía San Juan Eudes a las cruces y de la, paciencia con que las sobrellevaba214

CAPÍTULO XXXIII. - Cómo se portaba en sus penas de espíritu y qué consejos daba acerca de las cruces 222

CAPÍTULO XXXIV. - De cómo San Juan Eudes fué mártir de voluntad, y, por la gracia de Dios, vivió dispuesto al mártirio..... --- 232

CONCLUSIÓN239

PRÓLOGO

Este libro es llanito y no tiene pretensiones. Cuando tomó la pluma su autor - que fué un virtuoso sacerdote llamado Pedro Hérabourg (1661-1720) - no se propuso asombrar al lector con dichos agudos ni divertirlo con frases pulidas, sino procurar su provecho espiritual presentándole un modelo y ponderándole ingenuamente su admiración por un varón eximio, que amaba como a padre y veneraba como a santo.

Pedro Hérabourg escribió su « *Vida del venerable Siervo de Dios Juan Eudes* » entre 1687 y 1712; y como muchos hacían por entonces, la dividió en dos partes o libros, que diferían no poco entre sí y corrieron fortunas diferentes.

La primera parte, considerando a S. Juan Eudes sobre todo por fuera, relataba los acontecimientos de su vida: su nacimiento, su educación, sus misiones, viajes, trabajos, fundaciones... y aun a lo último añadía unas cuantas biografías sucintas de los primeros Eudistas. Trataba pues de muchas cosas en pocas páginas, pero dejaba mucho por decir, y lo que decía no iba muy ordenado. Como además el piadoso autor era muy amigo de proponer consideraciones devotas, para edificar al lector, quien busca datos históricos encuentra esa historia deficiente. Así que las Vidas más completas de S. Juan, que andando el tiempo se publicaron, superaron fácilmente esta primera parte del escrito de Hérabourg, y la dejaron poco menos que arrinconada. No creo que se haya impreso íntegra hasta ahora. La copia manus

6- PRÓLOGO

crita que se conserva hoy día en el archivo de la Congregación de Jesús y María, comprende 360 páginas de 14 X 18 cms. Siendo gruesa la letra, el primer libro de la « Vida » representa un volumen de las dimensiones del presente aproximadamente.

La segunda parte, que versaba sobre las virtudes del Santo, viene a ser el bosquejo de su fisonomía espiritual: bosquejo inapreciable si se tiene en cuenta quién era el autor que lo ha trazado. Sólo hacía dos años que había muerto S. Juan Eudes, cuando ingresó Pedro Hérabourg en la Congregación de Jesús y María, en 1682. Era un mozo por entonces, y se inició a la vida sacerdotal con los discípulos mismos del Santo, que con cariño y admiración guardaban fresquísimo el recuerdo de sus virtudes. Por aquellos discípulos supo mucho de lo que nos cuenta, y más de una vez oiría de la boca de los testigos el relato enternecido de los rasgos que nos transmite. Además, cuando corrió la noticia de que preparaba una vida del famoso misionero, le vinieron de todas partes informes escritos; de modo que al leer su libro, leemos el testimonio de los contemporáneos, y por él nos llega el eco de lo que pensaban del santo Fundador sus primeros hijos. Sólo por esto merecería particular aprecio la obra de Hérabourg, y por esto en gran parte se ha juzgado conveniente presentarla a nuestros Hermanos y Hermanas que hablan español.

Desde que Pedro Hérabourg dejó la pluma, se han escrito seis o siete Vidas de S. Juan Eudes (1) las cuales, si bien hicieron olvidar pronto la primera parte de la de nuestro devoto autor, nunca eclipsaron la segunda. Muy al contrario: de la comparación con esos escritos,

(1) Y sólo cuento las principales.

PRÓLOGO 7 -

resaltó más todavía la índole peculiar de este segundo libro que trata de las virtudes; porque si aquéllos lucían más literatura o más erudición, ninguno tenía el sabor de éste, ninguno retrataba al Santo con tanto candor y tanta sencillez. Y se comprende: sólo quien estaba tan cerca de la fuente podía

dar esa impresión de frescura.

Por ser pues inimitable este ingenuo cuadro de las virtudes de San Juan Eudes, se imprimió varias veces por separado, no ya con la pretensión de presentar una historia completa, antes con el fin precipuo de dar a conocer lo que era el Santo por dentro. La primera edición es de 1868, y se debe a P. Angel Le Doré, superior general que fué de nuestra Congregación. Salió completada con diez capítulos del libro primero precitado y con abundantes notas, de las cuales muchas eran citas de Pedro Costil, analista de la Congregación; pero, salvo algunos retoques, respetaba el texto de Hérabourg. Al año siguiente (1869), pareció la segunda edición, bastante diversa de la precedente, no sólo por el orden de los capítulos sino también por su contenido. En vez de poner notas, Le Doré juzgo más conveniente escribir por seguido; y con el texto de Hérabourg, las citas de Costil, adiciones propias y materiales de diferentes proveniencias, formó un libro bastante grueso, que se ha difundido mucho entre nosotros y aun fuera de nuestra Compañía. Más tarde, todavía publicó otra edición corregida y aumentada, por el estilo de la segunda. Claro está que el benemérito editor tuvo sus razones para presentar al público esa compilación, pero también es indudable que con esas añadiduras, retoques y trastrueques, salió desfigurada la obra de Hérabourg.

8

PRÓLOGO

Hoy día, S. Juan Eudes no es un desconocido para nadie. Escritores elegantes y eruditos (1) han resucitado en producciones notabilísimas aquel tipo de misionero que no nos cansamos de admirar. Y pues que los anhelos del editor de 1869 quedaban realizados sobradamente, pareció a propósito al P. Dionisio Boulay editar el manuscrito escueto de Pedro Hérabourg, para que los numerosos miembros de la familia eudista meditaran en esas frases ingenuas los ejemplos de su Padre; y en 1927, salió de la editorial Lethielleux, de París, el texto mondo y lirondo de la segunda parte de la Vida más antigua que se conozca de S. Juan Eudes.

Esta es la obra que ahora se presenta vestida a la española. No carece de lunares (¿ quién puede dudarlo?), pero es tan delicado el manejar afeites y suplir deficiencias, que vale más dejarla tal cual la hizo su autor; sin contar que el escrito de aquel venerando sacerdote es de esos que si se transforman, fácilmente se desforman, y pierden no sólo su sabor, sino hasta su razón de ser. Y esto advierta el que acaso buscare en este libro lo que no se quiso poner.

De la traducción nada se me ocurre decir. Quien la lea juzgará lo que vale. Todavía no existe en castellano una Vida formal de S. Juan Eudes. Si algún día ha de publicarse (y ojalá sea pronto), no estará por demás este devoto libro. Aunque sea incompleto, con él podrán aguardar nuestros hermanos; y aun después seguirán leyéndolo mientras aprecien en un escrito la naturalidad, la unción y la piedad verdadera.

Para rematar este prólogo, aquí trasladaré las advertencias que puso Hérabourg en el suyo. Dice así:

(1) Principalmente Dionisio Boulay (1905-1908) y Emilio Georges (1925).

PRÓLOGO

« He pensado, lector amigo, que al tomar la libertad » de presentarte la Vida del Reverendo Padre Eudes, » había de hacerte tres o cuatro advertencias.

« La primera es que la leas llanamente y evites ese prurito de criticar, habitual en los mundanos, quienes, constituyéndose censores de los libros que se les ofrecen, fallan sin reparo y condenan no sólo a los autores que los han escrito, sino aun a las personas de que tratan y las cosas que contienen. Es mucha tu equidad para que así te portes en esta ocurrencia; fué muy amigo de Dios aquel

santo sacerdote para (pie le niegues tu estima y tu admiracióD. Si mientras vivía, no todos lo amaron, a buen seguro que lo amarás tú después que ha muerto, y que le darás un puesto honroso en tu espíritu y en tu corazón, luego que hayas leído su historia.

« La segunda es que estés persuadido de que esta misma historia la escribí con las memorias que de » varios sitios me vinieron, ateniéndome a ellas con toda la exactitud que pude. He de confesarte empero ingenuamente que he cercenado algunas cosas extra ordinarias, no porque no las crea verdaderas, sino porque sé que vivimos en un siglo cosquilloso en esta materia y muy poco aficionado a escuchar relatos de esta índole. Y así, para no desairar a nadie, para que pueda hallarse este libro en manos de varios que de » su lectura sacarán provecho, he pasado por alto las tales cosas; y si se me ha escapado una que otra, es porque no podía callarla sin menoscabar la gloria de mi padre, sin faltar a la Congregación a que con mucha » honra pertenezco y sin desviarme de la fidelidad del » historiador que no ha de engañar a nadie.»

10-

PRÓLOGO

« La tercera es que no te sepa malo si a veces llamo santo al buen Padre Eudes (1). No es mi intento atribuirle un título que sólo la Santa Sede puede dar a los que juzga dignos, ni tampoco exigir al lector más » fe que la humana tocante a las cosas que en este libro se refieren; pero quise seguir el modo de escribir que usaron en estos últimos tiempos los que publicaron la historia de ilustres personajes que vivieron entre nosotros, célebres por su piedad, y habían trabado con el buen Padre Eudes amistad muy estrecha.»

« La cuarta es que no te extrañes si el estilo del segundo libro, que versa sobre sus virtudes, pareceme más llano y uniforme. Lo hice con idea. La virtud es harto hermosa de por sí, y para gustar e insinuarse en los corazones, no ha menester adornos y figuras de elocuencia; antes bien las tales cosas la estorban que entre en el alma del lector; porque reparando éste en lo que halaga su oído o recrea su espíritu, no se fija muchas veces en lo que puede ablandarle el corazón y obrar su salud y su perfección. Ruego a Dios que de esta lectura saques en el tiempo el provecho que él desea, a fin de liacerte bienaventurado en la eternidad. »

(1) Esta advertencia sobra desde que Juan Eudes fué canonizado el 31 de Mayo de 1925.

CAPÍTULO I

DEL APRECIO Y ANIOR QUE TUVO SAN (1) JUAN-EUDES
A LA VIRTUD.

Dijo el Príncipe de los oradores en el libro *De los deberes* que dejó a la posteridad y dedicó a su hijo para norma de sus costumbres y guía de su vida, que si la virtud se hiciera sensible y tuviera a bien mostrársenos como es, despertaría maravilloso aprecio en las inteligencias, y encendería en los corazones un amor ardentísimo. La Sabiduría, descendida del trono de la Majestad divina, se apareció a Salomón, y éste al punto se abalanzó en pos de ella aficionado, teniéndola por hermana y llamándola su amada. Al ver el esmero afanoso con que buscó siempre S. Juan Eudes la virtud desde su más tierna infancia, hubiérase dicho que algo le había descubierto de su hermosura; y mientras que la insipiente, según dice la Escritura, suele ser lo propio del corazón de los niños, del suyo se había posesionado la piedad.

No consideró la virtud como hacían antaño los filósofos paganos y como aun hacen hoy día los políticos del siglo; esto es, no la consideró con los ojos de la humana razón, estimándola como una cosa de por sí preciosa, indispensable además a la perfección del hombre para diferenciarlo de los brutos, que sólo se rigen por los sentidos; sino que la miró en su principio,

(1) Como Juan Eudes es hoy día oficialmente *santo*, de santo lo trato en la traducción cuando el original dice: *el Padre Eudes, el buen Padre Eudes, el Reverendo Padre Eudes*, o algo así.

o sea en el Verbo encarnado, manantial de toda gracia, en el cual tiene una excelencia infinita. Convencido de la obligación que incumbe a todos los cristianos de esmerarse por su perfección, ya que en el Evangelio quiere Nuestro Señor que sean perfectos como su Padre celestial; persuadido asimismo de la necesidad que apremia a todos los eclesiásticos, o aspirantes a eclesiásticos, a ser imágenes vivas de la santidad de Jesucristo que es el sumo sacerdote, no descuidó nada y todo lo aprovechó para realizar ese intento.

Ese aprecio y amor a la virtud le hacían evitar hasta los más mínimos pecados. -Ni muy poco le pareciera haberse apartado de solos los grandes crímenes; que entonces, a la verdad, razón tuviera para recelar que de remiso en las cosas menudas, pasara luego a culpado en las mayores. Había aprendido, por la lectura de las sagradas Letras, que es segura la caída de quien no pone reparo en las faltas ligeras; así que, conforme lo aconseja el Apóstol, hasta el asomo del mal rehuía; y los dichos picarescos, o el accionar sin recato, o la pinta mundanilla, el desenfado en el trato con gente no muy compuesta, en fin todo aquello que podía traer sospecha de algún desmán en su porte, se lo tenía rigurosamente vedado.

Ese mismo amor a la virtud le aguijaba a emprender todo el bien que podía. Iba a la parte en todos los asuntos concernientes el servicio de Dios, y aprovechaba sin desperdiciar ninguna todas las ocasiones de hacer obras buenas que le deparaba la Providencia. Nunca ahorró nadie el tiempo con tanta avaricia, y cada día de su vida tenía cabida llena. Fué escrupulosamente puntual a todos los ejercicios de piedad que se había propuesto. Era, en suma, el trasunto de aquel siervo fiel que nos pintó Nuestro Señor en el Evangelio, a quien premió en este mundo con gran copia de gracias y encumbró en el otro hasta el trono de la gloria.

Trabajaba sin cesar por adquirir las virtudes en grado perfecto, proponiéndose por modelo las que brillaron con mayor lustre en los santos. Como tuvo la honra de ser discípulo del Eminentísimo Cardenal de Bérulle y del Reverendo Padre de Condren, varones eximios por

AMOR A LA VIRTUD

13 -

su piedad, conformaba las acciones de su vida con las que hacían ellos, y quizá ningún retrato reprodujo tan al natural el aspecto exterior de esos dos grandes siervos del Señor. Había penetrado además en el interior de ellos, y, por los coloquios y la privanza con que le honraban, había descubierto los tesoros de gracia que tenían escondidos esos santuarios. Como siempre se acercaba a ellos con pavor y respeto, nunca se retiraba sin algún provecho. A imitación de esos modelos, concibió grandes anhelos de perfección, de aplicación a Dios, de unión con Nuestro Señor Jesucristo, de caridad para con el prójimo, de mortificación de sí mismo; y no concretándose unas cuantas prácticas de piedad, que formaran valla sus esfuerzos, iba siempre subiendo de virtud en virtud, y progresando sin cesar en santidad.

No era de esos ingenios del siglo que, sobradamente⁴, confiados en sus fuerzas y sus mañas, se figuran deber únicamente a su conato las virtudes que han adquirido, teniéndolas por fruto genuino de su atención, de sus cavilaciones, de sus propósitos y de su práctica. Muy ajeno de esos sentimientos farisaicos, las consideraba como un don de la pura misericordia de Dios, y aunque persuadido de que había de poner sumo empeño en lograrlas, no estribaba en sus desvelos, sino en la divina Bondad, a la cual con ese objeto dirigía a la continua fervorosas oraciones. Se aficionó pues a la virtud y la buscaba; mas no a la manera de esos devotos mundanos que sólo para la propia ventaja quieren ser virtuosos, y que, henchidos de soberbia, ansían con peregrina pasión todo lo que puede acrecentar su estima en los prójimos. El móvil que a él impelía era el interés y la gloria de Dios, el propósito de asemejarse a Nuestro Señor quien, para honra de su Padre, quiere seguir ejercitando en los cristianos las virtudes que practicara en la tierra. Eso es lo que se irá notando en el decurso de este libro, donde se verá cuánto contribuyó a la medida de la edad de la plenitud de Jesucristo el varón apostólico de quien relato la vida.

CAPÍTULO II

DE SU FE.

La fe es el fundamento de la religión; es la puerta por donde entramos en la Iglesia, ya que no se nos confiere el bautismo sin antes haber dado pruebas de nuestra creencia, Y haber hecho actos de creyente por nosotros o nuestros padrinos. Sin fe, dijo S. Pablo, es imposible agradar a Dios; y por ella, al contrario, damos a su divina Majestad una prueba no equívoca de nuestro rendimiento. Porque siendo él dueño absoluto de todo lo que hay en el hombre, así como quiere que, a manera de homenaje, nuestra voluntad, aunque mal inclinada, se doble sumisa a todos sus mandamientos: así también exige que se rinda el entendimiento, y, a pesar de sus razones y la oposición de los sentidos, crea lo que le propone el. Y nadie tome este rendimiento por efecto de un mísero cautiverio; antes advierta con Guillermo de París, que si es indicio de un corazón magnánimo el aficionarse a cosas arduas y costosas, prueba es de un ingenio robusto el creerlas.

Siendo esto así, como no puede dudarse que lo sea, raramente hubo hombre que al par de S. Juan Eudes glorificara a Dios por la sumisión de su entendimiento. Lo tenía cautivado bajo el yugo de la fe, la cual decía ser la piedra fundamental del reino de Jesucristo, según estas palabras del Apóstol: « La fe es la base de las cosas que esperamos. » Por su fe conocía a Dios como es: infinito en su sér y en sus divinas perfecciones, verídico en sus palabras, fiel en sus promesas, todo amor para quienes lo buscan, todo justicia para quienes lo abandonan, todo providencia y sabiduría para guiar y regir las cosas del universo. De esos diversos conocimientos de los atributos de Dios, nacían en su corazón disposiciones diversas de anonadamiento en homenaje

FE 15 -

a su grandeza, de confianza por su veracidad, de amor por sus bondades, de temor por su justicia y de sumisión despreocupada por su providencia; y cada día le traía nuevos motivos para entender interiormente en la consideración de alguna de esas divinas perfecciones.

Mas. entre los objetos predilectos de su fe, el misterio inefable de la santísima y augustísima Trinidad parecía inspirarle mayor ternura. Pensar en él era su delicia; hablar de él era su más suave conversación; alabarlo, bendecirlo y alabarlo, la más santa de sus ocupaciones. Consideraba y adoraba, a la santísima Trinidad como origen y centro de todas las cosas, principio y fin de la dignidad y santidad del sacerdocio, idea y dechado de todas las santas comunidades, y a su gloria refería el propio sér, la propia vida y cuanto de ésta dependía. Solía rezar en su honor un rosario de tres dieces y tres cuentas sueltas. A estas tres cuentas, decía: Veni, *sancta Trinitas*, para atraer a su memoria, entendimiento y voluntad el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, a fin de que ellos mismos se glorificasen en él. A cada cuenta, rezaba el *Gloria Patrí*, asociándose a todas las alabanzas que se les tributan en el cielo y en la tierra; y a las glorias, exclamaba: *Tibi laus, tibi gloria, tibi amor, o beata Trinitas*. Todos sus ejercicios de devoción iban enderezados a su pura gloria, y siempre que pronunciaba u oía pronunciar su nombre augusto, sedescubría, o, si estaba descubierto, se inclinaba por reverencia a ese gran misterio.

Su fe le manifestaba todas las grandezas de Jesucristo Dios y Hombre, como se verá más adelante en otro capítulo, y la obligación que le incumbía de depender de él por amor. Descubríale igualmente la infalibilidad de la Iglesia, cuya cabeza es Jesucristo y cuya gula es el Espíritu Santo; así como también el respeto que debía a su doctrina, a sus ceremonias, usos, funciones, ordenanzas y prohibiciones. De sí mismo le decía su fe que sólo era pecado, abominación y nada; y de las demás cosas que hay en el mundo, que no son sino humo, ilusión y vanidad. Teniendo siempre presentes esas verdades, hacía muchas veces profesión, en presencia del cielo y de la

tierra, de creer íntegra y firmemente todo lo que Jesucristo nos enseña por sí y por su Iglesia, y de estar dispuesto a dar la vida antes que dudar de un solo punto o seguir de cualquier modo los errores contrarios; y aun pasando a más, se ofrecía a Dios para echar en cara esa misma profesión a todos los enemigos de nuestra santa religión, unido en la fe con la Virgen, los Apóstoles y todos los Justos.

Ese apego entrañable a nuestra santa fe le inspiraba gran aversión de las opiniones nuevas, de sus inventores y de sus defensores; y opuso siempre animosa resistencia los conatos porfiados que éstos repitieron para atraerlo su partido. Solía decir sin miedo ni rebozo que él y, los de su Congregación distaban tanto del Jansenismo como el cielo del infierno, que le eran más contrarios que el fuego al agua, y que la mayor desdicha que pudiera sobrevenir a una ciudad o a una diócesis, sería confiar la dirección del Seminario a sujetos infestados con esa perversa doctrina. Exhortaba con vehemencia a sus hermanos a huir del trato de los contagiados, y a declararse paladinamente cuando hallaren la ocasión, « porque, decía, ése es nuestro deber, y lo hemos de cumplir » sin aprensión por lo que pueda suceder después. No es lícito hacer el desentendido en un asunto tan claramente decidido por la Santa Sede, cuyo fallo acata la Iglesia toda. » Es más: puso un estatuto que prohíbe admitir en su Congregación opiniones nuevas, máxime si no son conformes con el sentir común de los Padres. Su amor a la verdad le acarreó el odio de varios, quienes no contentos con perseguirlo en su propia persona, vejaban también a los que le eran adictos; de modo que, si no le cupo la suerte de derramar la sangre en defensa de la fe, no escasearon en su vida persecuciones rabiosas por sostener integralmente sus diferentes artículos.

Ansioso de propagar su creencia, S. Juan Eudes se esforzó a convertir herejes con tan consolador acierto, que muchos durante sus misiones volvieron al redil de la Iglesia, ya por las controversias públicas que organizaba dos o tres veces a la semana, ya por las discusiones privadas y particulares que les concedía, y mucho

FE

17 -

más todavía por su oración asidua. Ante la divina Majestad derramaba su alma, y pedía luz y gracia para esos ciegos desdichados, cuyo estado lastimoso arrancaba a su corazón hondos gemidos. Por su parte, recordaba enternecido el divino favor de haber nacido cristiano y católico, y de haber conservado intacta la fe en medio de tántos peligros como había arrojado y tenía aún que arrostrar diariamente.

Ponía especial empeño en plantar esa santa fe en el corazón de los jóvenes por medio de instrucciones familiares que les dirigía; y apreciaba mucho esta ocupación, por ser, a su parecer, la que da más fruto y menos vanidad. Para mayor acierto, trataba a los niños con mansedumbre y cariño, poniéndoles sen)blante despejado y afable, y procurando atraerlos por todos los modos posibles. Exhortó a los de su Congregación a no descuidar ese ministerio y les prescribió reglas para desempeñarlo con provecho.

Fué la fe de nuestro Santo sin tacha y a la par sencillísima, no buscando otro fundamento que el testimonio de Dios y su sola palabra, a cuya lectura se dedicaba con gran asiduidad y no menos devoción. Bajo esos caracteres inanimados, veía la palabra eterna del Padre, que quiere instruir a los hombres; y miraba la, sagrada Escritura como la más preciosa reliquia que de sí mismo nos dejara Jesucristo. En su sentir, ha de venerársela como el corazón de Dios que guarda sus secretos y es el principio de la vida de sus hijos. Por eso, antes de leerla él, habiendo acatado a Nuestro Señor como al Verbo increado, adorábalo en los designios que formara sobre toda su Iglesia, y especialmente sobre sí mismo, al pronunciar las palabras que encierra, o al inspirarlas a quienes las pusieron por escrito; dábale gracias de los favores y luces que por ella ha comunicado a todos los cristianos, profundamente

se humillaba teniéndose por indigno de tocar y aun de mirar los Libros sagrados, y pedía perdón de haberlos desaprovechado. Recordando que nuestro divino Salvador leyó públicamente las sagradas Escrituras, como lo narra San Lucas, se unía a sus disposiciones y a las de tantos Santos que se santificaron 2

18 -

VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

con esa lectura. Rogaba al divino Espíritu que dictó la Escritura, grabara en su corazón las verdades que contiene, e hiciera de su alma y de su cuerpo un evangelio. Puede decirse, en efecto, que fué un libro vivo, escrito por dentro y por fuera, en el cual iba perfectamente impresa la vida interna y externa de Jesús que relatan las sagradas Letras. Nunca cesaba esa lectura sin guardar algo en la memoria que le ocupara interiormente en las diversas andanzas del día y sirviera de alimento a su mente, pues que no de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (S. Mateo 4).

Aconsejaba mucho la lectura del Nuevo Testamento, y aun deseaba que todos los cristianos, especialmente los que intentan trabajar por asentar en sí el reino de Nuestro Señor, leyeran cada día de rodillas un capítulo, para aprender qué diva llevó él, y notar en sus dichos, hechos y virtudes cuál ha de ser la norma de la propia conducta.

Si, según dice Tertuliano, la fe, aunque obscura, da capacidad al hombre para saberlo todo, es asimismo cierto que se la da para emprender y llevar a cabo cualquier cosa. Por eso, al encomiar San Pablo a los héroes del Antiguo Testamento, sólo encarece su fe, por haber sido el principio de aquellas acciones admirables que les dieron felicidad y gloria; por eso también dice el mismo apóstol que la fe es la vida del justo. Lo fué por cierto del justo cuya historia voy relatando; porque a la luz de la fe lo miraba todo, para no errar en sus juicios, y todo lo hacía según las normas de la fe, para no faltar en sus acciones. En sus apuros y perplejidades, la fe presidía siempre las deliberaciones, y el motivo cristiano resolvía el caso. No seducían a San Juan Eudes los conceptos equivocados que le inspirara el mundo sobre las cosas, porque las consideraba conforme las juzga Dios, y renunciaba las miras meramente naturales. Al emprender algo, se postraba a los pies del Hijo de Dios, adorándolo como autor y consumidor de la fe, y como la verdadera luz que alumbra a todo hombre que viene al mundo; ante su Majestad reconocía que no era más que tinieblas y ceguera; le rogaba destruyera

FE

19 -

en sí la prudencia carnal y la sabiduría mundana, y no consintiera que siguiera las máximas de la una o de la otra, antes le dispensara gracia y fuerza para preferir en todo las verdades de su Evangelio.

Así pues honraba su fe con su vida aquel varón excelso, como hacían los primeros cristianos aludidos por Clemente Alejandrino; y a su vez esta misma fe daba testimonio de su virtud, porque era el principio de donde procedían sus acciones, las acciones que mantienen la vida del justo, siendo la fe sin las obras, como el Apóstol nos lo enseña, una fe muerta, que agravará tanto más nuestra culpa en el tribunal de Dios, cuanto mayor hubiere sido nuestro descuido en aprovechar sus luces.

DE SU ESPERANZA Y CONFIANZA EN DIOS.

i

La fe, en sentir de S. Agustín, abre los cimientos de la casa de Dios, que es la Iglesia y la religión; mas por la esperanza va subiendo el edificio. Esta virtud nos mueve a buscar y hallar nuestro sumo bien en Dios solo, quien nos tiene prometido que lo hemos de poseer en la eternidad, si le hubiéremos servido fielmente en el tiempo. Gran dicha es la del alma que se ve obligada a enderezar su esperanza nada menos que a la posesión de un Dios. Semejante espera puede endulzar fácilmente todas las amarguras de su vida. Persuadida del poder y de la bondad divina, fundada en las promesas y méritos de Nuestro Señor, sabe que no ha de faltarle nada de lo que es menester para alcanzar ese fin; y aun en los percances más apurados, puede decirse de ella, como de Abrahán, que espera contra toda esperanza.

Tales fueron las disposiciones de San Juan Eudes. Estaba convencido de que queriendo Dios sinceramente salvar a todos los hombres, no leznegaría los medios adecuados a la salvación. Consideraba a Jesucristo como

20 -

VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

a quien el Padre eterno nos dió Para ser nuestra redención, nuestra justicia, nuestra virtud, nuestra santificación, nuestro tesoro, nuestra fuerza, nuestra vida y nuestro todo. Muchas veces repasaba en su mente todo lo que ese bondadoso Salvador hizo y padeció por nosotros en su encarnación, su vida, su pasión, su muerte, y lo que aun hace cada día en el santísimo Sacramento del altar; y luego exclamaba con el profeta: « *Sperent in te qui noverunt nomen tuum* (Salmo 9); i Oh bondad, oh amor, oh bondadísimo y amabilísimo Jesús, esperen en ti los que conocen tu dulcísimo y santísimo nombre. » Miseros fuéramos en verdad, Salvador mío, si aun con tantas pruebas de tu bondad, dejáramos de confiar en ti! » Cuando le abrumaban las penas, o le acosaba la tentación, o le abatía el hastío, no se desalentaba; antes confiaba en la suavidad y en el poder de su gracia, conforme lo aconseja el Apóstol, seguro de que el Señor no consentiría que fuera tentado más de lo que podía aguantar. Solía recordar en esos lances aquellas palabras que brotaron de los labios sagrados de Jesucristo y nos convidan a acudir a él en las adversidades: « Venid a mí todos los que trabajáis y andáis cargados, que yo os aliviaré » (S. Mateo 11). Y estas otras apuntadas en S. Juan (Cap. 6): « Al que a mí viniere no le echaré fuera ». Firme en esas divinas promesas aunque acometido por el temor y la desconfianza, repetía aquellos pasos de la Escritura que dicen: « A ti, Señor, levanto mi alma. Dios mío, en ti confío; no sea yo confundido » (Salmo 24). - A ti, Señor, me acojo; no sea confundido por siempre (Salmo 30). - Así vaya por valle de atroz lobreguez, no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo (Salmo 22). - El Señor está por mí, no tendré miedo. ¿ Qué podrá hacerme el hombre? » El Señor es mi amparador: así que despreziaré a los que me aborrecen (Salmo 117). - He aquí el Dios de mi salud: seguro estoy y sin temblor (1s. 12). - He aquí que aunque me mate, en él he de esperar (Job. » 13). « Oh dulce amor mío! en tus manos ponga y sacrificio mi sér, mi vida, mi alma y todo lo mío, a fin de que en el tiempo y la eternidad dispongas de todo »

ESPERANZA Y CONFIANZA EN DIOS

21 -

ello como gustes para tu gloria. » Con esas armas combatía y ahuyentaba los pensamientos de desesperación, que entre todos los pecados, es el que más perjudica al hombre.

Se ponía pues despreocupadamente en manos de Dios, sin inquietarse por su paradero, ni por lo que a su divina Majestad pluguiera ordenar de él en este mundo o en el otro. Así le aconsejó una vez el Señor de Renty en una carta: « La sencillez, le decía, exige una entrega irrevocable a los que han puesto su vida por Jesu» cristo y, como vuestra merced, se precian de ser suyos. » Y así aconsejaba él también a las personas que guiaba en la devoción. « Cuidado, escribía a una sobrina suya religiosa de Nuestra Señora de la Caridad, cuidado con dejar que nuestro corazón se encoja y quede abatido por la tristeza y el desaliento; antes procuremos ensancharlo, levantarlo y sostenerlo por el amor y confianza en quien es para nosotros todo amor y todo bondad. » Contestando a otra que andaba azarosa y desasosegada por su salvación y le había descubierto su congoja, le decía así: « Vuestra carta, amada hija, me parte el corazón de lástima; pero me consuelo pensando que vuestro mal no es de muerte, sino para la úloria de Dios. No, amada hija, no se halla vuestra alma en estado de muerte, ni tampoco ha de morir como aquellos a quienes dijo el autor de la vida: *Moriréis en vuestro pecado*; antes bien vivirá eternamente, para eternamente amar y glorificar a su ama» bilísimo Redentor. Fuera pues de vuestra mente esos negros pensamientos que os acongojan; poned vuestra confianza en nuestro bondadoso Salvador y en su buena Madre, quienes os aman infinitamente más que vos misma, y son para con vuestra merced todo corazón y todo amor. A ellos ruego que os bendigan. *Nos cum prole pía benedícat Virgo María.* »

En las diversas pláticas dirigidas a las religiosas de la misma orden, era uno de sus temas predilectos advertirlas que jamás habían de perder aliento por muchas imperfecciones que descubrieran en sí; antes humillarse y complacerse en la propia abyección.

22 -

VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

Tachaba de ultraje a la divina misericordia eso de excusar la presencia de Dios cuando se le ha ofendido, como hizo el desdiciado Caín después de su crimen; y quería, al contrario, qte tan pronto como había uno caído, volviera a él y se arrojara a sus plantas con los sentimientos del hijo pródigo. Apoyado en la esperanza, que es áncora firme y segura, estaba siempre contento, sintiéndose resguardado de sus enemigos, y cercado de la protección divina. Porque, según lo enseña la Escritura, nadie es tan feliz como el que espera en Dios perfectamente; en la esperanza recobra fuerzas; de la esperanza saca alas y vuela como el águila muy por encima de los ataques, peligros y corrupciones de la tierra; corre a pasos agigantados por la senda del Señor y no se cansa, y va caminando sin rendirse hacia la eternidad bienaveniurada.

San Juan Eudes veía en la confianza en Dios el ojo de la esposa que prende el corazón de su esposo; y tenieido esa virtud por muy necesaria, la pedía con insistencia a la divina Majestad, y la honraba en quienes la poseían. Por eso profesó siempre un singular respeto a S. Vicente, dignísimo institutor de la Congregación de S. Lázaro, alabándolo principalmente por su gran confianza, y proponiéndolo a los suyos por modelo que habían de imitar.

Repetía complacido que para afirmarnos más en esa virtud, Jesucristo se nos da en los libros sagrados por amigo, abogado, médico, pastor, hermano, padre, esposo de nuestras almas; y nos llama ovejas, sus hijos, la porción de su herencia, su alma y su corazón. Se había formado como ¡ni florilegio de los pasos de la Escritura que ponderan la dicha y el premio de los que buscan en Dios su apoyo, para oponerlos al demonio cuando lo tentara con pensamientos contrarios; y otro de los que encarecen el amor que nos tiene su divina Majestad y lo mucho que mira por nosotros, para alentarse en las contrariedades que pudieran sobrevenirle. Muchas veces rurniaba en su mente y repetía de boca aquellas consoladoras palabras de Isaías (46): « Oidme, casa de Jacob, y todo el resto de la casa de Israel, por iní traídos desde que brotasteis del seno, llevados

desde que salisteis de matriz. Yo mismo hasta la vejez, y hasta las canas he de aguantar yo. Yo os hice, yo también os llevaré y yo os aguantaré y salvaré. Y éstas del mismo profeta (49): « ¿ Se olvidará la mujer de su criatura para no compadecerse del hijo de sus entrañas? Aun cuando ellas se olvidaren, yo no te olvidaré. Hé aquí que en las palmas de las » manos te tengo dibujada. »

Si el conocimiento de su indignidad no le dejaba apoyarse en si mismo, la experiencia de las bondades de Dios le movía a poner en él toda su confianza. Y efectivamente, a la paterna solicitud de su divina Providencia había entregado su cuerpo, su alma, su salud, su fama, su hacienda, sus neeyocios, las personas con quienes algo tenía que ver, sus pecados pasados, sus adelantos en el camino de la virtud, su vida, su muerte, su eterna salvación, y generalmente todas las cosas, teniendo por seguro que de todo dispondría lo mejor posible. Tomaba para sí aquella enseñanza del apóstol S. Pedro (1 Petr. 5): « Echad en él toda vuestra solicitud, » porque él se cuida de vosotros »; y también estas palabras que dijo un día Nuestro Señor a Santa Catalina de Siena: « Hija mía, olvídate a ti y piensa en mí, y yo pensaré continuamente en ti. » Llena el alma de esos sentimientos, escribió a una persona a quien debía un poco de dinero: « Os prometo pagaros con el primer » dinero que me venga, pues nada me queda por ahora; » pero tenemos en cambio una bondad infinita, una sabiduría infinita, una potencia infinita que toda es de nosotros y para nosotros. »

Por apremiante que fuera su necesidad o la de las casas de su Congregación, nunca menguó su confianza; antes, por el contrario, se esforzó siempre en su fe como el antiguo patriarca, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que puede también hacer todo lo que ha prometido. Así puede notarse en las diferentes ocasiones que se le ofrecieron de animar a algunos Superiores que veían sus Comunidades en gran apuro.

El Seminario de Ruán, a más de haber sido zarandeado, de recién abierto, por un mar embravecido de

2 4 - VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

persecuciones, sufrió gran estrechez durante mucho tiempo; de lo cual quejándose el Rector, recibió esta contestación : « *Viríliter age et conlortetur cor tuum et » spera in Domino ; dixit autem: Non te deseram neque » derelinquam (1)*. Y es tan fiel cumplidor de su palabra » que *coelum et terra transibunt, verba autem ejus non » praeteribunt. Jactemus igitur co~itatum nostrum, et » omnem sollicitudinem nostram proficiamus in ipsum, » quoniam ipsi cura est de nobis (2)*. Nuestro Señor » y su santísima Madre que con mucha anticipacion » habían predicho va el establecimiento de Ruán, y han » realizado después su predicción de un modo tan asom» broso, no se desentenderán de su obra. No han dado » casa a sus hijos para albergarse, sin intención de pro» curarles también lo necesario para sustentarse. Pero » quieren -ofrecernos la ocasión de ejercitar la paciencia, » la sumisión a su Voluntad adorable, el amor de la po» breza y la confianza en su inmensa bondad. A nosotros » toca, carísimo hermano, andar con cuidado para no » perder esa confianza que tanto nos recomienda el » Espíritu Santo en las divinas Escrituras, por ser muy » grata a su divina Majestad. La desconfianza, en cam» bio, le ata las manos, y no le deja llevar a cabo los » efectos de su santa liberalidad. En fin, Dios no desam» para nunca en la necesidad, pero quiere que se le » ruegue con confianza y perseverancia. Haced pues » alguna novena por esa intención. »

En otra ocasión, volvió a escribir al mismo de esta forma : « Estoy pensando sin parar en las necesidades de » vuestra casa, pero no me cabe duda que en tan apre» miante apuro, han de manifestar su bondad nuestro » buen Padre y nuestra Madre admirable. No, no, ania» dísimo hermano, no desamparán a sus pobres hijos, » aunque muy indignos y descuidados; antes serían » trastornados el cielo y la tierra. ¿ Qué se haría aquella

(1) Pórtate varonilmente y cobre aliento tu corazón y espera en el Señor; que ha dicho : No te abandonaré, ni te desampará.

(2) El cielo y la tierra pasarán, mas no pasarán sus palabras. Echemos pues nuestros pensamientos, echemos en él toda nuestra solicitud, porque él se cuida de nosotros.

ESPERANZA Y CONFIANZA EN DIOS 2 5 -

» divina palabra : *Qui dat escam omni carni, quoniam*
» *bonus, quoniam in saeculum misericordia ejus (1) ?*
» ¿ Desampará por ventura a sus hijos propios y legí
» timos el que ceba con sus bienes a tantos Turcos, a
» tantos blasfemos, a tantos impíos, a tantos ateos ?
» Es imposible, es imposible, es imposible. Sólo una
» cosa hemos de temer, y es temer demasiado y faltar
» de confianza. La necesidad es urgente, y sin embargo
» espero que ya no tardará el socorro. Por mi parte,
» no me descuido, ni omito diligencia alguna que pueda
» hacer razonablemente para ese asunto; pero, gracias
» a Dios, sin afán, sin congoja y sin estribar en todo lo
» que hago. Haced otro tanto. Mas ante todo, os suplico
» encarecidamente que atendáis con empeño a que sea
» Dios bien servido y honrado por la fiel y exacta obser
» vancia de los preceptos y reglas de la Congregación, y
» de todas las cosas que plugo al Señor inspirarme esta
» blecer ca ella. Sabed, amadísimo hermano, que, prac
» ticándolas y haciéndolas practicar cuanto fuere po
» sible, haréis una cosa gratísima a Nuestro Señor y a
» su santísima Madre, y traeréis sobre vuestra merced
» y sobre vuestra Comunidad su santa bendición. *Jacta*

» cogitatum tuum in Dominum et ipse te enutriet (2).
El que sucedió a ese primer Rector de Ruán, halló el

establecimiento en idéntico estado; y como lo partió
para a su buen padre, recibió esta contestación : « Nues
» tro Señor nos hace pobres para otorgarnos la gracia
» de serle parecidos, y procurarnos la ocasión de humi
» llarnos, de someternos a su santísima Voluntad y de
» poner en él toda nuestra confianza. Pongámosla pues
» enteramente, amado hermano, en él, y también en
» nuestra divina Madre. Ella nos dió la casa de Ruán;
» no es de creer que nos haya puesto en una casa para
» dejarnos morir de hambre. Es mucha su bondad para
» eso, y además no le falta poder, ya que es todopode
» rosa en el cielo y en la tierra. Acudid pues a ella, pero

(1) Él da sustento a toda carne, porque es bueno, porque para siempre
es su misericordia.

(2) Echa su cuidado en el Señor, que él te mantendrá.
26 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

» sin dejar de poner por parte vuestra toda la diligencia » que podáis. »

Casi en términos idénticos escribió un día al Ecónomo de esa casa, que vivía en continua zozobra por hacerse apremiante la necesidad : « Si mirara humanamente, » le decía, todo lo que me escribís de los apuros de » nuestra casa de Ruán, me apenaría muy mucho; pero » lo miro en la economía de Dios que todo dispone lo » mejor posible. Es costumbre suya asentar sus obras » en la pequeñez, la abyección, la pobreza y la nada. » *Contemptibilia et infirma elegit et ea quae non sunt, ut » confundat fortia et ea quae sunt (1)*. No por eso sin » embargo, hemos de omitir por parte nuestra lo que » está a nuestro alcance, pues que así lo quiere él; pero » mucho cuidado con perder la confianza y volvernos » recelosos, porque la desconfianza ata las manos a la » divina bondad. *CONIOTtemur in Domino et in potentia » virtutis ejus et in magnitudine bonitatis ipsius (2)*. Si » mira por los pelos de nuestra cabeza, ¿ cuánto más » por las otras cosas de mayor importancia? Cuidé» ronos únicamente de agradarle y de cumplir fiel» mente lo que nos pide, y él se cuidará de lo que nos » hace falta o nos conviene. »

Esa casa de Ruán no fué la única que pasara malos ratos. Todas las demás de su Congregación bregaron a lo primero con apuros parecidos; pero cuando le hablaban de eso, contestaba sien- ipre con palabras de confianza en el Señor y de resignación a su providencia. Tenía en muy poco el valimiento de los príncipes, la privanza de los próceres y el arrimo de las criaturas. Si alguna vez le fué preciso acudir a ellas, las consideró como meros instrumentos de la Providencia; y como no anduvo afanoso buscando su amparo, tampoco perdió el sosiego cuando no pudo encontrarlo. « Se me ha ocurrido un me» dio para lograr ayuda, escribió un día al Rector de » uno de sus seminarios. Lo he comunicado a nuestros

(1) Eligió lo ínfimo y despreciable y lo que no es, para confundir lo fuerte y lo que es.

(2) Esforcémonos en el Señor, y en su virtud poderosa, y en su mucha bondad.

» amigos y ellos lo han aprobado. Pero no estribo en él » de ningún modo. Nuestro Señor lo empleará si le » agrada; si no, hágase su santísima Voluntad. El solo » ha de ser nuestro arrimo, y en él hemos de poner » nuestra confianza. Quiere empero que también por » parte nuestra hagamos lo que podemos. » Y en otra carta escribía al mismo: «Dios nos libre de apovarrios » sino en su infinita bondad. No esperemos nada, no » aguardemos nada, no queramos nada sino de él, y en » él pongamos nuestro apoyo y nuestra confianza. »

En muchas ocasiones le desampararon sus mejores amigos sin que por eso mostrara desazón; y aun cuando vió al mundo entero alborotado contra sí, no sufrió menoscabo su inalterable serenidad. Si le llamaron a algún empleo, nunca dijo nó recelando la falta de salud, de fuerzas o de talento : su confianza en Dios lo hacía animoso para imaginar cosas grandes por su gloria, y emprenderlas según la gracia que le era dada. Aunque plenamente convencido de su incapacidad, creía, como el Apóstol, que todo lo podía en aquél que lo fortalecía. Ni siquiera le arredraba el conipremeterse a fundar sin fondos asegurados para la subsistencia; porque sabía que jamás carecen de lo necesario los que sirven fielmente a su divina Majestad. En sus diferentes empresas no estribaba en su ingenio, ni en su ciencia, ni en sus deseos, ni en sus resoluciones, ni en sus oraciones, ni en la confianza que se sentía en la divina Bondad, ni en ninguna cosa criada, sino en la sola misericordia de Dios. Hacía sin embargo por su parte todo lo posible para llevar a cabo los negocios que tenía en manos, y para cumplir con las obligaciones de su estado, esmerándose como si nada hubiese esperado de la gracia.

Por fin, fué tanta su confianza, que nunca abandonó las obras empezadas para la gloria de Jesucristo por muchos entresijos que tuviesen, convencido de que yéndole en ello su interés, él las haría salir adelante según su voluntad. Cuando más desesperado parecía un asunto, entonces esperaba más; y Dios, gustoso de **coronar la** virtud de su digno siervo, le otorgaba el éxito ansiado; pues su divina Majestad se complace en

28 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

las almas confiadas y les comunica copiosas sus gracias; por el contrario, se aparta de las que buscan arrimor-en lo criado, y les da su maldición.

CAPITULO IV

DE SU AMOR DE Dios.

En la Ley antigua, Dios puso por mandamiento que hubiera siempre fuego encendido en el altar de su templo. Buscando los intérpretes el significado de esta figura, dicen que por ella intentaba su divina Majestad inculcar al hombre, que se escogió por morada, la obligación de llevar siempre ardiendo en el altar de su corazón, el fuego del amor divino. Y es muy verosímil que tal fuera su intento; ya que en ambos Testamentos nada encareció tanto como el precepto de amar.

En ese fuego sagrado se consumió siempre San Juan Eudes, y bien puede aplicársele el elogio que pronunció del rey David el Espíritu Santo en el Eclesiástico 47 : « Alabó al Altísimo de todo su corazón, y de toda su » alma amó a su Hacedor. » Estaba tan arraigada en su mente la convicción de que el cristiano recibió la vida sólo para dedicarla al servicio de quien se la dió, que por poco que hubiera dispuesto de ella para otros usos, se hubiera considerado reo de sacrilegio. Nada anhelaba tanto como convertirse todo él en alabanza, adoración y puro amor. Era su alegría pensar con frecuencia en el Amado de su alma, y su práctica habitual elevar a él su corazón. Este ejercicio se le hizo tan fácil, que no le estorbaba ninguna ocupación exterior. Tomando alimento, hacía casi tantos actos de amor como bocados comía. Mientras comunicaba con los hombres, su alma conversaba con Dios; y aunque fuera su

trato fácil y ameno, nunca perjudicaba a su **ocupación** interna con la divina Majestad. Ese testimonio se

AMOR DE DIOS 29

cre e que dió de sí mismo, cuando, sin nombrarse, afirmó conocer a un Clérigo que había llegado a ese grado de perfección.

No contento con amar actualmente a Dios, le ofrecía además en el estado presente de libertad, todos los actos de amor que brotarían por necesidad de su corazón durante la eternidad bienaventurada. Un millón de corazones hubiera deseado para saciar su anhelo; y como, en cambio, el suyo le parecía pequeño y escaso, pedía auxilio a todas las criaturas para que vinieran y le ayudaran a cumplir con tan estrecha obligación. « Venid, les decía, amemos a este amabilísimo Señor, » gastemos y consumamos todo nuestro ser y nuestras » potencias todas amando a quien solo pa,ra amar nos » ha criado. »

Deseaba que el cielo y la tierra se tornaran pura llama de amor, y prorrumplía a veces en estas o parecidas palabras : « Si pudiera tanto como quiero, ¡cuán amado y » glorificado fuera Dios! » Para ponerlo contento, era menester manifestarle ganas de amar a Dios; y por su parte nada deseaba tanto como ese amor a las almas que dirigía o con quienes tenía amistad. Sirva de ejemplo esta carta escrita a una monja de, Montmartre. « Os » agradezco de todo corazón, amadísima hija, vuestra » caritativa carta. Grande ha sido mi alegría al ver que » seguís con vuestro deseo de amar más y más a nuestro » amabilísimo Salvador y a su Madre muy amada. L Humildemente les suplico que os arrojen a todas, o » sea, a la Madre y a todas sus hijas, mis amadas her» manas, en lo más hondo de la hoguera del amor » divino. Cada día os arrojó yo a todas, por cuanto _» puedo, con un deseo encendido de que seáis abrasadas, » devoradas y consumidas en las llamas sagradas de » esa divina hoguera, gritando de lo más íntimo del » alma, *de profundis elamavi*, para cada una de vosotras » en particular: óyeme, óverri e, óyeme t oh gran hoguera » de amor!, que una pajála te sUplica'y se desvive por » ser arrojada, hundida, perdida, devorada y consu» mida para siempre en tus sagradas llamas. Esa ho~» guera es el divino Corazón de Jesús y de María; sus

30 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

» ascuas y sus llamas sólo se alimentan de corazones. » ¡Dichosos los corazones que se sumen en esas divinas » llamas! Pero han de ser humildes, puros, desprendi» dos de todo, caritativos, fieles, sumisos, ansiosos de » agradar a Dios, llenitos de confianza en la bondad » infinita del Hijo de María, y en la benignidad incom» parable de la Madre de Jesús». Si alguna vez hacía un favor, San Juan Eudes pedía al agraciado por toda recompensa que se entregara restieltameDte a Dios y lo amara de su parte.

Había aprendido del apóstol S. Pablo que nada en este mundo carece (le habla, y le parecía que las criaturas todas, coino otras tantas voces, estaban gritándole sin cesar : « Amor a Dios que es todo amor para contigo. » Aun más. Juzgaba que en todas las cosas del universo ha escrito su amor el Criador, como amantes apasionados lo escribieron a veces en las hojas de los árboles; y con eso ardía de continuo en nuevas -llamas, y decía que aun cuando por imposible no tuviera obligación de amar a Dios, quisiera sin embargo amarlo con todo corazón y de todas las maneras habidas y por haber.

Nada en el mundo podía afligirle sino el pensar cuán poco amado es su divina Majestad. Por poco hubiera ido gritando doquier con lágrimas y gemitos que el amor no es amado; y de no amarlo él lo suficiente sufría un continuo martirio. « ¡Ah, Señor, exclamaba a veces, » quién lograra convertirse en anhelos y suspiros, en » afan y languidez, para más ansiar y querer más ama» ros!... ¡ Oh fuego consumiente y devorador! ¿Qué se » hicieron tus celestes ardores ? ¿ Cómo no aniquilas » totalmente en mi esta vida de nialdad y de pecados, » para poner en su ltigar tu vida santa y divina?

¡Ay, » dulce amor mío! ¿ Quién me estorbará que te ame? » ¿ Mi cuerpo ?. Antes lo haría polvo. ¿ Mis pecados pasa» dos? En el océano de tu sangre los hando, y además » aquí tienes mi cuerpo y mi alma : hazme sufrir cuanto » quieras para borrarlos del todo, y que **no me impidan** » amarte. ¿ Pondrán trabas **al amor el mundo o las cria**» turas ? Con todas mis **fuerzas renuncio todo afecto**

AMOR DE DIOS 31

» sensible a las cosas criadas, y quiero apartarme del » mundo como de un escomulgado y tenerlo por un ~» antieristo; quiero aborrecer su espíritu, su conducta, » sus sentimientos y sus máximas. ¡ Oh amor, oli amor! » O morir o amar; o más bien morir y amar. ¡ Oh » amor, oli anior! Basta de ingratitudes y de ofensas, » cesen pecados e infidelidades, y quede sólo amor! » Deseando en gran manera amar con mayor perfección,

siempre andaba suspirando por la eternidad, que es la mansión y- la casa del amor, donde éste corre como un flujo de Dios a su criatura, y torna como un reflujo de la criatura a su Dios. A veces manifestaba su languidez con palabras y por esas llamaradas se puede barruntar qué hoguera llevaba ardiendo en el corazón. «¡ Oh cielo!, » 1 decía. ¡ Qué codiciable eres! En ti se ama a Dios perfectamente. En ti impera omnipotente amor. No » hay en ti corazón que no esté transformado en ese » amor divino. ¡ Oh tierra! ¡ Oh mundo! ¡ Oh cuerpo, » mazmorra oscura de mi alma! ¡Qué insorportable te » me haces! ¡Desdichado de mí! ¿Quién me libraré » de este cuerpo de muerte? ¿ Habré de quedarme aun » mucho en este mísero destierro, en esta tierra extraña, » en este lugar de pecado y de nialdición ? ¿ No asomará » pronto ese día, esa hora, ese momento tan deseable y » tántas veces deseado que empezaré a querer a mi » Dios perfectamente? ¡Ay, Dios de mi vida! ¿Lograré » al cabo algún día amarte como deseo? ¡Dios de mise » ricordias! ¿No te apiadarás de mi dolor? ¿No oyes » mis Suspiros? ¿Dejarás de escuchar mis clamores 9 .» A ti' claino, Señor, a ti deseo, por tí suspiro, y bien .)!) sabes tú que nada quiero en el cielo y en la tierra, en

la vida y en la muerte, sino tu puro amor. »

Esos son los ardores que consumían a aquel serafín

terrestre. Después de haber conjurado al cielo y al Dios '4el cielo que remediaran de algún modo su desfallecimiento, volvíase a las criaturas, esperando alcanzar 1 ,~pronto, por mediación de ellas, la separación de su

1:-- , ma y de su cuerpo y la libertad de amar mas pura

mente. « Madre de Dios, proseguía, Ángeles de Dios, Santos y Santas de Dios, criaturas todas de Dios,

32 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

» compadeceos de mi dolor. Hablad por mí al Amado » de mi alma; deídle que estoy enfermo de amor; » deídle que nada quiero en el tiempo y en la eternidad, sino su puro amor : no el cielo, no la gloria del » cielo, no las grandezas del paraíso, ni las dulzuras » de su gracia, sino únicamente su purísimo amor; » deídle que sin ese puro amor, ya no puedo vivir más; » deídle que se dé prisa a realizar en mí sus inirras, a » concluir las operaciones de su gracia y -a consumirme » todo en su divino amor, para que se me lleve pronto » al reino eterno de ese mismo amor. »

Escribiendo un día a una monja de S. Benito, mujer de gran virtud con quien había trabado estrecha amistad de espíritu, le decía : « Ay! hermana de mi alma, si » tenéis algún tanto de caridad para vuestro pobre her» mano, suplicad a Nuestro Señor cuando estéis junto » a él, que me saque pronto de este lugar de pecado y » de imperfección, para trasladarme, a un sitio y a un » estado en que se ama pura, perfecta y continua» mente. »

Azuzado por esos fervientes deseos de amar a Dios, y consciente al mismo tiempo de no poder llegar a tanto como se merece el sumo bien, imaginaba mil inventos para suplir su poquedad. Solía ofrecer a su divina Majestad la perfección de los Ángeles, la fe de los Patriarcas y Profetas, el celo de los Apóstoles, los padecimientos de los Mártires, la penitencia de los Confesores, la pureza de las Vírgenes, la santidad de todos los Bienaventurados y Dios a Dios mismo, no para obtener mercedes, ni siquiera la del cielo, sino únicamente para agradarle más y darle mayor gloria. A fin de honrar debidamente a Dios Padre y ofrecerle un amor condigno, se unía muchas veces con Nuestro Señor que es el suplemento de nuestra religión, y juzgando que con objeto de remediar su insuficiencia, se había hecho cosa suya ese divino Salvador, se holgaba de amar a Dios cuanto abarca y puede el divino querer.

El amor de San Juan Eudes fué puro y sin mezcla de imperfección alguna. Si puso empeño en salvar almas, sólo le movió el fin de que fuera Dios glorificado en

AAIO-n DE DIOS 33

ellas. Si ejerció la virtud, nunca fué por el gusto que sintiera ni el premio que esperara, sino únicamente por dar contento y gloria a su divina Majestad, y asemejarse más a Jesucristo, cuya vida copiaba y continuaba. Aun cuando se disponía a ganar indulgencias, más intentaba cumplir el beneplácito de Dios que anhela unirse pronto con nosotros, que librarse de la pena de sus pecados. Ganaba indulgencias para que no fuera frustrado Nuestro Señor del fruto de su Cruz ni se hiciera inútil su san-re derramada; para desagraviar la divina justicia, y para que purificada su alma de los rastros malignos que deja en nosotros el pecado, pudiera aniar a Dios con más pureza y mayor fervor.

Su amor era conquistador. -'i\To podía uno tratar con él y quedarse frío, porque eran sus palabras llamas que daban fuego a los corazones. Por lo -común, su conversación versaba sobre las perfecciones de Dios, las de Nuestro Señor o las de su santísima Madre; y cuando topaba con conocidos de confianza o los recibía de visita, lo primero que les preguntaba era si amaban mucho a Dios, a Nuestro Señor, a la Madre admirable, que así solía llamar a la Virgen. Hasta los libros que ha escrito están llenos de esos sentimientos.

Su amor era diligente, y porque amaba, quisiera haberse hallado en todos los sitios del mundo a la vez para procurar la gloria de su Amo. El Señor de Renty que lo conocía mejor que nadie, le escribió un día con motivo de unas misiones que se preparaban : « ¡Qué » dichoso sois de hallaros en tan abundante mies, y qué » bien siento que quisiera vuestro corazón abrirse y » rebosar por todas partes para dar a conocer el reino » de Dios en Cristo Jesús! » Ese amor lo hizo admirable y ejemplar en todas sus acciones, compuesto y recatado en las iglesias, atento en la oración, ensimismado en la celebración del santo Sacrificio, celoso en la predicación del Evangelio, animoso en sus santas empresas : en una **palabra**, perfecto en toda su conducta. Se comprometió

, 1~

por voto a hacer en los asuntos de importancia lo que

1 supiera ser más grato a la divina Majestad.

34 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

Como no ignoraba empero, que la mejor prueba de amor es sufrir por el amado, pidió a Dios, a la Virgen y a los Santos cruces y persecuciones, murmuraciones y calumnias, y generalmente todo lo que pudiese atormentarlo y afligirlo. Hasta se ofreció de corazón para sufrir todas las penas que se han aguantado y se han de aguantar en el mundo, a fin de que, destruido por completo cuanto en sí se opusiera al amor divino, estableciera éste su reino perfectamente.

Esas fueron las disposiciones de aquel santo Sacerdote que ardía de amor por su Dios y se inflamaba más y más cada día en las dos grandes hogueras del divino Corazón de Jesús y del sagrado Corazón de María, objetos predilectos de su devoción. ¿ No puede decirse, sin temor de

-t la verdad, que se pareció a aquel serafín de la

faltar ,

Escritura, que sacó un ascua del altar y purificó los labios del profeta? ¡Cuántas ascuas habrá sacado él de esos dos altares para purificar no sólo sus labios y su corazón, sino también los labios y los corazones de un sinnúmero de personas que arderán eternamente en las llamas de la divina caridad! Al amor se rindió cautivo, y se deshacía por conquistarle el mundo entero.

¡Dichosa el alma que nada ve y nada sabe sino el amor divino! ¡Dichosa la que imitando a aquel varón excelso, desprecia lo terrenal, y sólo se cuida de alimentar en sí y en los demás ese fuego sagrado!

CAPITULO V

DE SU CONFORMIDAD CON LA DIVINA VOLUNTAD.

Sujetarnos al divino querer es dar a Dios la prueba mas eficaz de nuestro respeto y de nuestro amor. Por la sujeción le rinden homenaje todas las criaturas - « Les » prescribió orden, dijo el Profeta, y lo guardarán; » púsoles término, y no lo traspasarán. » Y por la sujeción también reconocen los **hombres su señorío; porque**

CONFORMIDAD CON LA DIVINA VOLUNTAD .35

« un pueblo sumiso es corona de gloria en las manos del » Señor, y diadema regia en las manos de nuestro » Dios. » El tema del amor es decir el amante al amado: « Todo lo que quieras, y como lo quieras. »

Como fuera, pues, San Juan Eudes que aquellos a quienes llamó el Sabio « siervos fieles en dilección », vivió siempre rendido a la divina Voluntad, que fué objeto precípua de su culto, gratísimo centro de sus pensamientos, término habitual de sus más tiernos afectos y tema casi continuo de sus conversaciones.

Hablaba mucho de la profesión que hizo el Verbo encarnado, en el primer momento de su Vida

temporal, de cumplir siempre la Voluntad de su Padre, como lo escribe S. Pablo a los Hebreos (Cap. 10) : « Al entrar » en el mundo dice Jesús : Illeme aquí (escrito está de » mí en el rollo del libro) para hacer, oli Dios, tu volun» tad. » Quedaba atónito al pensar como el divino Salvador aniquiló en cierto modo la suya, aunque santa y deificada, y repitió sin cesar por obra lo que dijo en el huerto de los Olivos la víspera de su muerte : «Padre, » hágase tu voluntad y no la mía. » (S. Lucas 22). Algunas veces se complacia en pronunciar esas palabras, o estas otras : « He descendido del cielo no para hacer « mi voluntad, sino la del que me envió » (S. Juan 6); y como acostumbrara ponderar cómo qué gozo inmenso emprendió Jesucristo tantos trabajos, y padeció tantos tormentos, y miró en frente los males que habían de sobrevenirle en este mundo, porque ésa era la Voluntad de su Padre, no le costaba someterse en todo al divino beneplácito.

Decía además que, así como en ese beneplácito divino hallan su dicha y su paraíso los Santos, a tal punto que, teniendo con Dios un solo querer, se regocijan de los efectos que obra justiciero en el infierno sobre sus parientes más allegados : así también nosotros hemos de cifrar en él todo nuestro contento, Y eso por dos razones : la primera porque hemos sido criados únicamente para la gloria de Dios, la cual traen consigo todos los acontecimientos de la vida; la segunda porque debemos estar unidos con Jesucristo, nuestra cabeza,

26 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

quien quiere que seamos uno con él y con su Padre, es decir, que tengamos un mismo espíritu y los mismos sentimientos.

Como un día le advirtiera un varón virtuoso que había de poner mucho cuidado en no apartarse ni siquiera un paso del camino regio que es seguir en todo y por todo la divina Voluntad, pues que ésta quería vivir en él y reinar enteramente : « Amén, amén, le contestó él; » a ella me entrego y en sus manos me pongo de todo » corazón, para que en mí viva y reine. » Y desde entonces, consideró y trató su voluntad propia como un dragón henchido de ponzoña,, cómo un demonio lreno de malicia, como un antierista infinitamente contrario a Nuestro Señor, y niás opuesto a su salvación que todos los demonios del infierno. ,A.sí que la mortificó y aniquiló en todo. Por poca afición que sintiera a una cosa, la arrojaba en seguida a los pies de Jesucristo, suplicándole se la quitara, si no cuadraba con sus miras; y por apremiante que fuera, no dejaba de renegarla hasta sentirse dispuesto a querer lo contrario. Se ofreció incondicional-> mente como víctima cruenta e incruenta de la divina Voluntad. Dimitió por conipletito todo uso de sí mismo, y quiso que Dios solo dispusiera, para guiarlo y emplearlo a su gusto. Esos vienen a ser los sentimientos de su corazón que manifestó a im hijo suyo al salir de una enfermedad de cuidado. « Ayudadme, le escribía, a dar » gracias a Nuestro Señor y a su santa Madre de ha» berme librado de una gran enfermedad - una pleu» resía - y a rogarles que me entreguen a la divina » Volvintad de tan buena manera, que ya no emplee ni » un momento siquiera de la vida que me han dado, » sino para hacer en todo y por todo lo que más le » agrade. Estoy muy edificado y consolado de vuestra » sumisión a esa Voluntad adorable. Seguid firme en » esa santa disposición. Quiera Dios afirmarla y acre» centarla más y más en vuestra merced. »

Consideraba la divina Voluntad como su fin y su centro, su elemento y su sumo bien; a ella se entregaba cuerpo y alma enteramente, para la vida y la muerte, para el tiempo y la eternidad; y con ella se daba por

CONFORMIDAD Coñ- LA DIVINA VOLUNTAD 37

contento, no ansiando otra gloria más, ni otro tesoro, ni otra alegría, ni otro paraíso en este mundo o en el otro. Más quisiera morir y padecer mil infiernos que hacer nada de intento contra ella. Algunas veces profería estas amorosas palabras: «¡Oh amada Voluntad de » mi Dios, eres y serás en adelante ni; corazón, mi alma, » Di; vida, mi fuerza, mis riquezas, mis delicias, mis » honores, mi corona,

mi inipero y mi sumo bien. Vive » y reina en mi perfectamente y para siempre!» Otras decía : « ¡ Viva Jesús, viva la santísima Voluntad de » Jesús! Perezca la mía y se aniquile para siempre, y » reine la suya y sea eternamente cumplida así en la » tierra como en el cielo. »

Cuando le sobrevinían contrariedades, se alegraba porque las quería Dios; si en cambio se cumplían sus deseos, se alegraba también, no empero por la satisfacción propia, sino por la del Se.Sor. Por amor de Jesús procuraba emprender sus acciones, y las llevaba a cabo de gusto porque quería él que las hiciera. « Dios mío, » decía muchas veces al principiar una tarea, quiero » tomar mi contento en hacer esto, porque es vuestra » Voluntad que lo haga. » Y aseguraba que repitiendo esa práctica, disminuía o se quitaba del todo la repugnancia natural que podía experimentar uno; de manera que acababa por ser dulce y agradable, aun para los sentidos, lo que antes sólo causaba amargura y hastío. Si se le ocurría algún temor de perder la salud, o la fama, o los amigos, o cosa parecida, adoraba, amaba y bendecía el beneplácito de Nuestro Señor conio si hubiera sucedido la desuracia, o para cuando hubiere de suceder.

En las dolencias del cuerpo o en las penas del alma, que por cierto le abrumaban no pocas veces, se postraba en su aposento a los pies del erucifijo, o iba, si podía, ante el santísimo Sacramento; y allí se desahogaba en fervorosos actos de resignación, y se entregaba en manos de Dios. Además, cada mañana aceptaba de antemano las cruces que hubieren de sobrevenirle en el día. En fin, quería todo lo que su divina Majestad; queríalo con gozo, como con gozo lo quiere también ella. Cuando juzgaba ser orden de Dios el emprender un asunto, ponía

3 8 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

luego manos a la obra; y ni respetos humanos, ni atenciones al mundo, ni reparos de la prudencia natural podían cohibir su arranque, pues su devoción a la divina Voluntad no le consentía dilatar la ejecución.

Esa sumisión al divino querer en todas las andanzas, producía en su alma una serenidad continua; por donde puede también aquilatarse de paso la pureza de su amor, siendo así que éste se llama acrisolado cuando uno hace, sufre y acepta gozoso todo lo que sucede por orden de Dios.

San Juan Eudes decía que entre todas las virtudes, la conformidad es la más universal, la que ha de sernos más familiar, ya que a cada momento se presentan ocasiones de ejercitarla; que quien aguanta sus penas, o hace sus acciones con esa disposición, glorifica más a Dios, y adelanta más en el camino de la perfección en un solo día, que no en toda su vida por otros ejercicios. Por esos motivos la hincó tan adentro en la mente y en el corazón de sus hijos, que ha sido siempre como el alma de su Instituto. Tomó para sí y dejó a los suyos por divisa aquellas hermosas palabras del libro segundo de los Macabeos : « *Colere Deum et lacere voluntatem ejus* » *corde magno et animo volenti* : Venerar a Dios y cumplir su voluntad con gran corazón y ánimo resuelto. » Fué su ardiente deseo que en el alma de todos estuviera bien impresa esta verdad - que la subsistencia y la perfección de su Congregación dependían de esa sumisión a la divina Voluntad, la cual, siendo su fundamento, había de ser también su superiora y su madre, para regirla y gobernarla en todo a su gusto; y que en cambio sólo la voluntad propia de los particulares podía destruirla. Eso es lo que quiso explicarles un día en una carta que decía así :

« La divina Voluntad es nuestra bondadosa madre, » porque de ella hemos recibido el sér y la vida, así de » gracia como de naturaleza. Ella ha de regirnos y nosotros hemos de obedecerla y dejarnos guiar con plena » confianza, porque materno es en verdad el amor que » nos profesa. Os suplico por tanto, carísimos hermanos, » que la consideremos, honremos y amemos como a

» madre amabilísima, y que consista nuestra principal » devoción en apegarnos entrañablemente a ella con la » mente y el corazón, en seguirla fielmente en todo y por » todo y en obedecer todas sus órdenes *corde magis el » animo volenti*. Sea esa nuestra gloria y nuestra alegría, » y tengamos todo lo deniás por locura pura. *Non pos» ~umus aliquid*, dijo S. Pablo, *adversus veritatem, sed » pro veritate*. ¡Ojalá nos favoreciera Dios coi) tan sin» gular gracia, que pudiéramos decir de veras : *Non » possumus aliquid adversus De; voluntatem, sed pro » voluntate De; : No podemos nada, esto es, no podemos » ni pensar, ni decir, ni hacer cosa alguna contra la » voluntad de Dios; pero somos fuertes y poderosos para » obedecerla en todo! Por lo demás, no porque llame la » Voluntad de Dios nuestra madre, deja de ser también » madre nuestra la Virgen santísima; pues la Voluntad » divina la llena, posee y anima a tal punto, que viene » a ser como su alma, su mente, su corazón y su vida; » de modo que no es más que una misma cosa, si cabe » la, palabra, con la misma, divina Voluntad. Con que » la preciosísima Virgen es nuestra madre, y la Volun» tad de Dios lo es también; y sin embargo no son dos » madres, sino una sola, a la cual me doy y entrego de » todo corazón con todos mis amadísimos hermanos, » para que viva y reine en nosotros y lleve a cabo sus »'designios, a su manera y no a la nuestra, ahora y » siempre. Decid *amén*, amadísimos hermanos; pero de» cidlo de todo corazón, y no de boca sólo, sino aun más » con vuestras obras. »*

En otra ocasión volvió a escribirles : « El cumplir la » Voluntad de Dios es el único fin de estar nosotros en » este mundo; es nuestro único quehacer, nuestro *unum » necessarium*; lo que a diario le pedimos : *Fiat z,olun» las tua sicut in coelo el in terra*; nuestro centro y nuestro » elemento, en el cual hallaremos el verdadero sosiego, » la verdadera vida, la felicidad perfecta y la eterna » salvación; y fuera del cual, sólo nos espera zozobra, » muerte y perdición. Pero a fin de que la divina Volun» tad impere sobre nosotros, nos gobierne y nos rijan, » es menester absolutamente renunciar cada cual la vo

40 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

» luntad propia, que le es tan contraria como el diablo » a Dios, y esforzarse, Dios mediante, a pisotearla y » aplastarla como una sierpe y un anticristo. »

No pasaba un día sin que San Juan Eudes honrara de algún modo particular la divina Voluntad.

. que era para él, como queda dicho, la superiora y la madre primitiva de sil Congregación. Mandaba celebrar misas a los sa

11

cerdotes, u ofrecer comuniones a los demás, en honor de todo lo que es en sí, de todas sus órdenes pasadas, presentes y venideras, relativas a nosotros o a las otras criaturas; en acción de gracias por todo lo que le plugo o le pluguere ordenar en el tiempo y en la eternidad; en desagravio de las ofensas cometidas por los hombres y los demonios contra sn divina Majestad; a fin de alcanzar de su bondad que realizara en nosotros sus designios, destruyendo los estorbos y aniquilando por completo nuestra propia voluntad, para establecer perfectamente su reino en nuestros corazones.

Parecidas son las instrucciones que, a fuer de padre y fundador dió a las Hermanas de la Caridad, exhortánáolas a hacer en todo la santa Voluntad de Dios, despreocupadas de hallar gusto o sinsabor en los ejercicios de la devoción, y solícitas, en cambio, de cifrar siempre en ellos su contento, porque agrada al Señor que ejecutemos fielmente todo lo que abarca nuestro deber.

También inculcaba esos mismos sentimientos a las personas que lo escogían por guía, o le manifestaban confianza, como puede colegirse de la carta siguiente escrita a una monja de _Montmartre : «Decid a la Madre

» Superiora que se resigne a la adorable Voluntad de
 » Dios incondicionalmente, deseando tan sólo y pidiendo
 » lo que más le agrade. Ahí está el secreto de alcanzar
 » de Dios todo lo que uno quiere. En todos los casos y
 » cosas, no hemos de tener más voluntad que la suya,
 » máxime sabiendo, como sabemos, que sólo quiere
 » nuestro mayor bien. ¡ Oh! ¡ Qué grata es un alma a
 » su divina Majestad, y qué maravillosa paz disfruta
 » cultivado, aniquiladas por completo su voluntad y todas
 » sus inclinaciones, sacrificados a Dios todos sus deseos,
 » intereses y satisfacciones, nada pide ya, nada desea,

CONFORTIDAD CON LA DIVINA VOLUNTAD 41

» sino lo que más agrada a su Dios, preciándose de no
 » querer otro contento que el de su bondadoso Padre!
 » Venga lo que viniere, se halle como se hallare, sienpre
 » está satisfechísima, porque satisfecho está siempre
 » su Dios. Difícil de contentar ha de ser por cierto aquel
 » que no se contenta con lo que contenta a un Dios. Así
 » pues se logra de Dios todo lo que se le pide, porque
 » sólo se le pide lo que más le gusta. Y así se goza el
 » paraíso en la tierra. Pedidle esa gracia, para mí, ama
 » dísima hija, que yo se la pediré para vuestra " merced,
 » a fin de que seáis toda conforme al Corazón de Jesús

y al de María. »

» En verdad, decía también a otras personas, seríamos

» muy difíciles (le contentar, si no nos dieramos por
 » contentos con lo que contenta a Dios, a los Ángeles y
 » a los Santos, que no gozan tanto de poseer la gloria
 » como de ver cumplida en sí la Voluntad de Dios, esto
 » es, de que Dios tome contento y gusto en glorifi
 » carlos. No hay motivo para quejarnos de estar en el
 » paraíso de la Madre de Dios, del Hijo de Dios y del
 » Padre eterno. »

Por fin, San **Juan** Eudes procuró establecer cuanto

pudo la devoción a la divina Voluntad. Para ello, reunió
 en un salmo todos los versículos del Salterio davídico
 que la celebran, a fin de que cada cual, utilizándolo,
 pudiera honrarla diariamente. Hizo además unos pape
 litos y los repartió deseando que se llevaran sobre el
 corazón. En la una cara iban escritas estas palabras :

« *Benedictum sil Cor amaritissimum el dulcissimum*
 » nomen Jesu el Mariw ín aeternum el ultra. Nosl cum
 » Prole pia benedicat Virgo Alaria (1) »; con el intento
 de que, llevándolas sobre el pecho, todos los latidos del
 corazón se transformaran en virtud de un pacto, en

voces que alabaran y bendijeran sin tregua a los Corazones amabilísimos y a los dulcísimos y augustísimos nombres de Jesús y de María, y les pidieran su bendición. La otra cara del papelito decía : « Peto, *Domine*,

(1) Benditos sean los corazones amabilísimos y los nombres dulcí-

simos de Jesús y de María eternamente y aun más. Bendíganos la Virgen María con su Hijo piadoso. ,
42 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

» *el tolo corde desidero ut tua laudabilissima Volunt'* » *in me el in omnibus creaturis perficiatur secundum* » *optimum beneplacitum tuum (1)* »; palabras que habían de ir animadas por la intención de entregarse uno a la divina Voluntad a cada respiración, para suplicarla reinase en sí mismo y en todas las criaturas. Estas intenciones y este pacto tenían que renovarse cada día.

Tales fueron los sentimientos de aquel gran siervo de Dios respecto de la divina Voluntad, a la cual se había consagrado cuando niño. Jamás vasallo tuvo tanto respeto a su señor, ni servidor tanta obediencia a su amo, ni hijo tanto amor a su padre, ni esposa tan estrecha unión con su esposo. Por esa senda de gracia lo encaminó el Señor a tan cumplida perfección, Y ese medio usó su Providencia para elevarlo a santidad tan encumbrada.

CAPÍTULO VI

Ex QUÉ MANIFESTÓ PARTICULARMENTE SU SU-MISIÓN

A LA DIVINA VOLUNTAD.

Para cumplir la divina Voluntad es menester conocerla, que mal podrá uno correr tras un objeto mientras no lo haya siquiera divisado. El que no ignora la ley y osa sin embargo quebrantarla, se acarrea mayor juicio; porque el castigo o el premio se miden conforme al conocimiento que se tuvo; y siempre exige Dios mayor fidelidad a quienes ha dado mucho, que a los que recibieron menos.

San Juan Eudes conoció la divina Voluntad y la cumplió fielmente en todo. Decía que suele manifestarse de cinco modos principales, todos ellos muy certeros para él. Primero por los mandamientos, segundo por los consejos, tercero por las reglas y obligaciones de la

(1) Ruégote, Señor, y anhelo con toda el alma que en mí y en todas las criaturas se cumpla tu laudabilísima Voluntad, del modo que mejor gustes.

EN QUE MANIFESTÓ SU SU-MISIÓN 43

propia condición, cuarto por las personas que mandan en nosotros, quinto y último por los acontecimientos. Y conforme a ese conocimiento anduvo.

Antes hubiera padecido todo linaje de tormentos que traspasar el menor mandamiento de Dios. Vivía dispuesto a seguir generalmente todos los consejos del Evangelio, según el alcance de la gracia que le fuere dispensada. Observaba las leyes eclesiásticas con puntualidad extremada; y de él podía decirse que era un libro vivo y animado, donde podían leer las obligaciones de su estado los escogidos para el servicio de los altares. Acataba a sus Superiores como a quienes le hacían las veces de Jesucristo en la tierra, y obedecía solícito su voz como si hubiera salido de la boca misma del Salvador. Nunca igualó el respeto de Samuel para Elí con el que tuvo él a los Prelados de la Iglesia, siempre a sus órdenes, enteramente desprendido del propio juicio y de la propia voluntad, a fin de que

podieran ellos dedicarlo a los cargos u ocupaciones que juzgasen convenientes para la mayor gloria de Dios; y era ciega su deferencia a cuanto le mandaban.

Ni paraba su obediencia en las personas de dignidad elevada, sino que se extendía asimismo a las de un rango inferior. Jamás se propasaba a predicar, confesar o ejercer cualquier otra función eclesiástica en una iglesia parroquial, sin licencia del Señor Párroco, o, faltando éste, de su Señor Vicario. Había aprendido a someterse a toda criatura humana, como lo ordena el apóstol S. Pedro, y teniéndose por inferior a todos, según lo enseña S. Pablo, trataba a cada cual como a su superior. Así que obedecía a los mismos encargados de su Comunidad, y aun al cocinero; y cuando les ayudaba en algo o iba a la cocina a fregar los platos, pensaba obedecer a Dios obedeciendo por su amor a las criaturas, y en las órdenes de éstas, acataba las de su soberana Majestad.

De esa su sumisión al divino querer procedía su fidelidad cumplida a las prácticas de la Comunidad. Todo lo dejaba en el momento mismo en que oía la campana tocar a orar, o a rezar el oficio, o a recogerse, o a cualquier

4 4 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

otro ejercicio, Para él, ese toque de campana era el toque del gran Rey que no le dejaba detenerse, y le hacía encaminarse con prontitud hacia donde lo llamaban. Tan rara puntualidad era el fruto de sus reflexiones serias y prolongadas sobre el perfecto rendimiento de Jesucristo a las órdenes que le diera su Padre, ya por sí, ya por la santísima Virgen, o S. José, o el Ángel que lo condujo a Egipto, o los Judíos, o Herodes, o Pilato. A razón de esa sujeción de Nuestro Señor, tenía él declarada una guerra sin tregua a su voluntad propia, y deseaba destruirla por completo en sí y en los miembros de su Congregación, para que se asemejasen más a Jesús y a María, su Padre y su Madre, quienes nunca jamás buscaron su propia satisfacción en cosa alguna. Uno de sus más fervidos deseos era, como ya dije en el capítulo precedente, que reinara en su Comunidad la Voluntad divina; y se le notaba alteración cuando faltaba uno en algún punto a la obediencia, que quería fuese pronta y sin réplica como Puede verse por estas citas sacadas de sus cartas.

« La perfecta obediencia, escribe a uno de los suyos, » es pronta y no ha menester tantas razones y palabras » para darse por persuadida. Si cada vez que se necesita disponer de un sujeto para cambiarlo de casa o » confiarle un cargo, hiciese caso uno de su genio y de sus. » inclinaciones, ¿qué sería? » En otra ocasión, contestando al Rector de un seminario, que porfiaba por verse descargado de su empleo, le escribe así : « Paz a » los hombres de buena voluntad, esto es, a los que han » renunciado enteramente a su voluntad propia, y ya » no tienen sino la de Dios que les manifiesta la santa » obediencia... ¡Oh! qué engaño más grande, amadísimo hermano, decir que estamos segurísimos de que » Dios no nos pide una cosa que nos pide la obediencia. » Humillémonos, amadísimo hermano, humillémonos, 1) y no demos por voluntad de Dios nuestro apego y » nuestro sentir, siendo contrarios a la verdadera obediencia, sin la cual es imposible agradar a **su divina » Majestad**, máxime en una Congregación de eclesiásticos que deben ser dechados de todo linaje de vir

EX QUÉ MANIFESTÓ SU SUMISIÓN 4 5

» tudes. Muy dichoso seríais, si os fuese dado morir por » obediencia en el cargo que desempeñáis. Roguemos » a Nuestro Señor nos haga partícipes de su divina » obediencia que lo impelió a morir en la cruz, y por » parte nuestra, esforcémonos en dar muerte a nuestra » propia voluntad, y en seguir a nuestro amabilísimo » Padre, si queremos ser contados entre sus hijos. De » todo corazón le suplico nos conceda esta gracia. » Tal era el sentir de aquel digno siervo del Altísimo acerca de la sumisión que corresponde a quienes en la tierra son para nosotros representantes de Dios; por donde puede columbrarse en cuanto tenía esa virtud, y cómo deseaba que se practicase fielmente.

Estaba persuadido de que Dada quiere Dios y nada permite sino para su mayor gloria; y que

efectivamente, de todo la saca, y hace redundar todo en pro de los que le aman y se someten a sus órdenes. Sabía que su divina Voluntad, siendo siempre infinitamente justa y santa, siempre merece ser infinitamente amada y adorada; y así solía practicarlo él en todos los acontecimientos que sobrevenían, asociándose a la sumisión de Jesucristo Nuestro Señor, y diciendo con él : « Padre, hágase tu » voluntad y no la mía; si, Padre, así lo has querido. »

Eso se vio muy bien en mil ocurrencias de su vida. Primero cuando venían a enfermar o fallecer sus amigos, o los sujetos de su Congregación apreciados. y queridos. Habiendo visitado la casa de Lisieux, deja enfermos a casi todos sus moradores; por lo que escribió al Rector del Seminario de Coutances : « Dejé enfermos en Lisieux » a nuestros hermanos, eclesiásticos y legos, todos menos » dos; y sin embargo no por eso desmayo, gracias a Dios, » pues pongo la mirada en la divina Voluntad que lo » hace todo y lo hace bien, y tengo firme confianza en » Nuestro Señor y en su santísima Madre que no nos » desamparán, y lo proveerán todo como mejor » gus» ten. Sólo eso quiero, gracias a Dios. » Otra vez, escribiendo a la Madre Superiora de las Hermanas de Nuestra Señora de la Caridad, que corría gran peligro de vida, le participa lo siguiente : « Si cediese a sentimientos » humanos, vuestra enfermedad me impresionaría hon

4 6 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

5) damente; pero, a niás de que espero que os devolverá » la salud Nuestro Señor, la consideración de su **Volun»** tad adorable no me deja decir más que : Ita, Pater, » quoniam sic fuit placitum ante te (1). »

Habiéndole arrebatado la rnuerte uno de los mejores operarios de su Congregación, cuya virtud estimó siempre en gran manera, sintió vivísima emoción; pero la forma en que explicó su pena a un hijo suyo, demuestra inuy a las claras que su afecto a la divina Voluntad sobrepujaba sin comparación su apego e inclinación a las personas, por carísimas que le fuesen. Estas son sus palabras : « ¡Sea en todo nuestra guía la divina Volun» tad, y nuestro único consuelo en nuestras aflicciones! » Aquí va una sensibilísima que me ha causado extraor» dinario dolor. Es la defunción del Seflor Jourdan, » nuestro buenísimo y amabilísimo hermano. Pero justo » es, amado hermano, que sea Dios el duefi.o, y que » antes se cumpla su Voluntad adorable que no la nues» tra. Si no cohibiese mis sentimientos, clamaría con » dolor y lágrimas : Siccine separat amara mors? (2). » Pero, puestos los ojos en la santísima, sapientísima y » bondadosísima Voluntad de Dios, clamo de lo más » hondo del corazón : Ita, Pater, ita, Pater juste, ita,' » Pater optime, quoniam, sic placitum ante le (2) ».

Y por lo que escribe con ocasión de haber muerto D. Santiago Blouet, Señor de Camilly, uno de sus mejores ainigos, puede verse qué duelo quería se tuviese en semejantes coyunturas, y qué sumisión a las órdenes de la Providencia : « ¡Sea la divina Voluntad nuestro único » consuelo en nuestras aflicciones! Lo hace **todo con** » tánta sabiduría y bondad, que basta considerarla en » los percances que nos sobrevienen **para ser conso»** lados. He de confesar empero que, no obstante ese » consuelo, me duele sobremanera, según los sentidos, » la muerte de nuestro bondadosísimo Señor de Camilly. » Hemos perdido a un amigo muy sincero y fiel.

(1) Si, Padre, pues que tal fué tu agrado.

(2) i Así pues aparta la muerte acerba!

(3) Así, Padre, así, Padre justo, así, Padre óptimo, pues que así es tu agrado.

EX QUÉ MAMFESTÓ SU SUMISIÓN 4 7

» hablo humanamente al decir que lo liemos perdido,

» que al fin y al cabo, quien no pierde a Dios, no pierde
 » nada. Además, no perdemos a nuestros amigos
 » cuando se los lleva Dios a su lado; antes los poseemos
 » mejor, y de mayor provecho nos son en el cielo que
 » en la tierra. Mas es preciso ayudarles a llegar pronto,
 » pues sucede a menudo que se detienen mucho tiempo
 » en el camino. Ruego a todos nuestros amados her
 » manos se esmeren en rendir a Dios los obsequios que
 » le debemos en este tiempo de aflicción, humillándonos
 » bajo su mano potente, adorando su divino querer y
 » conformándonos de todo corazón, dándole las gracias
 » por las cruces que tiene a gusto mandarnos, sacrifi
 » cándole nuestra vida y la de cuantos nos son caros,
 » y Más que todo, procurando halh:trnos dispuestos como
 » quisiéramos estarlo en la hora de la muerte, reno
 » vando para ello el propósito de cumplir exactamente
 » con todas nuestras obligaciones. »

Esos mismos sentimientos de confiado rendimiento

a las órdenes de Dios inculcó a las Hermanas de la Cari
 dal, con ocasión de haber perdido ellas a Madama de
 Boisdauid, religiosa profesa de quien se habló en el
 libro primero. He aquí en qué forma se dirigía a la Supe
 riora : «Muy amada y buena Madre, sea en todo nuestra
 » guía la divina Voluntad. La muerte de nuestra ama
 » dísima Sor María del Niño Jesús me dejó al pronto
 » algo sorprendido; mas, vueltos luego los ojos a esa
 » adorabilísima Voluntad, que dispone todas las cosas
 » con la suma perfección posible, se ha sosegado nij
 » corazon y sólo ha podido decir mi boca : Pater, non
 » mea, sed tua Voluntas fiat (I); i Oh! qué bien está eso
 » así, mi muy amada Madre, ya que ése es el gusto del
 » divino Niño Jesús, que ha querido llevarse a esa
 » amada hermana consagrada a su divina infancia, en
 » la temporada dedicada a ese gran misterio. Ha ido
 » a tomar posesión del cielo en nombre de todas las
 » hermanas y a empezar allá un establecimiento eterno
 » de la Comunidad de Nuestra Señora de la Caridael. Ha

(1) Padre, hágase tu voluntad, y no la mía.

48 VIRTUJIDES DE SAN JUAN EUDES

» ido al paraíso para adorar, alabar y amar continua » y eternamente a la santísima Trinidad, con
 Jesús y » María y todos los Bienaventurados, en nombre y de » la parte de sus amadas hermanas. Ésas
 son las primi» cias de vuestra casa que habéis ofrecido a su divina » Majestad, y ése vuestro primer
 sacrificio, que habrá » sido gratísimo ante el trono del Dios excelso. »

He ahí cual fué el desprendimiento de aquel varón, que por no apegarse a las personas sino
 cuanto lo consentía la Providencia, tan satisfecho se halló en lo íntimo del alma cuando Dios le dejó
 sus amigos, como cuando se los quitó.

Idéntica indiferencia demostró respecto de los lugares en que vivía. Más de una vez, precisando emprender el viaje de París, por requerirlo asuntos de su Congregación o muchos otros de suma importancia para la gloria de su Amo, se puso en camino y, después de llegado, permaneció allí todo el tiempo que juzgó necesario para lograr su intento, no obstante la gran repugnancia que

n

-sentía. Esa ciudad grandiosa que embelesa a tantos, no le embelesaba a él; y si no viera en su estancia prolongada la santísima Voluntad de Dios, mucho sufriera en verdad; pero en la sumisión halló su contento. Hay que oírlo hablar él mismo sobre este particular. « Os ase» guro, dice a un hijo suyo, que si hiciera caso de inis » inclinaciones naturales, ine aburriría en París sobe» ranamente y habría salido de aquí hace ya mucho » tiempo. Pero la divina Voluntad me detiene, y no » tengo pies ni manos para resistirle; al contrario, me » deajo atar por sus suaves manos, y me son tan deli» ciosas sus cadenas, que hallo en su cautiverio mi » contento cumplido y mi paraíso. ¡ Oh! amadísimo her» mano, ¡ cuán dichosa es el alma totalmente despren» dida que sólo tiene apego a la amabilísima Voluntad » de Dios! »

Escribiendo sobre el mismo tema a una monja de la Caridad, le dice : « Cierto es, amadísima hermana, que » a veces son muy largos mis meses : más largos de lo » que pienso, pero no de lo que quiero; pues, por la mise» ricordia de Nuestro Señor, me parece **que no quiero**

EX Q7É MANIFESTÓ SU SUMISIÓN 49

» nada ni en este mundo ni en el otro, sino una sola » cosa, que es entregarme por completo en las suaves » manos de la adorabilísima Voluntad de mi Dios, para D que me lleve a donde guste, y allí me deje **tanto o tan** » poco como guste, y haga conmigo en todo lugar y en » todo tiempo lo que más le guste. Así que no puedo » decirnos todavía cuando regresaré a Caen. Sé muy bien » que, mediante la gracia de Nuestro Señor, será » cuando yo quiera, pero no sé cuando querrá él. Me » preguntáis si no me aburro en París. Lo mismo sería » preguntarme si no me aburro en el paraíso; pero ese » paraíso no es París. ¿ Qué es pues? --,NI¡ verdadero » paraíso es la divina Voluntad que me detiene en » París. Ruego a nuestra amada Sor '11.51aría del Niño » Jesús suplique a ese adorable Niflo que me dispense la » gracia de no hacer nunca nunca mi propia voluntad, » sino de seguir siempre la suya y reposarme y conipla» cerme unicamente en ella. Si siguiese mis inclinaciones, » os aseguro que más bien estaría en Caen para hablaros » una que otra vez de las bondades incomparables de » nuestro muy bueno y adorable Salvador, que no aquí » corriendo las calles de París. Pero Dios nos guarde » de hacer jamás unestra voluntad, y nos dé la gracia » de comprender que ningún negocio tenemos en este » mundo más que cumplir en todo y por todo la suya » *corde magno et animo volenti*. ¡ Oh! qué alegría saber » que ése es nuestro único negocio y que todas las poten» cias de la tierra y del infierno no solo no pueden, si » queremos nosotros, Dios mediante, impedirnos un » instante el granjeárnoslo, sino que cuanto más forec» jean por estorbarnos, más nos ayudan a lograrlo. »

Por el estilo se expresaba en una carta dirigida a la Comunidad, de la cual cito este párrafo : « Al partirme » de Caen, carísimas y amadísimas hermanas, pensaba » estar de viaje dos meses tan sólo; pero mi querer no » concordaba con mi pensar, pues quería ausentarme » para más de ocho meses; ignoraba empero que tuviese » semejante voluntad. Queríalo, sí, ya que lo quería Dios » cuya Voluntad es la mía; mas ignoraba que tuviese » yo esta voluntad, porque no sabía cuál fuese en esto

50 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

» la Voluntad de Dios, como ignoro todavía cuál será en lo » venidero. Es patente que su santísima Providencia nos » ha traído aquí para obrar por medio de instrumentos » ruines lo que apenas podemos figurarnos; pero no » sabemos aún lo que querrá hacer con nosotros des» pués de esto.

Rogadle, amadísimas hermanas, que » haga lo que más le agrade, para la sola gloria de su » santo Nombre, sin reparar en nuestra indignidad y » miseria. »

Aunque ya baste lo dicho para poner de manifiesto el afecto y apego de San Juan Eudes a la divina Voluntad, trasladaré sin embargo, antes de cerrar este capítulo, un trozo de la carta que escribió a uno de los suyos, que estaba dando en la diócesis de Coutances una misión en la cual deseaba haber cooperado. (, Seguía » esperando ir pronto con vuestra merced a la misión » de Gatteville; - pero Nuestro Señor no me ha juzgado » digno, y aquí me detiene por inis pecados en mi pur» gatorio de París, más de lo que yo pensaba, pero no » de lo que deseaba; pues, gracias a su misericordia, me » hace la merced de no desear nada en este mundo sino » curriplir su santísinia ~oi-antad; y si he de deciros la » verdad, adoudequiera la encuentro, allí encuentro mi » centro y rni paraíso. Por eso París, que antes era mi » purgatorio, es, ahora mi paraíso, porque veo a las » claras que la divina Voluntad me ha traído aquí y » aún me detiene unos días. No importa donde esté » ni lo que haga, con tal que sirva a mi Dios y cumpla » su santísima Voluntad. Sólo eso tenemos que hacer » en este mundo Y en eso sólo hemos de cifrar nuestro » contento. » Por fin, uno de sus dichos más habituales era éste : « Hago todo lo que quiero; en todo lo que » emprendo, sólo resulta lo que quiero, porque nada quiero » ni jamás querré, sino lo que quiere la santa Voluntad » de Dios. »

Si es verdad, como dijo un antiguo, que se conocen los hombres por las palabras que salen de su boca, no podemos forniarnos un concepto más adecuado de la virtud y santidad de San **Juan Eudes**, **que ponderando lo** que ¡ia dicho y escrito de su conformidad con la Vo

E-N QUÉ MANIFESTÓ SU SUMILLÓN,

lUntad divina; pues que en dicha conformidad consiste la verdadera devoción, como ya lo notó San Cipriano y después lo repitió Santo Tomás. Y efectivamente, tal fué la devoción del Verbo encarnado mientras vivía aquí abajo, tal es la de los Ángeles y Santos en el Cielo, y tal ha de ser la de todas las almas fieles que aspiren a unirse con Dio- en la tierra y a poseerle en la eternidad.

5 1

CAPÍTULO VII

DE SU GRATITUD P.sriA co-\, Dios.

San Agustín dice que uno de los principales deberes del Cristianisino consiste en ser el alma agradecida a su Dios. Y efectivamente, si el acto más señalado de la virtud de religión es el sacrificio, entre todos los sacrificios descuella en excelencia el que llamamos Eucarístico, o sea, de acción de gracias. Así que, en las Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento, nada se encarece tanto como la gratitud. Dios quiso que los Judíos tuvieran siempre a la vista el recuerdo de su liberación de Egipto, que llevaran en las manos las señales de aquel insigne beneficio para no olvidarlo, que lo conservaran agradecidos en su corazón y no cesara su lenaua de ensalzarlo y pregonarlo, para que lo supieran

n

sus descendientes. Jesucristo, habiendo curado a diez leprosos, se quejó (le que los nueve, olvidados luego del favor recibido, no se tomasen siquiera la molestia de venir a demostrarle su agradecimiento. Quiere por fin San Pablo que denios gracias a Dios en todas las cosas, porque, según dice, es su voluntad que así lo hagamos todos en Cristo Jesús.

A ese deber San Juan Evides fué siempre fiel en sumo grado. Ajustando su sentir al de la Iglesia

que cada día da gracias a Dios por su excelsa gloria (gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam), le bendecía por lo
52~~ VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

que es en sí, y por los bienes que derrama su bondad sobre las criaturas, principalmente sobre aquellas que por incapaces no le llaman benéfico, o por descuidadas olvidan sus larguezas, o por perversas no salen en **toda la** vida de su negra ingratitud. Dos razones le inducían a suplir piadoso negligencias ajenas: la primera porque era sacerdote, y la segunda porque quería imitar a su divino Maestro. Como sacerdote, se consideraba representante del inundo universo, para cumplir con Dios en nombre de todos; y deseando por añadidura asemejarse a Nuestro Señor que se hizo suplidor de nuestra religión respecto de Dios Padre, cargaba gustoso con las obligaciones que tienen al Criador todos los seres criados. Entre los meses del año, Marzo le llamaba la atención más que ninguno, y a él iban sus preferencias, por haber sido innumerosos y muy grandes los divinos beneficios que trajo al mundo. La Creación, la Encarnación, la Redención, la institución del adorable Sacramento del altar y del de la Orden, la donación que hizo Jesús a los hombres de su santísima madre en el árbol de la cruz, eran los misterios que solía venerar en el transcurso de esos meses en que acaecieron, y no cesaba de dar gracias al que tan amorosamente los había operado.

Siendo tan primorosa la gratitud de San Juan Eudes por esos divinos favores generales y comunes a todas las criaturas, sobra casi añadir que no se quedaba atrás tratándose de los propios y particulares. Compuso en prueba de agradecimiento un *Magnificat*, que pregona las gracias con que le honró la divina Bondad durante su vida; y aun rogó insistentemente lo enterrasen con ese escrito, protestando así querer que, reducido a polvo su cuerpo, vinieran a ser los átomos de ese polvo otras tantas lenguas, otros tantos corazones, que bendijeran sin cesar a los bondadosos Corazones de Jesús y de María y por ellos a la santísima y augustísima Trinidad, que es fuente primordial de donde nacen todos los bienes que se derraman sobre los hombres, y a la cual, por su parte, hacía refluir, como a su origen, los que llegaban hasta él. Teniendo en poco ser agradecido personalmente, acudía a la ayuda de los demás, **escribiendo a los**

- 53

Superiores locales (le su Congregación que diesen gracias al Señor y las mandasen dar, y encargándoles novenas, misas y rosarios.

Si le venían buenas noticias concernientes su Instituto, encabezaba la contestación con estas palabras: « Gloria infinita, eterna, inmensa al Padre, al Hijo y » al Espíritu Santo; gracias imperecederas a nuestra divina Madre, a S. José, a los santos Ángeles, por las buenas noticias que me habéis escrito »; las participaba luego a sus Comunidades en términos de sentida gratitud, repitiendo varias veces en sus cartas la hermosa palabra *Alleluia*, que significa: Alabado Dios; para que fuera, perenne su recuerdo, establecía ciertas prácticas de devoción, que aun se observan hoy día y duran como rastro indeleble de aquel fino corazón; y por fin, mandaba celebrar misas y daba a sus hermanos instrucciones adecuadas, para que aprovecharan debidamente esos favores. Había notado en la Escritura, como ya lo notaron los Padres de la Iglesia, que el Señor fue siempre muy exacto en exigir a su pueblo el deber de la gratitud; que fue como su máxima general y su costumbre instituir fiestas, sacrificios y oblaciones en memoria de sus beneficios.

Al acercarse los días señalados en su Congregación por alguna gracia recibida, San Juan Eudes no dejaba de avisar a sus hermanos, para, que en punto a gratitud cumplieran con la divina Majestad. Imprimió además un calendario en que apuntaba esos días, a fin de que, conociéndolos, todos pudieran acordarse en su tiempo. No acertaba a tolerar el olvido por parte de ninguno, y reprendía a sus más íntimos amigos cuando se descuidaban. Sirva de ejemplo la carta siguiente, escrita a un

n

Superior que no había celebrado congruentemente un día muy memorable en la Congregación. «¿Coinciden es» posible, amado hermano, que a tan poco llegue vuestro «aprecio y estima de una gracia como ésta que tenéis» tan bien sabida? Os aseguro que he sentido y siento «una pena que no atino a expresar. Ruego a vuestra «merced y a todos nuestros hermanos, reparéis esa» falta como mejor pudiereis. Al efecto, mandad que

54 VIRTUDES DE ---V-1, JI~'z~k7 f~'UriFS

«el primer día vacante después de recibida la presente, «todas las misas se celebren votivas, parte del Espíritu Santo. parte de *CTUce*, parte de *Recita*, y que se cante «una de *Beata*: todo ello en acción de gracias por los «favores que nos ha dispensado Dios, Y en reparación «de nuestro desaprovechamiento. En adelante, habrá «(Ine repetir otro tanto todos los años. »

A más del calendario mencionado, puso por estatuto que en cada casa guardara el Superior un libro, relatando todas las mercedes especiales que el Instituto hubiere recibido de Dios, de la Virgen y de los Santos, cada cual con su día y año.

La gratitud no tiende únicamente a Dios, que nos colina de sus bienes, sino que también se extiende a quienes nos dispensan .1,ini favor. Por eso San Juan Eudes, a niás de mosluarse auradecido a su divina 3laj estad, no escatimaba las uracias a todo aquel que le diera caritativo la niás míniina prueba de amistad. Injusticia le hubiese parecido obrar de otra manera. Por tanto, ofrecía con frecuencia a la Virgen santísima los fundadores, bienhechores Y amigos de su Congregación, suplicándola hunffidamente los conservara, bendijera y santificara, los contara entre los hijos de su Corazón y diera eficacia a esta devota oración, que repetía por ellos varias veces al día: - [,>et;ibuei,eli,-nare, *Domíne, omnibus nobis bona lacientibus, propter nomen tuitin, v,ítv77~z cietéí,,ncin,. Amen. Dígnw)s, St-Zor, recompensar con la vida eterii a a todos los que i) os hacen bien por vi.,,estro nombre. Anién. Quiso que el SUperior de cada casa apuntase en otro libro los nombres de los bienhechores y las cosas que hubieren dado, para que, leyéndolo a la Comunidad una que otra vez, todos estuviesen al tanto y--, pudiesen nianifestar su agradecimiento, cuando fuere caso. Cada día inandaba rezar por ellos mientras vivían, y más aún después de inuertos.*

En fin., llegaba a tal punto la bondad de su corazón, que aun elespués de ninerto quería y hacía bien a los que durante su vida le habían ayudado o atendido. Dió parte en su testamento a un lego de su Congregación, llaniado Hermano Ricardo que, según dijo, le asistió

GLATITUD 55

solícito en sus necesidades corporales durante varios años; y suplicó a los suyos, principalmente a su sucesor, que atendieran a ese hermano con la misma caridad que le hubiesen manifestado a él Inismo, si no hubiese desaparecido de este mundo.

Esa es la idea gem,ii-ta del buen corazón. No se pareció San Juan Eudes a aquel rey Ezcquías que, por su falta de agradecimiento, provocó la ira del Señor, conio lo demuestra la desolación de su familia, de la ciudad de Jerusalén y de todo su pueblo. Lo compararé más bien a la tierra aludida por San Pablo a los Hebreos, que, regada por abundantes lluvias, produce hierbas de provecho 2, los que la labran, y se merece la bendición del cielo; pues, recibiendo Miicho, agradecía cuanto podía, hallando en su gratitud el secreto de granjearse el corazón deDios y también el de los hombres.

CAPÍTULO VIII

DE SU AMOR A JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR.

« Anátema sea el que no ama a Nuestro Señor Jesucristo », clama el apóstol San Pablo a los Corintios. Es en efecto motivo apremiante para amarle lo mucho que ha hecho y padecido por nosotros. Ese tributo de nuestro corazón, se lo debemos por el título de gratitud, pero lo merece también infinitamente por su excelencia propia; porque es un trono grandioso en donde resplandecen majestuosas las perfecciones de Dios. La plenitud de la divinidad habita en él; en sus manos puso el Padre eterno sus tesoros, y no tiene más ocupación que complacerse en él continuamente a mente. Jesucristo es sus delicias, su gloria, su incesante pensamiento. Es aquel tesoro infinito aludido en la Sabiduría, que hace a los hombres partícipes de todos los dones celestiales.

56 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

Tales son los diversos conceptos que se había formado San Juan Eudes de la dignidad del Verbo encarnado, que le era alegría, honra, riquezas, refugio y vida. Aunque acatara con profundísimo respeto todas las palabras brotadas de su boca divina, no disimulaba empero su predilección por aquel «*Manete in me*», con que exhorta a los hombres ese bondadoso Salvador a buscar en sí reposo y contento. Así lo practicaba nuestro Santo y lo inculcaba a las almas que dirigía en la devoción, como cuando escribió lo siguiente a una monja enferma de la Orden de S. Benito : « Consolaos, amadísima hermana, » le decía, y regocijaos en nuestro amabilísimo Jesús; » porque él es vuestro y vos sois suya; él está en vos y » vos estáis en él; permaneced pues siempre en él, y en » él hallaréis vuestro paraíso; apartad vuestra mente y » vuestro corazón de todo lo demás, para encerrarlos » suavemente cautivados en ese paraíso. Ese es el paraíso » en donde goza el Padre eterno todas sus delicias. » Estén también todas las nuestras en Jesús, que sólo » él puede saciar nuestro corazón. Cargad de buena » gana con las penas y aflicciones que pluguiere al Señor » enviaros, porque no cabe medio más poderoso para » destruirnos y establecer en nosotros a Jesucristo. » Fuera cual fuere su motivo de estar triste, San Juan Eudes se consolaba pensando que Jesús es siempre Jesús, esto es, siempre Dios, siempre grande y admirable, siempre inalterablemente gozoso y glorioso, sin que haya cosa alguna capaz de apocar su alegría y su felicidad. Por eso solía repetir este bonito dicho : « ¡ Oh » Jesús! sed siempre Jesús, y venga lo que viniere, » estaré siempre contento. » Por el estilo escribía una vez a otra monja de S. Benito : « ¡ Oh Dios! ¡ Qué alegría » para nosotros ver a Jesús nuestro Señor tan lleno de » gloria, de grandeza, de dicha y de contento! Gran » motivo en verdad tenemos de regocijarnos, y nadie » en el mundo lo tiene mayor. Los inundanos fundan » su alegría ¿en qué? En lodo, polvo, viento y humo; » pero nosotros fundamos la nuestra en aquel mismo » que regocija al Padre eterno, al Espíritu Santo, a los » Ángeles y a los Santos. Alegraos, pues, alegraos y

-AMOR A NUESTRO SEÑOR 57

» decid con la Virgen santísima : *Exultavit spiritus meus » in Deo salutari meo* : Alegróse mi espíritu, se estremó de gozo en Dios mi Salvador. Ya no quiero tomar » contentamiento ni en mí, ni en las cosas criadas y » percederas, sino en Jesús mi Salvador únicamente. » El es mi todo; a él solo quiero y me basta. Fuera lo » demás, que mi Jesús es mi todo y yo quiero ser todo » suyo. Buscar verdadero contento en cosa alguna distinta de Jesús, es embeleo y engaño grande. Él solo » puede contentarnos; renunciemos, pues, resuelta y » animosamente a lo demás,, y busquemos solo a él. »

Esos sentimientos no sólo los apuntaba en el papel, sino que los llevaba grabados en el alma. Le parecía tan excelso Jesús, que al cielo, a la tierra y al infierno tenía por obligados, como S. Pablo, a postrarse de hinojos ante él. Todo lo celestial de su alma, lo terrenal de su cuerpo, lo infernal de sus pasiones rendía homenaje a la soberanía de Cristo, a cuyos pies aniquilaba entendimiento, voluntad,

sér y vida, entregándose a la potencia de su gracia, para que operase en sí esa ansiada destrucción. A cada momento quisiera haber renovado ese aniquilamiento y esa entrega; mas no consintiéndolo sus quehaceres y la fragilidad propia de quien vive ligado a las necesidades de un cuerpo de carne, rogaba a Nuestro Señor que tuviera en cuenta su deseo; y por su parte, no escatimaba esfuerzos para realizar en sí aquel dicho de S. Pablo : « Vivo, no ya yo, sino que vive Cristo en » mí. » Las criaturas habían muerto en su alma. Ni las miraba, ni las amaba en sí, sino en Jesús y a Jesús en ellas. Estando el mundo crucificado para él y él para el mundo, no le quedaba más anhelo que el de contentar a su Jesús enteramente.

San Juan Eudes vivía en continua dependencia del señorío de la gracia de Cristo, induciendo a hacer otro tanto a los que acudían a sus luces. Y por cierto que nunca saldrán de raya los directores de almas, grabando esa máxima hondamente en las que guían; porque es máxima certera y no yerra quien la sigue. Dicha dependencia estriba, en efecto, en la donación de todas las cosas que hizo el Padre eterno a Jesucristo, en la sangre

58 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

que éste derramó para rescatar nuestras almas, y en los beneficios que sin tasa ni tregua derrama sobre nosotros. Desde por la mañana, San Juan Eudes ofrecía a Nuestro Señor las acciones del día, aun las mínimas, dedicándose de nuevo a su servicio y prometiendo no usar de sus sentidos más que para su gloria.

Sintiéndose incapaz de amar y honrar a Cristo como se merece, no alcanzando siquiera sus fuerzas a donde llegaba- sus deseos, le ofrecía repetidas veces en el decurso del día, el amor y honor que en el cielo y en la tierra recibe de los ángeles, de los hombres y generalmente de todas las criaturas. Iba solicitando a los Bienaventurados, especialmente a los de su devoción, que glorificasen a Jesús en su lugar; acudía también a la Virgen santísima y aun a Dios Padre, para pedirles una poca parte en el amor que tienen a ese amado Hijo. Pues sabía muy bien que nada deseaba tanto el Padre como ver vivir y reinar a Cristo en los hombres; sabía que en todas las cosas ve a Cristo, y que sólo en él para su mirada, como en él solo descansa su amor deliciosamente complacido. Aun durante la eternidad está únicamente ocupado en producirlo. Por tanto, la única ocupación de nuestro Santo era formar a Jesús en sí, y no pensaba que hubiesen de tener otra los sacerdoteí, quienes (decía él) deben hablar de boca o por escrito, en público o en privado, con la lengua o con las obras, confiriendo los sacramentos o administrando la divina palabra, únicamente para hacerle vivir y reinar en sí mismos y en los demás.

Los doctores místicos señalan tres maneras de producirse a Jesucristo en las almas, es a saber : la contemplación, el amor y el aniquilamiento. Por la primera es engendrado en el seno del Padre eterno; por la segunda, en el de la Virgen santísima; y por la tercera, se hace presente en el Sacramento adorable del altar. También nosotros podemos darle vida en nuestras almas por vía de contemplación, acostubrándonos a descubrirlo y mirarlo en todas las cosas; por vía de amor, multiplicando los actos de esta virtud y teniéndola por **único** móvil de nuestras obras; por vía de aniquilamiento,

AMOR A NUESTRO SE' 59

renunciando a lo que somos y tenemos. Más adelante se verá cómo procuró San Juan Eudes formar en sí a Jesucristo por la primera y la última de las maneras, susodichas. Baste tratar por ahora de la segunda, o sea la del amor.

Imploraba la potencia del eterno Padre, la caridad del Espíritu Santo, el auxilio de todas las criaturas, para que, destruido él, fuera establecido Jesucristo sobre sus ruinas. Se le oían a menudo palabras encendidas, que manifestaban los anhelos de su corazón. « ¡ Oh » Jesús, decía, mi buen

Jesús, único mío, amado de mi » alma. *Unum necesarium; unum quaero, unum des;*

« dero, u;? uni zlo, Jesus meus et ainnia! No quiero nada » y lo quiero todo; Jesús es todo, sin él todo no es nada; » quitadnie todo, dejadme a Jesús solo, que todo lo » tendré quedándose sin nada. » Otras veces soltaba el grito : « ¡Viva Jesús y María! » tan frecuente en sus escritos, que solía también cerrar sus cartas e iba grabado en su sello. Otras, repetía : « Ven, Señor Jesús », deseando que Nuestro Señor aniquilase todo lo que fuere contrario a su divino amor; y añadía, dirigiéndose a María « ¡ Oh Madre de Jesús, (lmostrad que sois su » madre, formándolo y dándole s-ida en mi alma! »

Pero es menester oirlo explayarse sobre el nombre santísimo de Jesús, para que se vean unas chispas del fuego que ardía en su pecho. « Si por mí fuera, decía, » querría que Jesús fuese mi único lenguaje, y no diría » ni escribiría más que esta sola palabra : Jesús; pues me » parece que la lengua que ha dicho una vez, la pluma » que una vez ha escrito este nombre adorable, esta » divina palabra de Jesús, no tendría que servir para » decir o escribir otra cosa más. Sin contar que en » diciendo : Jesús, se dijo todo; y después de haber » dicho: Jesús, no queda por decir nada; porque Jesús » es una voz compendiada, que encierra en sí todo lo » grande que puede pensarse y decirse. Jesús es un nombre » admirable, que llena con su inmensidad el cielo y la » tierra, el tiempo y la eternidad, todos los » entendimientos y los corazones de los Ángeles y de los Santos, » y aun ocupa y llena la cabida infinita del corazón de

60 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

« Dios : Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por eso, aunque » sólo escribiera esta única palabra : Jesús, y andu» viera gritando sin parar por todo el mundo, sin pro» ferir más que este nombre : ¡Jesús, Jesús. Jesús! me » parece que escribiría y diría lo bastante para henchir » los entendimientos y los corazones de los moradores » de la tierra. ¡ Qué lenguaje más santo y delicioso sería, » si en la tierra pudiese uno hablar y darse a entender, » pronunciando sólo esta sagrada ~ amable palabra : » ¡Jesús, Jesús!... Mientras me palpita el corazón en el » pecho, mientras pueda mi lengua moverse para hablar » y mi mano para escribir, no he (le predicar ni escribir » mas que Jesús; y no quiero vida ni pluma, sino para » pregonar por palabra y por escrito, las maravillas y » misericordias de ese nombre glorioso... ¡ Quién me » diera una lengua, una pluma seráfica y divina, para » pronunciar y escribir dignamente ese divino nombre!... » Pero mucho más quisiera corazón para amarlo, que » pluma y lengua para escribirlo y pronunciarlo. Señor, » vos podéis darme lo uno y lo otro, y lo espero de » vuestra bondad infinita... El nombre de Jesús en» cierra tanta santidad, que con sólo pronunciarlo una » vez dignamente, sería uno santo del todo. Si todos los » pecadores que hay en la tierra y en el infierno pudie» sen pronunciarlo sólo una vez como es debido, des» truirían en sí el infierno del pecado y establecerían un » paraíso de santidad.»

Juzgando San Juan Eudes que para escribir y pronunciar ese nombre sacrosanto, necesitaría uno ser todo, santo, celeste y divino, se unía, cuando lo hacía, a las disposiciones del cielo y de la tierra. Unas veces, adoraba el amor infinito con que lo pronunciaron las tres Personas divinas, al escogerlo entre todos para el Verbo encarnado; y otras, trataba de ¡ Titar los sentimientos de reverencia y pureza, que tuvieron, al repetirlo, la Virgen, S. José, el arcángel Gabriel y todos los justos.

Véase por lo dicho si ardía incendio en su corazón. Sólo tuvo una pasión, y fué la de contribuir en algo a dilatar el reino de Jesucristo. Por esa causa hubiera dado la vida; para ella fueron, mientras vivió, todos

ATMORA NUESTRO SEÑOR 61

sus esfuerzos, y no paró de imaginar invenciones para procurar al Señor honor y gloria.

CAPITULO IX

DE SU DEVOCIÓN A LOS MISTERIOS DE NUESTRO SEÑOR.

Todos los misterios de Jesucristo quedaron, a la verdad.

, perfectos y acabados en su persona, mas no han logrado cumplimiento cabal en su cuerpo místico, que es la Iglesia; antes bien, se propuso el Señor prolongarlos y continuarlos en sus miembros, comunicando a éstos las gracias que encierran dichos misterios. Así lo enseña el Apóstol, cuando escribe a los Efesios que contribuimos todos a la perfección de Jesucristo y a la edad de su plenitud, y cuando afirma a los Colosenses que cumple en su cuerpo lo que falta a la pasión del Salvador. Sólo se nos da la vida para cooperar con Nuestro Señor en esa obra divina de la consumación de sus misterios, en la cual van cifrados el interés de Dios, la intención de la Iglesia y la gloria de Jesús : porque, primeramente,

7

Dios es honrado sobremanera por esa consumación; porque en segundo lugar, la Iglesia nos incita a ella, presentándonos en el decurso del año diferentes misterios según la temporada, y aun proponiéndonoslos todos cada día en las diversas partes de la santa Misa y del oficio divino; porque, en fin, Jesucristo ve de esa forma renovarse su vida en los hombres, conforme lo deseó constantemente.

Admirábase San Juan Eudes de que fuesen esos misterios tan poco conocidos entre los que profesan el Cristianismo, cuando fuera de ese conocimiento y de ese amor, no puede hallar un cristiano satisfacción cumplida, según estas palabras del Verbo encarnado a su Padre : « Esta es la vida eterna : que te conozcan a ti, » el solo Dios verdadero, y a Jesucristo a quien en

6 2 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

» viaste. » Ahí estaba, pues, para él la dicha del cielo y de la tierra; y opinaba que, en punto de irinerte, hem¿s de dar cuenta sobre ese particular, siendo uno de los cargos mayores que se nos hagan entonces, nuestra poca aplicación a esos misterios. Tan sólo para acatarlos en presencia del universo, serán llamadas a juicio final todas las criaturas; y hasta el infierno ha sido preparado para que aquellos que viviendo no los hubieren honrado por amor, los honren por fuerza en ese lugar de tormentos.

La devoción del Santo a esos misterios variaba de objeto, variando la temporada del año. Así, dedicaba el mes de Octubre y parte del de Noviembre a honrar la vida divina de Nuestro Señor en el seno del Padre durante la eternidad; y las dos últimas semanas de Noviembre, su vida en el mundo antes de la Encarnación por espacio de cinco mil años, durante los cuales vivía, en cierto modo, en la mente y en el corazón de los ángeles, de los patriarcas, de los profetas y de los justos. En Adviento, honraba la Encarnación y la permanencia de Jesús en María por espacio de nueve meses; de Navidad a la Purificación, su santa Infancia con todos los misterios que encierra; pasada la Purificación, la vida retirada y laboriosa que llevó en compañía de su santísima madre y S. José, hasta la edad de treinta años; el miércoles de ceniza y los días siguientes, su bautismo en el Jordán y su manifestación por la voz del Padre, el descenso del Espíritu Santo y el testimonio de S. Juan Bautista; en la primera semana de Cuaresma, su vida solitaria; en la segunda, su vida pública; en las demás, su vida humillada, penitente y dolorosa. El jueves santo, adoraba a Nuestro Señor instituyendo la Eucaristía y lavando los pies a sus discípulos; y del viernes al domingo, lo adoraba en sus padecimientos, su agonía, su cruz, su muerte, su bajada al Limbo y su sepultura. Durante el tiempo pascual, consideraba el misterio de su Resurrección, de su ingreso en la vida gloriosa y de su

permanencia de cuarenta días en la tierra. Desde la Ascensión hasta Pentecostés, contemplaba su triunfo en el cielo, lo cual practicaba asimismo

0

DEVOCION A LOS -MISTERIOS DE 'N, S. 63

todos los domingos del año. La semana de Pentecostés la dedicaba al Espíritu Santo, ponderando su misión, sus grandezas, sus atributos y sus misterios. En la fiesta de la santísima Trinidad, adoraba la vida de las tres Personas divinas en Nuestro Señor, y la de Nuestro Señor en las tres Personas divinas. Consagraba el lunes siguiente al el martes al Ilijo y el miércoles al Espíritu Santo. La octava del Santísimo Sacramento y todos los Jueves del año eran para venerar a Jesús presente, aunque oculto, en el misterio de su amor.

El tiempo restante hasta el mes de Agosto, lo dividía, en dos partes : en la una, honraba de nuevo la vida pública de Jesucristo con inas detenimiento que durante la Cuaresma; y en la otra, su segundo advenimiento al fin del mundo, cuando ha de juzgar el universo. Durante el mes de Agosto, su contemplación versaba sobre las cuatro cosas principales que hay en Nuestro Señor, es a saber : su esencia, su persona, su alma con sus potencias y su cuerpo con sus miembros. En Septiciribre, acataba sus siete señoríos, que son : el primero sobre el mundo natural, el segundo sobre la Iglesia militante, el tercero sobre la muerte de cada cual, el cuarto sobre el juicio particular en que juzga cada día y a cada momento a las almas que salen de esta vida, el quinto sobre el Purgatorio, el sexto sobre el Infierno y el séptimo sobre el Cielo.

Los sábados y las fiestas de la Virgen, eran consagrados a honrar la Vida de Jesús en María y los misterios que ha operado en ella. Otro tanto practicaba en las fiestas de los Ángeles y de los Santos; de modo que no dejaba nada en Jesucristo sin su honor peculiar. Lo cual da pie para que se le aplique lo que dijo David de los justos : que fueron llenos sus días; porque en todos ellos se ocupó en las perfecciones, virtudes y misterios del Verbo encarnado.

No contento con eso, dedicaba además los años de su vida a los de la vida del Salvador. Y escogía anualmente tantos días como años contaba, para afirmarse en la resolución de cambiar de vida, de revestirse de hombre nuevo y despojarse del viejo, y de empezar de

64 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

veras a servir y amar a Dios, como si entonces empezara a vivir o hubiera de morir poco después. **En cada uno** de esos días, hacía lo que debía haber hecho en cada año, según, poco más o menos, el orden siguiente. El primer día, adoraba a Nuestro Señor en los diversos acontecimientos y peripecias de su primer año; postrado a sus pies, se acusaba y pedía perdón de haberle deshonrado por el estado de pecado original, y en desagravio, le ofrecía toda la gloria que tanto él como su Madre bendita habían procurado al Padre eterno en el primer año de su existencia terrestre. Presentaba después a su divina Majestad todo lo sucedido en sí mismo durante aquel primer año, rogando encarecidamente a la santísima Trinidad, a la Virgen gloriosa, a los Ángeles y a los Santos que aniquilasen todo lo malo, y trocasen sus acciones y pasiones de entonces, en alabanzas y hacimientos de gracias a Jesucristo en su primer año de vida mortal. Concluía el ejercicio entregando al Señor de antemano las acciones del día, uniéndolas al amor y a las alabanzas que recibiera en su primer año por parte de su eterno Padre, de sí mismo, del Espíritu Santo, de su santísima Madre, de sus Ángeles y de sus Santos, y suplicando a todos cumplieran una y mil veces con Jesús, como debía él haber cumplido cuando niño, si ya en el primer año, hubiese tenido el uso de razón.

Parecidas prácticas repetía en los demás días correspondientes a los años de su vida; y cuando éstos sumaron más de los que Cristo pasó en la tierra, dedicó el excedente a honrar los años de su vida gloriosa en el cielo : ejercicio que hacía no sólo para sí, sino también para aquellos con quienes estaba estrechado por vínculos peculiares, juntando los años de la vida de ellos con los de la suya propia.

A más de lo dicho, cada año, a principios de Enero, se postraba un rato a las plantas de Nuestro Señor, para adorarlo en el primer instante de su vida pasible y mortal; para honrar los pensamientos, sentimientos y disposiciones de su alma en aquel primer instante, ya sea con respecto a su Padre, ya con respecto a los hombres; para bendecirlo y darle gracias, reconocién

DEVOCIÓN A LOS MISTERIOS DE N. S. 65

dolo por rey de los siglos y de los años~ que con su sangre le había comprado los días que había de vivir en la

le . rra. Y luego le hacía diversas protestaciones : la primera, de dedicar el año que le daba a glorificarle y reparar las faltas pasadas en la práctica de su santo amor; la segunda, de no poner impedimento alguno a los designios que sobre sí tenía formados su divina bondad, antes de obrar y padecer para cumplirlos, cuanto le fuere agradable; la tercera, de aceptar gustoso los sufrimientos de cuerpo y alma que le mandare su Providencia; la cuarta, por fin, de no impender nin

gún momento de su vida sino para su servicio. Con ese intento, se asociaba al año de que sería objeto en el cielo, en la tierra y en el infierno durante aquel año, pidiéndole insistentemente, por la intercesión de la

Virgen bendita, de los Santos y de los Ángeles, las gracias necesarias para realizar fielmente esos buenos

propósitos.

También al acabar el año consagraba un rato a rendir sus obsequios a Nuestro Señor, y procedía de esta forma.

Adoraba todo lo acontecido en Jesús el último día, la última hora, el último momento de su vida; dábale

gracias por la gloria que había tributado a su Padre, por las mercedes que a él mismo había hecho y las que

le hiciera si no hallara óbice; le pedía perdón de todos los pecados que había cometido u ocasionado en algún modo, y a él se entregaba, para sufrir en este mundo y en el otro, el castigo que quisiera. Le bendecía por los designios que tenía formados sobre sí para el último día de su vida, deseando de todo corazón realizarlos Y morir antes que contrarrestarlos de cualquier manera.

Ofrecíale su último día y su última hora, y protestaba no tener más anhelo que el de --xpirar en el acto de su

santo amor.

Aun con esas prácticas, no se daba por satisfecha su devoción. Cada día de la semana, honraba una parte de la vida de Jesús, -considerándola atentamente y procu-

rando imitarla. Consagraba el domingo a la vida divina que tuvo *ab aeterno* en el seno del Padre, y a la vida gloriosa que disfruta en el cielo desde su Resurrección

6 6 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

y su Ascensión; el lunes, a su encarnación y a su nacimiento; el martes, a su santa infancia; el miércoles, a su vida apartada y laboriosa; el jueves, a la vida conversante que llevó en la tierra y aun continúa por el San-: tísimo Sacramento; el viernes, a su pasión y muerte; el sábado, a la vida que tuvo en la Virgen santísima. No son para dichos los sentimientos de piedad que le animaban en esas prácticas; léanse las meditaciones en forma de actos, que tiene escritas sobre el asunto, y podrá columbrarse cuál era su ocupación interior de cada día.

Usaba también otra manera, que consistía en adorar cada día a Jesucristo en una de sus virtudes o bajo uno de sus aspectos: ya como hijo de Dios, ya como principio del Espíritu Santo, ya como redentor de los hombres u otros semejantes; y desde esos diversos puntos de vista, le obsequiaba con ofrecimientos de gracias, ofrecimientos de sí, actos de amor, de confianza, de humildad y varios otros que entonces le eran inspirados.

A más de esos ejercicios de tanta gloria para Nuestro Señor y de tanto provecho para las almas que los practican, con el fin de estrechar los vínculos que a él lo ligaban, solía dedicar durante el día un tiempo a manifestarle su amor, formulando actos. En esos felices momentos, ansiaba convertirse con todas las criaturas en adoración y alabanza a ese único amado de su corazón; entonces era cuando se entregaba a él total, absoluta y únicamente, para el tiempo y la eternidad, con toda la eficacia de su gracia, el poder de su espíritu y la fuerza de su caridad; entonces se conformaba con todo lo que de sí había determinado su santísima Voluntad, y conjuraba a todos los seres criados, y a Dios mismo, le amasen cuanto podían ellos y se merecía él, y compensasen con su amor la infidelidad de los Ángeles prevaricadores y de tantas personas que no cumplen con él como debieran.

Movido por su singular devoción a los misterios de Cristo, había imaginado diversos modos de contemplarlos, y nada de lo que encierran quedaba oculto a su atenta consideración, como nada tampoco carecía de su correspondiente acto de culto. Ora ponderaba lo suce-

DEVOCIÓN A LOS MISTERIOS DE N. S. 6 7

didado por fuera, o los pensamientos, intenciones y disposiciones internas con que se habían obrado. Ora honraba los designios particulares del Salvador y las gracias que había comunicado Y aun comunicaba cada día por medio de ellos; o también consideraba la parte que habían tomado la Virgen santísima, los Ángeles y los Santos. A veces se sentía rebotar de alegría al ver a Jesús tan grande, tan amable, tan santo, tan perfecto en el misterio en que lo contemplaba. Disfrutaba considerando el honor que tributa a la santísima Trinidad, y el que recíprocamente recibe de su Padre y de su Espíritu Santo. Otras veces se humillaba a sus pies, pidiéndole perdón por la propia desidia y de la oposición a los designios que El formara en dicho misterio. Reconociendo la propia indignidad, le suplicaba se valiese de su amor, que tanto puede y sabe inventar, para honrarlo en su persona; pedíale asimismo grabase en los corazones de todos los cristianos un gran celo de su gloria, destruyese en sus almas cuanto a esa gloria pudiera hacer estorbo, lo diese a conocer al mundo entero, conforme a su deseo, y lo consumase en la Iglesia. Con ese objeto, se entregaba totalmente en las manos de Jesús, para hacer y sufrir todo lo que fuere de su gusto.

Por fin, todo en él estaba aplicado a los misterios del Señor, porque empleaba su entendimiento en considerarlos y adorarlos, su corazón en amarlos, en hablar de ellos su lengua, y su manos en hacer algo en su honor. A ellos iban a parar todos sus ejercicios. Procuraba estampar en sí la imagen del misterio que meditaba, poniendo por obra sus virtudes peculiares, y hasta conformándose a él en lo posible. Si había versado su interna ocupación sobre el nacimiento de Jesús, se desasía de todo y no quería poseer cosa alguna, para imitar por ese estado la pobreza del divino Modelo; si sobre su vida apartada, se retraía, para honrar por ese estado la vida solitaria del Salvador. Si se había aplicado al culto de la pasión, abrazaba gozoso las cruces y, mortificaciones.

Así es como pudo decir San **Juan Eudes con tanta verdad como el apóstol San Pablo** :
« **Vivo, no ya yo,**
68 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

» sino que vive Cristo en mí. » Se ve a las claras que ha contado entre aquellos dichosos predestinados para ser hechos conformes a la imagen del Hijo de Dios; y que, después de injertado en él por la semejanza de los misterios de su vida mortal, debe serlo también por la semejanza de los misterios de su vida gloriosa y resucitada. Raramente se halló un hombre más instruido en lo concerniente al Verbo encarnado, y a sus luces correspondían sus hechos. La faz descubierta del Señor reflejaba en él su gloria como en un espejo, estaba transformado en su imagen, o mejor dicho, vino a ser un libro vivo donde podía aprenderse la ciencia sipereminente de Jesucristo.

CAMULO X

DE LOS MISTERIOS DE NUESTRO SEÑOR QUE

ENSPIRARON PARTICULAR DEVOCIÓX A SAN JuA_-N EUDES.

Aunqñe fuera mucha la veneración de San Juan Eudes para todos los misterios del Señor, y acostumbrara escoger uno el día de la Ascensión, para honrarlo en el transcurso del año, algunos de ellos sin embargo descollaron entre los demás y fueron, mientras duró su vida, objetos predilectos de su culto.

Viene en primer lugar el de la Encarnación, ya por razón de las humillaciones que quiso aguantar el Hijo de Dios, y de la gloria que recibió la Virgen santísima; ya a causa de los grandes bienes que ese misterio, principio y comienzo de nuestra salvación, trajo a todos los hombres en general, y a su Congregación en particular, la cual nació el día mismo que se obró y lo celebra la Iglesia. Cuando el Santo ponderaba el cautiverio de JCSUS en María, el alma se le conmovía, y anhelaba que ese Dios, esclavo por amor suyo, cautivase su entendimiento y su corazón, sus pensamientos y todos sus afec

MISTERIOS PREDILECTOS 69

tos. Entre todos los misterios de la vida del Salvador, éste le parecía uno de los más considerables, aunque quizá de los menos considerados por parte de los cristianos. Nadie lo supo cuando se cumplió, fuera de cuatro o cinco personas, es a saber : María y José, Juan Bautista, Isabel y Zacarías, a quienes lo reveló el Espíritu Santo. Lo creen todos los fieles, mas ¡qué pocos lo penetran! En ese misterio divino se octipaba a veces aquel digno siervo de Dios, considerando el amor ardiente que Jesucristo nos demuestra, los grandes trabajos que padeció, lo mucho que se violentó y las gracias señaladas que nos tiene inerecidas. Se asociaba en Adviento a la devoción de la Iglesia; repetía los acentos de los antiguos patriarcas, que llamaban ansiosos la venida del Mesías; y le dirigía las inismas

súplicas, para que, viniendo espiritualmente a su alma, renovase las virtudes y el espíritu de su Encarnación y de su vida en la Virgen santísima. A esos sentimientos se añadían otros de agradecimiento, de congratulación y de amor.

El segundo de sus misterios predilectos fué la Infancia de Jesús. La experiencia de diversas personas de su tiempo, a quienes había inspirado Nuestro Señor esa devoción, y que por medio de ella habían alcanzado encunibrada santidad, érale señal. manifiesta del provecho que sacaría practicándola con esmero. Teniendo por seguro que de no hacernos semejantes a Jesús Niño,

z, nunca entraremos en el reino de los cielos, lo contemplaba e imitaba, según podía, en las disposiciones que tuviera y en las virtudes que ejercitara en esa primera edad de su vida. Muchas veces se postraba a sus pies, para adorarlo en ese estado, y rendirle todos los demás obsequios y homenajes, que podían ocurrirse a su piedad. A más de cumplir por sí mismo, incitaba a hacer lo propio a todos sus hijos, particularmente en la temporada que la Iglesia consagra a honrar ese misterio, como puede colegirse de una carta dirigida al Rector de uno de sus seminarios, el 13 de Enero del año 1660. « Ruego a todos nuestros hermanos, dice, que no dejen » de visitar cada día al divino Niño Jesús en su pesebre » de Belén, a su santísima Madre y a S. José, para aca

70 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

» tarlos y pedirles parte en el espíritu de la santa Infancia, que es un espíritu de inocencia, de pureza, de » humildad, de obediencia, de sencillez, de caridad y » de mansedumbre. » Otro tanto escribió a las Hermanas de Nuestra Señora de la Caridad. Inculcaba también esta devoción a todos sus conocidos, y publicó un librito que lleva diversas maneras de practicarla.

Nada diré del respeto que tenía y quería que se tuviese, como lo demuestran sus cartas, a la vida solitaria y retraída de Nuestro Señor Jesucristo; ni tampoco del que profesaba a su vida pública, cuya imagen procuraba estampar en sí perfectamente, y en cuyo honor compuso un oficio precioso. Sólo me detendré en los misterios que veneró su piedad con mayor lustre.

Entre ellos, no fué el último el de la Pasión. Lo consideraba como el principio de la salvación y de la perfección de los cristianos, como el medio de que dependen, por divina voluntad, según el Apóstol, la remisión de los pecados y la santificación de las almas. Tenía por seguro que aunque mucho merecieran los padecimientos del Salvador, aunque sea mucha su eficacia en los ojos del Padre a favor de los hombres, los más sin embargo, aun de los devotos, no se aprovechan de ellos como debieran, por no ponderarlos lo suficiente. Él por tanto, impendía varios días, al terminar la Cuaresma, en venerar a Nuestro Señor en sus padecimientos; y el Viernes santo, juntaba a la Comunidad a eso de las dos y media, para que en el instante de la agonía y de la muerte de Jesús, cada cual lo adorase, le diese las gracias, lo desagraviase y protestase querer morir con él y por él. Si en el decurso del año no dedicaba mucho tiempo a considerar este misterio, era porque lo consideraba sin cesar interiormente. En efecto, no pasaba un día sin practicar la devoción a las llagas, de la forma que ha enseñado en el libro del *Reinado de Jesús*, besándolas y produciendo a cada una un acto de amor a ese Dios crucificado. Casi puede decirse que la renovaba de continuo, pues pronunciaba a menudo, de corazón y de boca, el santo nombre de Jesús, con las intenciones que tenía al hacer dicho ejercicio. Llevaba siempre consigo

MISTERIOS PREDILECTOS 71

un crucifijo. Cuando estudiaba, se lo colocaba delante de los ojos; lo tenía en las manos cuando confesaba; y en estas y otras ocurrencias, le echaba miradas amorosas, o compasivas, o llenas de gratitud. Al crucifijo estaba siempre clavado su espíritu, como lo desea el apóstol S. Pedro, y no

apetecía mayor contento que el de ser víctima y llevar en su cuerpo las estigmas y señales de la Pasión de su Maestro.

Hay que reconocer empero, que el misterio de sus amores fué ese misterio permanente que cada día opera y continúa Nuestro Señor en la Iglesia, quiero decir, el adorable Sacramento del altar.

Le hacía visitas frecuentes y prolongadas; pues no le era pesado el trato de ese Dios anonadado, ni le causaba hastío su conversación; muy al contrario : en ella encontraba su gozo y su felicidad. Quedaba sumido en profunda humillación al ponderar la dignidad, el poder, la luz, la plenitud, la santidad y las demás perfecciones que disimula Jesucristo bajo tan pobres apariencias; y puesta la mente en su esencia, sus atributos, su persona, en las grandezas y excelencias de su Humanidad sagrada en todo lo que él es, todo lo que hace, en todos los designios que sobre su Iglesia tiene formados en ese misterio, le adoraba por todo el mundo, deseaba que el universo se tornase alabanzas y asociábase a las que le tributan los Ángeles y los Santos. Le daba también rendidas gracias por los favores dispensados a las criaturas, y humildísimamente pedía perdón de sus ingratitudes e infidelidades. Hasta le pesaban los ultrajes que recibiera el Señor, ocasionándolos él, por parte de los infieles, herejes o malos católicos; y para repararlos, le ofrecía la gloria que jamás se le tributó, llena el alma al mismo tiempo de un deseo encendido de hacerlo honrar en lo sucesivo de todos los modos que le fuesen dados.

En esos felices momentos era cuando derramaba su corazón al pie de los altares, y se oían brotar de sus labios estas palabras de fuego : « ¡ Oh amor, oh amor! » ¿quién no te amará? ¡ Oh Jesús, no más corazón, no » más amor sino para ti! ¡ Oh hoguera de amor, caldea, » inflama, abrasa, consume mi corazón, mi alma, mi

72 VIRTUDES DE NUESTRO SEÑOR JUAN EUDES

» espíritu y mi cuerpo en tus divinas llamas! » Como quiera que considerase a Jesús en este Sacramento como poderoso Monarca ante el cual no ha de presentarse uno manivaco, se entregaba enteramente a él para siempre protestando que de buena gana le sacrificara todo el ser criado y hasta un ser divino, si a tanto alcanzara su poder. Otras veces, al pensar en las virtudes que ejercita el Señor de un modo admirable en ese estado de anonadamiento, se sentía corrido de corresponderle tan poco, y proponía imitar su ejemplo, solicitando para ello su gracia y el amparo de la Virgen y de los Santos.

Ni se daba por satisfecho luego que había rendido en persona a Su Dios el homenaje que le debía, sino que procuraba también por cuantos medios podía, que lo honrasen los demás. Cuando estaba el Señor de manifiesto en algún sitio, no dejaba de medir cada día a dos de los suyos, para que lo adorasen y neatasen en nombre de la Comunidad; y recomendaba con encarecimiento a sus discípulos que no descuidasen esa obligación, antes mostrasen mayor solicitud en cumplirla, tratándose de la propia iglesia. Pero es menester oírlo a él mismo hablando sobre este asunto. « Exponer el Santísimo » Sacramento en nuestra iglesia, dice, es invitar al Rey » de los reves a venir a nuestra casa y sentarse a nuestra » mesa. Hemos de recibirlo, por tanto, con todo agasajo, » prepararle el banquete más espléndido que podamos » y convidar también a nuestros amigos. Los guisos » y manjares de este banquete son las adoraciones, alabanzas, hacimientos de gracias y símiles actos de » religión y piedad, con que debemos obsequiarlo y » hacerlo obsequiar por los demás. Si un vasallo rogase » a un gran rey que le honrara viniendo a comer a su » casa, convidaría a todos sus amigos para hacerle » compañía y recibirlo como cumple a la majestad regia; » la aparejaría luego un banquete tan suntuoso como » pudiese, y de esa forma, se granjearía la gracia de su » soberano y conseguiría cuanto deseara.

Pero, si al » venir el rey a casa del vasallo, estuviera éste ausente » y ni le hiciese recibimiento ni le preparase de comer, » ¿ no merecería su justo enojo? »

MISTERIOSI PREDILECTOS 73

Ya se ve por ese discurso compendiado lo mucho que celaba la gloria del Señor presente en nuestros altares. Bastante le parecía no honrarlo, para incurrir en grave delito y desmerecer las bendiciones del Cielo. Pensaba asimismo que en este asunto más que en ninguno, no cabe separar la ventaja del hombre del honor que el hombre tributa a su Dios, siendo el medio precioso de atesorar gracia acudir a aquél que de la gracia es manantial, y que sólo para comunicárnosla más copiosa se ha quedado entre nosotros.

Movido de esa misma razón, cuando le urgía tomar una determinación, entraba al santuario a consultar su oráculo, que era Jesús; y jamás resolvía cosa alguna, máxime en casos dudosos, sin haber antes implorado sus luces. Lo propio aconsejaba a los de su Congregación : « Acudamos con frecuencia, escribe al Rector de » un Seminario suyo, acudamos a nuestro oráculo, que » es Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, para » rogarle nos guíe y dirija en todos nuestros caminos; » que nosotros, a la verdad, sólo tenemos obscuridad e » ignorancia, y en cambio abundan los motivos de vivir » perpetuamente desconfiados así de nuestro espíritu » como de todo lo nuestro, y necesitamos sobremanera » la luz y gracia divinas. »

En fin, puede decirse que para él este misterio era todo. En él hallaba la explicación de sus dificultades, el consuelo en sus tristezas, el apoyo en su abatimiento, la abundancia en su necesidad, el sosiego en el trajín de sus ocupaciones y el remedio a todos sus males. Y Jesucristo oculto en nuestros altares era para él un tesoro descubierto, que le valía por todo. *Omnia in omnibus Christus*. Algo más veremos de su devoción a este augusto Sacramento en otro capítulo, que versará sobre su estima del Sacrificio de la Misa y de la sagrada Comunión, y sobre su preparación a ambas acciones.

74

CAPÍTULO XI

INVENCIONES DE SU AMOR A NUESTRO SEÑOR.

El verdadero amor nunca dice basta, ni queda satisfecho el amante, si no da a la continua nuevas pruebas de su cariño al amado. En imaginar esas pruebas está ocupada su mente, en deseárselas su voluntad y en ponerlas por obra su boca y sus manos. Así fué San Juan Eudes: incesantemente atento a honrar a Nuestro Señor por sí, y aplicado a inventar mil maneras de hacerlo honrar por sus prójimos, como se verá en este capítulo.

Lo adoraba en las criaturas irrazonables e inanimadas, asociándose a todas las bendiciones que de ellas recibe, según estas palabras del Profeta : « Gloria y hermosura » es su obra. » Se le oía a veces prorrumpir en exclamaciones de éstas : « ¡ Oh amadas criaturas del Dios de mi » alma, bendeedle, alabadle y ensalzadle por mí en » los siglos sempiternos! » Trataba de suplir él mismo la deficiencia de aquellas que carecen de conocimiento y de amor, amando a Nuestro Señor por ellas, dándole gracias por los favores que les había dispensado y de los cuales no podían serle gratas,

sacrificándole sus vidas, sus seres y sus perfecciones naturales. Unía también su voz al concierto de alabanzas que resonaba en el cielo y al que subía de la tierra.

Al infierno mismo bajaba en espíritu, y allí, en medio de los enemigos de Jesús, no obstante el odio y la saña que estos míseros le tienen, unido al gran amor que le profesan el Padre y el Espíritu Santo, le adoraba por todo lo que es en sí y en las criaturas, y le bendecía por la justicia que ejerce en los demonios y los condenados. ¡De qué buena gana hubiera empleado para Jesús las fuerzas y la capacidad de amar que poseyeron aquellos desdichados y perdieron después por su malicia! Pero no teniéndolas, deseaba ser siquiera tan asiduo en ala

INVENCIONES DE SU AMOR A N. S. 75

barle, como ellos en blasfemarle, y le ofrecía sus seres, sus vidas, sus perfecciones naturales, para aniquilarlas a sus plantas y sacrificarlas a su gloria. De esa forma honraba al Señor en los réprobos a pesar de los réprobos.

A veces también se colocaba en el puesto que había merecido con sus pecados, y acataba su divina justicia, que eternamente le hubiera castigado, de no haberse opuesto su misericordia. Temeroso siempre de verse transformado por la muerte en víctima de su enojo, quería hacer en vida lo que debería y no podría después de muerto. También iba en espíritu al purgatorio, para honrar debidamente a Jesús en ese santo lugar, donde purifica a sus esposas las ánimas por el fuego que las abrasa. De antemano aceptaba sufrir las penas que él había de ordenar, y se~ esmeraba en manifestarle su amor en ese estado. Asociábase además a la gloria que recibiera, y en lo venidero hubiere de recibir, por parte de las ánimas justas que pasaran y hubieren de pasar por aquellas llamas. Pero, no estimando condignas de su infinita grandeza las alabanzas todas de las criaturas, conjuraba al Padre y al Espíritu Santo que lo honrasen en su nombre, reparasen sus defectos y encendiesen en su pecho llama de amor. Sólo por agradecer la gloria que esas dos divinas Personas tributan a Jesucristo, se hubiera sujetado a servir las, aun cuando no le impelieran otras razones. Por fin, dirigiéndose a Jesús, le rogaba emplear todo el poder de su divinidad y de su humanidad en alabarse a sí mismo, diciendo con ese objeto este versículo del Cántico de los tres Moisés - s, *Benedicite, omnes virtutes Domini Domino : Potestades*

y virtudes del Señor, bendecid al Señor.

San Juan Eudes ha dejado escritos varios ejercicios, que practicaba, para encender y alimentar el amor de Jesús en los corazones. Imaginó un rosario de treinta y cuatro, cuentas, en honor de los treinta y cuatro años de la vida de amor que **llevó Nuestro** Señor en la tierra; y a cada una, decía tres veces, a imitación de S. Pedro, estas palabras, sacadas en parte del Evangelio y en parte de S. Agustín : « *Amo te, amantissime Jesu, amo » te, bonitas infinita, amo te ex toto corde meo, ex tota*

76

VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

» *anima mea et ex totis viribus meis, et maais atque*

k,

» *magis amare volo.* » Que quiere decir : « Te amo, » amantísimo Jesús, te amo, bondad infinita, te amo » de todo mi corazón, de toda mi alma y de todas mis » fuerzas, y quiero amarte más y más. » A las *glorías* decía : « *0 ignis, qui semper ardes et nunquam extin» gueris, o amor, quí semper Jerves*

et nunquam tepeseis, » accende me, accende me totum, ut totus dirigam te : i Oh » fuego, que siempre estás ardiendo y no te apagas » nunca, oh amor, que siempre estás hirviendo y no te » entibias nunca, enciéndeme, enciéndeme todo, para » que te ame todo vo! »

Otro rosariwusaúa con el mismo fin. A cada cuenta decía estas palabras, dirigiéndose a Dios Padre : « *Pater, » clarifica Filium, juum, ut Filius tuus elarificet te:* Padre, » glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a » ti. » Rogábale encarecidamente destruyese cuanto se oponía a la gloria de ese amado Hijo; y por eso principiaba diciendo : « *Ven, Pater Jesu : Ven,* Padre de » Jesús », para suplicarle viniera a su alma y destruyera lo que fuere menester, juzgando que no se le podía dirigir súplica más de su eUsto. A las *glorias* decía el

n

versículo « *Gloria tibi, Domine, qui natus es de Vir*

» gine etc. : Gloria a ti, Señor, que naciste de la Virgen,

b

» y al Padre y al Espíritu Santo. »

Imaginó un tercer rosario, parecido a los precedentes, que llamaba el rosario de la gloria de Jesús. Solía empezarlo repitiendo tres veces : « *Ven, Domine Jesu : »* Ven, Señor Jesús », con el fin de llamarlo a su alma y » hacerlo vivir y reinar en ella. A cada cuenta rezaba » el versículo : « *Gloria tibi, Domine, qui natus es de » Viruine etc. »;* y al pronunciarlo en la primera, ofrecía

n

a Nuestro Señor toda la honra que le fué tributada el primer año de su vida por su Padre, su Espíritu Santo, su santísima Madre, sus Ángeles y sus Santos, intentando reparar así el no haberlo honrado él en el primer año de su existencia. Otro tanto hacía en las demás cuentas con respecto a los demás años; y a las *glorias* decía el *Gloria Patri* con la suma devoción posible, en homenaje a la santísima Trinidad.

INVENCIONES DE SU AMORA N. S. 77

Compuso también treinta y cuatro actos de amor a Jesús, que son chispas del fuego santo que ardía en su pecho, y una vez al mes los rezaba todos. Pero lo mucho que dijo, lo mucho que emprendió, lo mucho que llevó a cabo, es poco o nada en comparación con la ofrenda y consagración de su Instituto a su divino Corazón. Sabía qué ex(elsas perfecciones ostenta ese Corazón adorable, Y lo contemplaba saritificado por la unción del Verbo y de la misma Santidad increada, animado por una vida supereminente, de la cual un solo momento vale más que todas las'vidas de los ángeles y de los hoinbres; ya que es el término de la fecundidad del Espíritu Santo, quien, siendo estéril en la Trinidad y no hallando un término digno de su operación en la formación de las criaturas, demuestra una fecundidad admirable produciendo ese portentoso. Sabedor de tanta grandeza, S. Juan,~', Eudes embelesado lo veía sobremanera agradable en 7. los- ojos de Dios, objeto perenne de la termira complacida del Padre, cuyo amor va a parar todo a ese Corazón, a esa víctinia voluntaria que se ofreció, y se ofrece aún todos los días, para aplacar su justicia irritada.

Por eso en tratándose del Corazón de Jesús, salían en tropel las palabras al ardiente misionero, y aunque prolijo, pensaba quedar corto. Decía que por él alaban al Padre eterno los Ángeles, por él lo adoran las Dominaciones, y lo veneran las Potestades, y lo bendicen los Santos y suplen los hombres sus deficiencias respecto de su divina Majestad. Añadía también que ese Corazón

bendito es el sol que alumbra los demás astros; aquel gran río que regocija el cielo y la tierra prodigando sus favores; aquella cámara del vino, donde las almas devotas caen en la embriaguez misteriosa que se celebra en los Cantares; un tesoro, en fin, donde hay para los pecadores con que curar sus males, pagar sus deudas, remediar su indigencia, borrar sus culpas, cumplir sus deberes; y donde también los justos hallan ejercicio para su fe, apoyo para su esperanza, firmeza para su amor y seguridad de granjearse el cielo.

Omito traer aquí los demás fundamentos de esta devoción, que estableció S. Juan Eudes : devoción

78 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

santa en verdad, y no obstante, censurada por algunos criticadores, que la han tildado de devoción nueva; y me concretaré a decir que lo que encendió en su alma el deseo de cultivarla con singular esmero y predilección fueron, a más de las santas impresiones recibidas en la oración, las preciosas enseñanzas de Nuestro Señor a Santa Gertrudis, Santa Mectilde y Santa Teresa; y entre otras, lo que un día dijo a una de ellas : que su sagrado Corazón era un manantial inagotable de todo linaje de gracias, favores y bendiciones, un inmenso tesoro de todas las virtudes; que si humildad necesitaba, o mansedumbre, o paciencia, fuera por ellas a ese rico almacén, donde todo lo hallaría en abundancia; que amaba tan apasionadamente a las almas que tienen puesta en él su confianza, que si por imposible no pudiera hacerles bien, ni otorgarles lo que le piden, a tal punto le doliera, que no fueran parte para consolarlo todas las alegrías y delicias del cielo; que lo apremiaba tanto su inclinación a unirse con ellas, que, de no satisfacerla por la sagrada Comunión, una pena le entraría capaz de darle la muerte, si aun fuera pasible.

En agradecimiento de todas las bondades de ese divino Corazón y homenaje a sus grandezas, S. Juan Eudes se consagró totalmente a su servicio, y se propuso hacerle honrar de todos los modos que pudiera. Compuso con ese fin diversas oraciones, que trascienden ternísimos afectos. Por él adoraba, rogaba y pedía a Dios Padre lo que deseaba conseguir. Lo miraba siempre como el dechado cumplido de las virtudes que debía poner por obra; y no contento con lo que hacía por sí, compartía los sentimientos del gran Apóstol, cuando, escribiendo a los Filipenses, tomaba a Dios por testigo de lo mucho que deseaba que fuesen todos en las entrañas de Jesucristo, es decir, según interpretan San Anselmo y Santo Tomás, con qué pasión anhelaba que estuviesen todos muy adentro en el Corazón de Nuestro Señor y en el amor de ese Corazón sagrado.

Esa fué igualmente la razón de haberle dedicado nuestro Santo **su Congregación, la cual bien puede decirse que fué concebida en ese Corazón bendito**, en

INVENCIONES DE SU AMOR A N. S. 79

él nació, y en él se ha, criado y ha ido creciendo; de manera que en él también han de morar perpetuamente los sujetos que la componen, como en el lugar donde recibieron el sér, y donde hallarán asimismo los medios necesarios para procurar el propio perfeccionamiento y la santificación de los demás. Considerar las grandezas de ese Corazón, admirar sus maravillas, agradecer sus bondades, imitar sus virtudes : tal ha de ser su incesante aplicación.

Por eso San Juan Eudes, teniendo en poco los cotidianos ejercicios de piedad en su honor que impuso a sus Comunidades, lo escogió por patrón principal de su Instituto, y con la licencia y aprobación de los Ilustrísimos Prelados, estableció su fiesta. Para disponerse a celebrarla dignamente, ordenó ayuno y otras buenas

obras, como dar de comer a doce pobres y no despedirlos sin su cor ' respondiente limosna y su breve exhortación. Él mismo escribió un oficio con sus himnos, y una misa con su secuencia; y despiden ambos tanta luz, tanta gracia, tanta unción, que sólo con leerlos se inflaman los corazones. Compuso igualmente letanías, en las cuales reunió los más bellos atributos que halló esparcidos en la Sagrada Escritura y en los Santos Padres.

Pero, a fin de extender todavía más esa devoción y propagarla entre el pueblo, instituyó una cofradía en honor del divino Corazón de Jesús y del sagrado Corazón de María. La Santidad de Clemente X la confirmó y aprobó; y a los que en ella se alistaren, concedió varias indulgencias, especialmente una plenaria al ingresar, otra en la hora de la muerte y otra el día 20 de Octubre, que se celebra la fiesta. En fin, no hubo ocasión en que S. Juan Eudes dejara de manifestar su afán por ese centro de sus amores.

Esas fueron, pues, las invenciones que imaginó su amor para honrar y hacer honrar a Nuestro Señor. Buscarlas fué su solicitud, pensar en ellas su alegría, y haberlas hallado su gloria, ya que en las Sagradas Escrituras, Dios promete colmar de dicha en el Cielo a quienes en la tierra le hubieren glorificado; y amenaza en cambio reducir por la eternidad a una **condición des**

80 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

preciable aquellos que en el tiempo no le hubieren demostrado más que indiferencia, hastío y desprecio.

CAPÍTULO XII

DI, SU DEVOCIÓN A LA VIRGEN SANTÍSEMA.

Daremos principio a este capítulo refiriendo el sentir de San Juan Eudes acerca de la obligación que nos incumbe de honrar a la santísima Virgen. Solía decir que Jesús y María están ligados por vínculos tan estrechos, que quien ve al Hijo, ve a la Madre; y quien a uno de los dos ama, no puede por menos de amar también al otro. Por lo tanto, afladía, no hemos de separar lo que Dios juntó tan perfectamente. Esos son los dos primeros cimientos de la religión cristiana, ¡os dos veneros inagotables de donde manan -las bendiciones todas que se derraman sobre nosotros, los dos objetos que jamás debemos perder de vista en todas nuestras acciones. Como ya se vió en los capítulos precedentes qué amor a Nuestro Señor cobijaba aquel santo sacerdote, fácil será deducir de esas premisas, a manera de conclusión cierta, que también fué muy devoto a la Virgen santísima.

En su corazón habían ambos colocado el trono de su amor; y él, a la Madre y al Hijo honraba iyu

~llmente, si bien con la debida proporción, en sus sus ejercicios -devotos. Los cristianos, pensaba, deben continuar la vida de Jesucristo y reproducir sus sentimientos principalmente en lo que atafle a su veneración por la Virgen; pues la honró muy mucho escogiéndola por madre, sometiéndose a sus órdenes, dejándose guiar por ella mientras duró su infancia y su vida oculta, y dándole por fin gloria y poder incomparables en el cielo y en la tierra. Por tanto, a Jesús enderezaba frecuentes sus ruegos, para lograr parte en los sentimientos filiales de su divino Corazón,

plenamente convencido de que si

DEVOCIÓN A LA VIRGEN 8 1

tuvo a bien el Salvador asociarnos a su condición de hijo de María, prueba es que quiere también comunicarnos sus afectos para con semejante madre.

Adoraba el amor infidito de Dios a esa nobilísima criatura, y los designios que formó ab *aeterno* sobre ella; por lo cual humildísimamente le daba gracias y se regocijaba interiormente. O también, considerando a la Virgen con relación a Jesucristo y mirándola como a su soberana después de él, se rendía a su seflorío, se oftecía y consagraba a su servicio, se asociaba a sus virtudes y sin cesar imploraba su amparo. Venerábala de cuantos modos podía, de cuantos debía a razón de su excelsitud; y para honrar la elección de Nijestro Seflor cuando la quiso por madre, él también la escogió por madre su-ya.

A María iba a parar habitualmente su pensamiento. Era menester hablarle de sus grandezas para ponerlo contento; y en sus más fieras dolencias de cuerpo o de espíritu, con sólo oirla mentar, sentía alivio. Nadie le ganaba a elocuente tratándose de María; cuando le era dado encarecer sus glorias, rebosaba de contento; y con tal fervor lo hacía siempre, que encendía los corazones de cuantos lo escuchaban. Después de su muerte, dió testimonio un hijo suyo en esta forma : « Jamás lo hemos oído pronunciar un discurso sin que » diera pruebas de su devoción a la Virgen. No sé si en » los tres aflos que tuve la dicha de vivir con él, con » versó una sola vez con nosotros sin hablarnos de ella; » y siempre lo hacía por exclamaciones y con mucho » entusiasmo. ¡ Oh! ¡Qué buena es! - decía de vez en » cuando- y ¡ qué amable, y qué digna de nuestro » respeto! ¡ Oh! ¡ Qué dichosos son los que se dedican a su » servicio y le son devotos de verdad! Entonces se » notaba muy bien por la alteración de su rostro, sus » ademanes y sus continuos suspiros, que esas palabras » sólo eran chispas del fuego que consumía su corazón, » y que las más fuertes expresiones que podían ocurrír » sele, quedaban muy cortas para manifestar los ele » vados conceptos y la ternura sin par que le inspiraba » la Madre del amor hermoso, **como solía llamarla.** »

8 2 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

El santo nombre de María era para su lengua miel deliciosa. Lo pronunciaba siempre con profundo respeto, y jamás sin orlarlo de un bonito calificativo. Por lo común decía « la divina María », o « la Madre admirable ». Un día escribió a una religiosa que, movida por su amor, quería honrarla con el título de « Nuestra Señora de » Protección » : « El nombre de Nuestra Señora de Pro » tección, le decía, es muy bueno en verdad; pero si yo » tuviera que darle uno a la Virgen bienaventurada, » la llamaría Nuestra Señora toda bondadosa. »

Esa su devoción a María la inculcaba a todos, pero especialmente a los eclesiásticos, que tienen con ella estrechos vínculos y semejanzas particulares, pudiendo gloriarse de ser los padres de Jesucristo como ella es su madre; ya que lo producen cada día en el santo altar y lo engendran de nuevo en el corazón de los cristianos, administrando los santos sacramentos. Exhortaba a los pastores de almas, a los sacerdotes, catequistas, confesores, religiosos, profesores de colegio, maestros y maestras de escuela, padres y madres, a todos aquellos o aquellas que mandan en criados o criadas, y particularmente a sus hijos, exhortábalos, digo, a propagar la devoción a la Virgen, diciéndoles que ése es el mejor medio de contribuir a salvar muchas almas y de asegurarse la propia felicidad, según estas palabras del Espíritu Santo en la Escritura, que la Iglesia pone en boca de María santísima : « Los que me dan a conocer poseerán la » vida eterna »; y por su parte, jamás subía al púlpito sin alabarla en algún modo, a fin de incitar a los oyentes a poner en ella su confianza.

Lo propio puede notarse en diversas cartas suyas. A unos presbíteros de su Congregación, que

estaban de misión, escribió así : « Os suplico ante todo, amadísimos » hermanos, que honréis y hagáis honrar de cuantas » maneras os sea dado a nuestra bondadosísima y amabilísima Madre, la sacrosanta Madre de Jesús, la » amada de Dios y el consuelo de los afligidos. » Tenía el Santo una sobrina religiosa de Nuestra Señora **de la Caridad, bajo** el nombre de Sor María de la **Natividad; y como viniera** a ser nombrada superiora del Convento

DEVOCIÓN A LA VIRGEN 83

de Bayeux por orden del Señor Obispo, escribióle sus advertencias sobre la manera de gobernar con acierto, terminando por ésta, que por ser la más importante a su juicio, había de preferirse a todas las demás : « Sobre » todo, sobre todo os conjuro, amadísima hija, que es » también muy adentro en el corazón de vuestras hijas » una devoción tierna y sincera a la santísima Madre » de Dios, que es manantial inagotable de todo linaje de » bendiciones, y medio infalible de conseguir la eterna » salvación. »

Escribiendo en otra ocasión a la Reverenda Madre S. Gabriel, religiosa de la real abadía de Montmartre, le decía : « De todo corazón os doy las gracias, amadísima » hija, por el fervido amor que tenéis a nuestra amabilísima Madre, que se llama María, Madre de Jesús. » Creced más y más, amada hija, en ese santo amor, y » esforzaos a comunicarlo a cuántos trataren con vuestra » merced. Perded cuidado, que la toda bondadosa » y todopoderosa Madre de Dios, no dejó nunca, ni » tampoco dejará a los que la aman y la sirven, a los » que, después de Dios, pusieron toda su confianza en » su incomparable bondad. Tiene empero sus tiempos » y sus momentos, que es menester aguardar con paciencia y sumisión a la voluntad de su Hijo, que es » la suya. »

Bien se ve por esos párrafos de sus cartas y muchos otros que omito, por no cansar al lector, que San Juan Eudes celaba en gran manera la honra de la Virgen santísima : sólo a celarla aspiraba su corazón. Así que ha pasado en este siglo por uno de sus mayores siervos. No le quitaron esa gloria sus enemigos, ni tampoco sus amigos dejaron de aprovecharla; pues mientras aquéllos pensaban escarnecerlo juntamente con sus hermanos, motejándolos de « hijos de María », éstos le pedían insistentes siquiera una poca parte del amor que profesaba a la Reina de los Cielos.

Sirva de ejemplo el caso de un santo religioso de la Compañía de Jesús que con gran bendición del cielo se dedicaba en el Canadá a salvar almas abandonadas. Ardiendo él también de amor a la Virgen, escribió esta

, 84 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

carta a San Juan Eudes, su digno siervo, del cual había oído hablar, con gran júbilo de su alma, en aquellas lejanas tierras : « Pax Christi. Reverendo Padre : Conso » lado me he sentido al saber por el Sr. Forcapel que ambicionáis santamente aventajar a cualquiera en amor » a Nuestra Señora. ¡Lástima que no logréis inculcar ese » nido de sentir a todos los ambiciosos de la tierra! Me » atrevo a pedir os por amor de María, Madre y Virgen, » a quien tanto amáis, me favorezcáis admitiéndome » como el último de vuestros compañeros al servicio » de esa excelsa Señora, o, si os parece mejor, como el » más pequeño de vuestros hermanos a la adopción de » esa madre de misericordia; y que si viniereis a morir » antes que yo, seáis servido resignarme y dejarme en » herencia, por cuanto de vos dependa, una parte de la » devoción que le tenéis, para que, aun después de » muerto, sigáis honrándola en la tierra por mi persona. El Sr. Forcapel dirá de viva voz a vuestra » merced mi sentimiento de que tantas personas reciban en

• el santísimo Sacramento a Nuestro Señor con las in

» mensas dádivas que les trae, sin demostrar a la que
» nos lo dió la más mínima gratitud. Para remediar, o

» suplir en algún modo ese desagradecimiento, desea
 » ría sobremanera que existiese una asociación ¿le
 » Capellanes de Nuestra Señora, quiero decir, que
 » hubiese una porción de buenos sacerdotes, que se
 » comprometiesen a no celebrar ninguna misa sin
 » tener entre otras intenciones la de honrar a la Virgen
 » bienaventurada, y de ofrecer a Dios por sus manos
 » su Hijo adorable, de modo que cual víctima subiera
 » éste a su Padre, por la misma vía que bajó a nosotros
 » haciéndose hombre. Ni quisiera que sólo a formar
 » dicha intención se limitara esa devoción; sino que
 » desearía además que antes y después de la misa o'
 » comunión, se hiciera de la Virgen bienaventurada la
 » mención más honorable que se pudiese, conjuráibdola,
 » verbigracia, la víspera de la comunión, por la noche,
 » que viniese a tomar posesión de nuestro corazón, a
 » fin de prepararlo a aposentar a su Hijo, y rindiéndole
 » gracias después de la misa o comunión de haber dado

DEVOCIÓN A LA VIRGEN 85

» a nuestras ali-nas un Pastor tan amoroso. Os ruego, » Reverendo Padre, consultéis sobre ese asunto
 a nues» tra bondadosa Señora; y si os da a entender que sería » de su agrado, poned manos a la obra,
 dad principio a » esa asociación y concedet1me la merced de admitir» me en ella. Pero, como pocos se
 inclanan a la devoción » de nó atraerlos algún interés espiritual, confío a vues» tra prudencia y a
 vuestro singular anhelo de acre» centar el culto de la Virgen santísima, el poner por » escrito los
 medios de llamar almas a esta devoción, y el » mandarme por caridad tina copia. Vuestro amor a la »
 Virgen santísima sirva de disculpa a un pobre chico » desconocido, que se toma la libertad de
 escribiros tan » familiarmente. Ale encomiendo a las oraciones y santos » sacrificios de Vuestra
 Reverencia y de todos sus fer» vientes misioneros.

» Reverendo Padre, vuestro humildísimo servidor en » Nuestro Señor

José María CITAUMONXET *de la Compañía de Jesús.*

Quebec a 14 de Octubre de 1660. »

Júzguese por esa carta, que he citado intacta aunque lleve algunos vocablos anticuados (1), si
 tenía el que la escribe fervor y devoción a la Madre de Dios. Y sin einbargo, por fervoroso que
 parezca, aun reconoce sin rodeos, por lo que tenía oído y lo que quizá supiera por otra vía secreta, que
 cabía más amor y más ardor en el corazón de San Juan Eudes que en el suyo. No se ha logrado
 averiguar lo que contestó el devoto misionero a ese buen religioso tocante a la asociación mencionada;
 pero, por otra carta escrita de Montréal el 27 de Septiembre de 1661 para darle las gracias, se ha
 sabido que de muy buena gana le concedió la merced solicitada. Me ha parecido bien trasladarla para
 consuelo del lector, cuya devoción a la Virgen ha de sentirse enfervo

(1) Esto pudo decirlo Hérabourg refiriéndose al original. En la tra. ducción no se nota.

86 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

rizada, por poco que se fije en los sentimientos de aquel humilde jesuíta.

« *Pax Christi.* Reverendo Padre : Aun cuando el » mayor monarca de] mundo nie hubiera

ahijado para » sucederle en todos sus dominios, no hubiera sentido » Di la milésima parte de la alegría que seDie, de liaberme » prometido Vuestra Reverencia resignarme toda la » devoción, la veneración y el celo que os ha dado el » buen Jesús por la gloria de su muy amable y admirable Madre. ¿ Unde hoc mihi, Lazaro mendicanti ? ¿ Unde » hoc mihi, rustico et terrw filio? (1) sino de la inmensa » bondad de esa Madre de misericordia, que se complace en favorecer a los más indignos con sus mayores » mercedes? ¡Cuánto quisiera yo que en adelante todos » los cristianos se volvieran intrigantes y ambiciosos » para alcanzar de los siervos y siervas de Dios esas herencias y esos beneficios espirituales, en vez de correr en » busca de los terrenales! ¡Quién tuviera conceptos y » acentos dignos de semejante asunto, para publicarlos « y aficionar al mundo entero! A vos, amado Padre, y a los » que se os parecen, honra nuestro divino Maestro sirviéndose de sus plumas y escritos, para inflamar al » mundo con su amor y el de su santa Madre. Proseguid, » venerado Padre, proseguid con esa santa tarea; que si » intentare Dios darnie alguna idea nueva, capaz de » acarrear mayor honra a nuestra bondadosa Reina y » Madre, le ruego de corazón os la comunique a vos, que » de seguro la aprovecharéis mucho mejor. Lo que » deseo alcanzar de su infinita largueza, por mediación » de vuestros santos sacrificios, es aprovechar debidamente mi pericia en idiomas de Hurones e Iroqueses » para convertir a esta pobre gente, y luego perseverar » hasta la muerte en este empleo, al cual me llamó Dios » hace ya más de veinticuatro años. Hágame Vuestra » Reverencia la caridad de encomendarme a las oraciones y santos sacrificios de sus fervorosos misioneros, a quienes abrazo in *visceribus et in osculo Christi*

(1) ¿ De dónde me viene a mí esto. Lázaro pordiosero? ¿De dónde a mí, n1stico, hijo del campo?

DEVOCIÓN A LA VIRGEN 87

» como a hermanos y **coherederos de la veneración que** » os comunicó el Salvador para con su amada Madre. ». Adiós,

» De Vuestra Reverencia humildísimo y obedientísimo hijo en Nuestro Señor

José TMaría CHAUMONNET *de la Compañía de Jesús.* »

En fin, si hubieran de referirse todos los testimonios que han dado diversas personas de la devoción de aquel santo misionero a la Virgen santísima, se necesitarían volúmenes enteros. Baste decir que tenía la noble ambición de ceder a cualquiera tratándose de habilidades naturales, pero no podía tolerar que nadie se le aventajara en respeto, confianza y amor a la Madre de Dios. Y si incitaba a todos a venerarla, hacía lo posible para venerarla más que todos, no movido por un orgullo latente y espiritual, sino por su gran afición y la honda estima que nutría de su persona sagrada y de sus perfecciones divinas.

CAPÍTULO XIII

DE SUS DIVERSOS EJERCICIOS DE DEVOCIÓN

1

A LA SANTÍSIMA VIRGEN.

No hay piedra que los hombres del siglo dejen por mover, para hacerse bien quistos e ' en las mujeres que pretenden; y aun en la Escritura vemos que nuestros

antiguos patriarcas no quedaban cortos en procurar granjearse la afición de aquellas que Dios les destinara por esposas. Así también San Juan Eudes, considerando que pertenecía a la Virgen santísima por mil títulos, y además por la libre elección que hizo cuando niño, como quedó apuntado en el libro primero de su Vida, no descuidó nada de cuanto podía hacer, para demostrarle su devoción y su cariño.. A servirla dedicó toda su apli
88 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

cación, siguiendo en esto las huellas de aquel gran Apóstol, su patrón, a cuya solicitud confió la propia madre Jesucristo moribundo. Y para cumplir ese deber con mayor fidelidad, nuestro Santo se obligó por voto a honrar y considerar a María como a su bondadosa Madre y dulcísima Dama. Ni un día pasó sin darle alguna prueba de aquel su rendimiento y vasallaje en que quería vivir y morir.

De cuantas oraciones pueden dirigirse a la Virgen, juzgaba que el *Avemaría* es la que más le agrada, por contener la noticia más fausta que jamás overon sus oídos. Érale común y cotidiano el rezo del ~osario, y solía llevarlo colgado de la faja, ufano de que notasen todos que blasonaba de devoto a la Madre de Dios; y^ afirmaba recelar que en el artículo de la muerte, Jesús y María desechasen por indignos de sus misericordias a aquellos y aquellas que fueren hallados sin esta señal de devoción. Siempre que lo rezaba él, le animaban disposiciones muy santas y mira~ muy espirituales. Empezaba por ofrecerse a Nuestro Señor, al decir el *Credo* (1), para derramar la sangre por la gloria de sus misterios, en unión con los sentimientos que él tuvo al derramar la suya; luego se humillaba profundamente ante el Hijo y la Madre, se entregaba al amor reciproco que se tienen, se asociaba a todas las alabanzas que se les tributan en el cielo y en la tierra, y rezaba cada diez en honor de las virtudes de ambos, solicitando participarlas : el primer diez en honor de su humildad; el segundo en honor de su pureza de corazón; el tercero en honor de su mansedumbre y caridad; el cuarto en honor de su sumisión a la voluntad de Dios; el quinto en honor del amor purísimo de Jesucristo para con su Padre, y de María para con Jesús; el sexto en honor de su último día, su última hora, su último momento y de su muerte de amor (2).

(1) Al principiar el rosario, suele rezarse en Francia el *Credo*, en vez del *Señor wbío Jesucristo*.

(2) El rosario que aquí se monta es el llamado rosario de Santa Brígida. Consta de 63 *Avemarías*, en honor de los 63 aflos que vivió, según dicen,

la Virgen bendita, y de 7 *Padrenuestros*, en honor de sus 7 dolores y sus

7 gozos. (Véase (*Euvres complètes du V. Jean Eudes*, Tomo 1, p. 489, n. 2.)

Parecido era su proceder cuando rezaba el oficio parvo de la Virgen, honrando en cada parte una parte de la vida de Jesús en María y de María en Jesús; o también, asociándose en cada salmo a las alabanzas que recibiera esa Reina de los Cielos ya del Padre eterno, del Hijo y del Espíritu Santo, ya de los Ángeles y Santos en general o en particular.

No hacía oración ni ejercicio devoto sin pedirle, al concluir, la bendición para sí y para los demás, por estas palabras, con que también cerraba sus cartas : *No8 cum Prole pia benedical Virgo Maria*; y para merecer ese favor y apremiar a la Virgen a no negarlo, estableció que se dijera antes la siguiente estrofa :

Monstra te esse matrem, Sumat per te preces Quí pro nobis natus Tul esse tuus.*

Que quiere decir : Demuestra que eres madre, y por tu mediación, acepte nuestras plegarias aquel que, nacido para nosotros, quiso ser tuyo. Este modo de rematar los ejercicios de devoción sigue usándose en su Congregación, conforme a su deseo.

Grande era la afición del Santo, y no menor su respeto, a toda clase de imágenes de María; mas no podía sufrir las que separaban a la Madre de su Hijo. Disparatado le parecía el pintar al uno sin el otro, habiendo estado ambos siempre unidos tan estrechamente, y ni a la Virgen pensaba que agradasen las tales pinturas. Por eso decía a veces este gracioso dístico :

Pingenti solam sine nato mater aiebat : Me sine me pojius pinge, dolebo minus (1).

(1) Dijo una madre el pintor que sin su hijo la pintaba Menor fuera mi dolor, si a mí sin mi dibujaras.

90 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

Tampoco quería que Jesús y María anduvieran separados en el culto que se les rendía. Cuando la peste asoló Caen, el Santo mandó colocar sus estatuas en todas las puertas de la ciudad y en el puente de San Pedro; y desde entonces, nunca ha sucedido desgracia en esos sitios. Si andando por la calle, encontraba acaso alguna imagen, se volvía hacia ella, se paraba y rezaba el *Avemaría* tan devotamente, que quedaban conmovidos los que le oían o miraban. Conversando con el prójimo, tenía siempre en mano una medalla de su rosario, y sin cesar la besaba y volvía a besar con indecible ternura. Habiéndosele dicho un día que besaba mucho la medalla, contestó sonriendo : « Es que estoy de galanteo. Los » galanes no se cansan de acariciar una belleza siempre » frágil, cuando no postiza o ilisoria; ¿ qué pues no » he de hacer yo para una Novia tan buena y tan linda » como la mía? No puedo consentir que unos locos, que » sólo aman cosas vanas, se me aventajen en caricias, » ni tampoco en amor. » Ese su amor fué más fuerte que la muerte, pues pidió por testamento que se le enterrase con una imagen de María, que tenía en su aposento.

San Juan Eudes gustaba de restaurar las capillas de la Virgen malparadas o destruídas por la injuria de los tiempos o el descuido de los hombres. Había una cerca de Valognes, desamparada por completo, que sólo se abría una vez al año, el día de un santo Apóstol, cuya estatua se conservaba allí todavía. Nuestro Santo se cuidó él mismo de recuperar sus títulos, la mandó componer, la engalanó con diversos atavíos y le puso el nombre de *Nuestra Señora de la Victoria*. Luego se hizo célebre aquella capilla, por el gentío que acudía; y los muchos milagros que allí se obraron, dieron a entender que la Virgen es en verdad victoriosa, y que la gloria de esta postrera casa, restaurada por su siervo, sobrepujaba con mucho la gloria de la primera. *Magna erit gloria domus istius novis8imw plus quam, primae*. Se encargó también de reparar otra capilla maltrecha de Nuestra Señora de la, *Sole*,

situada en la parroquia de Vély, diócesis de Coutances, que fué luego restituida al culto, bajo la advocación de *Nuestra Señora de la*

DEVOCIONES A LA VIRGEN 91

Consolación, en memoria de la primera aparición de Jesús. resucitado a su Madre. El pueblo, incitado por su celo, ayudó con limosnas; y los favores señalados que muchos recibieron en aquel piadoso lugar, mostraron sobradamente cuanto agradaba a María que se hubiese restaurado.

No era raro que emprendiese San Juan Eudes romerías en honor de Nuestra Señora, llevando a veces consigo a sus sacerdotes o a otras personas de devoción; pero, solo o acompañado, siempre iba muy aplicado a Dios y en gran manera recogido. Un ejemplo de esto puede verse en el Capítulo once del Libro primero.

Tenía en mucho las cofradías marianas, especialmente las del Rosario y del Escapulario; y habiendo en vida difundido entre los fieles ambas devociones y sus insignias, quiso al morir ser enterrado con esas dos prendas de salvación.

A las fiestas de la Virgen profesaba singularísima veneración, diciendo que para nosotros han de ser días de celestiales delicias, a razón de las copiosas gracias que ella nos alcanza de su Hijo, si le guardamos en nuestro corazón sentimientos filiales. Quiso que en su Congregación se celebrasen con licencia de los Ilustrísimos Prelados, las que ya se celebraban en diversas Iglesias particulares; por ejemplo la fiesta de su sagrado Corazón, la de su matrimonio virginal con S. José, la de la visita de su Hijo recién resucitado, la de sus gozos, la de su santo Nombre, la de sus victorias, la de su santa Infancia, la de su expectación; y tenía por gracia singular el habersele ocurrido esta manera de honrar a María. No cabía en sí de contento al saber que en alguna de sus casas se habían solemnizado con magnificencia. Así se vió cuando, escribiendo un día al Rector del Seminario de Coutances, le decía : « Os agradezco » la gran consolación que me trajo vuestra carta. Lleno » me dejó de alegría, por haberse celebrado tan bien la » fiesta del Corazón santísimo de nuestra Madre admirable, y por lo que hizo el Obispo de Coutances y prometió hacer al año que viene. Gracias infinitas a » Nuestro Señor y a su santísima Madre. »

92 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

También exhortaba a celebrar debidamente esas fiestas a las personas que conocía particularmente, como cuando, con ocasión de la Natividad, escribió lo que sigue a una monja de S. Benito : « Honrad bien en este » día, el primer momento de la vida terrestre de la » Virgen santísima. ¡ Oh momento! ¡ Oh vida! ¡ Oh momento más valioso que todos los siglos que lo precedieron desde el principio del mundo! ¡ Oh vida, más » cara a Dios y más preciosa en este solo momento que » todas las vidas de los Ángeles y de los mayores Santos! ¡ Oh! ¿ Quién atinará a decir lo que es Dios para » con esta niña recién nacida, y lo que es ella para con » Dios ? ¡ Qué abundancia de gracias y bendiciones derrama Dios sobre el alma de esta niña, y qué aplicación » tiene ella, qué unión, qué amor a Dios! Más gloria y » amor le da ella en este momento de lo que recibió en » cinco mil años antes transcurridos. ¡ Oh Virgen santa, » rindan homenaje a este primer momento de la vida » vuestra, los momentos todos de mi vida y de mi eternidad! Comenzad, amada hermana, comenzad en » este momento a vivir con la Virgen bendita una vida » santa y celeste, en honor de su vida santa y divina. »

San Juan Eudes se prevenía a esas fiestas por el ayuno, la limosna, la oración y otros devotos ejercicios, variándolos según los diferentes misterios de María que celebra la Iglesia, y en conformidad con las gracias que encierran. Aunque los respetara todos ellos en gran manera, le atraían principalmente los de su santa Infancia. A fin de celebrar este estado de la Virgen, escribió un hermoso libro, donde, entre otras cosas, asienta en razones muy fuertes la verdad de la Inmaculada Concepción y describe sus excelencias. Este misterio, tan honroso para María como impugnado por

lo~ enemigos de su gloria, era el misterio de su corazón. A más de haber compuesto en su honor un oficio parvo, que todos pueden rezar fácilmente, solemnizaba su fiesta con extraordinaria devoción, y ordenó que en su Congregación, se ayunase la víspera : para él, la Inmaculada era la fiesta de la pureza. Por tanto, procuraba purificarse lo posible, para no ser indigno de participar de su espí

DEVOCIONES A LA VIRGEN 93

ritu y de su gracia propia. Más abajo apuntaremos otros ejercicios que imaginó en honor de este misterio santísimo.

El día de la Presentación, solía renovar su profesión eclesiástica, en unión con la ofrenda de sí misma que hizo la Virgen a Dios, volvía a consagrarse como sacerdote a su divina Majestad bajo los auspicios de esa bondadosa Madre, y protestaba que en lo sucesivo, pondría sumo cuidado en que no desdijera su vida de la gran- vi deza y santidad de su condición. El día de la Anunciación, que María fué escogida por madre de todos los hom-bres, empezando a serlo del Verbo encarnado, confirmaba el voto de perpetua esclavitud, que en otro tiempo emitiera en esa misma fecha. La víspera de su triunfante Asunción, la obsequiaba por última vez, antes que saliese del mundo para ir a tomar posesión de la gloria. Postrado a sus plantas en nombre de todos los hombres, la saludaba en los diferentes estados de su vida; pedíale perdón de haber sido remiso en honrarla -1

r_ durante el año, y torpe en aprovecharse de sus misterios; y para suplir su insuficiencia, le ofrecía las alabanzas que le tributaran los Ángeles y los Santos del cielo y de la tierra. Dábale gracias por lo que había pensado, dicho, hecho y padecido en este mundo, para cooperar con su Hijo en nuestra salvación. Le pedía perdón de las injurias recibidas, de los trabajos pasados aca abajo; y en desagravio, le ofrecía el Corazón adorable de su Hijo, la veneración de la Iglesia triunfante y militante, y se presentaba él mismo para reparar, sufriendo cuanto ella quisiera, y procurar su gloria por cuantos medios le fueren dados. Por fin, le daba su corazón entera e irrevocablemente, suplicándola destruyese en él todo lo q' ue no fuere de su agrado, Jo desprendiese por completo de las criaturas, lo uniese estrechamente con el suyo y se lo llevase -al cielo. En esa fiesta, escogía un misterio de la vida de la Virgen, para venerarlo particularmente durante el año. Entre todos los días de la semana, su devoción hallaba particular agrado en el sábado, consagrado por la Iglesia a honrar la vida de Jesús en María y de María en Jesús; doblaba

94 VIRTUDES DE SAN JUAN EUDES

entonces su esmero y afecto en cumplir con ella, a fin de reparar los descuidos de la semana; y al finalizar el día, la saludaba en la última hora y en el último momento de su vida, ofreciéndole la última hora y el último momento de la suya.

Otra prueba de la afección de San Juan Eudes a la Madre de Dios, son los libros que compuso en su alabanza. Holgábase no poco con emplear su pluma y su lengua en dar a conocer y hacer amar a esa gran princesa. Pancuirista más entusiasta de María no se halló en el siglo pasado, como sobradamente lo demuestran, amén de sus otras obras, los oficios que escribió para diversas fiestas suyas, y más que todos ellos, el oficio de su purísimo Corazón. Cuando hubo muerto, se encontró escrita con su sangre una salutación que empieza por estas palabras : *Ave, Maria, filia Dei Patris*. Ya antes, viviendo aún, había mandado imprimirla; y se ha podido juzgar de su eficacia por los grandes favores dispensados a quienes la han rezado. A él también se le deben en parte esos dos excelentes libros de pláticas teológicas sobre las *Grandezas* de esta Reina del cielo, compuestas por el Reverendo Padre Luis Francisco de Argentan, capuchino; pues gracias a sus ruegos, puso manos a la obra ese sabio religioso, después de haberse excusado repetidas veces, y tuvo el acierto de llevarla a cabo, en buena hora, el último año de su vida.

Hay que reconocer empero que los dos monumentos perennes de la piedad de San Juan Eudes a María, serán sus dos congregaciones : la de los Seminarios de Jesús y María, y la de las Religiosas de la Caridad, establecidas precisamente para honrarla y hacerla honrar de un modo particular. No sólo dedicó a su purísimo Corazón todas las iglesias de sus Comunidades, sino que también inspiró a ambas familias numerosas devociones en su honor, que- todavía se practican con gran bendición del Cielo, Y las consagró mil y mil veces a esa Madre amorosa, que jamás desecha semejantes ofrendas.

A más de la cofradía que erigió, según queda dicho en el capítulo XI, instituyó una pequeña compaffia, **que llamó Sociedad de los Hijos del Corazón de la Madre**

DEVOCIONES A LA VIRGEN 95

admirable, destinada a las personas que viven en el siglo, y aunque faltas de salud, de medios o de vocación para ingresar en las religiones, aspiran sin embargo a una vida más perfecta que la de los miembros de la Cofradía del Sagrado Corazón, en la cual se admite a cualquiera, cen tal que no lleve vida mundana y escandalosa. La misma finalidad señaló a esta asociación que a las dos Congregaciones mencionadas, es a saber: venerar e imitar con esmero a la Virgen santísima, y hacerla venerar e imitar por los demás. Quiso que aquellos y aquellas que se agregaren, fuesen irreprochables, sinceramente devotos, tuviesen para con la Madre del amor hermoso un corazón filial, observasen continencia y castidad perfecta y llevasen debajo del vestido propio a su condición, otro Vestido compuesto de tres prendas : 1 lo Una túnica blanca, en honor de su Inmaculada Concepción. 20 Un fajín blanco de seda, en honor de su maternidad y de su virginidad. 80 Una cruz encarnada de seda, cosida en la túnica por dentro frente al corazón, en honor de sus dolores. Desde un principio manifestó María cuán grata le era esta asociación, colmando a sus miembros, ya en esta vida, de mercedes singulares, que excuso referir aquí; y aun vemos cada día, de cuánto provecho es a varias almas, que resueltamente han ingresado en ella, y viven en el mundo sin ser del mundo ni seguir sus máximas, antes haciendo alarde de renegarlas. A su digno institutor corresponde el mérito de las mil ventajas que acarrea, al buen P. Eudes, que por mucho tiempo vistió sus santas libreas y quiso ser enterrado con ellas, y por este medio y muchos otros, que omito por no cansar al lector, procuró que fuese la Virgen santísima conocida, venerada y amada.

Ese fué uno de los más nobles y habituales quehaceres de su vida en este mundo, y ése es también el más precioso florón de su corona en el otro; ya que, según dicen los Santos Padres, Nuestro Señor se complace muy mucho en premiar magníficamente en el cielo, a los siervos de su Madre.

96

CAPITULO XIV

CONTRATO DE MÍSTICO ENLACE ENTRE S. JUAN EUDES

Y LA VIRGEN SANTÍSIMA.

Aunque la santísima Virgen merezca por su excelsitud y majestad profundísimo respeto, y nos haga ya harto ~avor con aceptarnos entre sus servidores y esclavos, es empero tan bondadosa, que, olvidando en cierto modo las ilustres prerrogativas que la ensalzan infinitamente por encima de nosotros, tiene a bien admitirnos por suyos con los amorosos títulos de hijos y esposos. Con tamaña merced honró a algunos santos, que le fueron particularmente devotos. Léese en la vida de S. Roberto, primer Abad del Cister, que a su madre encinta puso María un anillo al dedo, en señal de la alianza que quería contraer con él. La historia célebre de S. Edmundo, arzobispo de Cantorbery, nos enseña asimismo que, aun jovencito, dijo una vez a su tía que había encontrado novia y estaba enamorado. Se refería a la Reina del Cielo, a quien había escogido por esposa, haciendo voto de perpetua virginidad ante una estatua suya, y poniéndole en el dedo una sortija de oro, que llevaba grabada el Avemaría. Ya se ve, pues, por el ejemplo de los Santos, que no es temeridad elegir a la Virgen por su amada; lo es

tanto menos cuanto que Jesucristo su Hijo anda buscando con afán a las almas por esposas, que está satisfechísimo cuando éstas acuden a él para serlo, y que quiso contraer místico enlace con Santa Catalina, en presencia de su Madre santísima y de toda la corte celestial.

San Juan Eudes, embelesado por la hermosura de María, por sus ricas prendas y sus excesivas bondades, le consagró todos sus afectos; y habiéndosela escogido por esposa' como lo notamos en el capítulo segundo del libro primero, imitó la devoción de aquel gran arzobispo

VONTRATO DE MÍSTICO EI-1E 97

poco ha mencionado. Escribió y firmó con su sangre el contrato de su unión, si bien mucho tiempo después de efectuada, y en él relucen tan vivos sus sentimientos de respeto, de ternura y de amor, que intacto lo trasladaré, por no quitarle su fuerza, cual lo he hallado en una copia del original que quiso el Santo llevarse a la tumba.

JESUS MARIA JOSEPH

CONTRATO DE SANTA UNIÓN

CON LA SACRA FÍSIMA VIRGEN MARÍA, MADRE DE Dios.

Oh admirable y amabilísima María, Madre de Dios, Hija única del Padre eterno, Madre del Hijo de Dios, Esposa del Espíritu Santo, Reina del cielo y de la tierra, no me extraña que consientas ser esposa del último de los hombres y del mayor de todos los pecadores, que osó escogerte desde niño por su muy única esposa, y consagrarte totalmente su cuerpo, su corazón y su alma. Es que quieres imitar la bondad infinita de tu Hijo Jesús, que consiente ser esposo de un alma pecadora y mísera. Alábenle por tanto y bendígante eternamente todos los Ángeles, todos los Santos, todas las criaturas y el mismo Criador, y reparen ellos por mí las ingratitudes e infidelidades sin cuento que contra ti he cometido.

Ya que a tanto ha llegado tu bondad, oh la más cariñosa de todas las criaturas, ten por agradables, te

.1 ~

suplico, las condiciones de nuestra santa union, que voy a escribir en este papel, que será como el contrato de esa unión, o mejor, como una copia del contrato en que ruego al Espíritu Santo hacer de notario, para escribirlo en tu Corazón y en el mío, con letras de oro de su puro amor, que jamás puedan borrarse.

Mientras que el esposo es jefe y superior de la esposa y que ésta está sujeta a su autoridad, yo quiero respetarte y honrarte como a mi soberana Señora, quiero que mi sér con todo lo a él anejo y concierne, esté plenamente sujeta a tu poder, para que de él dispongas)como te plazca.

Mientras que una parte del dote de la esposa, que llaman vulgarmente « *don mobil* » (1), queda en manos del esposo, el cual hace con ella lo que bien le parece, yo no quiero apropiarme ni guardarme nada de dote que me has traído, o sea, de las gracias y mercedes incontables que por mediación tuya me ha dispensado el Padre que está en los Cielos. Renuncio de todo corazón a aprovecharme de ellas para mis intereses particulares, y las pongo en tus manos con todos sus frutos, a fin de que por tí tornen a Aquel que es fuente de donde manaron, y a quien solo sea dada eternamente toda gloria. Mientras que a la esposa sólo queda por viudedad, muerto su esposo, una parte de la hacienda de éste, es mi intención, oh Señora mía veneranda, que todo lo que soy, todo lo que puedo, todo lo que tengo en el cuerpo o en el alma, por naturaleza o por gracia, todo lo que espero en la gloria, y generalmente todas las cosas que me pertenecen en lo temporal y en lo espiritual, o que de mí dependen de cualquier manera, sean enteramente tuyas sin reserva alguna, para que de ellas dispongas según tu talante. Mas todo eso no es nada. ¡ Oh! si tuviese yo cien millones de mundos, de qué buena gana te los daría, ¡ oli divina Dama mía! Y aun si por imposible, tuviera yo un sér divino, como tu Hijo Jesús, con júbilo te lo diera, en unión del mismo amor con que él se entregó a ti.

Mientras que la esposa ha de acomodarse y hacerse semejante a su esposo, según estas divinas palabras : *Faciamus homini adjutorium simile sibi*, yo deseo poner cuidado en asemejarme a ti, oli Reina mía, imitando con esmero tu vida santa y sus eminentes virtudes. Emplea, por favor, el poder que Dios te ha dado : destruye en mi todo estorbo, y estampala vivo en mi alma tu imagen cabal y tu cumplida semejanza.

Como el esposo y la esposa han de habitar en la misma casa, yo también quiero habitar contigo en el amabilísimo Corazón de Jesús, que es tu Corazón; haz, por

(1) Alude a un antiguo fuero de Normandía, que, del dote de la mujer, concedía al marido una mejora, llamada en francés *don mobil*,

favor, que de ahí no salga nunca y sea ésa mi única morada para el tiempo y la eternidad.

Como la esposa no puede separarse de su esposo y esta obligada a seguirlo y acompañarlo por todas partes, yo también te suplico, oli toda tú bondadosa, estés siempre conmigo en todo lugar, en todo tiempo, en todas mis acciones, para guiarme y regirme conforme a la adorable Voluntad de tu Hijo.

De la misma manera que al esposo ha de ser carísima y estimadísima la honra de la esposa, que es su propia gloria, yo también protesto querer celar tu honra, venerándote y haciéndote venerar, mediante la gracia de tu Hijo, de cuantos modos pudiere.

Como el esposo y la esposa han de amarse recíprocamente con amor sincero, constante y cordial, yo también tengo todas las pruebas imaginables, ¡ oli toda tú amable! de tus incomparables -bondades para conmigo; y tú ves asimismo los ardores y las llamas, las cordialidades y ternuras de mi corazón para contigo. ¡ Oh anhelo mío! ¿ qué otra cosa quiero yo en el cielo y en la tierra, qué otra cosa amo más que a ti, después de tu Jesús y el mío ? ¡ Oh único bien de mi corazón, después de mi Dios! ¿ qué no quisiera hacer y sufrir yo por amor tuyo ? Ya sé que a tu Hijo y a ti nada agrada tanto como el trabajar por salvar almas; y tocante a eso, tu también sabes por donde tiran los afectos de mi corazón. ¡ Oh! ¡ Quién tuviera todos los corazones de los hombres y de los ángeles, con toda la facultad de querer habida y por haber, para emplearlos en amar a Jesús, Hijo de María, y a María, Madre de Jesús! Pero, ni aun eso me satisfaría : se necesita un corazón de Dios, para amar dignamente a un Hombre Dios y a una Madre de Dios. Gracias a Dios, lo tengo; pues habiéndose Jesús entregado todo a mí, es mío por tanto su Corazón. Sí, el Corazón de Jesús es mi corazón; y con el amor de este Corazón quiero yo amar a mi Salvador y a su amabilísima Madre, y amarlos fuerte, tierna, única y eternamente; y nada quiero amar sino lo que aman ellos, ni aborrecer nada sino lo que aborrecen ellos, ni alegrarme de nada sino de lo que contenta a ellos, ni entristecerme por nada sino por lo

que desagrada a ellos; y quiero tomar mi consuelo y mis delicias en pensar en ellos, conversar con ellos, hablar y oír hablar de ellos, obrar para servir a ellos, sufrir por amor de ellos, y morir mil veces, si pudiera, por Jesús y María.

Como el esposo y la esposa están obligados a asistirse y consolarse mutuamente en sus dolencias, enfermedades y aflicciones, es mi deseo servirte, ayudarte y consolarte, según el poder que Dios me diere, en la persona de los pobres, enfermos y afligidos, en quienes atenderé a ti como se atiende a la madre en sus hijos, suplicándote en cambio, oh bondadosa Señora mía, me asistas,- ampares y sostengas en todas mis necesidades de cuerpo y alma.

Como el esposo y la esposa deben tener un solo corazón y una sola alma, haz también, por favor, oh Reina de mi corazón, que sólo tenga yo un alma, un espíritu, una voluntad, un corazón contigo; y para ello, quítame mi corazón y dame el tuyo, según tu palabra, a fin de que pueda cantar eternamente :

*O qualis haec benignitas
Ardens Mariae charitas
Meum sibi cor abstulit,
Suum mihi cor praebuit- (1).*

Sea ese Corazón sagrado de mi amadísima María el alma de mi alma y el espíritu de mi espíritu; sea ese amable Corazón el principio de mi vida y de todos mis pensamientos, palabras, acciones, sentimientos ' y afeetos; haga yo todas mis obras y sobrelleve mis pesares y aflicciones con el amor, caridad, humildad, sumisión, paciencia y demás disposiciones e intenciones de ese Corazón santísimo.

Como la esposa ha de ser sobremanera solícita y cariflosa para con su esposo en los últimos días de éste y en la hora de su muerte, yo también te pido, oh A~da

(1) Oh qué benignidad! La caridad ardiente de María se llevó mi corazón, y me dió el suyo.

de mi alma, que en mi último día y en mi última hora, estés personalmente presente y cerca de mí según tu promesa, para defenderme de los enemigos de mi salvación, para fortalecerme y consolarme, para prepararme a morir santamente, para asociarme a las santas disposiciones con que moriste tú, para acoger mi alma al salir del cuerpo y darle albergue en tu seno y en tu Corazón materno - pues eres mi madre y esposa como eres la madre y esposa de mi Jesús - para llevarla contigo, al cielo, a fin de que ame yo allá, alabe y glorifique para siempre a la santísima Trinidad, juntamente contigo y con todos los Ánoeles v Santos.

Como la esposa debe cuidar de los hijos que le ha dejado su esposo difunto, yo también te suplico de todo corazón, oh cariño mío, ctúdes particularmente de todos los hijos espirituales que me ha dado Dios, que son asimismo hijos tuyos, ya que por ti me los ha dado. En tus manos los pongo a todos desde ahora, y te ruego conservarlos, de modo que ni uno perezca. También pongo en tus manos benditas todas las Comunidades que me encargó la divina Providencia o las que unió conmigo por vínculos especiales; así como también todos aquellos que me sean adictos, o me guarden caridad, o se hayan encomendado a mis oraciones, o a quienes tengo yo alguna obligación, sin olvidar a los que me hayan despreciado o aborrecido, para los cuales te ruego implorés el perdón de la divina Misericordia. Pero sobre todo, te recomiendo encarecidamente, oli toda tu bondadosa, la pequeña Congregación de Jesús y María, que tu Hijo y tú me habéis dado, conjurándote, Reina mía, por todas las bondades -de tu amante Corazón, remedies las faltas que en ella he cometido, aniquiles todo lo que pueda oponerse a las miras que tiene Dios sobre ella, la ampares, bendigas y gobierne en todo. Acuérdate, oh Virgen buena y poderosa, que tu Hijo Jesús es su fundador, su superior y su padre, que tú eres su fundadora, su superiora y su madre, y que está enteramente dedicada y consagrada a tu santísimo Corazón. Haz, pues, te suplico, que todos los hijos de esta Congregación sean verdaderos hijos de tu

razón, y al efecto renuncien por completo a su voluntad propia, para amoldarse en todo y por todo a la adorabilísima Voluntad de Dios. Echa fuera de ella a todo aquel que quisiere vivir según el antojo de su corazón estragado, y no consientas que entren en ella sujetos de esa índole. Bendice y favorece de todas maneras a los que guardaren las reglas establecidas en esa Congregación. Bendice también, y con tus más santas bendiciones, a los que le fueren adictos y le dieran protección; pero ante todo, te pido, divina Princesa mía, le des un superior según tu corazón, que repare las innumerables faltas que he cometido yo, y la gobierne según tu espíritu, que es el espíritu de tu Hijo.

Esas son las condiciones del contrato de la unión santa que me dejaste contraer contigo, oh Reina del Cielo, como con la esposa sagrada de mis pensamientos y de mis amores. Vuelvo a suplicarte lo tengas por agradable, y lo firmes con la sangre de tu Corazón virginal, como voy a firmarlo yo con mi sangre. ¡ Ojalá pudiera firmarlo con la última gota de sangre de mi corazón! Haz, por favor, que lo aprueben y firmen tu Padre adorable, que es también mi Padre, tu Hijo Jesús mi redentor, el Espíritu Santo tu Esposo, tu padre S. Joaquín, tu madre Santa Ana, tu esposo S. José; y que tu ángel de la guarda S. Gabriel y el mío, S. Juan Bautista y S. Juan Evangelista, y todos los Santos que te tuvieron particular devoción en la tierra, y todos los demás Ángeles y Santos, firmen también como testigos, y ponga el Espíritu Santo el sello eterno de su divino amor. *Amen, amen, fiat! fiat!*

Hecho en Caen, en la residencia de la Congregación de Jesús y Maria, el sábado 28 de Abril de 1668. Juan Eudes, Presbítero, misionero de la Congregación de Jesús y María. - Firmado con su proláia sangre.

Después de semejante contrato' bien puede decirse, sin recelo de faltar a la verdad, que pocos siervos tan estrechados como ése habrá hallado la Virgen santísima en la tierra. Si la Esposa de los Cantares se gloriaba de no pertenecerse, porque siendo su Amado todo de ella

CONTRATO DE MÍSTICO ENLACE

103

también ella era toda de su Amado, San Juan Eudes podía igualmente decir que ya no se pertenecía, pues siendo toda suya la divina María, todo él también era de María. Resultó de ese santo desposorio una unión todavía mas íntima que la de los casamientos mundanales; pues los dos contrayentes no tuvieron en lo sucesivo más que un mismo corazón, un mismo espíritu y una misma voluntad, habiendo el esposo renunciado todo lo suyo y puéstolo en manos de su santísima y amadísima esposa.

CAPITULO XV

GRACIAS QUE SAN JUAN EUDES RECIBIÓ

DE MARÍA SANTÍSIMA.

« Yo amo a los que me aman ». Palabras son éstas de la Sabiduría, que la Iglesia pone en boca de la Virgen y diariamente se ven comprobadas. No es ocioso el amor de nuestra Reina, como ella misma lo dice, sino activo, y toma gusto en regalar con sus dulcísimas ternuras a los que le son afectos. Juntando en sí María todas las virtudes, posee en sumo grado la del agradecimiento; por lo cual se la compara en el Viejo Testamento al olivo fructífero y al aceite derramado; y en verdad que aun no se ha hallado quien pueda quejarse de haberla implorado debidamente, sin haber conseguido pruebas de su bondad y misericordia.

Excusaremos buscar, más ejemplos que los que ofrece la vida de San Juan Eudes, a quien siempre trató como a su favorito. No intento empero narrar todas las mercedes que le hizo, sino aquellas solamente que no pueden omitirse sin rayar la omisión en injurioso menosprecio de las blandas caricias de esa Madre del amor hermoso. En cuanto a las demás, me autorizali a callarlas la modestia del que, habiéndolas recibido, las tuvo

siempre encubiertas, y los reparos de nuestro siglo, tan cosquilloso al tratarse de cosas extraordinarias. Pasando también por alto las que le fueron dispensadas en el tiempo de su concepción y nacimiento, como lo conté en el libro primero, y asimismo las que María le hizo después de admitido en la Congregación de Nuestra Señora en el Colegio de los R.R. P.P. Jesuítas, las cuales sólo ha manifestado en bulto en un escrito suyo, donde reconoce haber recibido en aquellos tiempos grandes misericordias de Nuestro Señor, por mediación de su preciosísima Madre (son sus propias palabras) : diré tan sólo que la Virgen cuidaba de él como una verdadera madre, le era adicta como una esposa fiel, lo guardaba como la niña de sus ojos, lo guiaba en todo conforme al divino querer, y en su corazón vivía como una reina en su trono.

Bajo su dirección lo emprendió todo. Si, conio se lee en el libro de los Números, sólo bajo los auspicios de María, hermana de Aarón, iban los Israelitas por el desierto, camino de la tierra de promisión, tampoco San Juan Eudes, caminando por este mundo, hacía cosa alguna sin María, madre de Jesús; porque era ella su oráculo en las dudas, su lucero en los viajes, su refugio en los peligros, su consuelo en los pesares y el imán que se llevaba todos los impulsos de su corazón.

Se comunicaba interiormente a él, a veces con honda impresión; y tan embargado estaba por lo que obraba María en su alma, que perdía de vista lo que le pasaba por fuera, así fuesen graves disgustos. Una vigilia de la Asunción, ciertas personas, prevenidas por sus contrarios, le mandaron un libelo de invectivas atroces. Levólo, pero con tan poco resentimiento, que hasta declaró ingenuamente a unos amigos suyos, sabedores de la afrenta, que rebosando de su alma el contento por la gloria inefable de la Virgen, no le había dejado pensar ni detenerse en semejantes fruslerías.

Cuando acertaba a topar con pecadores émpedernidos y porfiados, acudía para alcanzar su conversión a la que d'ellos es refugio. Había aprendido leyendo a los Santos Padres, que así como en otros tiempos Ruth

obtuvo licencia de Bcoz para espigar lo que dejaban caer los segadores, así también María ha conseguido entrada a la divina Majestad, para interceder por los desdichados en cuya dureza hubiere venido a estrellarse el celo de los predicadores y otros operarios del Evangelio. Portentoso es el número de almas que ganó por este medio. Cuando había empleado inútilmente varios otros, echaba mano de éste en último lugar, por haberle enseñado la experiencia que era el más eficaz de todos. Y de esto tuvo pruebas en todas sus misiones. Me concretaré a referir un caso entre otros, que más pareciera milagro que ejemplo, de no hallar otros muchos pore estilo en las memorias e informes que poselemos.

Trabajando una vez con sus hermanos en un centro importante, supo que había un ateo, que ni creía en Dios ni en diablo. Mucho se forcejeó por convencerlo del estado lastimoso en que se hallaba sumido; mas en vano, que de las admoniciones se reía, y no hacía caso de las reprensiones. San Juan Eudes va a él, y de pronto le habla un buen rato con vehemencia y celo de las verdades más impresionantes de la religión; pero sin atinar a doblar su obstinación. Viendo al fin que en balde ponía cerco a aquel corazón de piedra, obstinado en no rendirse, saca del bolsillo una imagen de la Virgen santísima, que llevaba consigo, y presentándosela, vuelve a hablarle con tanto vigor, que el hombre aquel, vuelto en sí como quiert despierta de un sueño pesado, le pregunta : « Padre, ¿ qué queréis que haga ? » - Y él le contesta blandamente : « Quiero que os convirtáis. » Apenas dicha esta palabra, el pecador enveterado, reconociendo su extravío en la amargura de su corazón, pidió perdón a Dios, e hizo penitencia de su vida desarreglada. La imagen de la Virgen bendita, que el santo misionero le había presentado, obró en él esa portentosa mudanza. La divina María fué en esa ocasión un sol, a la par esplendoroso y ardiente, que disipó sus tinieblas y ablandó su dureza. Pudo así reconocer que no sólo el cielo y la tierra, sino también el infierno y el pecado tienen obligación de doblar la ro

dilla a su Nombre, y que siempre es útil invocarla o mandarla invocar, por enredado que esté uno en el crimen.

Este devoto siervo de la Madre de Dios deseó siempre morir un día consagrado a su gloria, y entregar el alma en sus manos benditas. Cumpliéronse los deseos de su corazón; pues expiró, como dijimos, el 19 de Agosto, en la octava de la Asunción, con suma paz y consuelo de sentir que la Virgen le había escuchado.

He ahí los grandes privilegios de quienes sinceramente son adictos a la Reina de los Cielos. Bueno fuera para la conversión de los pecadores y mejora de los justos, que inculcasen con ahinco esta devoción los que entienden en la salvación del prójimo. Así lo hacía este gran director de almas; y quiso además que en las misiones no se dejara pasar una semana sin predicar un sermón en honor de María. Esa es una de las razones principales de haber tenido él y sus hijos tanto acierto en sus diferentes empresas, y de haber traído sobre sí mismos y sobre los demás las bendiciones de lo alto.

CAPITULO XVI

DE LA DEVOCIÓN DE SAN JUAN EUDES

A ALGUNOS OTROS SANTOS.

Siendo los Santos amigos de Dios, tenemos obligación de venerarlos; pues no podemos amar a Dios perfectamente sin amar también a los que ama él; y como quiera que en el cielo tome contentamiento honrando a los Santos y comunicándoles toda su gloria, cuadra muy bien que también en la tierra se los obsequie pregonando sus alabanzas, imitando sus virtudes e implorando su amparo.

Jesús honra a los Santos; los Santos recíprocamente honran a Jesús : en este doble motivo descansaba la

devoción de San Juan Eudes. Era también doble su ejercicio; porque a veces adoraba en los Santos a Jesucristo Nuestro Señor, agradeciéndole las mercedes que les había dispensado, ofreciéndole el amor que le tributan y pidiéndole alguna participación de las virtudes que practicaron : intenciones ésas que le animaban siempre que emprendía un viaje, o celebraba la santa misa, o hacía alguna otra acción en honor de los Santos. Pero solía otrosí dirigirse directamente a los Bienaventurados, y en este caso se humillaba profundamente a sus plantas en vista de la propia indignidad, dábales gracias por los servicios que habían prestado al Señor, ofrecíase a ellos para ser por sus manos presentado a ese mismo Señor, rogábales destruyesen en su alma cuanto pudiese disgustar a su divina Majestad y le comunicasen parte de los favores que habían alcanzado, conjurábalos, por fin, amasen y honrasen a Jesús en su lugar, lo asociasen a las alabanzas que le tributan en el cielo y se sirviesen de su persona para glorificarlo en la tierra.

Aunque muy devoto a todos ellos, San Juan Eudes tuvo sin embargo sus preferencias. Cada año, a primeros de noviembre, escogía por venerar una Orden de Santos, y el día de S. Miguel, un Coro de Ángeles. Entre éstos, nutría particular afecto al arcángel S. Gabriel, por haberlo elegido Jesús para custodio, de su santísima Madre, y por haberlo empleado en todo lo concerniente a la economía del misterio de la Encarnación. Por él, en efecto, manifestó a Daniel el tiempo de su venida al mundo; a Zacarías y a Santa Isabel, el nacimiento de su Precursor; a S. Joaquín y a Santa Ana, el próximo nacimiento de una hija, que habla de ser la honra y bendición de la tierra y del cielo; a la Virgen santísima, la buena nueva de su elección para madre de Dios; y a S. José, que tomase sin recelo a María por esposa. A él también se sometió Jesús, y de él quiso depender, en cierto modo, para salir de Judea e ir a Egipto; él -fué por fin quien le consoló y animó en el huerto de los Olivos a padecer los tormentos de su pasión. San Juan Eudes decía que ese Arcángel tiene singular, poder para

ayudar y guiar a las almas por la senda del amor de Jesús, siendo así que pertenece especialmente al misterio de la Encarnación, que es un misterio de amor. Recordaba mucho el santo comercio de ese gran Serafín con la Virgen santísima; mucho solicitaba, por su mediación, participar del espíritu de Jesús y de María, convivir sus estados y misterios, y por fin también le pedía un tanto de su amor.

Tampoco descuidaba la piedad de nuestro Santo a su Ángel de la guarda. Respetábalo por la excelencia de su condición, y lo amaba tiernamente por sus incesantes y valiosos servicios. Conversaba con él frecuentemente, y en ese santo trato aprendió cómo valerse de tan noble y fiel amigo. Deseando haber vivido en tiempos de Nuestro Señor, para honrarlo en medio de sus afrentas, se holgaba de haberlo hecho siquiera por su Ángel, porque « ese » Ángel santo, decía, era mío desde entonces en los » designios de Dios; y por tanto, puedo apropiarme lo » que hacía, y ofrecerlo a Jesús, como cosa que me » pertenece. » Considerábalo como suplemento y ayudador que le había sido dado para honrar y amar a su divina Majestad, y ofrecía a la santísima Trinidad la reverencia y amor de este espíritu celestial, conjurándole supliese sus deficiencias sobre todo mientras no podía aplicarse a Dios expresamente. También se entregaba a ese amado custodio de su alma, rogándole servirse de sí para la gloria de su Amo, destruir en sí lo que podía ofender sus miradas, darle parte de su luz, amor y celo, fomentar, conservar y estrechar la unión y amistad entre Dios y su alma. Otras devociones más usaba para con ese guía fiel, que aquí no se refieren.

Tenía asimismo particular devoción a los Ángeles custodios de sus padres, a los protectores de los lugares donde vivía o de las personas que trataba, y al Coro de Ángeles a que había de ser asociado en el cielo. De vez en cuando los saludaba, les rezaba, se unía a ellos, y no omitía nada de cuanto podía, para probarles su reverencia. Lo propio hacía para con los Ángeles protectores de los lugares por donde pasaba.

Entre todos los Santos, veneraba singularmente a los que pertenecieron a la familia de Jesucristo o conversaron con él. Habiendo escogido Dios a S. Joaquín y a Santa Ana para ser los padres de María santísima, honraba la gracia, la santidad y las demás disposiciones con que los había favorecido, en conformidad con tan excelsa dignidad. Decía que si en Santa Isabel y en S. Zacarías obró tantas maravillas la divina Bondad, por medio del pequeño Juan Bautista, las obró mucho más raras en S. Joaquín y en Santa Ana, por medio de su benditísima Hija.

De S. José pensaba que es un cielo de gloria y magnificencia, un paraíso de delicias y de santidad, onde se solazan las tres Personas divinas. Admirábalo como a jefe de la Sagrada Familia, a superior de la Comunidad más digna que jamás hubo en el mundo, a padre de Jesucristo, por una bífusión de gracia emanada del Padre eterno y proporcionada a esa calidad, gracia que se resolvía en celo, amor y solicitud por Nuestro Señor, cuales debe tenerlos un padre respecto de su hijo. Contemplábalo como a esposo de la Virgen santísima, a la cual se asemeja en gracia y virtud, sobre la cual tiene seflorío y autoridad, y con la cual está unido de una manera inefable. En fin, S. José se le presentaba como el guía de Jesús en la tierra. Así que nuestro Santo le era muy afecto, tanto por las peregrinas perfecciones que posee, cuanto por las mercedes seflaladas que le tenía dispensadas a él en particular y a su Congregación en general. No contento con exhortar a los suyos a invocarlo en sus necesidades, compuso diversas oraciones en su honor, entre las cuales sobresale una salutación que empieza por las palabras *Ave, Joseph, ¡ma(s) De; Patris* y compendia sus principales virtudes. Dispuso que se rezara cada día en sus Comunidades, después de la cena, para no desagradecer del todo sus favores.

Entre los Apóstoles, estimaba mucho a S. Juan Evangelista, su patrón. Teníalo por el santo y el amado de Jesucristo, apoyando su sentir en los privilegios sin par con que le honró el Salvador; pues lo dejó reclinarsse

sobre su pecho sagrado y su divino Corazón, le confió su santísima Madre como al que amaba con mayor ternura, y lo enriqueció con todas las gracias propias a todas las órdenes de los Santos. Llamábalo el seráfico S. Juan, el serafín de los apóstoles y el apóstol de los serafines : serafín de los apóstoles, porque entre éstos descuella y tiene la preeminencia en el amor de Jesús; apóstol de los serafines, porque, según dice S. Jerónimo, los Ángeles se hicieron sus oyentes y como sus discípulos, y aprendieron escuchándolo arcanos y portentos que ignoraban, antes de haberlos oído de su boca. Considerábalo como el apóstol de la caridad, que inculcó más que ninguno esa hermosa lección sacada del pecho mismo del Salvador. Bajo ese aspecto principalmente quería que se le venerase en su Congregación--y se acudiese a él, sobreviniendo una contienda. Con ese fin, ordenó que no pasara un día, sin que se le rezase algo.

También tenía especial devoción a los santos sacerdotes. Leía sus vidas, trataba de amoldar a ellas la suya. Sus virtuosos ejemplos eran para él preceptos, y a todo lo que habían hecho se creía obligado, para cumplir dignamente con su vocación. Ninguna conversación se le hacía tan amena como el relato de sus historias. Estableció en su Congregación la fiesta de los Santos Sacerdotes, que se celebra el 13 de Noviembre. El mismo compuso el oficio y misa correspondientes, que ponen de manifiesto su piedad y su elevado concepto del divino sacerdocio. Dedicaba ese día a dar gracias a Nuestro Señor de haber establecido en su Iglesia el Orden sagrado y de haberlo llamado a tan sublime estado, y protestábase querer vivir como verdadero sacerdote, ejerciendo dignamente las funciones sacerdotales.

Honraba, por fin, a todos los Santos que no se conocen en la tierra; hablaba con gran aprecio de la vida ignorada que llevaron, y adorando los designios de Dios al permitir que permanezcan desconocidos, les pedía insistentemente la gracia de poner por obra estas pala bras del devoto Kenipis : *Ama nesciri et pro nihilo reputari* : Gusta de ser ignorado, y desestimado. Tam

bién veneraba particularmente a los Santos de los lugares donde vivía.

Esa honra que tributaba a los Santos, extendíase a las cosas que les hubieren pertenecido. Quería que se respetasen sobremanera sus santas reliquias, por ser, en su sentir, una porción de Jesucristo, los restos preciosos de su cuerpo místico. Y porque cupo a esos restos el honor de ser llagados por Cristo, porque dieron preclaro testimonio a la gloria de su nombre, porque una luz deslumbrante será su ropaje en el cielo, porque muriendo enseñaron al mundo cómo se cumple con Dios, porque con honra eterna los premiará el Señor, porque los mismos demonios, mal que les pese, los respetan, y en fin, porque a diario palpamos la protección que nos valen: por todos esos motivos, rendíales S. Juan Eudes amorosísimo culto. Estableció en su Congregación una fiesta en honor de las reliquias que se conserven en sus diferentes Comunidades, él mismo dispuso el oficio; y la víspera, mandaba leer en presencia de todos, las obligaciones que nos incumben de reverenciarlas. Por su parte, aunquese juzgase indigno detocarlas, demirarlas y de acercarse a ellas, las llevaba empero consigo, asociándose al amor con que Dios lleva a los Santos en su seno desde la eternidad, y a la honra que esos Santos tributaron y tributarán eternamente a su divina Majestad. Esa misma devoción aconsejaba a las almas que guiaba.

A más de lo dicho, escogía todos los meses a un Santo, para honrarlo cada día de algún modo particular. Procuraba imitar sus virtudes, agradecer sus servicios y alcanzar mercedes. Pedíale el aniquilamiento de sí mismo, al amor a Jesucristo y la participación de todo el bien que había hecho. Si, concluído el mes, se hacía cargo de haber faltado a alguno de sus deberes, ofrecía en satisfacción el divino Corazón de Nuestro Señor, que era su suplemento.

En fin, no descuidaba nada para probar a esos bienaventurados moradores del cielo, con quienes esperaba juntarse un día, cuán lleno estaba su corazón de respeto y de amor para con ellos; y bajo su amparo reposaba

tranquilo. Era precioso en su boca el encomio de los Santos; pregonaba sus merecimientos en todas las ocasiones, y subía al colmo su contento cuando había de hablar de sus glorias. Así que le procuraron la gracia del Monarca cuyos son los favoritos; y los bienes que recibió por intercesión de ellos manifiestan que Dios tiene singular gusto en ver honrados a los que honra él.

CAPÍTULO XVII

DE LO MUCHO QUE ESTIMABA LA VIRTUD DE RELIGIÓN,

Y DE CÓMO LA EJERCITABA.

No hay virtud más excelente, después de las llamadas teologales, que la virtud de religión. Y una de las razones precipuas que trae Santo Tomás para probar este aserto, es porque nos aproxima a Dios inucho más que las otras, moviéndonos a tributarle el culto, el honor y la reverencia que se le deben. Si queremos definirla cabalmente, hemos de decir con Arnobio, en su libro séptimo contra los Gentiles, que es un justo sentir de las cosas divinas : *recia de divinis mens*. Pocos han sido tan versados en esta ciencia de Dios, que dice Salviano, y de las cosas de Dios, como su venerable siervo Juan Eudes.

Ese espíritu de religión en que estaba imbuído, le inspiraba acerca de la Iglesia conceptos tan elevados como piadosos; pues la miraba como a Hija muy amada del Padre eterno, quien le ha dado a su Hijo único por Esposo y a su divino Espíritu por guía; como a Hermana y Esposa de Jesucristo, como su cuerpo y su plenitud, su herencia, su estado, su reino, su casa, su tesoro, su corona, su gloria y sus delicias. Todo eso con relación a Nuestro Señor; que respecto de sí mismo, la honra como a madre que lo había engendrado por el bautismo y lo llevaba siempre en su seno, nutriéndolo con el pan

RELIGIÓN

113

celeste de la divina palabra y con la carne y sangre del Salvador; como a reina que lo gobernaba y guiaba por los caminos del paraíso; como a maestra que le enseñaba las verdades del cielo, siendo ella misma columna de la verdad; como a aquella, en fin, a quien había de agradecer las órdenes sagradas, por donde había entrado a disfrutar los privilegios y poderes del sacerdocio evangélico.

De tan altas consideraciones, brotaban en su pecho anhelos de servirla y consagrarle sus amores; a lo cual, por otra parte, le incitaba muy mucho el ponderar la caridad que Jesucristo le tuvo y le manifestó espléndidamente padeciendo en la cruz, derramando su sangre y prodigándole sus gracias. Llevado de semejante ejemplo, entregábase del todo en manos del Señor, a fin de participar para con la Iglesia sus propios sentimientos, que tanto abarcan, rogándole imprimirlos muy adentro en su corazón; y discípulo dócil de tan aventajado Maestro, bien podía decir él también que lo consumía el celo de la casa de Dios.

Representábase asimismo frecuentemente el amor ardiente que tuvieron a la Iglesia los apóstoles y los santos sacerdotes, lo que hicieron y padecieron por su santificación y acrecentamiento, por el adorno y respeto de sus templos, por la defensa de sus ceremonias, la guarda de sus leyes, la administración de sus sacramentos, la predicación de la divina palabra, el debido desempeño de sus cargos, y sobre todo por la salvación de sus hijos. Considerábalos como a varones que, renunciando a ser dueños de sí mismos, se habían dedicado por completo al servicio de esa Esposa del Salvador, consagrándole toda su aplicación, sus pensamientos, palabras y acciones, su hacienda, sus fuerzas, su tiempo, su espíritu, cuerpo, alma y vida, todo lo que tenían, sabían y podían; en vista de lo cual, quedaba corrido de su tibieza, se animaba a imitarlos y se encomendaba a sus oraciones.

Ardiente era su celo por todos los intereses de la Iglesia y sincera su afición a honrarla y servirla : a su doctrina se sometía rendidamente, obedecía con puntua

lidad sus órdenes y acataba respetuoso sus usanzas. Daba por ella gracias a Nuestro Señor de haberla engalanado con sus dones, y le rogaba instantemente conservarla, dilatarla, santificarla más y más, sobre todo proveyéndola de Pastores y Sacerdotes según su Corazón. Se afligía sensiblemente de lo que la afligía a ella, y en particular del porte desconcertado de táptos mozos que sólo reciben la tonsura para lograr algún beneficio, y sin más intento que el de llevar vida mundana y seglar, tienen por traje de esclavo el hábito eclesiástico, y luego que lo han recibido se lo quitan, para vestir otra vez las ropas de ignominia que habían desechado. Muchos eran los desmanes que acarrea por entonces esta costumbre casi universal; San Juan Eudes la deploraba, y aguijado por su amor a esa Esposa de Jesucristo, ansiaba remediar ese mal tan lastimoso; mas no acertando a atajarlo con eficacia cumplida, acudía a la oración, y pedía insistente a Dios que iluminara a esos ciegos desdichados, y les concediese la gracia de vivir como cuadra con la santidad de su profesión.

Abrigaba hondos sentimientos de estima y de respeto para con todos los eclesiásticos, viéndolos elevados por la divina bondad a la más encumbrada dignidad del cielo y de la tierra, después de la de Madre de Dios. Decía que son la más gloriosa conquista del Salvador, las primicias de sus trabajos, el más digno galardón de su sangre, su principal porción y su más rica herencia, los oficiales más nobles de su casa, los gobernadores, jueces, príncipes y reyes de su imperio. Llamábalos los ojos, la boca y el corazón de Jesucristo: sus ojos, pues por medio de ellos vigila, alumbraba, guía a los fieles, y llora la pérdida de sus almas; su boca, pues por medio de ellos habla y sigue predicando a los hombres el mismo Evangelio que predicó en persona, estando en la tierra; su corazón pues por la virtud y autoridad de Cristo comunican la vida de la gracia y la de la gloria a todos los miembros de su cuerpo. Los tenía por asociados con el Padre eterno en la generación de su Hijo, unidos estrechamente a Nuestro Señor en su triple

RELIGIÓN

115

condición de medianero, juez y salvador, y en el poder de ofrecer con él a su Padre los mismos sacrificios que él ofreció solo. Considerábalos como a personas que van a la parte en las ocupaciones del Espíritu Santo, que son alumbrar los entendimientos, calentar los corazones, establecer la Iglesia y aplicarle los frutos de la pasión y muerte de su Redentor.

Si tan alto iba su concepto acerca de los eclesiásticos en general, ¿quién podrá decir hasta dónde llegaba tratándose de los Pastores en particular? En todas las ocurrencias les daba pruebas de su estima y afecto, siempre dispuesto a hacerles un favor y brindándose siempre a aliviarlos en sus tareas. Entre todos los Pastores, honraba señaladamente con profundo respeto a los Señores Prelados, y sobre todo a su Santidad el Papa. No podía soportar que se hablase sin veneración de sus sagradas Personas, ni quería que se dejase a su favor ocasión alguna sin manifestarles rendimiento y deferencia; y a sus hijos ordenaba valerse de todo para grabar, por sus ejemplos y sus palabras, esos mismos sentimientos en los corazones de todos los fieles.

El espíritu de religión le había inspirado ideas muy elevadas de la majestad y santidad de nuestros templos. Comparaba la iglesia al seno del Padre eterno, y decía que Jesucristo se deleita morando en ella, entre los hijos de los hombres, como en el seno de Aquél que es de todos común Padre. Considerando la iglesia como un verdadero paraíso, lleno de la gloria de Dios (*coelum in angustum redactum*), entraba en ella con temor, temblaba a la puerta del santuario, y al ponderar las humillaciones de Nuestro Señor en el santísimo Sacramento y sus propios pecados, se anonadaba confuso en presencia de su divina Majestad. Éranle un tormento esas faltas de recato que no evita casi nadie en el lugar santo. No podía ver en la iglesia sin dolor y resentimiento esas conversaciones implas, esas citas abominables tan frecuentes entre gente del siglo. Se llegaba impávido a esos profanadores, y les echaba en cara estas palabras: *Terribilis est locus iste: es temible este lugar*. Escribió un tratado sobre el respeto y la veneración

cion que se debe a las iglesias, y lo insertó en el libro del *Reinado de Jesús*; mas no dándose por satisfecho su celo, aun dijo muchas cosas sobre este asunto en diversas otras obras que compuso.

Nunca se acaloraba tanto hablando como cuando fustigaba las irreverencias que se cometen en la casa de Dios. Habiendo un hidalgo maltratado a un labriego en la iglesia durante una misión que se daba en la diócesis de Coutances, este nuevo Elías aseguró desde el púlpito, con acento firme, que no pasaría el año sin que vengara Dios semejante crimen. Y sucedió como había predicho; pues poco tiempo después, el hidalgo fué muerto por otro. Desde entonces, los vecinos de aquella comarca, llenos de estima por el digno misionero, entraron sien- ipre con temor en el lugar santo, viendo cómo castiga la divina justicia a quienes lo profanan, y hubieron de reconocer lo que confesó Heliodoro, oficial de los principales del rey Seleuco, que, al querer violar el templo de Jerusalén, fué tumbado y azotado por dos Ángeles : *QÚi habet in coelis habitationem, visitor et adjutor est loci Mius, et venientes ad male fficiendum percutit ac perdit* (II Mac. 111) (1).

A fin de no dejar por hacer cosa alguna que pudiera para incitar a los fieles a rendir a Dios en las iglesias los homenajes que se le deben, imprimió en un cartel advertencias sobre cómo portarse en el templo, y lo mandó colgar, a la entrada, en sitio tal y de tal modo, que todos pudieran leerlo fácilmente. No acertaba a sufrir que jugueteasen los niños, y explicaba al pueblo que ese pecado trae consigo una maldición particular, la cual recae primero sobre los-padres, luego sobre las niñeras, y por fin sobre los mismos pequeñuelos, aunque incapaces de pecar; pues contraen entonces esa mala costumbre, y siguen después con ella, cuando vienen a mayores. A las mujeres no les permitía entrar en el coro, y mucho menos ocupar el puesto de los sacerdotes, fundándose en las normas de varios concilios, que lo

(1) El que tiene en los cielos su morada, es guarda y defensor del lugar aquel, y a los que van allá para obrar mal los mata a palos. '

tienen expresamente prohibido bajo gravísimas penas. Echaba los perros fuera de la iglesia, y no dejaba dar rosarios a los niños para que jugasen y se entretuviesen con ellos. MaDdaba salir a los pobres que pedían limosna, porque con sus iniportunidades, solían distraer a los que estaban rezando; y a los que no guardaban una postura decente los reprendía con celo.

También quería San Juan Eudes que se respetasen singularmente los cementerios y las sacristías, por ser lugares santificados por la bendición episcopal, las reliquias de los santos y las oraciones que allí se rezan. En fin, era un siervo fiel en la casa de su Amo, que ponía sumo esmero en hacerla venerar.

Por espíritu de religión, se oponía, cuanto lo permitía la prudencia, a la vanagloria de los que ostentan su escudo y las insignias de su ambición en los sagrarios, los copones, los cálices, los ornamentos, los bancos y las paredes de los templos. Esa vanidad la comparaba él a la de los Fariseos, que por todas partes pregonaban el bien que hacían. Brindándosele una persona de calidad a costear lo necesario para edificar la iglesia del seminario de Caen, pero con tal que pudiera, colocar en ella sus armas, desechó sin vacilar la oferta e hizo voto de no recibir jamás un ochavo para construcción o adorno de iglesias con semejantes condiciones. Parecíale, en efecto, que aborreciendo nuestro Dios el hurto en los holocaustos, debía mirar de reojo las ofrendas que se le hacen de esa forma, porque eso es corno sisar de la víctima que se le quiere sacrificar.

San Juan Eudes veneraba sobremanera los sacramentos, recapacitando que son las invenciones admirables del poder, de la sabiduría y de la bondad del Padre eterno, por medio de los cuales forma y da vida en los cristianos a su Hijo Jesucristo, lo fortalece, perfecciona y santifica en sus corazones, y aun lo resucita cuando en ellos lo ha muerto el pecado. Considerábalos como los medios que usa para multiplicar sus vasallos, dilatar su imperio y darle en cada alma su cumplimiento y su consumación cabal. Decía que son las fuentes del Salvador, a donde van gozosos por las agitas de la

gracia los que aspiran a la salvación; los instrumentos, por los cuales se les aplican los frutos de su vida y de su muerte; los tesoros de la casa de Dios, que encierran riquezas infinitas, ocultas a los sabios y prudentes, pero manifiestas a los pequesos y humildes; los vasos sagrados donde conserva la Iglesia la preciosa sangre, el divino espíritu y la gracia santa de su Esposo, para con ellos nutrir a sus hijos, santificarlos y embellecerlos.

Estos -mismos sentimientos procuraba grabarlos en la mente y en el corazón de los fieles; y por eso, tanto en sus misiones como fuera de ellas, tomaba particular empeño en darles a entender la grandeza de los sacramentos en su origen primitivo, que son la bondad y misericordia de Dios; en su segunda fuente, que son la pasión y muerte de Jesucristo; en sus significaciones, que son muy misteriosas; en sus efectos, que son : completar los padecimientos del Salvador, destruir el pecado y establecer el reino de Dios. Enseñábalos las disposiciones que se requieren para recibirlos debidamente, y las diferentes profanaciones que se han de evitar. Más incitaba al respeto su ejemplo que sus palabras, porque trataba con suma devoción esos signos eficaces de la gracia; cuidaba que estuvieran siempre limpiísimas las cosas que se han menester, y al administrarlos él, procedía con tanta compostura, que edificaba a los presentes de un modo maravilloso. Por donde puede juzgarse que era de aquellos bienhadados y fieles dispensadores que alude el Apóstol diciendo : *Jam quaeritur inter dispensatores ut fidelis quis inveniatur* (1), los cuales tan bien se han portado manejando la hacienda del Rey de los reyes, que ya pueden esperar abundante recompensa, pues que en el santo Evangelio, promete Nuestro Señor una gran paga a los que hubieren sido fieles en las cosas menudas.

(1) Lo que se requiere en los dispensadores es que cada cual sea hallado fiel. (I Cor. 4, 2.)

119

CAPITULO XVIII

DE SU RELIGIÓN EN EL REZO DEL OFICIO DIVINO.

De todos los quehaceres de un eclesiástico, el mayor y el más importante en este mundo es el rezo del Oficio divino.- Ése es el empleo más noble del cielo y de la tierra; ésa la incesante ocupación de los Ángeles y de los Santos, y aun el mismo Dios no tiene otra, ya que las tres Personas divinas están alabándose entre sí continuamente. Aquí por tanto sería caso exhortar a todos los sacerdotes a ponderar con frecuencia la grandeza de su vocación que los asocia a un solo y mismo empleo con su divina Majestad, y los hace en cierto modo partícipes de la vida bienaventurada de los espíritus celestiales, como se expresa San Basilio en una carta a San Gregorio Nacianceno : «*¿ Quid beatius quain hominem » in terra concentum Angelorum imitari, in hymnis et canticis Creatorem venerari?* » (1).

A ese cargo fué destinado San Juan Eudes a consecuencia del estado que había abrazado; y sabedor de su mérito y excelencia, lo tuvo por su principal quehacer. Tan pronto como se vió en las órdenes sagradas, puso todo su esmero y devoción en desempeñarlo como es debido, pidiendo a Dios con insistencia esa gracia y mandándola pedir por los demás. Obtúvola, en efecto, y progresando día por día en esta ciencia de los Santos segun iba entrando en años, puede decirse que vino a ser un perfecto adorador del Padre celestial en espíritu y en verdad, cual lo busca Dios y lo requiere Jesucristo en el Evangelio.

Favorecido pues con los elevados conceptos que se

(1) ¿ Qué mayor dicha que imitar al hombre en la tierra el concierto de los Angeles, con himnos y con cantares venerar al Criador?

había formado de la excelencia y santidad del Oficio divino y nos ha dejado en el hermoso libro que compuso sobre el asunto, nunca lo rezaba sin prevenirse cuidadosamente. A fin de no tentar a Dios, preparaba su alma, como lo aconseja el Sabio, y habíase trazado con ese intento varias prácticas, que usaba diferentemente, según los impulsos de su corazón.

Consistía la primera en entrar en sí mismo y humillarse profundamente en vista de su nada y de sus pecados; reconocía con Abrahán que no era más que ceniza y polvo para hablar al Señor, y con David confesaba que íris faltas lo hacían indigno de ser atendido por su divina Majestad. Había aprendido en la Escritura que no es acepto a Dios. la alabanza cuando sale de la boca del pecador, y para evitar el espantoso reproche que su Justicia echa en cara al culpable : « ¿Cómo te atreves » tú a pregonar mis alabanzas con un corazón manci» llado de crímenes ? », barría, como el Profeta, las inmundicias que afeasen la hermosura de su alma, purificábase por la contrición y alejaba de su mente toda causa de distracción.

La segunda práctica consistía en ponderar seriamente las razones que le urgían a alabar al Criador; y eran : la grandeza de su sér, la excelencia de sus perfecciones, la multitud de sus misericordias, el rigor de su justicia, la dignidad de sus operaciones y el sinnúmero de sus obras; por lo cual se excitaba a ofrecerle el sacrificio de sus labios, tanto más gustoso, cuanto que, a fuer de sacerdote, se veía cargado con la obligación que incumbe a todas las criaturas de ensalzar a su Hacedor. Pensaba que siendo el Señor infinitamente grande y digno de alabanza, como canta el Salmista, y que representando un sacerdote a todos los hombres, de la misma manera que representaba a las doce tribus de Israel el Pontífice del Antiguo Testamento, había salido fiador de sus deudas, y de no pagarlas, por ellas sería castigado. Así que se animaba a cumplir bien, convidando todo el universo a unirse consigo, y poniendo por parte súa todo el cuidado necesario para desempeñar debidamente ese cargo.

La tercera práctica era considerar que iba a presentarse ante el Dios que infunde temblor y espanto a las potestades del cielo, y cuya grandeza tiene perpetuamente ocupado y sumido en profundo respeto el espíritu de los Ángeles, de los Santos y aun del mismo Jesucristo. Este pensamiento le incitaba a componer su interior y su exterior, y a conservarlos ambos en tal estado, que daba fácilmente a entender cuán desentendido estaba de los cosas de la tierra y engolfado en las del cielo. Jamás se vieron sentidos humanos tan cumplidamente a raya. Era encantadora la postura de su cuerpo, y más que hombre, parecía un ángel en carne humana. Su boca, rebosando, como la del Profeta, la alabanza del Criador, buscaba tiempos y lugares para proclamarla pausadamente sin precipitación, atentamente sin divagación, claramente sin ninguna ornación, fielmente sin descuidar el más menudo rito de los prescritos por la Iglesia. Su espíritu y su corazón se hallaban admirablemente elevados, sin que acertaran a distraerlos de ningún modo los mil objetos exteriores que a cada paso se presentan. Sabiendo empero, que los cielos, aunque muy por cima de la tierra, no son puros en presencia del Señor que encontró maldad y desorden en sus Ángeles, no estribaba en sus disposiciones, sino que anonadándose, como dijimos, a los pies de Jesucristo y entregándose a él, le suplicaba hiciese él mismo esa acción.

La cuarta manera era la que empleaba por lo regular para rezar debidamente el Oficio. Convencido de que nada es acepto a Dios sino por su Hijo, y que para ser oído y atendido del Padre celestial, es menester revestir las ropas, o sea, las intenciones del hermano mayor, entregábase al celo, al amor y a todas las demás disposiciones con que el Verbo Encarnado alaba incesantemente a la Trinidad santísima : en el cielo por sí mismo y por sus Santos; en la tierra por su Sacramento (donde se halla en estado de perpetua adoración) y por las almas justas; en el infierno, donde presente como Dios, no cesa de hacer para con su Padre y su divino Espíritu lo que hace en el cielo; en fin universalmente en todo el

mundo, que está lleno, según canta la Iglesia, de la gloria del Altísimo : *Pleni» sunt coeli et terra gloria tua*. Muchas veces durante el Oficio renovaba esos actos, y seguro de que Jesucristo era toda su alabanza, ensalzaba la majestad del Padre con las bendiciones del Hijo, ocupándose en sus grandezas y en sus otras perfecciones.

Ha de reconocerse empero que siendo su peculiar atractivo honrar en todos sus ejercicios al Verbo Encarnado, centro único de sus pensamientos, habíase acostumbrado a glorificarlo especialmente en éste; y al efecto, había distribuido los diferentes estados de su vida según las diferentes partes del Oficio divino. Ofrecíale el primer nocturno de Maitines en honor de la vida divina que disfrutó *ab aeterno* en el seno de su Padre antes de la creación; el segundo, en honor de la que tuvo en el mundo hasta su Encarnación; y el tercero, en honor de la que llevó en las entrañas de su Madre bendita por espacio de nueve meses. ' Rezaba Laudes para gloria de su santa Infancia, que duró hasta la edad de doce años; Prima, para gloria de su vida apartada y laboriosa; Tercia, para gloria de su vida pública y conversante. Decía Sexta en memoria de su Pasión, de su muerte y de su sepultura; Nona, en memoria de su Resurrección, de su Ascensión y de la vida gloriosa que posee en el cielo desde hace mil seiscientos años, tanto en sí como en su santísima Madre, en sus Ángeles y en sus Santos; Vísperas, en memoria de su estado en la sagrada Eucaristía y en su Iglesia, que dura desde la Ascensión; por fin, Completas, para honrar su universal señorío sobre el mundo entero, sobre el cielo, la tierra, el purgatorio, el infierno, y para honrar también todo lo que es y será con relación a Dios y a sus criaturas.

En cada parte del Oficio, se aplicaba a considerar la parte de la vida de Jesús en cuyo honor la rezaba. Meditaba los pensamientos, sentimientos y disposiciones que le habían animado en las acciones que había hecho, en las virtudes que había ejercitado y en su interna ocupación con su Padre, consigo mismo, con su Espíritu Santo, con su santa Madre, sus Ángeles y sus Santos; meditaba igualmente el amor que en aquellas circuns

tancias le había manifestado el Señor, los planes que sobre él había formado, el dolor y la alegría que sintiera y las mercedes que por medio de dicho misterio quería dispensar. Vuelta luego la mirada a sí mismo, notaba cuán poco correspondía la vida del miembro con la de su cabeza, se humillaba profundamente, pedía perdón, se conformaba con todos los designios de la gracia sobre sí y solicitaba instantemente la destrucción total de cuanto podía serle estorbo. Asociábase, por fin, a las alabanzas que se tributaran a Nuestro Señor en esa parte de su vida, anhelando convertirse todo en homenaje para mayor gloria suya.

De otra- manera más procedía para rezar el Oficio divino en honor de Nuestro Señor. Considerando las santas disposiciones con que se le alaba en el cielo y en la tierra, decía el primer salmo en unión con las alabanzas que le tributa el Padre eterno y con el amor que le tiene; el segundo, en unión con la gloria que él mismo se procura; el tercero, en unión con la que recibe del Espíritu Santo; el cuarto, en unión con la que le rinde la Virgen santísima, y así sucesivamente, asociándose en cada salmo a las bendiciones que le da cada orden de Ángeles y de Santos en particular, los justos en la Iglesia, las ánimas santas en el purgatorio y todas las criaturas en el universo. Presejitábalas a Jesucristo para suplir el no haber por ventura cumplido siempre fielmente con la obligación de ensalzarle, para satisfacer por las faltas en que hubiere incurrido al cumplirla y para reparar en algún modo las maldiciones que recibe y los pecados que contra él se cometen.

Muchas otras maneras tenía de atender a Dios rezando el Oficio divino, y a fuerza de usarlas se hizo muy perito en la materia, como puede verse en su precitado libro del Oficio *dkino*, donde para enseñar a los demás, manifiesta cuáles fueron las disposiciones de su alma, por espacio de cincuenta y seis años que le cupo la suerte de desempeñar este cargo. Y es de notar, que por mucha que hubiera sido su aplicación durante este santo ejercicio, nunca lo concluía sin ofrecerlo al divino Corazón

de Jesús, esperando hallar en él reparación de los descuidos que acaso le hubiesen ocurrido.

Una de sus más encarecidas recomendaciones era que se celebrase siempre santamente el Oficio divino, tanto en lo que atañe al rito exterior como a la disposición interna, que no se ejecutase en público cosa alguna sin haberla previsto y ensayado y que procediese todo sin arrebato ni anticipación. Así lo escribía con frecuencia a los de su Congregación : «Ante todo, deciales, os con» juro que los ejercicios que se refieren a Dios directa» mente, como son : el santo sacrificio de la Misa, el » el Oficio divino, las oraciones de la mañana y de la » noche, la bendición de la mesa y la acción de gracias » después de las comidas, no se hagan nunca de prisa » bajo ningún pretexto, sino pausada, clara y devota» mente. » Alzaba vehemente la voz contra esos sacerdotes faltos de religión y tan irreverentes oficiando, que al oírlos cantar, decía, está uno por pensar si los habrán contratado para despreñar a Dios, burlarse de él y hacerlo deshonorar por los demás.

Quería que se observasen puntualmente todas las ceremonias hasta la última, sabiendo que, en sentir de los Concilios, son imágenes de nuestra fe, incentivos de nuestra piedad, señales y símbolos de nuestra religión. En la Lev antigua, que sólo era una figura de la nuestra, Dios las encarecía muy mucho, apremiando a guardarlas con Terribles amenazas y castigando rigurosamente a los que las traspasaban. San Carlos no consentía jamás que se omitiera una sola, fuera cual fuere el tiempo y el lugar en que se hallara, no reparando en la aspereza de los montes por donde iba caminando al visitar su diócesis, ni en la calidad de las personas presentes, ni en el cansancio que sentía después de las muchas y costosas tareas del día. Por esos motivos era San Juan Eudes fidelísimo hasta en lo más menudo, y puede decirse que mientras vivió, no dejó por ejecutar jota ni tilde en las ceremonias eclesiásticas.

De la salmodia pensaba nuestro Santo que es un sacrificio de alabanzas que ofrecemos a Dios presente en las sagradas funciones, donde cantamos en compañía

RELIGIÓN EN EL REZO

125

de los Ángeles; que el canto fue inspirado a la Iglesia por el Espíritu Santo, para atraer a los hombres, impresionar más hondamente sus corazones, moverlos a devoción y disponerlos a recibir mayor copia de gracias. Quería por tanto que se cantase siempre, en lo posible, conforme a las intenciones de la Iglesia, evitando cuidadosamente los gorgoritos y otros artificios que sugieren la vanidad y el amor propio para gustar y darse gusto; deseando por el contrario, que se cantase llanamente, sin pretensión, con purísima intención de agradar a Dios y a nadie más, atendiendo a la letra que se canta y no al deleite del cantar, según advierte S. Buenaventura : *studiose quaerentes quod magis est honorificum Deo, utilius nobis euproximo (1)*.

Tales fueron los sentimientos que infundió el Espíritu de Dios en el de aquel santo sacerdote respecto del Oficio divino y de lo que en él se practica. Con el altísimo concepto que le inspiraba de su divina Majestad la virtud de religión, en la cual hacía raya, se aplicaba respetuoso y sumamente atento a todo lo que concierne su culto, e imitaba las disposiciones de los Ángeles, al desempeñar un cargo en que están ellos ocupados durante la eternidad.

CAPÍTULO XIX

DE SU RELIGIÓN EN LO REFERENTE AL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA Y A LA SAGRADA COMUNIÓN.

No hay nada en el mundo tan grande y excelente como el santo sacrificio de la Misa. Entre nuestros misterios es el más temible y entre nuestros sacramentos el más estupendo. El asunto más importante del universo no tiene punto de comparación con este asunto, que entraña los intereses todos de la gloria de Dios y de la

(1) Buscando con cuidado lo que es más honroso a Dios, más provee. choso a nosotros y al prójimo.

salvación de los hombres. En él parece que el Padre eterno agotó su poder, el Verbo su sabiduría y el Espíritu Santo su bondad. Por él se prolonga el misterio de la Encarnación, se continúa el sacrificio de la cruz, se representa la pasión y muerte del Salvador. Es, en fin, la alegría del cielo, el tesoro de la tierra, el consuelo del purgatorio, el terror del infierno. Sobre esta maravilla compuso San Juan Eudes un excelente tratado, como ya se dijo en otro lugar (1), y allí podrá ver el lector sus elevados sentimientos. ¡Así que será suficiente apuntar aquí unas particularidades, que pongan de manifiesto su piedad al ejercer este acto de religión.

Una de las gracias que más instantemente pedía a Dios, era la de poder celebrar la santa Misa todos los días de su vida; pues no se parecía a esos que, solícitos a lo primero, demuestran mucho fervor de recién ordenados, mas luego van enfriándose con la fruición de un bien tan codiciado. Aunque adoleciera molestos achaques, y emprendiera viajes pesados y anduviera siempre agobiado de quehaceres sin cuento, raras veces dejaba de satisfacer su devoción por la flaqueza del cuerpo o el cansancio de la jornada o las muchas ocupaciones, sabiendo cuánto va en ello la gloria de Dios, la utilidad de la Iglesia y el propio provecho. Por eso decía, como ya se notó de paso en el libro primero, que el Santo Sacrificio es cosa tan sublime, que se necesitarían tres eternidades para ofrecerlo dignamente: la primera para prepararse, la segunda para celebrarlo y la tercera para dar como es debido las gracias. Consideraba esta acción como la más importante de sus acciones y jamás subía al altar sin que precediera esmerada preparación y siguiera humildísima acción de gracias, **ambas en la iglesia para edificación** de los fieles; y era tal su recogimiento, **que al veirlo los asistentes se sentían enternecidos y movidos a devoción.**

Como supiera muy bien cuál es la pureza de la hostia que ofrecen en el altar los sacerdotes, se hacía también cargo de que han de ser inocentes las manos que la

(1) Alude al libro primero de esta Vida.

presentan y sin mancilla el corazón que la recibe. Por tanto, antes de celebrar u oír Misa, confesaba interiormente a Dios, en presencia de los Ángeles y de los Santos, todos los pecados de su vida, a cuya vista quedaba confuso y se humillaba profundamente. Así lo hizo Jesucristo en el huerto de los Olivos, antes de ofrecer a Dios Padre su sacrificio cruento, yendo cargado de los crímenes de todos los hombres; y así también volvía a hacerlo cada día su fiel discípulo.

A más de eso, se detenía un rato, a ponderar la grandeza del acto que estaba para cumplir, a dar a Dios las gracias por consentir que le presentase esa víctima, a protestar que sólo quería procurar su gloria, a entregarse, por fin, a las tres divinas Personas y rogarlas que aniquilasen en él lo que no les fuese grato y le adornasen con las virtudes adecuadas. ¹

Se hundía enajenado en lo interior de Nuestro Señor, adhiriendo cuanto podía a las intenciones que tuviera en el árbol de la cruz. Solía hacer poco más o menos como sigue. Celebraba la santa Misa primero en honor de la augustísima Trinidad, en honor de lo que Jesucristo es en sí, en sus estados, misterios, atributos, virtudes, acciones y padecimientos, y de lo que es y opera, por misericordia o por justicia, en su santa Madre, en sus Ángeles, su Iglesia militante, triunfante o purgante, y generalmente en todas las criaturas del cielo, de la tierra y del infierno; segundo, en acción de gracias a Dios por todos los bienes temporales y eternos que ha dispensado a la Humanidad sagrada de su Verbo-, a la Virgen, a los Ángeles, a los hombres, a todas las criaturas y especialmente a sí mismo; tercero en desagravio a la divina justicia por sus pecados propios, los del mundo entero y en particular los de las pobres ánimas del Purgatorio; cuarto, para que en sí y en los demás se cumpliera el divino querer; quinto, a fin de alcanzar las gracias necesarias para que tanto él como todos los hombres pudiesen servir a Dios, cada cual conforme a la perfección que ese Señor le tiene señalada.

Eso pues hacía como sacerdote. Como hostia empero se ofrecía con Jesucristo a manera de víctima, rogando

a ese amable Salvador viniera a él o lo atrajera a sí, a fin de sacrificarlo para gloria de su Padre; y porque requiere el sacrificio perfecto que se destruya la víctima, pedíale el favor de morir a sí, a sus pasiones, a su amor propio, para consumirse, mientras viviera, en el fuego sagrado de su divino amor. Por eso procuraba ajustar sus disposiciones a las que tuvo Cristo al ofrecerse en la cruz, a las que tiene al ofrecerse cada día en los altares. Postrado a los pies de la Reina del cielo, de los santos sacerdotes y de todos los bienaventurados, les pedía parte en los sentimientos con que presentan perennemente Jesucristo a su eterno Padre. Envidiaba los ardores de los ángeles, y hubiera querido ser serafín, o más bien transformarse todo en amor para con su divino Salvador.

Con idénticas disposiciones se acercaba al altar sant% y allí,, atento, ensimismado, pedía insistente al Señor que como convierte en su cuerpo y sangre la substancia baja y terrena del pan y del vino, así también trocarse el entorpecimiento, frialdad y dureza de su siervo, en la ternura ardor y agilidad de los divinos afectos de su corazón. Áconsejaba a los demás esta misma práctica. Solía decir que estando los cristianos unidos con Jesucristo como los miembros del cuerpo con la cabeza, participan de su doble condición de sacerdote y de víctima; como sacerdotes, han de ofrecer con él el mismo sacrificio; pero es también menester que como víctimas sean inmolados a la gloria de su Padre.

Difícilmente puede uno imaginarse con qué fervor celebraba San Juan Eudes. Entonces era cuando, creciendo sus anhelos, se inflamaba de amor, a la manera de la zarza aquella que ardía sin consumirse, porque estaba en medio la Majestad del Señor para conservarla. Entonces soltaba su corazón las riendas a sus afectos encendidos, como se ve por las palabras siguientes, que se hallaron escritas de su puño y letra y se refieren a la participación de este divino misterio : son como saetas que para desahogarse arrojaba su alma enferma de amor, y bien podrán ablandar la nuestra, aunque sea de piedra. » i **Oh abismo de amor, decía, bondad infinita, inmensa**

RELIGIÓN EN EL SANTO SACRIFICIO

129

» caridad, quién fuera todo amor para contigo! i oli » amadísimo, amantísimo y amabilísimo Jesús! ¿ cuándo » pues te amaré perfectamente? ¡Oh! ¡Quién me diera » que todas las partes de mi alma y de mi cuerpo se » trocasen en corazones de serafines! ¡Oh! ¡Quién me » hiciera la gracia de ser todo yo transformado en fuego » ardiente, en pura llama de amor para contigo! ¡Oh » serafines, oli ángeles, oh santos y santas del paraíso, » dadme vuestro amor para ama, con él a mi Jesús! » ¡Oh hombres, oh criaturas capaces de amar, dadme » todos vuestros corazones que los sacrifique a mi Sal» vador! ¡Oh Salealdor mío dulcísimo, ojalá tuviera yo » todo el amor del cielo y de la tierra, si en mi cupiese, » de qué buena gana lo enderezaría todo hacia ti---l i Oh » amado del Padre eterno, tesoro y delicias del cielo y » de la tierra, cómo te están adorando, amando y glori» ficando ahora en este altar los millones de ángeles que » te rodean por todas partes! i Oh, cómo deberían vene» rarte, alabarte y amarte aquí los hombres, ya que por » amor de ellos y no por los ángeles, te haces aquí » presente! ¡Ah, conviértanse en adoración, en glori» ficacion, en amor para contigo todos los ángeles y » los hombres, todas las criaturas del ,cielo y de la » tierra; y sirvan todas las potencias de tu divinidad y » de tu humanidad para ensalzarte y amarte eterna» mente!

Así se ocupaba interiormente durante el santo Sacrificio. A todos sus hijos inculcaba mucho esmero en esa función sagrada. « Suplico, les escribía, a cada uno de » nuestros amadísimos hermanos que ante todo celebre » con suma aplicación de espíritu y de corazón a tan » excelso y sublime misterio; que no se apresuren nunca, » y pronuncien como es debido lo que dicen en el altar. » Y en eso llevaba mucha razón; pues Dios maldice en Jeremías al que hace su obra con dejadez, y cualquier cosa puede recelar el sacerdote que celebra la santa Misa (la obra de Dios por excelencia) sin respeto ni devoción.

Concluída la Misa, San Juan Eudes se postraba en espíritu a las plantas de nuestro Señor, para acatarle

presente en su pecho. En este santuario, sólo se oían alabanzas, adoraciones, gracias y amor. Y porque sabía el Santo que Jesucristo en esos felices momentos que se aposentaba en él, hacía para con su Padre lo que hace en el cielo y en los altares, asociábase a sus disposiciones y volvía a pedirle con encarecimiento lo inmolase juntamente consigo a la gloria de la Santísima Trinidad, brindándose gustoso a sufrir con ese fin cuantas privaciones y destrucciones fuere menester; y suplicándole se valiera de su poder para desprenderlo de sí mismo y de todo lo que no fuera Dios, para aniquilar su sér dé Adán y revestirlo de sus divinas disposiciones.

Solía rezar con ese fin una salutación suya en honor del divino Corazón de Jesús y de María, que empieza por las palabras *Ave Cor sanctissimum : Salve* Corazón santísimo, rogando al Señor le estampase en el alma una imagen perfecta de la santidad y de las demás virtudes de su Corazón que se compendian en esa plegaria. Con el mismo intento rezaba también la oración de S. Agustín *Anima Christi, sanetifica me : Alma* de Cristo santíficame, sobre la cual tenía escrita una devota paráfrasis.

Ordinariamente empero, tanto al celebrar como después de haber celebrado, sus afectos predominantes eran los del amor. Se le oían palabras de fuego, indicios de la hoguera que le ardía en el alma. « ¡ Oh dulcísimo » Jesús, decía, ¡ oh amadísimo, descabílísimo, amabilísimo » Jesús, único bien de mi corazón, centro de mis » amores, alma mía querida, corazón mío queridísimo, » mi tesoro, mi gloria, todo mi contento y mi sola espejanza! *Amo te, amantissime Jesu, amo te, bonitas infirmitate, amo te ex toto corde meo, ex tota anima mea et ex » totis viribus meis, et magis alque magis amare volo »*; intentando significar por su corazón, su alma y sus fuerzas, el corazón, y el alma de Jesucristo, el poder de su divinidad y de su humanidad : que todo eso estaba dentro de él después de haber comulgado, todo era suyo, y como nunca podía disponer de todo con pleno derecho. Supe por un hijo suyo, a quien descubría sus disposi

ciones . y comunicaba sus devociones, que también rezaba el versículo del profeta : *Benedic, anima mea, Domino, et omnia quae intra me sunt nomini sancto ejus (I)*, alternado con los versículos del *Magnificat*; pues era éste su canto de acción de gracias como lo fué de la Virgen santísima, a la cual se asociaba íntimamente. Y por las palabras : « mi alma y todo lo que hay dentro de mí », entendía Jesucristo, que es la alabanza de su Padre, entendía la santísima Trinidad, que se habla aposentado en él y es sola capaz de glorificarse como merece. Terminaba rezando un Avemaría, para asociarse a las personas que fueran de romería a los santuarios dedicados a la Virgen, a fin de tomar parte en sus buenas acciones, y suplicar a esa Madre bondadosa que concediese a cuantos acudían a su protección las mercedes que solicitaran, si habían de ser para mayor gloria de Dios y provecho de sus almas.

Así pues solía proceder San Juan Eudes al ofrecer el santo sacrificio de la Misa o al comulgar, cuando no podía celebrar; y enseñaba esas mismas devociones a los que guiaba por el camino de la virtud, incitándolos a asistir frecuentemente a los santos misterios, a participar de ellos cada día por medio de la comunión sacramental o al menos espiritual, para contentar a Jesucristo, que anhela entregarse a los hombres y hacer morada en sus corazones. Con mayor insistencia todavía exhortaba a las personas virtuosas, como lo demuestran sus cartas, y entre ellas la que escribió a una señora vacilante y acobardada por no sentirse devoción. « Alegraos, amadísima hermana, le decía, y comulgad sin » reparo como de costumbre; porque toda alma revestida de la gracia divina se halla siempre dispuesta para » comulgar, aunque los sentidos no vayan ataviados » con las vistosas ropas de la devoción sensible y de la » divina consolación. » Esta señora es aquella a quien llamaba su hija mayor, la cual acostumbraba nutrirse de ese pan celestial, porque sabía muy bien digerirlo.

(I) Bendice, alma mía, al Señor, y todo lo que hay dentro de mí bendiga al santo nombre.

Si era amigo nuestro Santo de incitar a las almas fieles a frecuentar la sagrada Comunión, también lo era de administrársela; y siempre que lo hacía, le animaban sentimientos muy elevados. Ora se unía con la caridad infinita del Padre eterno cuando envió su Hijo al mundo, con la del Hijo cuando se encarnó, con la del Espíritu Santo cuando formó el cuerpo de Jesús en el seno de María, con la de esta Virgen bienaventurada cuando tantas veces ofreció en sacrificio por amor de los hombres el fruto bendito de sus entrañas. Ora se asociaba a la devoción y demás disposiciones con que administraron este divino Sacramento los gloriosos Apóstoles y tantos santos sacerdotes. Ora, al comulgar a una persona, rogaba a Nuestro Señor que aceptase por preparación de su acto y reparación de sus pecados, el amor infinito con que le ama su Padre y se ama él mismo, o la pureza de la Virgen, el fervor de los Serafines y las virtudes de todos los Santos del cielo y de la tierra.

Tenía en mucho el ayudar a Misa, diciendo que era desempeñar el cargo de la Madre de Dios, de S. José y de S. Gabriel, quienes tantos servicios prestaron a Jesucristo en este mundo. Decía otrosí que el mismo sacramento que confiere a los sacerdotes poder y gracia para ofrecer el sacrificio, fué también instituido con objeto de dar gracia y dignidad a los que han de ayudar al sacrificador; y aun pensaba que esta acción lleva, en cierto modo, ventaja al martirio, por dos razones: Primero, porque el mártir da testimonio de una verdad derramando su sangre y perdiendo su vida, lo cual no constituye propiamente un sacrificio, por faltarle la institución divina; en cambio quien ayuda a Misa y coopera con el sacerdote en ese divino misterio, da testimonio de todas las verdades reveladas con la sangre de Cristo y el mayor sacrificio que pueda existir. Segundo, porque el Sacramento de Confirmación, que dispone al martirio y comunica fuerzas para soportarlo, se confiere indiferentemente a todos los cristianos; al de Orden empero, que da gracia para ayudar a Misa, sólo se admiten personas escogidas, que se consagran a Dios

he un modo especial y tienden a una perfección encumbrada.

Juzgaba por lo tanto que desempeñar ese cargo sin las disposiciones que requiere tan sublime ministerio, era una de las mayores faltas que se pudieran cometer; era profanar la sagrada Eucaristía, desperdiciar los frutos del sacrificio de Jesucristo, destruir el efecto del sacramento de Orden, pisotear la sangre del Salvador, ultrajar su cuerpo, apagar el espíritu de su religión, deshonorar a Dios por las cosas en que quiere ser honrado, ofenderle con los medios que estableció para expiar nuestros delitos, agotar los manantiales de su misericordia, envenenar las fuentes de su gracia y cerrarse todas las puertas de la salvación. «El que así obra,» proseguía, venera las cosas santas menos que los de» monios, quienes no pueden mirarlas sin temblar, da» motivo a los herejes de blasfemarlas, a los libertinos» de ridiculizarlas y al pueblo simple y grosero de des»preciarlas, provoca en fin la ira de Dios y trae la mal» dición divina sobre su cabeza.»

San Juan Eudes ayudaba a Misa tan a menudo como podía, siempre observando con puntualidad las ceremonias de la Iglesia, manifestando exteriormente su viva fe por un recogimiento profundo y humillándose confundido en vista de su indignidad. Uníase íntimamente a las disposiciones con que Santo Tomás, San Buenaventura y tantos grandes Santos ejercieron ese mismo ministerio, excitando en sí un horror sumo de cuanto podía desagradar a Dios y un deseo vehemente de asociarse a las alabanzas y adoraciones de los Ángeles que se hallaban presentes, particularmente a las de su Ángel de la guarda: y al considerar todo lo que Nuestro Señor hacía por él en el altar sagrado, brotaban espontáneos en su corazón un agradecimiento inmenso y un sincero propósito de no vivir ya para sí, sino únicamente para aquel que le prodigaba tantas mercedes. Antes pues de ayudar a Misa, se ponía la sobrepelliz, que es el vestido de nuestra santa religión, el vestido de boda imprescindible para que pretente entrar en la sala del rey y sentarse a su mesa; y recapacitando que simboliza a Cristo

Nuestro Señor, ese hombre nuevo que ha de vestir el cristiano y más aún el sacerdote, solía arrodillarse, y poniéndose la decía : *I nduat me Dominus novum hominem quí secundum Deum creatus est in justitia et sane titate veritatis'* : *Vístame* el Señor del hombre nuevo, que fué criado conforme a Dios en justicia y en santidad de verdad. Quería que hiciesen otro tanto todos los Eclesiásticos de su Congregación. ,

A sus misioneros encarecía mucho que enseñasen a los niños cómo habían de ayudar debidamente a Misa, con las ceremonias exteriores y las disposiciones internas que se requieren, a fin de así grabarles en la mente **UN** gran aprecio de esa acción; y era su deseo que hiciesen lo propio en las escuelas los maestros y en las familias los padres.

En fin, puede decirse que jamás rey tuvo oficial tan solícito para servirle y tan atento en obsequiarle por sí y por sus súbditos, como lo halló Jesús sacramentado en San Juan Eudes, a quien parece haberse escogido en nuestros tiempos por servidor fiel y adorador perfecto de su Majestad anonadada, para procurarse por medio de él ministros santos capaces de realzar su gloria entre las humillaciones portentosas de este sacramento, que sólo instituyó para probarnos su amor y recibir pruebas del nuestro.

CAPÍTULO XX

DE SU ESTIMA Y AFICIÓN A LA ORACIÓN.

El ejercicio de la oración es una participación de la vida de los Ángeles y de los Santos; es la continua ocupación de Jesucristo y de Dios mismo, que durante la eternidad no hace más que contemplarse y amarse; es la zarza de Horeb, donde descubre Moisés los arcanos **del amor divino; es el Monte Sinaí**, donde trata familiar

mente con su Majestad augusta; es aquella noche misteriosa en que aprende Jacob las sagradas comunicaciones que se traban entre el cielo y la tierra; y ésa es la ocupación que tenía San Juan Eudes por la suma felicidad de la vida cristiana. « Mil aflos, decía, de placeres mundanales no valen lo que un momento de las dulzuras con que regala Dios a un alma que cifra su contento en conversar con él por la oración. En ese santo ejercicio el alma se posesiona de Dios, y Dios del alma; cumple con él, le adora, le ama y recibe en cambio sus luces y mil pruebas de su bondad. En el alma se complace Dios, y en Dios el alma. »

A todos exhortaba cuanto podía a esmerarse mucho en la oración, alegando aquellas palabras del Espíritu Santo en la Escritura : *Non habet amaritudinem conversatio illius, nee taedium conjunctus illius, sed laetiliam et gaudium* : que no se halla amargura en la conversación de la Sabiduría, ni fastidio en su trato, sino al contrario sólo consuelo y alegría. Tal era en su sentir la trascendencia de este ejercicio, que ni la tierra que nos lleva, ni el aire que respiramos, ni el pan que nos sustenta, ni el coxazón que nos late en el pecho le parecían tan necesarios al hombre para vivir humanamente, como lo es al cristiano la oración para vivir cristianamente. Un día, hablando a unos eclesiásticos, les dirigía estas palabras que a todos generalmente pueden repetirse : « Si queréis saber lo que es la piedad y adquirirla, ejercitaos en la oración mental, y pronto la conoceréis y será vuestra; pero mientras no sepáis por experiencia lo que es la oración mental, ignoraréis la piedad verdadera y seréis incapaces para ejercer las fun-

» ciones eclesiásticas, que tienden a destruir el pecado
» y asentar la virtud en las almas. »

La consideraba como el primero, el principal, el más

necesario, el más urgente y el más importante de todos sus asuntos, y por cuanto podían permitírsele su deber y la prudencia, esquivaba las demás ocupaciones, para dedicar más tiempo a ésta, que era su única cosa necesaria; y en lográndola, juzgaba haberse escogido la mejor parte. Nunca se vió hombre que tanto obrase y a la par

orase tanto; no hubo nunca quien hermanase con tanto acierto la acción y la contemplación, ni se vió predicador apostólico que tuviese trato tan asiduo con Dios y con los hombres juntamente. Luego que había cumplido con las obligaciones que lo sujetaban al servicio de las criaturas, corría al pie de la cruz del Salvador, para estudiar en ese libro divino y aprender las leyes de la verdad y las máximas de la verdadera sabiduría. Ese era su asilo ordinario, y jamás proponía o resolvía cosa alguna sin haberla antes consultado mucho con Nuestro Señor y su santa Madre en la oración, pensando lograr en ese santo ejercicio las mercedes que fuera de él podían habersele negado por indigno; pues sabía que el Señor ha empeñado su palabra. «Pedid, dice en S. Lucas, y se os dará»; y en S. -Marcos : « Todo aquello que pidieréis en la oración, creed que lo habéis de recibir, y os vendrá. » Si a veces la divina bondad difería la respuesta a su súplica, decía que era para humillarlo, para afirmarlo en el desprecio de sí mismo e inculcarle gran aprecio de los favores que intentaba dispensarle. Mil rasgos podrían reatarse en prueba de lo mucho que esclarecía Dios su entendimiento en la oración, mayormente cuando oraba para el prójimo. Baste uno entre tantos. Una señora que después de haberse propuesto abrazar la vida religiosa, había pasado más de dos años sin lograr decidirse por repugnarle no poco el vivir sujeta y mandada, vino a consultarle sobre su vocación, para saber qué la quería Dios. San Juan Eudes prometió hacer oración por ella; y al regresar la señora por la contestación, díjole el Santo con tono resuelto y confiado que había de ser religiosa de Nuestra Señora de la Caridad, pues en ese estado quería verla Dios; y que por lo tanto, ya no dilatara más el cumplimiento de su divino mandato. Tan fortalecida se sintió la señora aquella con semejante certidumbre, que en lo sucesivo jamás volvió a experimentar el hastío que antes le causaba la mera idea de ingresar en un convento.

San Juan Eudes, que tan adicto era a la meditación, tenía empeño que se practicase en su Congregación con todo esmero; y deseaba además que también los él

4

rigos en los seminarios se mostrasen asiduos, y le dedicasen cada día un espacio de tiempo conveniente. Una vez, en uno de sus establecimientos, querían a todo trance los Superiores diocesanos que los ordenandos hiciesen oración tan sólo durante media hora. Apenas dísinio el Santo al enterarse, escribió lo siguiente al Rector del seminario : « Sin oración, amado hermano, » jamás acertará una Congregación a conservar sin » menoscabo ese espíritu de piedad y de virtud que ha » menester para agradar a Dios y servir provechosa» mente a su Iglesia. Hacer oración media hora y no » hacer nada, viene a resultar lo mismo. Y sin embargo, » no hay cosa más indispensable a los eclesiásticos. Así » es que en todos los seminarios que conozco, se hace » oración una hora. Si ahí se empeñan en poner sólo » rriedia para los seminaxistas, os ruego providenciéis » de tal modo que nuestros hermanos consagren cada » día una hora entera; si no, mejor fuera retirarnos del » seminario. » Así pues se expresó, para que no se cercenase nada a ese tiempo que tenía por el mejor gastadoq en todo el día; mas luego, tanto insistieron, que al fin hubo de ceder. Se permitió a los ordenandos dedicarse a la meditación sólo media hora, siguiendo los sacerdotes del seminario con su loable costumbre de consagrar una hora entera a ese santo ejercicio.

A manera de preparación a la oración, San Juan

Eudes solía anonadarse a los pies de su divina Majestad, KI reconociéndose indigno de parecer ante su presencia y de pensar en ella. Como en esta acción sólo aspiraba a establecer el reino de Dios en su alma, renunciaba toda curiosidad del entendimiento y toda satisfacción propia; y contento con tal que lo estuviere su Dios, entregábase a él, para que fuera dueño y señor de su persona y lo guiara por sus caminos según su santísima Voluntad. Procuraba ajustar sus disposiciones a las de Jesucristo, que a la continna tiene fijo el pensamiento en su Padre; y reconociendo que solo él es digno de presentarse al Altísimo, le rogaba humildemente se estableciera en su alma y en ella hiciera oración él mismo. Para impetrar esta gracia, acudía a la Virgen santísima, a los

Ángeles y a los Santos. Ese entregarse a Dios y ese unirse con Jesucristo le ocupaban a veces todo el tiempo de la oración.

Sus temas habituales de meditación eran las perfecciones divinas, los misterios, las virtudes, los dichos y los hechos del Salvador; y se ve por las meditaciones y libros que compuso sobre esta materia y mas son productos del espíritu de Dios que del suyo, cuánto gustaba la divina Majestad de descubrirle sus secretos. Salía de esos coloquios como Moisés del monte, no irradiada la cabeza con cuernos de fuego, sino esclarecido el entendimiento y encendido el corazón por las sagradas comunicaciones y la íntima familiaridad con su Dios. No le envanecía esa dulce privanza, antes le hacía más humilde; ni se volvía remiso en los quehaceres de su estado, sino, al contrario, más puntual y animoso en servir al que tan suavemente lo trataba, habiendo merecido tantas veces ser privado de su gracia y desamparado por completo.

Sus luces, dulcedumbres y afectos, los devolvía al mismo que se los había dado, rogándole que en su lugar dispusiera de ellos a su gusto y para su mayor gloria. Mientras los tenía los disfrutaba, pero sin apego, dispuesto siempre a recibir de la mano del Señor lo bueno como lo malo, la escasez como la abundancia, la aridez como la consolación. Dios que en la naturaleza hace ,rsuocer la noche al día, permitía con frecuencia que se hundiera su siervo en tinieblas espantosas. Durante varios años, se sintió interiormente tan desamparado, que andaba casi siempre distraído, no acertando a fijarse por mucho que se violentara. Apenado de verse reducido tal estado y recelando que fuera por su culpa, acudió, a una persona extraordinariamente favorecida de Dios, y le descubrió su apuro. Ella empero lo serenó diciéndole que no tenía él la culpa, sino que el camino que había de recorrer era breñal de cruces y espinas, martirio incesante y participación de los padecimientos de Jesucristo; que a ese estado lo había destinado la Providencia desde la eternidad, y que por tanto se guardase de desear otro. En aquella temporada, se

reconocía indigno de consolación, pensando que harto favor le hacía Nuestro Señor sufriendo que la tierra lo llevase, cuando había merecido ser como los réprobos, que no tendrán eternamente más que pensamientos de blastemia y aborrecimiento de su divina Majestad. Illumillábase considerando sus faltas, pero en bulto, sin detenerse a examinarlas por lo menudo. Adotaba la divina justicia, ofreciéndose a aguantar todo lo que gustase y juzgando que ni siquiera valía que se tomase la molestia de descargar sobre él su brazo. Decía que al desamparar así a un alma, lo que Dios intenta es humillarla y aplastar su soberbia, para colmarla luego de mayores gracias; que si tal no hiciera, el espíritu humano, tan propenso a la ilusión y tan amigo de engreirse, no dejaría de atribuir muchas veces a su propio esfuerzo y cooperación los devotos sentimientos que recibe de la divina bondad y son efectos de la pura misericordia del Señor.

De cualquier manera que hubiese sido tratado en ese místico convite de la oración, siempre salía dando gracias por las mercedes recibidas, pidiendo perdón de las faltas cometidas y rogando con encarecimiento a Jesucristo Nuestro Señor las reparase y fuese él mismo su perpetua oración delante del Padre eterno. Por buenos que hubiesen sido sus sentimientos durante la meditación, desconfiaba mucho de sí para estribar en ellos, y por eso los ponía en manos del Hombre Dios, que nos ha sido dado, según dice el Apóstol, para ser todo en todos : *omnia in omnibus Christus*. Solía por fin buscar lo que llama S. Francisco de Sales un ramillete espiritual, o sea, un pasaje de la Escritura o de los Santos Padres, que durante el día diese pábulo al fuego que lo había consumido en la oración; no porque necesitara de semejante práctica para volver a Dios, pues ni un momento lo perdía de vista aunque no siempre lo sintiera y disfrutara, sino por no apartarse del camino trillado y dar a sus hijos un modelo que seguir en este santo ejercicio.

A más del tiempo que dedicaba diariamente a esa divina ocupación, cada año sin falta se retiraba diez

días o más, para entender únicamente, abandonados sus habituales quehaceres, en contemplar, amar y glorificar a su divina Majestad. Consideraba ese tiempo como una partícula de la eternidad; érale ese retraimiento un paraíso anticipado, en el cual empero no buscaba su consolación, sino el contento de Dios. Con ese ejercicio intentaba: primeramente, continuar y honrar los diversos retiros de Jesucristo y de la Virgen santísima, propopiéndose siempre uno en particular; segundo, reparar las faltas cometidas durante el año en el servicio del Hijo y de la Madre; en tercer lugar, cobrar nuevas fuerzas para caminar más animoso por las vías del amor divino y disponerse a recibir nuevas gracias al principiar el año, como lo escribió a uno de sus hijos : « Dios nos dé la gracia, decíale, de emplear perfectamente este año nuevo en su servicio y en el de su santísima Madre, con tanto esmero y fidelidad » como si hubiera de ser el último de nuestra vida. Eso » deseo yo de todo corazón, y con ese fin me he encerrado solito para hacer, Dios mediante, un buen retiro, » tanto tiempo como pueda. Ayudadme, amado hermano, con vuestras santas misas. »

En esa ocasión, renovaba las promesas del Bautismo y de las sagradas órdenes. Sacaba, como el fénix, vida nueva de sus cenizas, o sea, del conocimiento y consideración de sus descuidos. Adoraba a Jesucristo y dábale gracias por el honor que rindió al Padre eterno cumpliendo los votos que hizo. Postrado a sus plantas, pedíale perdón de sus pecados y le rogaba satisfacer en su lugar y aniquilar en su alma cuanto estorbara sus designios, solicitando asimismo su gracia para corresponder en lo sucesivo como él lo deseaba. A ese mismo fin imploraba asistencia de la Virgen bendita, de los Ángeles y de los Santos.

Idéntico método solía observar poco más o menos los días que se apartaba del mundo, cuando, desentendiéndose de todo lo criado, atendía exclusivamente a su Criador y a las cosas que conciernen su servicio y el establecimiento de su reino en las almas. Tan recogido como Moisés en los cuarenta días que se retiró al Monte

AFICION A LA ORACIÓN

141-

Sinaí, no hablaba con nadie, y dejaba a sus hermanos el cuidado de componer las altercaciones y despachar los asuntos que pudieran ocurrir. Así que salía de la soledad, como lo hemos notado, llena la mente de los divinos resplandores que lo habían rodeado en el Tabor, llevando la ley del Señor hondamente grabada en su corazón por el Espíritu Santo, que en ese nuevo cenáculo le había enseñado toda verdad, según lo prometió Jesucristo a sus Apóstoles.

Tanto provecho sacaba de esa su laudable costumbre del retiro de diez días, que aun a las personas del siglo la aconsejaba, diciendo que tan conveniente era dedicarse unos días extraordinariamente al servicio de Dios a más de los ejercicios habituales de la devoción, como refocilarse de vez en cuando con una comida regalada a más del alimento diario que se da al cuerpo; y añadía que ése es un medio muy eficaz para purificarse, instruirse, adelantarse en los caminos de la gracia y, prevenirse a una muerte dichosa. Dispuso una guía, para uso especialmente de los eclesiásticos, donde señala las intenciones que puede uno proponerse, las disposiciones que, ha de tener, la distribución del tiempo que ha de gastarse y el orden de los ejercicios que se han de practicar, los temas de meditación y los libros de que puede uno echar mano, la manera de sacar provecho de la lectura, y por fin, la materia del examen extraordinario.

Además del retiro anual, San Juan Eudes solía escoger un día a principios de mes, para renovar todos sus buenos sentimientos, y reparar las faltas cometidas el mes anterior en el servicio de su divina Majestad. Eran para él esos días como un otoño espiritual en que allegaba las provisiones necesarias para conservar el tiempo restante la vida de la gracia y aquel fervor del espíritu que recomendaba S. Pablo a los primeros cristianos, y con el cual quería que se aplicasen a la piedad. Esos días también han de ser para las almas que se dedican al santo recogimiento, ansiosas de progresar en la vida interior, días de cosecha y de bendición, cuales son los que llama el Profeta días llenos : *Dies pleni invenientur in eis.*

DE LA FE PR-CTICA QUE INFORMABA LAS ACCIONES

DE SAN JUAN EUDES.

El Apóstol S. Pablo cumplía con sus padecimientos lo que faltaba a los padecimientos del Salvador por su cuerpo, que es la Iglesia; y cada fiel en particular que es miembro de Jesucristo y le está unido mediante la gracia, acaba con las acciones que ejecuta por la virtud de su divino espíritu, las que empezó él viviendo en la tierra. Y así la oración del cristiano es un prolongamiento de la vida laboriosa de Cristo. Al conversar con el prójimo movido por la caridad, el cristiano continúa, la vida conversante del divino Salvador; y al tomar alimento o descanso, la sujeción que él quiso tener a todas esas necesidades.

Si alguien ha contribuido al cabal cumplimiento del Verbo encarnado y a la edad de su plenitud, puede decirse que ése fué San Juan Eudes, pues por fuera y por dentro reproducía al vivo el exterior y el interior de ese Hombre Dios. ¿ Quién, en efecto, estuvo unido con él más estrechamente ? ¿Qué miembro hubo más animado del espíritu, y de la vida de su cabeza? Veamos las santas disposiciones con que obraba, que esas pruebas no engañan.

Amando a su Dios empezaba y concluía todos sus días; y el fervor de su amor ya se traslucía en las palabras encendidas que tenía en boca luego que estaba despierto. Como la Esposa de los Cantares decía : « Me » levantaré e iré en busca del amado de mi alma.» «i Oli » Jesús! os doy mi corazón. » Esos y otros actos parecidos, deseaba animarlos con todo el amor al Criador que cabe en las criaturas del cielo y de la tierra; lo cual nos da a entender que su corazón velaba mientras repo7

FE PRÁCTICA

143

saba un poco su cuerpo cansado. Vistiéndose, ofrecía esa acción en honor de la que hizo Jesucristo al revestir su divinidad de nuestra humanidad, y al cubrir esa humanidad con ropas como las nuestras. Otras veces, admiraba y bendecía la divina misericordia, que le había dado con qué vestirse, cuando iban desnudos tantos pobres que, en su sentir, no habían ofendido a Dios tanto como él.

En la oración, consistía su proceder, como ya lo hemos notado, en sumirse en lo más hondo de su nada, anegarse en la inmensidad del espíritu de Dios y en todas las virtudes de Nuestro Señor, asociándose al amor, a la humildad, a la pureza y a la atención cumplida con que él había orado, conj tirándole al propio tiempo imprimir en sí esas disposiciones y las de la Vireyen santísima, de los Ángeles y de los Santos. Otro tanto solía hacer en sus demás ejercicios, y esa práctica lo transformó en Jesucristo, como dice el Apóstol a los Corintios: *In eamdeni imaginem transormamur*, haciendo que en él viviera s reinara Jesucristo, conforme lo desea de todos los cristianos, según estas palabras apuntadas en San Juan : « Yo en ellos, y tu en mí, para que sean consumados en la unidad. » Esa misma práctica, de todas la más importante para él, la aconsejaba mucho a los que quieren adelantarse en los caminos de la gracia, diciendo que en la vida %espiritual, el secreto de los secretos es entregarse al espíritu del Salvador, seguir los impulsos que diere a nuestra alma, no estorbar sus operaciones con los pensamientos, invenciones y afanes de nuestro espíritu propio, sino dejarle plena libertad para que obre en nosotros y nos guíe por sus caminos segun sus designios.

San Juan Eudes pensaba que el haber sido bautizado le obligaba a morir a todo sér criado, para vivir de la vida divina. Considerábase como persona que no siendo ya de la tierra, sino del cielo, había de enderezar allá sus pensamientos y estar en continuo ejercicio de alabanza, adoración y amor. Así acostumbraba hacerlo, como lo manifestó repetidas veces a uno de sus hijos con quien, mucho se estrechaba, asegurándole que nunca

perdía la presencia de Dios, y que por especial favor, le refería todas sus acciones, aun las más naturales. Ninguna empezaba sin antes haberse negado a sí mismo y renunciado a su propio espíritu y conformándose con los designios de la gracia y entregándose a la virtud del amor divino. A veces se le oía decir : « ¡ Oh buen Jesús, » nada para mí, nada para el amor propio, nada para el » mundo, y todo para vos! ¡ Oh Salvador mío, todo para » vuestra honra"y vuestro puro amor! » Recelando que algunas de sus acciones, ya por ser largas o requerir aplicación de la mente, lo distrajeran de la presencia de su Amado, se dirigía a los Ángeles y a los Santos antes de empezarlas, pidiéndoles que, mientras durasen, amasen ellos y glorificasen a Jesús en su lugar. No hacía nada sin asçeiarse a todo el amor del cielo y de la tierra, y quisiera haber tributado a cada momento a su divina Majestad infinita gloria.

Cuando, por necesidad, daba de comer o de beber a su cuerpo, lo hacía en consideración de la caridad que le tenía Nuestro Señor. Cuidaba de su salud y de su vida atendiendo al interés de aquel que de ambas era dueño; y de las cosas sólo tomaba lo necesario para mantenerse en su servicio. Durante la comida estaba recogido y ocupado en renocer humildemente que no merecía qomer pan, pues que a muchos les faltaba no siendo sin embargo tan culpables como él, y que por sus pecados tenía que haberse hallado como los réprobos, que rabiarán de hambre y sed eternamente. Renunciáfido a la sensualidad, entregábase a Jesucristo para hacer esta acción con las divinas disposiciones con que la hicieron él y su bendita Madre, y quería que todos los bocados que comiera y todas las gotas que bebiera fueran otras tantas alaanzas a la santísima Trinidad, por habernos dado-un Hombre Dios y una Madre de Dios para comer y beber con nosotros en la tierra.

Si había de conversar con el prójimo o hallarse en compañía, se recogía un poco, y puestos los ojos de la fe en Nuestro Señor tratando con sus criaturas, le adoraba en los sentimientos de amor para con su Padre y de caridad'para con los hombres, de humildad, de man

sedumbre, de afabilidad, de paciencia y de decencia con que se había portado. Negándose a sí mismo totalmente, pedía parte en sus virtudes, se humillaba viendo que había merecido por sus pecados ser desterrado para siempre de la sociedad de los hijos de Dios y reducido a la compañía infeliz de los réprobos. Entrando en conversación, saludaba por lo regular a los Ángeles custodios y a los Santos protectores de las personas con quienes iba a hablar, suplicándolos las dispusieran a recibir bien lo que había de decirles. Durante la conversación, contemplaba y adoraba la vida de Jesús en las almas que estaban allí presentes.

En sus conferencias públicas o privadas con el prójimo, seguía siempre la norma del Apóstol S. Pablo, que desea se hable como de Dios, delante de Dios y en Cristo : *Sicut ex Deo, coram Deo, in Christo loquimur* (II Cor. 2). Hablaba como de Dios, sacando de él, que es manantial de todas las luces, las cosas y las palabras que decía, dándose a Nuestro Señor al principiar, para que comunicase a su mente y a su boca lo que había de anunciar de su parte; de modo que podía decirle lo (pe decía él a su Padre : « Las palabras que me diste les he dado. » Hablaba delante de Dios, esto es, con recogimiento y compostura, entregándose a él para realizar lo que decía u oía, y aprovecharlo todo como deseaba él. Hablaba en Cristo, esto es, con las mismas disposiciones que ese amable Salvador cuando hablaba en la tierra, o como hubiera hablado si hubiera estado en su lugar : con profunda humildad respecto de sí mismo, con gran mansedumbre y caridad cordial respecto del projimo, con amor ardiente y suma atención a Dios su Padre.

Si San Juan Eudes obsequiaba a uno o le hacía algún favor, atendía en él a la imagen de Dios y al miembro de Jesucristo. Antes de empezar esos actos de humildad que le eran habituales, adoraba a Nuestro Señor en la condición de servidor de los hombres que quiso tomar, según aquello que dijo : «Vine para servir y no para ser servido. » Se humillaba reconociéndose indigno de hacer lo que tántos Santos, lo que también había hecho el

Santo de los Santos, quien entre sus apóstoles se hallaba no como el que está sentado, sino como el que está sirviendo; y lo que entonces se propusiera ese modelo, procuraba proponérselo él también.

Antes de salir a la ciudad o al campo, se postraba siempre ante el Santísimo, para consagrar su salida o su viaje a la gloria de la santísima Trinidad y honra de Nuestro Señor Jesucristo, para acogerse bajo el amparo de la Virgen, e invocar asistencia de los Ángeles elistodios y Santos patronos de los sitios adonde se dirigía y de las personas con quienes había de tratar. Mientras estaba fuera de casa, iba ocupado en Dios o en algún misterio del Salvador; y por él mismo se supo que compuso los himnos de sus Oficios andando por las calles de París para los asuntos de su Congregación. A la vuelta, procedía lo mismo : otra vez postrado a los pies de Nuestro Señor oculto en el misterio de su amor, daba gracias a la santísima Trinidad, y protestábale querer que a su gloria fueran consagradas todas sus salidas y entradas, su vida, sus pensamientos, palabras y obras. No emprendía ningún viaje sin dedicarlo a alguno de los de nuestro divino Salvador. Yendo por el camino rezaba de cuando en cuando diversas oraciones; adoraba al santísimo Sacramento presente en las iglesias por donde pasaba; saludaba a la Virgen bendita, a los Ángeles y Santos protectores de aquellas tierras, rogando a su Ángel de la guarda los saludara por él; pedía licencia, como a señores de aquellos lugares, de transitar o de pararse, considerando que podían justísimamente prohibirle la entrada a causa de sus pecados; conjurábalos por fin glorificasen y amasen a Jesús por él, y supliesen los descuidos que pudieran ocurrirle en su amor mientras allí permaneciese. Llegado a la posada donde paraba, arrodillábase en su habitación para cumplir con Dios; y lo propio hacía al marcharse, no alejándose sin dar alguna enseñanza saludable a los criados que le servían, y muchas veces también al huésped, dejando por todas partes el buen olor de su vida santa.

No contento con ofrecerse a Nuestro Señor al principiarse sus acciones, levantaba a él su alma una que otra

FE PRÁCTICA

147

vez continuándolas. Frecuentemente se le »vó decir : *Veni, Domine Jesu, z.,eni in plenitudine virulis tuae, in sanctitate spiritus tu, in perfectione mysteriorum tuorum, et in puritale viarum tuarum. Veni, Domine Jesu. O esta otra. que también le era muy familiar : O salus el gaudium animae meae, Jesu et Uaría ' ' : ¡Oh salud y alegría de iiiii alma, Jesús y María! Recomendaba mucho a sus in*os ii, sar de esas jaculatorias, por ser el medio inás a propósito para conservar la recolección interior en inedio de las ocupaciones interiores que trae consigo su vocación.*

San Juan Eudes ponía particular empeño en retraerse de todo para refluir a Dios coi-no a su refugio y a su centro, deseando verificar en sí aquel dicho del Salvador : *Manete in me : permaneced* en mí. A ese Salvador adorable consagraba tanto el día como la noche; y ofrecíale su descanso en honor del que toma desde la eternidad en el seno de su Padre, en honor del que tomó por espacio de nueve meses en el seno de su Madre, y de aquel a que quiso sujetarse cada día por amor nuestro, mientras vivía en este mundo. Se asociaba a todas las alabanzas que se tributaran a la santísima Trinidad durante la noche en la tierra y en el cielo, y protestaba querer que todas sus respiraciones, todos los latidos de su corazón fueran otros tantos actos de alabanza y de amor a su divina Majestad. Nunca se acostaba sin ponerse en el estado en que quisiera morir, entregándose a Nuestro Señor para participar de las disposiciones con que murieron él, su bienaventurada Madre y sus Santos. Antes de dormirse, pronunciaba estas palabras : « Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu », deseando sentir ya en ese momento para cuando hubiere de morir, como sintiera aquel amable Salvador cuando expiró por amor nuestro.

San Juan Eudes tenía por seguro que uno de los mayores estorbos al aprovechamiento del alma en lo del espíritu y en la aplicación a la presencia de Dilos, es el apego disimulado aun a las cosas más santas y el afán con que se toman, que, en sentir del santo Obispo de Ginebra, es el mayor traidor de la devoción. Por eso se

desprendía de todo y no emprendía nada con excesivo ahinco. Aunque pusiera suma diligencia en llevar a feliz término los planes que tenía formados para la gloria de Nuestro Señor, nunca empero venían a menos su sosiego y su tranquilidad, si acaso había de dilatarlos o abandonarlos. En la buena como en la mala fortuna, siempre amaba igualmente la divina Voluntad. Esforzándose, sí, por destruir sus imperfecciones, pero sin zozobra, siempre tranquilo en su humillación, contento con su abyección, satisfecho con lo que Dios era servido darle, sin desistir por otro tanto de su perseverante propósito de vencerse y aprovechar, confiado de la bondad de su Salvador, que no había de negarle las gracias necesarias.

Por mucho que anhelara, como el Apóstol, ser librado del cuerpo de esta muerte, para gozar más perfectamente la presencia de su Dios, estaba sin embargo dispuesto a aguardar esa dicha hasta el día del juicio universal, si fuera de su agrado, ansioso ante todo de afirmarse en el perfecto desprendimiento, cuya hermosura le hacía prorrumper en estas palabras : « ¡Oh Dios » mío, qué cosas más grandes obráis en un alma que » se desapega de todo, y aun de vos mismo en cierto » modo, para entregarse toda a vos más perfecta » mente! ¡ Qué estrechamente la unís con vos! ¡ Qué santamente os la apropiáis! ¡ Qué divinamente la sumís » en el piélagos de vuestro santo amor! ¡ Qué admirablemente la transformáis en vos, revistiéndola de » vuestros atributos, de vuestro espíritu, de vuestro » amor! »

Ese gran desprendimiento lo inculcaba San Juan Eudes a las almas que juzgaba capaces de practicarlo, a fin de encaminarlas a la libertad de los hijos de Dios y proporcionarles las delicias de un paraíso anticipado. He aquí lo que escribió a una monja de S. Benito, que estaba enferma : « ¿Qué os diré, mi amada hermana, » para consolaros ? ¿Os diré lo que suele decirse a los » enfermos, que no sera nada y que sanaréis luego? » Pero, eso no es lo que pedís. ¿Os diré, pues, que hay » motivo de esperar que pronto seréis librada de las

FE PRÁCTICA

149

» miserias de este mundo y del destierro que sufrís? » Pero, tampoco es eso lo que buscáis, ya que queréis » aborrecer la consideración de vuestro propio interés. » ¿ Qué os diré, pues, que os pueda consolar? No os » hablaré de vos, porque nos hemos de olvidar completamente, sino de Jesús solo, que debe ser el tema de » nuestras conversaciones, el centro de nuestros pensamientos y el motivo de nuestra consolación. ¿ Y qué » os diré de este inefable e infinitísimamente amable » Jesús ? Os diré que es todo vuestro y vos toda suya. » Oh hermana, ¡ qué consuelo! ¿ Qué más queréis ? Vivid » por tanto en paz y sin temor, pues Jesús es todo » vuestro, todo para vos, y vos sois toda de Jesús, que » os quiere infinitamente, que piensa en vos y sólo son » de amor sus pensamientos, que dispone de vos y sólo » de bondad son sus designios, No pasad cuidado si no » podéis rezar el oficio, hacer oración y practicar los » demás ejercicios como quisierais, que ya hacen todo » eso por vos varias personas, y lo que es más infinitamente, Jesús mismo, vuestro todo, está continuamente en acto de contemplar, de alabar y de amar » por vos a su Padre eterno. En fin, todo es vuestro en » el cielo y en la tierra. Quedaos pues en paz, y entregaos totalmente con vuestra salud, vuestra vida y » vuestra eterna salvación en las blandas manos de » vuestro amabilísimo Padre, que es Jesús. »

Ese proceder, que observaba en todos sus actos, lo afianzó en el perfecto recogimiento interior, y transformándole en hombre de corazón y escondido, como dice el apóstol S. Pedro, le procuró gran copia de gracias y de riquezas espirituales. Así, permaneciendo en Nuestro Señor y Nuestro Señor en él recíprocamente, se adelantó mucho en la senda de la santidad, y llevó fruto portentoso en el prójimo conforme Jesucristo mismo nos lo promete en su Evangelio, donde amenaza asimismo a todos los cristianos, que si no permanecieren en él, los echará fuera como sarmientos secos y los mandará recoger, para que, arrojados al fuego, ardan eternamente.

El amor de Dios y el amor del prójimo son inseparables. No son dos amores, sino uno solo. En Dios y por Dios aprendimos de amar a los hombres, nuestros hermanos, como en su Padre y por su Padre nos amó Jesucristo. A Dios mismo hemos de amar en ellos, como a su Padre como en nosotros Nuestro Señor, siendo la caridad que él nos tiene la norma de la que nosotros debemostener a los demás.

De esa caridad medía San JUAN Eudes las dinien-sienes, especialmente durante la oración, para ajustar a ella la suya en las diferentes ocurrencias del día. Con-teniplaba a ese divino Salvator entregándose todo a los hombres, empleando en hacernos bien las energías de su poder, los secretos de su sabiduría y las invenciones de su bondad; aguantando paciente nuestros defectos, adelantándose a nosotros al encuentro cuando le hemos ofendido y mirando más, en cierto modo, por nuestro interés que por el suyo. Contempláballo cargando en el decurso de su vida terrestre con toda clase de incomodidades y penas a fin de quitárnoslas, y demostrándonos de mil maneras que es todo amor para nosotros en sus pensamientos, palabras y acciones. Dábale gracias por la gloria que tributó a su Padre con su continuo ejercitar la caridad; y esa caridad cumplida de Cristo era el desagravio que ofrecía por los efectos de la suya, implorando la destrucción total de cuanto en sí podía estorbar que esa virtud floreciera en su alma.

Para estimularse a amar al prójimo, lo miraba bajo diversos aspectos. Ora lo consideraba salido del Corazón de Dios adonde también había de tornar para glorifi-

carlo y gozarlo eternamente, después de haber sido objeto de su amor en la tierra. **Ora lo veía hijo del mismo Padre** que él, creado para el mismo fin, redimido por la misma sangre, miembro de la misma Cabeza, nutrido de un mismo manjar; otras veces lo admiraba como templo de Dios, porción de Jesucristo, hueso de sus huesos y carne de su carne, como su lugarteniente, al cual había traspasado su derecho sobre su corazón; y todos esos motivos lo movían a honrarle, de modo que andaba a la continua con sumo cuidado para que no se le escapase dicho o hecho capaz de ofenderlo por poco que fuera; y al contrario, todo lo hacía y sufría por él, excusando sus imperfecciones, hablándole con blandura y procurando agradarle para su bien y edificación. Leía a menudo y ponderaba estas palabras de S. Pablo a los Corintios : « La caridad es sufrida, es » benigna la caridad, no tiene envidia, la caridad no se » jacta, no se hincha, no es insolente, no busca lo suyo, » no se irrita, no tiene en cuenta el mal, no se huelga » de la injusticia, se huelga empero de la verdad : todo » lo disimula, todo lo cree, todo lo espera, todo lo » aguanta. » De esa caridad que describe el Apóstol era una copia viva su conducta, y costaría trabajo hallar a uno que se le haya aventajado en este particular. Luego que notaba alguna repugnancia, o que experimentaba sentimientos de envidia o aversión del prójimo, los aniquilaba a los pies de Nuestro Señor, rogándole lo llenase de sus divinos afectos. Era su costumbre oponer actos contrarios a los impulsos que sentía interiormente : así, procuraba hablar y mostrarse servicial con aquel que le inspiraba tedio, ofreciéndose para hacer y sufrir por él todo lo que agradara a su divina Majestad, y no cesaba esas prácticas mientras no había sojuzgado su pasión. Si aun en su presencia se propasaba alguno a hablar con menoscabo del prójimo, él, suavemente y con prudencia torcía en lo posible la conversacion por otro camino.

Habiendo profesado servidumbre a todos los hombres, a ejemplo del Salvador, juzgaba que no era dueño de nada, como de nada es dueño un esclavo, que ya no

tenía derecho de disponer de su persona, ni de valerse de su cuerpo, alma, hacienda, tiempo y vida sino para Jesucristo y sus miembros. Mirando así las cosas, recibía con el corazón en la mano todo aquel que iba a consultarlo o deseaba hablarle, especialmente a los pobres, y cada cual se retiraba edificado de su trato. No es para dicho con qué gozo acudía cuando lo llamaba alguno para confesarse o pedirle instrucción. Si acertaba a hallarse con un apesadumbrado, ponía luego la mirada de la fe en la caridad inmensa de Nuestro Señor que vino a este mundo para consolar a los afligidos, según aquellas palabras de Isaías : *Mi8;t me ut consolarer omne8 lugentes*. Y reconociendo en el prójimo apenado a un hijo de Dios y a un miembro de Cristo, después de haberse asociado a la caridad del divino Corazón de Jesús, se acercaba compasivo al afligido y le hablaba con cordialidad y mansedumbre, dándole a entender cuánto compartía su pesar, cuánto deseaba aliviarlo en lo que cupiera. Luego, instruyéndolo, le alegaba las razones más apremiantes que se le ocurrían para inducirlo a sacar provecho de su mal. Exhortábalo a reconciliarse con Dios, si no estaba ya en gracia, o al menos a humillarse profundamente en vista de sus pecados, que eran la causa de la aflicción que padecía; a conformarse con su santísima Voluntad y con lo que dispusiera de él, y aun a darle por todo las gracias; a adorar a Nuestro Señor crucificado y llagado de pies a cabeza por nuestro amor; a considerar a los Santos, que con tanto ánimo padecieron; a acudir a la Virgen santísima, consoladora de afligidos y refugio de pecadores, como la llama la Iglesia. Estas enseñanzas empero, las proporcionaba al alcance de los que amaestraba y a la índole de sus penas. A veces, si lo permitía el tiempo y el lugar, se ponía de rodillas y los hacía arrodillarse ellos también, para formular juntos esos actos. Tenía por particularmente recomendados a los huérfanos, a las viudas, a los forasteros, sabier#do que en las divinas Escrituras, Dios se declara su arrimo y su defensa. Si una ocasión se presentaba de ayudarlos, no la dejaba pasar, antes la aprovechaba solícito, **dando** gracias a la divina Bondad

CARIDAD 153

de habérsela deparado. De muy buena gana contentaba a los obreros que trabajaban por él, y antes de despedirlos, siempre les daba algún consejo saludable.

Si la caridad de San Juan Eudes abarcaba todo el cuerpo místico del Hijo de Dios, mostrábase primorosa Mra su parte más noble, o sea, para los que por vocacion se dedican a servir a Dios, y contribuyen con su ministerio al cumplido desarrollo de ese cuerpo. -Más que la peste quería que se evitasen esas competencias, ese e < eno, esas discordias que se ven a veces entre comuni- dades eclesiásticas o religioas; y era por el contrario muy amigo de conservar con todas ellas paz y santa unión. Cuando se presentaba la ocasión, no les escatimaba sus servicios, y en todas partes les cedía y condescendía. Puso por norma en sus Constituciones, que el Superior de cada casa había de visitar dos o tres veces al aflo a los Superiores de las comunidades vecinas, por caridad sincera y verdadera, e ir a celebrar misa en sus iglesias a las fiestas de sus Patronos. Entre las familias religiosas, profesaba particular afecto y veneración a la Compañía de Jesús ,, a sus hijos, ya por los, valiosos servicios que han prestado y siguen prestando a Dios y por el provecho maravilloso que saca de ellos la Iglesia, ya por las pruebas de particular benevolencia que tienen dadas a la pequeña Congregación de Jesús y María. Inculcaba esos mismos sentimientos a sus hermanos, exhortándolos a portarse con toda atención y comedimiento, como lo hacía él mismo a cada paso. Miraba los intereses de ellos como sus intereses propios; de manera que si les dispensaba Dios alguna merced, manifestábales su alegría, y en -agradecimiento a la divina bondad, mandaba celebrar el santo sacrificio de la misa en las casas de su Congregación. Conviene también añadir que ese aprecio y amor eran recíprocos, pues el R. P. General de la Compañía lo asoció a las buenas obras que se hacían en la Iglesia por los miembros del cuerpo que gobernaba. Idéntico favor le fué otorgado por el Ministro General de la Orden de la Redención de Cautivos, al cual veneraba y quería más de lo que decirse puede.

Tuvo asimismo mucha intimidad con las Religiosas de la insigne Abadía de Montmartre, para las cuales abrigaba los sentimientos de respetuosa y sincera caridad que demuestran sus cartas. Como hubiera sabido la Abadesa Doña Francisca Renata de Lorena la finalidad que se proponía el Instituto de San Juan Eudes y el objeto particular de su culto, quiso con todas sus dignas hijas agregársele y tener parte en el bien que hiciera, prometiéndole tanto al Santo y a sus hermanos en nombre de sus religiosas, de cuyo convenio se levantó acta firmada por ambas partes el veinticinco de Marzo de mil seiscientos sesenta y uno. En fin, mucho quería que se honrasen todas las órdenes religiosas, que por sus santos votos se han consagrado al servicio de su divina Majestad; y decía que tanto más había de respetar esa profesión su pequeña Congregación, cuanto que no había podido abrazarla ni comunicarla a sus hijos.

La caridad de San Juan Eudes era católica., esto es, universal, cundiendo por todas partes y abarcando toda clase de personas. Su devoción gustaba mucho de aliviar a las pobres ánimas del purgatorio, porque el tormento que padecen por los ardores del fuego y aun más por la dura separación del Dios que aman, le hacía sufrir a él mismo; y compadecido de sus miserias, no ahorra esfuerzos para socorrerlas. Quería que se les rezara con frecuencia, especialmente después de la sagrada Comunión; y aun mandó que en cada una de sus casas se celebrase diariamente una misa por ellas.

Por medio de esos ejercicios de piedad, daba a su caridad las dimensiones que ha de tener esa virtud en un sacerdote cristiano. Todos hallaban cabida en su corazón; y a semejanza del sol, que dando la vuelta a la tierra la penetra con su calor y la alumbra con su luz, él también derramaba el bien en derredor suyo, o si no lo podía, manifestaba siquiera benevolencia a todo el que se le acercaba; y así, bien puede decirse que de su calor no se escondía nadie : *nee est qui se abscondat a calore eius*.

155

CANTULO XXIII

DE SU CARIDAD PARA CON LOS POBRES.

El gran amor a Jesucristo que consumía al buen Padre Eudes, impulsábale a amar cada cosa en proporción de la semejanza y proximidad que tenía con su Amado; y como en la tierra nada viera el Santo que tan sensiblemente representara a su Señor como los pobres, a los pobres honraba y quería indeciblemente. Considerábalos como los sacramentos del Salvador, bajo los cuales se oculta algo así como se oculta debajo de las especies de la adorable Eucaristía. Besábalos humildemente las manos y los pies, y como a reliquias santas, los tocaba con suma reverencia. Carísimos le eran, por haberlos recomendado Jesucristo en su Evangelio a todos los cristianos con mucha frecuencia y mucho encarecimiento. Con nuestro Santo parecía haber nacido la misericordia y haber crecido en su alma pasando los años. ¿Quién sabe si no ajustó con él el mismo pacto que con el gran patriarca de Alejandría S. Juan Limosnero ? Ciertamente es en todo caso, que Juan Eudes anduvo largo tiempo en busca de ella, y que pidió particularmente a Dios mucha ternura para los menesterosos. Hablábales blandamente, los trataba con caridad y los asistía todo lo que podía. Hizo voto cuando niño, de socorrerlos según su alcance y de no negarles nunca limosna, a no ser que careciesen de medios. Si acaso no tenía para darles, rezaba en seguida y mandaba rezar por ellos; y una de sus devociones era pedir con fervor la divina Bondad lo que hubieren menester.

Aunque sea la caridad una virtud católica que abarca a todos los hombres, no en todos recae del mismo modo. Conversando en la tierra el Verbo encarnado manifestaba predilección a los pobres, y quiso que supiera el mundo entero que había descendido del cielo principi

palmente para anunciarles el reino de Dios. Probábales su amistad siempre que la ocasión se presentaba, y en ellos ostentaba los mayores portentos de su poder y de su gracia. No es de extrañar por tanto, que también el buen Padre Eudes, a ejemplo de su Maestro, gustase más de tratar con ellos que con los ricos, y se apresurase más a visitarlos en sus enfermedades y a consolarlos en sus penas. Cuando lo llamaban al confesonario, iba contento, y para ellos todo el cariño y respeto le parecía poco, acordándose de aquel dicho del Señor en el Evangelio : « Lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos » pequeñitos, a mí me lo hicisteis. »

San Juan Eudes decía que Dios había suscitado a su Congregación en estos últimos tiempos para instruir, asistir y consolar a los pobres. Estableció que en cada una de sus Comunidades se diera de comer a doce de ellos varias veces al año, y que los domingos y jueves de cada semana, se convidara a uno a comer en el refectorio con los de casa. Además, dos veces a la semana, les daba públicamente limosna a la puerta del Seminario de Caen, donde residía habitualmente. Quería empero, que siempre se les enseñase algo de catecismo antes o después; porque « el alma, decía, » siendo más que el cuerpo, justo es que más bien a » aquélla que a éste se dé alimento. » Inculcaba a todos sus hermanos especial ternura para con ellos, y los exhortaba a constituirse en todo tiempo y en todo lugar, si podían, sus valedores, sus abogados, sus apoderados y sus padres; así como también a estar siempre dispuestos a socorrerlos, instruirlos, visitarlos, consolarlos en los hospitales y en sus casas particulares. Todos los viernes, mandaba a dos presbíteros o clérigos de su Comunidad al hospital o a la cárcel, para ayudarlos de esa manera, y quiso que en toda su Congregación se observase esa santa usanza.

Le gustaba mucho más que los sacerdotes del seminario confesaran a los pobres que a los ricos; pues «para » éstos, decía, sobran directores de conciencia, y aun,--4,---atdan a la rebatiña a quién lo será; mientras que » aquéllos tan desvalidos se ven para el alma como

CARIDAD PARA CON LOS POBRES

157

» para el cuerpo. » Un día de fiesta preguntó en el recreo a un sacerdote si había administrado el sacramento de la penitencia a muchas personas; a lo cual contestó él que desde las seis hasta las once, no había salido del confesonario. « ¿Y habéis confesado a muchos pobres? » volvió a preguntarle S. Juan Eudes. - « Padre, repuso » el confesor, no he confesado a nadie más; mi confesonario está junto a la puerta, y allí, solo se paran » pobres. - Bendito seáis, hermano, concluyó el » santo, Dios será vuestro galardón. »

Viviendo en Caen, reunió a varias personas de calidad, para emprender todas las obras de caridad que se presentasen, y especialmente para cuidar de los pobres enfermos y visitar los hospitales. Dábalas pláticas de cuando en cuando, para animarlas y sostenerlas en su santa empresa, y él mismo se agregaba a ellas a fin de ayudarlas en lo que pudiera.

Habiendo sobrevenido en París una gran escasez, las Damas de la Caridad que sabían con qué celo cooperaba tratándose de aliviar a los pobres y habían visto en otras circunstancias las grandes bendiciones que daba Dios a su palabra, acudieron a él y le rogaron subir al púlpito y exhortar a los habitantes a dar limosna. Hízolo pues, y con tanto fervor y acierto, que en poco tiempo se llenaron las bolsas, de modo que se pudo socorrer muy bien a los menesterosos. Lo mismo acaeció unos años después en la ciudad de Caen, cuando se estaba levantando el hospital mayor. Antes que se concluyera el edificio, se albergaron en él unas cuantas personas; pero vino a tanto la miseria, que faltó hasta lo necesario para la subsistencia y la continuación de la obra, que se quedó por acabar. Él difunto Sr. Gaurus de Berniérés, que se había encargado de construir y dirigir dicha casa y hasta entonces había costado casi todos los gastos, vino al Seminario rogando a San Juan Eudes fuera servido predicar unos sermones sobre la limosna en la iglesia de S. Pedro. Este santo sacerdote, que bien pudiera llamarse padre de los pobres, aunque achacoso y quebrantado por los aflitos, aceptó la propuesta con rebosante alegría; y en pleno mes de agosto,

dió cinco sermones con la fuga y el vigor de un inozo, parafraseando aquel Saizno de David que empieza : *Beatus qui intelligit Super egenum et pauperem*. Después del quinto sermón, vino diciéndole aquel fiel tesorero de Francia: « Padre, harto se ha predicado, que tenemos bienes a porrillo. » Efectivamente, no hubo pobre ni rico que dejara de contribuir a rematar el hospital y proveerlo de sus enseres. Los unos llevaban dinero, los otros grano, otros telas, camas o muebles, y casi no se daba abasto a recibir todo lo que se ofrecía. Hubiérase admirado en esta ocasión el fervor de los primeros cristianos, que echaban a los pies de los Apóstoles el haber que poseían, o la devoción de aquellos antiguos Israelitas que de todas partes acarreaban riquezas a Moisés para construir el Tabernáculo. Casos como éste se repitieron varias veces en la vida de San Juan Eudes, especialmente cuando predicaba misiones en las grandes poblaciones, donde establecía casas de asilo para los pobres y los enfermos, o ponía en orden las que hallaba en mal estado. A todos exhortaba a prestar ayuda a esos establecimientos, y después de haberlo oído, unos ofrecían doscientas o trescientas libras, otros quinientas, algunos iban hasta mil; y en la misión de Autun, una persona sola se obligó por escrito a dar cinco mil francos para empezar un hospital : qué mucho, si sojuzgaba los corazones su palabra hechicera y los volteaba como le venía en talante.

Tenía singular afecto a los presos, cuya condición malhadada le afligía sensiblemente. En sus cadenas honraba la cautividad de Jesucristo, y trabajaba cuanto podía por librarlos. -¡Mientras tanto, procuraba el provecho de sus almas fundando misas que se celebraran en la cárcel los domingos, las fiestas y aun los días de trabajo, y acudiendo a muchos otros ejercicios de piedad.

Tampoco olvidaba su corazón caritativo a los pobres vergonzantes, y tanto más gustoso los socorría cuanto que se veía menos expuesto a los peligros de la vanagloria. Durante las misiones, quería que se enseñase el catecismo a los pordioseros, que a veces se hallaban en número de hasta dos mil, y luego mandaba repar

CARIDAD PARA CON LOS POBRES

159

tírlas limosnas. Doquier pasaba, echaba mano de todo para establecer sólidamente escuelas, donde pudieran aprender los hijos de los pobres lo que necesitaban para salvarse.

A esas solicitudes solía afladir el cuidado de los enfermos, que fué uno de sus modos predilectos de ejercer la caridad, a ejemplo de Nuestro Señor descendido a la tierra para socorrerlos, según dice Isaías. A los dos años de ordenado sacerdote, supo nuestro Santo por una carta de su padre que la peste hacía estragos en varios pueblos de la diócesis de Séz, y que los enfermos quedaban por allá completamente abandonados y morían sin recibir auxilio de nadie, ni para el cuerpo ni para el alma. Dios solo sabe qué pena sintió y qué llaga abrió en su corazón compasivo tan triste noticia. Después de haber discurrido seriamente sobre cómo podría remediar semejante azote, se ofreció en sacrificio a su divina Majestad por aquellos pobres desamparados. La caridad de Jesucristo, que a él también le apremiaba como al Apóstol, lo determinó a no dejar nada por tentar para aliviar a los apestados, así le costase la vida. Con esos sentimientos se presentó a su Superior el Sr. de Bérulle, le descubrió su corazón y le manifestó las ganas que tenía de emprender esa obra de caridad. Aquel digno cardenal, tan iluminado para reconocer los impulsos de la gracia y favorecido de un don especial para discernir los espíritus, comprendió luego que la inclinación de su discípulo venía de lo alto; y orgulloso de inmolar a uno de sus hijos por todo un pueblo, le dió juntamente con su bendición la licencia que solicitaba. Salió de París San Juan Eudes más contento de haberla logrado que si hubiera conquistado un imperio. Llevaba consigo un altar portátil y lo necesario para celebrar la santa misa, con lo cual quiso cargar él mismo un buen trecho del camino : era otro Isaac, que tenía en poco ofrecerse a la muerte, si no llevaba a cuestas los instrumentos para el sacrificio.

Llegado al término de su jornada, no pudo lograr albergue en ningún sitio : Párrocos y Señores le cerraron la puerta, pareciéndose en aquel trance el discípulo a

SMAestro, quien aunque descendido del trono de su

u gloria para socorrer a los hombres y librarlos de su mal, se vió afrentosamente desechado : *In propria venit et su; eum non receperunt*. Vino a parar por fin a casa de un sacerdote pobre del pueblo de *Saint-Christophe* que lo acogió con suma caridad. Ambos celebraban misa cada día en una capilla de *Saint-Euron*, que estaba cerca; y luego San Juan Eudes, puestas unas hostias consagradas en una cajita de hojalata que llevaba al cuello, iba con aquel buen sacerdote en busca de los enfermos, ora por un pueblo, ora por otro. Era de ver al digno apóstol en medio de aquella pobre gente consolando y socorriendo de cuantos modos podía. Confesaba a unos y les administraba la sagrada Comunión, daba a otros los Santos Oleos y los exhortaba a morir como Dios manda, y a todos animaba, no desamparando a uno siquiera por miedo o falta de valor. Así anduvo ocupado desde fines de Agosto hasta Todosantos que cesó por completo la plaga; y Dios, que siempre ampara al caritativo, lo conservó tan bien, que no sintió incomodidad alguna.

No fué ésa la única vez que se empleó con arrojo en servir a los apestados. En el año 1631, se presentó en la ciudad de Caen el terrible azote, y tanto se propagó, que entró hasta en las comunidades religiosas. La casa del Oratorio tuvo mucho que sufrir, pues perdió a varios sujetos de pro, entre otros al Superior, el R. P. Gaspar de Repichon, que fué varón muy virtuoso. A San Juan Eudes cupo la dicha de asistir a todos, de administrarles los sacramentos y de prepararlos a morir. La peste en tanto se hizo tan furiosa y pertinaz, que estaba toda la ciudad desolada. En las calles reinaba una consternación general, y sólo se oían por todas partes quejidos y sollozos. El padre abandonaba a su hijo y el hijo a su padre, la mujer se apartaba de su mariáo y el marido de su mujer. Entre los mismos sacerdotes, unos escapaban de la ciudad y otros se arrinconaban en sus casas, aterrados por la sombra de la muerte, que veían tan cercana. Olvidaron aquéllos que su carácter los obligaba a tomar el incensario en mano

CARIDAD PARA CON LOS POBRES

161

para aplacar la ira de Dios, como hizo Aarón en favor del pueblo de Israel; olvidaron que también ellos debían arrojar a las llamas y exponer su vida, para socorrer a sus hermanos tocados de la mano del Señor. Nuestro santo sacerdote empero, animado del mismo celo que aquel pontífice de la Ley antigua, pasa sin vacilar por en medio de los cadáveres, corre de la casa de un hombre recién muerto a la de un recién inficionado; y mientras la muerte va assolando, él consuela, exhorta y conforta con los sacramentos a las víctimas del contagio

Cuando San Juan Eudes visitaba a un enfermo, siempre lo hacía en unión con la gran caridad que Nuestro Señor tuvo a los hombres. Al entrar en la habitación, lo miraba como un miembro del Salvador, se adolecía y hablándole blandamente, le daba a entender que son dos las causas principales de todas nuestras aflicciones : la una, la Voluntad de Dios, que lo dispone todo del mejor modo y para nuestro mayor provecho; y la otra, nuestros pecados, que traen sobre nosotros la ira divina. Excitábale por tanto a humillarse, considerando sus faltas que le habían merecido el infierno, y le hacía formular actos de sumisión, exhortándolo a sufrir pacientemente por amor de Aquel que tanto había sufrido por él. Luego lo disponía a recibir el sacramento de la penitencia y lo preparaba a la sagrada Comunión, enseñándole además' cómo dar gracias después de haberla recibido. Exhortábalo asimismo a elevar con frecuencia su mente y su corazón a Dios, sugiriéndole él mismo actos de fe, de esperanza, de confianza, de amor, y proponiéndole diferentes puntos de la Pasión que honrar con sus punzantes dolores. Cuando pensaba que el enfermo iba a morir, le hacía ofrecer su vida en sacrificio a Nuestro Señor, que en el árbol de la cruz sacrificó la suya, de la cual un solo momento valía infinitamente más que todas las vidas de los hombres y de los ángeles. Usaba para ese fin diversas razones adecuadas a las disposiciones del paciente y le traía a la memoria los deberes que había de cumplir para con Dios, para con Jesucristo, para con la santísima Virgen, los Ángeles, los Santos y el prójimo, antes de salir de este mundo; ade

más procuraba que ganara alguna indulgencia, y finalmente, después de haberlo dispuesto al sacramento de la Extremaunción, le excitaba a renovar la profesión del bautismo.

Esas son las diferentes maneras de ejercer la caridad aquel santo sacerdote con los pobres enfermos, y bien pudiera proponerse su conducta a todos los Pastores de la Iglesia por modelo de lo que han de hacer con sus ovejas en circunstancias parecidas; pues para decirlo en una palabra, no omitía nada de cuanto podía hacer para contribuir en algún modo a sanar los cuerpos y-aliviar las almas. Así se vió en diversas ocurrencias, como cuando hubo peste en Ruán el año 1668. En aque- llos días aciagos, mandó celebrar y rezar oraciones a todos los establecimientos de su Congregación por los hermanos que residían en aquell ' a ciudad y por todo su pueblo desdichado. Escribió al Rector en estos términos :

« Ruego a vuestra merced, decíale, celebrar una » novena de misas en honor del Corazón materno de la '» Virgen santísima, y otra en honor de S. Carlos, para » suplicarle que interceda por nosotros cerca de ese » bondadosísimo Corazón; y eso no sólo para pon<ros » bajo su amparo, sino primera y principalmente por » todos los que sufren de la peste o están expuestos a » contraerla. Ruego asimismo a todos nuestros carísimos » hermanos rindan a Dios en este trance todo el honor que » debemos rendirle, y se porten como él quiere que » nos portemos. Al efecto, primero hemos de adorar » su divina justicia y humillarnos a la vista de nuestros » pecados, y hacerlo así en nombre de todo el pueblo; » - segundo, hemos de recapacitar que más debemos » agradecer a Dios las aflicciones que las consolaciones, » y darle gracias por ésta, teniéndola por efecto no sólo » de su justicia, sino más aún de su misericordia, la cual » nos castiga no para perdernos, sino para escarmen» tarnos y salvarnos; -tercero hemos de adorar la divina » Voluntad en todas sus miras sobre nosotros, y dar» nos, entregarnos y sacrificarnos totalmente a ella, a » fin de que haga con nosotros como mejor le agrade; -

CARIDAD PARA CO.N LOS POBRES

163

» cuarto, hei-nos de adorar a Nuestro Señor Jesucristo » en su cruz y en el amor infinito con que sobrellevó » por nosotros tántos sufrimientos, y ofrecernos a él » para aguantar todas las cruces que sea servido man» darnos, en hacimiento de gracias por las suyas; - » quinto, hemos de ofrecerle todos los afligidos y supli» carle les dispense la gracia de portarse bien en su » aflicción; - sexto, encomendarlos a la que se llama » Consoladora de los afligidos; - séptimo, hemos de » entregarnos al amor inmenso con que nuestro ama» bilísimo Salvador cargó con todos los pecados del mundo), y se ofreció a su Padre para satisfacer por ellos; y uni» dos con ese mismo amor ofrecernos a él como vícti» mas para ser inmolados a su divina justicia por los » pecados de nuestros hermanos, de nuestras hermanas » y los propios, como también ofrecernos a él unidos » con esa misma caridad que le hizo venir a la tierra para » servir y socorrer a los apestados, esto es, a los peca» dores; ofrecernos, digo, a él para asistir a los apes» tados, si tal fuere su gusto; - octavo y último, hemos » de rogar a nuestra divina Madre, a nuestros Ángeles » custodios y a nuestros Santos protectores hagan todo » lo dicho por nosotros. »

Así es como quería que se portasen los hijos de sif Congregación en las aflicciones que Dios manda a su pueblo; y persuadido de que muchas veces traen la maldición divina los pecados de los sacerdotes, volvió a escribir al mismo Rector en estos términos : «No cabe » duda que esta peste es consecuencia de nuestros peca» dos. Cada cual se examine por tanto, para averiguar » con cuáles puede haber contribuído y se humille y » se emniende. Luego, procuremos ponernos en el estado » en que quisiéramos hallarnos en la hora de la muerte, » que ya no es tiempo de prepararse cuando está uno » enfermo. »

Nadie se portó como San Juan Eudes en las calamidades públicas. Igtial, como el santo Job, en la prosperidad y en la adversidad, bendecía a Dios en ambas fortunas, siempre contento con tal que hallara ocasión de sí mismo y de rendir

a su divina Majestad, como se ha visto que lo hacía, los obsequios que le debe un cristiano y un sacerdote. Varón más caritativo no lo hubo nunca. Bastaba ser desgraciado para tener cabida en su corazón y granjearse su cariño; por eso acudían todos a él como a un asilo común, con la esperanza de encontrar remedio y alivio a su mal. Esa gloria le queda después de muerto y le durará hasta la consumación de los siglos.

CANT111,0 XXIV

DE LA MANSEDUMBRE DEL BIJEN PADRE EUDES PARA CON EL PROJIMO.

-Nadie pone en duda que la mansedumbre fuera la característica del Salvador. Basta para convencerse leer los testimonios que de él dieron los profetas, y los hechos narrados por sus apóstoles y evangelistas, que fueron testigos irreprochables de su vida. Moisés, el más manso de los hombres, sólo era su figura; y las sagradas Escrituras nos lo pintan cual oveja que sin resistir se deja llevar al matadero, cual cordero que se deja trasquilar y aun desollar sin la menor queja. Por mal que le trataran, dice S. Pedro, guardó silencio y sufrió sin dar señas de enojo, ni con denuestos ni con amenazas. Esta encantadora virtud es la que con tanto esmero enseñó a sus discípulos, y en su persona a todos los cristianos, cuando dijo: «Aprended de mí, que soy» manso y humilde de corazón. » Y ésta es también la preciosa lección que San Juan Eudes procuró retener de su Maestro y poner por obra con toda la fidelidad posible. Adorando los pensamientos, los designios y el amor de Nuestro Señor al proferir esas palabras, eáregábase a él enteramente para realizarlas, conjurándole destruir todos los estorbos que pudiera hallar en sí. Aunque fueran muy graves el acceso y la conversación

MANSEDUMBRE

165

de nuestro Santo, no por eso perdían su afabilidad incomparable. Trataba al prójimo con benignidad, mirábalo siempre con ojo sereno y semblante plácido, le hablaba con cortesía, condescendía suavemente con su humor, aun áspero y desabrido, complaciéndose en contentar a todos sin desairar a nadie en nada.

Lo mucho que celaba la gloria de Dios solo y los intereses de la Iglesia su esposa, ofreció a más de una ocasión para perseguirlo. Porque como hubiera recibido del cielo un genio parecido al de los profetas, que movía guerra al vicio doquier topaba con él, no acertaba a disimular la verdad ni privadamente ni aun a veces en público; y por más que zahiriendo el crimen, siempre cuidase de no apuntar a las personas, los culpables sin embargo, no se escondían para difamarlo, para embestirlo por escrito y para contrarrestar sus planes. Él empero, que había hallado el secreto de poseer su alma con la paciencia y los ejercicios de la mansedumbre, nunca se enfadó en la tormenta, ni se arrebató contra sus perseguidores, ni siquiera se le oyó quejarse o mostrarse malcontento. Por el contrario, practicaba a la letra lo que se dijo del Hijo de Dios: *Qui cum malediceretur non maledicebat, cum pateretur, non comminabatur, tradebat autem iudicanti se in juste (1)*. En varias ocasiones buscó él mismo a sus enemigos, para obedecer al Salvador, que nos manda en el Evangelio ir a reconciliarnos con nuestro hermano cuando tiene algo contra nosotros, y para imitar la conducta de Dios, que no cesa de prevenirnos aunque no cesemos de faltarle. Rogaba por ellos a Nuestro Señor con fervor extraordinario, y exhortaba a sus hijos y amigos a interceder para implorar de Dios su salvación y lograr su enmienda.

Así lo hizo una vez, entre otras, con un eclesiástico muy notable por su saber pero muy desmandado en sus costumbres, que lo persiguió durante varios años por obra, por palabra y por escrito, y que buscaba sin parar

(1) El cual ultrajado no ultrajaba, padeciendo no amenazaba, sino que entregaba al que lo juzgaba injustamente.

todos los medios de amargarle la vida. Nuestro caritativo sacerdote no ahorró fatigas para ganarlo, quiso vencer la dureza de aquel corazón con la ternura del suyo, e hizo violencia al cielo, ayudado de las personas que había aficionado a solicitar la gracia del extraviado. Fué a visitarlo, le habló, se humilló, derramó lágrimas, y después de un sinnúmero de oraciones, de ayunos, de mortificaciones y de asiduas atenciones, lo convirtió por fin, y lo obligó a llevar una vida muy distinta de la que había llevado hasta entonces. A esta primera gracia se agregó otra, no mucho después : San Juan Eudes tuvo la consolación de verlo morir santamente en sus brazos, después de haberlo preparado él mismo a ese postrer momento. La conversión de los sacerdotes, tan dificultosa en sentir de los doctores que han tratado del asunto, érale concedida como un favor particular; pues el amor que Dios le tenía no pudiendo negar nada a sus instantes ruegos, superaba los deseos que tiene la divina justicia de vengarse de esos sacrificadores impíos, permitiendo que fenezcan en una espantosa insensibilidad.

Si tanta era la mansedumbre de San Juan Eudes para los extraños y perseguidores, ¿ qué ha de pensarse que sería para sus hijos y aquellos con quienes le estrechaban los lazos de la gracia? Esta hermosa virtud fué siempre el alma de su gobierno y resplandecía en todas las órdenes que se veía obligado a repartir; porque en vez de mandar, rogaba, siguiendo puntualmente la advertencia del Sabio, que nos aconseja no envanecernos de nuestra elevación, antes bien hacernos en todo semejantes a los que tienen bastante humildad para constituirnos sus superiores y reconocernos por tales. Eso se notó en mil circunstancias de su vida. Un caso bastará para juzgar de los demás. Oponiéndose el Superior de una de sus casas a dejar salir a un sacerdote que él le pedía, escribióle en estos términos : « Si persistís » en vuestra pasión y en vuestra desobediencia, me » quejaré a Nuestro Señor y a su divina Madre, y confío » firmemente que ellos proveerán y no consentirán que » echéis a perder su Congregación y la trastornéis de

MANSUEDUMBRE

167

» esa manera. Sólo la caridad me obliga a escribiros » esto. Os conjuro, amadísimo hermano, por el sagrado » Corazón de nuestro benignísimo Padre y de nuestra » bondadosísima Madre, lo aprovechéis y recibáis con » humildad, sumisión y caridad. » Tal era pues su costumbre : cuando tenía motivos de estar descontento, se quejaba a Nuestro Señor y no a los hombres; y como a éstos nunca hablaba con aspereza, obligábalos así suavemente a volver a su deber y a reconocer sus yerros. Si todos los superiores obraran de esa manera, se ahorrarían un sin fin de cruces que más bien provienen de su porte dominador y de sus modales imperiosos que del cargo elevado que desempeñan, y para los inferiores sería un gusto obedecer y estar sumisos..

Ese espíritu de mansedumbre procuraba San Juan Eudes inculcarlo a los que dependían de él y tenían súbditos que mandar. Escribió como sigue a su sobrina cuando gobernaba el monasterio de la Caridad de Bayeux por elección del Sr. Obispo de aquel lugar : « Ahí van, mi carísima y amadísima hija, dos libros » que os envío y he leído con mucho provecho. Os ruego » los leáis bien y los pongáis mejor por obra, especial » mente lo que se refiere a la mansedumbre. Porque el » genio crudo, desabrido, tieso, áspero, altanero y mandón sólo vale para ecliarlo a perder todo, para matar » el afecto, la confianza y la ternura filial que ha de » haber en los corazones de los que gobernamos, e infun » dir miedo, terror, desprecio, aversión y aborreci, » miento; en una palabra, eso sólo vale para perder » una comunidad y echar un superior al carnero. No » creo, mi carísima hija, que obréis vos de esa manera, » y nadie me ha dicho tal; pero me hace espantadizo la » experiencia, pues me ha enseñado que la superioridad » estraga amuchas superiores, dándoles ese genio altivo » y mandón, crudo y áspero, tieso y desabrido. Es » forzaos pues, os conjuro, por regir a vuestras hijas » con toda la mansedumbre, benignidad, cordialidad » y ternura posibles. Ése es el espíritu de Nuestro Señor » y de su santísima Madre; pedidles con frecuencia que » os lo comuniquen y a mí también, y rogad a una de

» vuestras hijas que os avise cuando faltareis en este » punto. » Esas palabras que nos demuestran el aprecio que tenía San Juan Eudes a la mansedumbre y la obligación que incumbe a todo superior de ejercitarla, nos indican asimismo el hábito que había contraído de practicarla; porque consta que cada día estudiaba esa lección al pie del Crucifijo y que, a ejemplo de su Maestro, no enseñaba nada a los demás sin ponerlo antes por obra.

Nunca negaba lo que se le pedía, y solía decir que lo que a nadie perjudica y puede aprovechar a alguno, ha de concederse y hacerse de buena gana. Consideraba el pleito como el enemigo mortal de la caridad; y cuando se presentaba para su comunidad ocasión de litigio, se humillaba delante de Dios, reconociendo en ello un castigo por sus pecados, como parece insinuarlo el Apóstol cuando escribe a los Corintios : *Jam quidem omnino delictum est in vobis, quod iudicia habetis inter vos* (1). Buscaba entonces todas las vías de composición por mediación de los hombres de bien; y aun echaba mano de las personas menos facultadas, si servían para la paz, antes que acudir al juez, conforme a aquella divina enseñanza del Espíritu Santo por S. Pablo : « Si habéis de tener tribunales para cosas de esta vida, » poned en la silla de juez a los que en la Iglesia son » estimados en nada. » Pero cuando el asunto no podía, concluirse así, reunía su consejo para ver si no convendría más salir algo perjudicado que ir a juicio, pensando que era mucho mejor sufrir menoscabo que menoscabar la caridad, y aun abandonar la capa, como aconseja Nuestro Señor, que pleitear por el sayo. Mandaba hacer novenas en honor del amoroso Corazón de la Reina de la paz, para rogarla apaciguase los espíritus, atajando y apartando la contienda, o guiase el asunto de modo más agradable a su Hijo. Así escribía un día al Superior de una de sus casas : « Os ruego, » decíale, mandéis hacer una novena de misas y de

(1) Por cierto, ya es un defecto en vosotros, que entre vosotros mismos tengáis pleitos.

» rosarios por todos los que tienen pleitos justos y son » pobres o indefensos, para rogar a NuetrO Señor que » sea él mismo su juez, la Virgen bendita su abogada, S. José su apoderado y S. Gabriel su actor. » 4,1(b, < i.

Ahí se ve cuál era el proceder de aquel apacible varón en un asunto, cuando temía que se traspasaran las leyes de la mansedumbre, virtud que tenía en tan elevado concepto, que para conservarla lo hubiera dado todo, y de no haber mirado más en esas andanzas por los intereses de Dios que por los suyos, se hubiera quedado sin nada. Había estudiado mucho, para no aprovechar, la mansedumbre de Jesucristo, que se dejó arrancar los vestidos sin quejarse. De todas las virtudes que se propuso ejercitar, en ésta particularmente contempló a su benigno Salvador como su modelo; y aunque de él las aprendiera todas las demás, salió especialmente aventajado en ésta, ya que Jesús mismo nos dice en el Evangelio: « Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón. »

CAPÍTULO X X V

DEL, CELO DE SAN JuAx EUDES POR LA SALVACIóNT DE LAS ALMAS.

No hay en este mundo obra más divina que el cooperar con Jesucristo en la salvación de las almas; pues tan caras le son, que por ellas derramó su sangre y sacrificó su vida. De todos los efectos de su providencia para con su Iglesia, uno de los más notables es el haberle dado Apóstoles que anduvieran por el mundo a convertirlo; mas queriendo luego que no cesaran los santos trabajos de aquellos primeros ministros del Evangelio, les ha suscitado de cuando en cuando continuadores animados del mismo espíritu, cuyas primicias tuvieron la dicha de recibir aquéllos. Uno de esos fué San Juan Eudes. Basta para éonverse fijarse un tanto en las

copiosas bendiciones que derramó Dios sobre sus trabajos. Desde los primeros años de su vida, se formó elevadísimo concepto de este cargo apostólico y lo tuvo por la ocupación precípua de Dios, de los Ángeles y de los Santos; porque había aprendido leyendo a los santos Padres, que los ayunos que doman nuestro cuerpo, y la misericordia que alivia el del prójimo, y la oración que nos aplica a Dios, Y el don de milagros que tanta estima de los hombres nos granjea, y aun el mismo martirio que nos hace derramar la sangre en defensa de la fe, son poco o nada en comparación de las faenas que se emprenden para cooperar con Jesucristo Nuestro Señor en la salvación de las almas. Por tanto, a esa salvación se dedicaba todo él, y no dejaba piedra por mover para procurarla.

Ha de tener empero muchas cualidades el celo apostólico para ser perfecto. El celo de San Juan Eudes puede decirse que las reunía todas.

Porque, en primer lugar, aquel santo varón era ferviente en sus deseos. Pedía al Verbo encarnado la frecuencia y encarecimiento que llenase su corazón y los de todos los cristianos de la caridad encendida que tuvo a las almas. Para él, era ganancia el gastar su salud, su tiempo, su vida y todos los tesoros del mundo, si los hubiera poseído, para salvar una sola de ellas. Su anhelo más vehemente era morir con las armas en mano, esto es, en el acto de la predicación o de la confesión o de alguna otra ocupación del servicio de las almas. Honda pena sentía al ver que tantas se pierden diariamente por falta de varones apostólicos que les tiendan la mano y las libren del infierno. Un mar de lágrimas de sangre, decía, sería insuficiente para llorar como conviene esa calamidad. Frecuentemente se ofrecía a Dios, para ser mil veces quemado vivo y reducido a cenizas, a fin de conseguir que su divina bondad prendiese en todos los corazones el fuego celestial del celo apostólico; y deseaba que todos los átomos de sus cenizas se transformaran en otros tantos operarios evangélicos, que trabajasen con toda su alma por salvar a sus hermanos. Ansiaba ser destruido por com"

CELO APOSTÓLICO

171

pleto, con tal de lograr que también lo fuera el pecado, especialmente el pecado de impureza, que a tantos desdichados despeña en los infiernos. Mas, sabiendo que su substancia era como nada delante de la majestad de Dios, protestábase que si suyo fuera todo el ser criado, con ese fin se lo ofreciera entero y verdadero, guardándose sólo una cosa que le pedía por favor, es a saber, que subsistiera eternamente el deseo que tenía de amarlo. Y aun era poco todo eso para su corazón rebosante de celo. Se entregaba a Dios, para padecer todos los tormentos del infierno hasta el día del juicio y aun durante toda la eternidad, si tal fuera su gusto, para que se estableciese su reino divino y se salvaran las almas. A veces se le oía decir, dirigiéndose a Nuestro Señor « ¡ Oh Salvador mío! ¿ Cuándo pues se cumplirán » las palabras de vuestra Madre sagrada : *Esurientes » implevit bonis et divites dimisit inanes ? ¿ Cuándo se » rán despojados los demonios de las inmensas riquezas » robadas que poseen en la tierra? ¿ Cuándo será » saciada el hambre devoradora que tienen vuestros » hijos de salvar almas? ¡ Oh, prostérnense ante el » trono de vuestra misericordia todas las criaturas con » vuestra santa Madre, para conseguir este gran favor! » Esos eran los deseos encendidos de aquel varón en verdad apostólico.*

Era asimismo su celo suave en su obrar. Echaba mano de toda clase de medios para ganar a los pecadores, pobres enfermos que veía cubiertos de llagas. Primero los inducía suavemente a franquearse, los excusaba, se adolecía, y aun a veces como los justificaba. Hablábales después con sentimientos de ternura y afecto, diciéndoles que los quería con todo su corazón y sólo pretendía salvarlos; les ponderaba las grandes misericordias de Dios, que había ya perdonado a tantos y estaba dispuesto a dispensarles la misma gracia por poco que correspondiesen. Se valía de las palabras de la Escritura para convencerlos y demostrarles cuán fácil es salvarse; y si para ello tropezaba en alguna dificultad, les proponía el ejemplo de Nuestro Señor y de los Santos. Más de una vez fué premiada con afrentas y denuestos

esa caritativa solicitud, pero ni su mansedumbre vino a menos ni le acobardaron los malos tratamientos. Cuando a pesar de esos modos persuasivos, no adelantaba nada con ellos, exhortábalos a rezar y pedir a Dios luz y gracia para reconocer y sentir el estado lastimoso en que se hallaban, o siquiera a tener por bien que rezase él y mandase rezar por ellos. Los incitaba a hacer algún acto de devoción a la Virgen santísima o a consentir que se hiciera en su lugar; porque sabía de experiencia que era ése uno de los medios más eficaces para convertir los corazones más empedernidos. El mismo lo usó para lograr la salvación de varios, y entre otros, la de un hombre que por mucho tiempo vivió de muy mala manera y era de sus más enconados enemigos, el cual vino a morir con todas las señas de un cumplido arrepentimiento. Con todo podía la mansedumbre del Santo, y muchas personas le manifestaron durante su vida cuán agradecidas le quedaban de haber obrado con ellas tan caritativamente, para ganarlas a Dios y ponerlas en disposición de salvarse. Un hidalgo, considerable por su mérito y calidad, le escribió un día : « Sois, » amadísimo Padre, el primero y el más eficaz de los que » quiso valerse la bondad divina para sacarme de ese » camino ancho que lleva a la perdición y colocarme » misericordiosamente en la senda de la salvación, para » darme a conocer y adorar sus divinas y eternas voluntades. Con todas mis fuerzas y cuanto puede elevarse » mi corazón al cielo, le pido que no quede sin premio » esa caridad con que se comís tratándome y que os acompañe su bendición por todas partes, que favorezca a » los que os aman, y a los que os ultrajan dé confusión » y arrepentimiento. »

El celo de San Juan Eudes era purísimo en sus intenciones : olvidado de sus intereses propios, sólo tenía en cuenta en los trabajos que emprendía los de Dios y los de las almas que quería ganar a Dios. Tan animado era predicando a gente pobre como cuando hablaba delante del rey, de la reina o de la corte. Con tal que hallase almas que salvar, todo lo demás no le importaba un ardite; y lo mismo apreciaba la ocasión de anunciar el

Evangelio en una iglesia de pueblo, que en Saint-Germain, en Versalles o en París. Por ser puro su celo, despreció los beneficios y otras ventajas que pudiera pretender, prefiriendo vivir simple sacerdote para trabajar con más soltura por la conversión de los pecadores.

El celo de San Juan Eudes era inmenso en su alcance y esforzado en sus empresas : éranle infinitamente preciosas todas las ocasiones de aplicarse a salvar almas, y tuviera por gran falta el haber dejado pasar una sola. Cuando se presentaban, arrojábase a los pies de Nuestro Señor para pedirle su gracia, y luego se portaba bajo su influjo y dependencia, con toda la afición y el esmero posible, por ser éste en su sentir el negocio de los negocios, y no sumar nada todos los bienes del mundo en comparación del logro de un alma. Para atraer al prójimo, se valía el Santo de la instrucción, del ejemplo y de la oración. Más que la niñería de sus ojos quería las almas de aquellos que había encaminado a él la divina Providencia, y no acertaba a consolarse cuando no podía socorrerlas en sus penas.

Después del incomparable Francisco Javier, apóstol de las Indias, nadie en este siglo se encumbró a tanto celo por la gloria del Señor y la salvación de sus semejantes. El sol, dice Filón, no necesita intérprete para demostrar que alumbra y calienta, que hartos se explica él mismo por la hermosa oscuridad del día y el resplandor de sus rayos, que brillan en los ojos de todo el que lo ve. San Juan Eudes fué ese sol esplendoroso, que dice el Eclesiástico. Sin más testimonio que el de sus viajes, visitas, predicaciones y demás trabajos, gran parte de Francia lo recibió por un varón lleno de la gracia, del espíritu y del celo de los primeros discípulos del Salvador. El amor tiene lazos y tiene alas, detiene a veces a los varones apostólicos, y otras los echa a volar. A lo primero, el amor ató a San Juan Eudes en su aposento y en su oratorio, para que se hinchiese del espíritu de Dios; mas luego, lo sacó de su retraimiento y lo soltó a volar por varias provincias, para que esparciese la simiente del Evangelio. Ya quedaron apuntados en un capítulo del libro primero los lugares que sirvieron de

campos de batalla a aquel ilustre conquistador, para ganar un sin fin de victorias al pecado, al mundo y al infierno. Era un ángel que corría, que volaba, que se hallaba en todas partes, para trabajar en la salvación de toda clase de personas sin distinción alguna; porque le había enseñado S. Pablo que no debe hacerse distinción entre Judíos y Griegos, ya que son todos de un mismo Señor, rico y liberal para todo el que le invoca, ya que Jesucristo murió por todos generalmente, dió su sangre y su vida por cada cual en particular y atuí ahora las diera si fuere menester.

Ha de confesarse, con todo, que el corazón de San Juan Eudes sentía preferencias en su cariño y afición; pero eran para los grandes pecadores que necesitaban más su ayuda y la misericordia del cielo, siguiendo' en ello el ejemplo del Salvador, que declara en el Evangelio haber venido a la tierra para ellos especialmente. Solo Dios, que todo lo escudrifica, sabe cuáles eran sus ternuras, y tampoco ignoran los hombres cuántos viajes emprendió, cuántos pasos dió, cuántas lágrimas derramó, cuántas oraciones ofreció, cuántas noches gastó, cuántos trabajos sobrellevó para sacarlos del pecado y ganarlos a su divina Majestad. Un gran número de herejes, de hechiceros y de ateos fueron sus afortunadas conquistas.

Puso especialísimo esmero en desencenagar del vicio a esas infelices criaturas, que, por malicia o por necesidad, venden al demonio su alma con su honor, y haciendo de su cuerpo una mercadería, aprenden a vivir del crimen. Primero., las colocó en diversos sitios y les procuró pingües limosnas; mas aprovechó poco a esas almas libertinas; pues luego que habían vivido un tanto recogidas, se escapaban y volvían a su anterior desenfreno. Remedió poderosamente ese mal estableciendo a las Hermanas de la Caridad, de quienes se trató en el libro primero de esta historia, las cuales tienen por gloria y mérito delante del Señor el encaminar esas almas criminales al arrepentimiento y a la enmienda de su desmandada vida.

Aunque los pecadores no le amasen tanto como los amaba él, estaba sin embargo dispuesto, a ejemplo de S. Pablo, a darlo todo espontáneamente por sus almas, hasta su persona y la de sus hermanos, que le eran carísimos. Eso se notó en mil ocasiones, y particularmente cuando se le ofrecían misiones que prometían mucho fruto, pero también muchísimos sufrimientos a los misioneros. Sobre lo cual escribió un día a uno de sus hijos : «Ya que hemos de morir ¿qué muerte más feliz » para nosotros que el fenecer por aquel mismo fin » que indujo a nuestro amabilísimo Salvador a inmolar » su vida? *Ma.jorem hac dilectionem nemo habet, ut » animam suam Ponat quis pro amici8 suis (1).* » Por donde puede juzgarse que su amor a las almas le movió más de una vez a exponerse a la muerte por salvarlas. Siendo el celo por la salud de nuestros hermanos, en sentir"de los Santos Padres, el sacrificio más hermoso que pueda ofrecerse a Dios, aquel digno sacerdote, que sólo pretendía procurar en todo la gloria de su divina Majestad, nada tomaba tan a pechos como este empleo de apóstol; y con tal que hallase hombres por convertir, quedaba satisfecho, diciendo como el rey de Sodoma, si bien con diversos sentimientos, que abandonaba de gusto todo lo demás para recuperar sus almas.

CAPÍTULO XXVI

DEL ABORRECIMIENTO DE SAN JUAN EUDES AL PECADO
Y DE COMO LO REHUÍA.

^{7-1.} El mayor enemigo de Dios es el pecado; es infinita^{1,1}, nte contrario a sus divinas perfecciones y tiente, cuanto puede, aniquilar su esencia. Así se expresan los Santos Padres. Por eso todos los justos que patrocinaron los intereses de su gloria, no dejaron piedra por mover para hacerle guerra y destruirlo. El afán que tenían por

(1) Nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos.

asentar el reino de Dios les puso en boca la palabra y en mano la pluma y en las venas sangre, para aplastar ese monstruo, que con su malicia atajaba el paso a dicho reino. Ese afán hizo hablar a los Profetas con tanta vehemencia, animó a los Apóstoles y Mártires a comparecer impávidos ante los tribunales, incitó a los Doctores y santos Padres a escribir con arranques de elocuencia, y movió a los Confesores, a las Vírgenes y generalmente a todos los justos a orar con tanto esmero y aplicación. Todas sus santas empresas tenían por blanco la derrota del pecado, porque habían tramado su perdición y jurado su ruina, resueltos a no dejarle nunca tregua.

San Juan Eudes fué uno de los más terribles enemigos que jamás tuviera encima ese monstruo infernal; pues, iluminado por las divinas luces que le descubrían su fealdad, animado del aborrecimiento infinito con que lo detesta Dios, no descuidó nada para destruirlo en sí mismo y en los demás. Repasaba con frecuencia por su mente los diferentes motivos que podían inspirarle aversión. Unas veces consideraba cuán contrario es a su divina Majestad y a la santidad de Jesús, que para aniquilarlo descendió del cielo, vivió treinta y tres años de trabajo, de desprecios y de dolores, derramó su sangre y padeció la más atroz de todas las muertes. Quedaba hondamente conmovido al ponderar la justicia del Padre arrollando desbordada a ese Hijo inocente que cargó con los pecados de los hombres y parecía un pecador. Oyéronsele estas palabras, que luego se hallaron escritas : « ¡ Oh pecado, qué aborrecible eres! ¡ Ob pecado, » si te conocieran los hombres! ¡ Oh pecado, qué verdad » es que hay algo en ti infinitamente más horrible de » lo que puede decirse y pensarse, ya que al alma man» cillada de tu corrupción sólo puede lavarla y purifi» carla la sangre de un Dios, y a ti solo puede destruirte » y aniquilarte la muerte y el aniquilamiento de un » Hombre Dios! » Otras veces, ponderaba San Juan Eudes el mal inmenso que el pecado hace al hombre, transformándolo de hijo de Dios en esclavo del demonio, y comunicándole sus míseros atributos algo así como la gracia nos eleva y hace partícipes de las divinas perfec

ciones, según estas palabras de Nuestro Señor refiriéndose a Judas : « *Unus ex vobis diabolus est : uno de voso* » tros es diablo. »

Esas reflexiones le inspiraban tal aversión del pecado, que su mero asomo le afligía. Detestábalo más que la muerte y el infierno; no aborrecía otra cosa juzgando que ésa es la única digna de nuestro odio; y en efecto, de nada se afligía sino de las ofensas cometidas contra su divina Majestad. Penetrado de los mismos sentimientos que infundió Nuestro Señor a esas almas nobles de quienes dan testimonio las historias, si a un lado viera el infierno abierto y al otro un pecado, antes se arrojaría en las hogueras de aquél que stificar un momento la ima en asquerosa de éste. Pero, del aborrecimiento del. Santo mejor se dará cuenta el lector por las dos protestaciones que hizo durante su vida y se hallaron después de su muerte (escritas y firmadas de su puño y letra), para pedir a Dios el aniquilamiento del pecado. Esta es la primera, escrita con su propia sangre

« ¡ Viva Jesús y María!

» Oh Jesús, Señor mío, adoro aquel amor infinito con » que os sacrificasteis y anonadasteis para destruir el » pecado, para salvar las almas y para hacer reinar a » vuestro Padre en todos los corazones; por lo cual os » doy infinitas gracias. Y en union con ese mismo amor, » me entrego a Vos, Salvador mío, de todo mi gran » corazón, o sea, de todo vuestro Corazón, que es el » mío, para ser aplastado y aniquilado enteramente y » por siempre si fuera de vuestro agrado, » para sufrir » todo lo que gustéis, a fin de contribuir con Vos a aniquilar el pecado en todas las criaturas, a salvar a ,i, todas las almas y a establecer vuestro reino en todas » partes. Y para que conste, he escrito y firmado esto » con mi propia sangre, declarándome dispuesto, mediante vuestra gracia, a firmarlo con la última gota. -- Oli Madre de Jesús, oh Esposa santa de Jesús, 'b, oh Angel custodio mío, oh bienaventurado S. Gabriel, 't ?,>'Oh bienaventurado S. José, oli bienaventurado S. Juan Evangelista, oh bienaventurados apóstoles S. Pedro

» y S. Pablo, oh Ángeles todos, Santos y Santas de Jesús, ofreced, os ruego, a mi Salvador esta mi voluntad que él me ha dado, y pedidle que la bendiga y acepte por amor de sí mismo y de su santa Madre y para la gloria de su Nombre. Hecho a 6 de Julio (le 1661. Juan Eudes, Presbítero de la Congregaación de Jesús y María. »

Esta es la otra protestación, hecha el mismo año, el día de Santa María Magdalena, y hallada asimismo escrita de su letra : « Como mientras celebraba en la » iglesia de Ableige, a dos leguas de Pontoise, han » retumbado después de la consagración tales truenos » que se estremecía la iglesia, he solicitado primera» mente a Nuestro Señor la gracia de ser partido por » uno de aquellos rayos antes que ofenderlo jamás de » cualquier modo con ánimo deliberado. Luego me he » ofrecido con las intenciones que se expresan en los » siguientes términos :

» Oh Jesús, adoro aquel amor infinito que os hizo sacrificaros y morir en la cruz para destruir el pecado, para salvar a todas las almas y para establecer el reino de vuestro Padre en todos los corazones. De todo mi corazón w_ -entrego a ese divino amor, y en unión con las santas disposiciones que os inspiró y con las cuales moristeis por los fines susodichos, como también en acción de gracias por vuestra santa Pasión y vuestra muerte preciosa, me ofrezco y entrego a Vos para ser destrozado ahora mismo y reducido a cenizas por un rayo. Pero os pido, Salvador mío, que todos los átomos de esas cenizas se truequen por vuestra bondad todopoderosa en otras tantas centellas, que tengan a bien usar vuestra ira y odio infinito al pecado, para fulminar y aniquilar ese monstruo en, todas las almas donde se halla, a fin de librarlas de su tiranía y establecer en ellas el reino de vuestro amor divino; y hecho eso, oh Jesús mío, consiento de muy buena gana volver a la nada, cuanto al alma y cuanto al cuerpo juntamente y para siempre. Sólo os suplico me otorguéis una merced, y es que no sea anonadado el deseo que tengo de alabaros y amaros eternamente,

ABORPIEC1-VIENTO DEL PECADO

179

antes subsista Y permanezca siempre ante Vos, pararendiros alabanzas imperecederas, y protestaros sin interrupción ni fin, que os amo de todo mi gran corazón que no es otro sino el vuestro, que me disteis dándoos Vos mismo a mí tántas y tántas veces. »

»Luego he ofrecido esas voluntades a mi divina Madre, a los Ángeles y Santos de mi especial devoción y a **todos** los moradores del cielo, y los he rogado presentarlas a la santísima Trinidad. He reiterado esa ofrenda a cada trueno, y varias otras veces durante la santa Misa y después de haberla terminado; y me parece que, por la gracia de Dios, estaba y está todavía muy adentro en lo hondo de mi corazón; héla hecho hasta con gozo sensible y sin temo ' r ninguno de que se me cogiera la palabra. Pero ¿qué soy yo? Nada, pecado, infierno. ¿ Puede brotar algo bueno de estos tres míseros manaderos ? Imposible. ¿ De dónde vienen pues esas disposiciones? De Aquel que es el muy único principio de todo buen pensamiento, palabra y obra, a quien sea honra, gloria y alabanza por los siglos de los siglos. ¡ Así sea! Así sea! Así sea! Digan por siempre : ¡Así sea! todos los Ángeles, todos los Santos, la Esposa santa do Jesús, la divina Madre de Jesús, ese mismo Jesús y la santísima Trinidad, afin de que se cumplan todas las cosas susodichas de la manera que más guste su divina Majestad; pues ¿ quéés lo que pretendo yo, Dios mío, en esto y en todo lo demás, sino agradaros ? *Benedicite, Julgura et nubes, Domino, laudate et superexaltate eum in saecula. Amen (1).* »

Ahí se ven las disposiciones de aquel varón excelso, las cuales nos dan a entender cuán arraigado estaba en su alma el aborrecimiento al pecado. Tanto temía cometerlo, que cada mañana renunciaba a las tentaciones del espíritu maligno y a las sugerencias del amor propio y de las demás pasiones que le sobrevinieren en el decurso del día, solicitando con extraordinario fervor la gracia de no sucumbir. Ese temor saludable le hacía

(1) *Rayos y nubes, bendecid al Señor, alabadlo y ensalzadlo por siempre. Amén.*

prever las faltas en que podía tropezar y las ocasiones de pecado que podían presentarse. Tan útil le pareció esta práctica para conservar la gracia, que la impuso a todas las casas de su Congregación, donde sigue observándose fielmente. Esa es la santa vigilancia tan encarecida a todos por el Salvador, en el Evangelio, como la cosa más necesaria para salvarse y ser perfectos.

San Juan Eudes tuvo por mucho tiempo grandes anhelos de verse librado del pecado. Con ese fin hacía votos a Dios y conjuraba a sus amigos y a las personas devotas con quienes tenía trabada santa amistad, le alcanzasen de la divina Bondad, con sus oraciones, esa gracia. Y es muy de creer que no le fué Degada; pues varias personas que lo conocieron íntimamente, y entre ellas los confesores con quienes hizo confesiones generales, han asegurado que nunca cometió un pecado mortal ni perdió la inocencia bautismal. Y aun puede argüirse lo propio de su modo de proceder al notar que había caído en alguna falta ligera. Ilumillábase entonces profundamente en espíritu delante de Dios, y si lo permitía el lugar y el tiempo, se echaba de rodillas para pedirle perdón. Prorrumpía en actos de contrición, y rogaba a Jesucristo Nuestro Señor reparase su falta y lo fortaleciese una vez más, para no caer de nuevo. « ¡Oh! decía en esas ocasiones, ¡quién me diera la » contrición de S. Pedro, de la Magdalena y de todos » los Santos penitentes, para llorar las ofensas que » cometí contra mi Dios, con tanto sentimiento y pesar » como lloraron ellos las tuyas! ¡Oh, quién me diera » aborrecer todas mis iniquidades como las aborrecen » los Ángeles y los Santos! ¡Oh, si fuera posible, Dios » mío, que tuviera yo tanto horror de mis pecados » como Vos mismo! » Con esos sentimientos ofrecía al Padre eterno el dolor que llevara su Hijo por los pecados que había de cometer él; se asociaba de todo corazón a ese dolor y rogaba al bondadoso Salvador se lo hiciera sentir muy mucho. Asintiendo al celo de la divina justicia, aceptaba desde entonces todos los suplicios que tuviese a bien imponerle, en este mundo o en el otro, para expiarlos.

ABORRECIMIENTO DEL PECADO

181

Si tanto costaba a San Juan Eudes sufrir en si mismo ese monstruo, no le era menos gravoso verlo y sufrirlo en los demás. Lo combatía en público y en privado, no lo mentaba sino en términos de execración y de maldición, y desde el púlpito lo fulminaba. Por lo cual, el Sr. de Renty, su íntimo amigo, que alababa y admiraba su celo, le escribió un día : « Nunca impediréis » que haya en este mundo dos bandos; el uno crucificará siempre a Jesucristo y a los suyos, mas para » ruina suya y gloria de los escogidos. » Si en las conversaciones particulares, sucedía que se desmandase alguno hasta ofender a Dios con sus dichos o sus hechos, el Santo le avisaba al punto con santa y discreta libertad, reparando sin embargo en las circunstancias, para que aprovechase la reprehensión, y evitando en la expresión el tono despreciativo o arrogante.

En fin, jamás se vió a nadie que arremetiese tan sin rebozo contra el pecado, y Dios sabe las veces que lo derrotó. Nunca, hubo capitán que luchase con tanto denuedo contra los enemigos de su rey como él contra los de Jesucristo., Con tal que dilatase el imperio de su Señor nada le costaba, y empleaba sus fuerzas todas en rematár el cuerpo de ese dragón, cuya cabeza fué aplastada por el Salvador. Ese testimonio le dan todos los que le conocieron y todos los habitantes de los lugares en que dió misión, por donde pasó o en donde vivió algún tiempo.

CAPÍTULO XXVII

DE SU DESPRECIO DEL MUNDO.

El mundo fué siempre para los Santos un tropezadero. Isaías¹ en el capítulo sexto de su profecía, dice tener **los labios inmundos** porque habitaba en medio de un pueblo manchado de pecados; lo cual nos da a entender cuán

peligroso sea, aun para los justos, el vivir entre los pecadores. « Quien tocara la pez, dice el Espíritu Santo, » se ensuciara; y quien con el soberbio tratara, soberbio » se volverá. » El aire del mundo es aire apestado que fácilmente se infiltra; y de no sostener la gracia del Salvador a los que por vocación han de respirarlo, corren peligro manifiesto de inficionarse.

Por eso rehuyen tanto el mundo los cristianos verdaderos, juzgando indigno de su estima y afecto aquel a quien Nuestro Señor condenó y juzgó indigno de sus oraciones. Esos sentimientos nutría San Juan Eudes, considerando el mundo como el mayor enemigo de su Maestro, que censuró siempre su vida, se opuso a sus leyes y condenó sus máximas, infinitamente contrarias a la doctrina que Él no a divulgar. Sabía que no cabe la caridad del Padre en un corazón que tiene apego al mundo, y que el que quiere amar a éste, se constituye enemigo de Dios. Cada día empleaba un espacio de tiempo para adorar a Jesucristo en su gran desprendimiento del mundo, conjurándole grabar en su corazón esos mismos sentimientos. Había leído en el Evangelio que el Señor puso particular empeño en inspirar a sus Apóstoles gran repugnancia del mundo, y aun protestó a su Padre, refiriéndose a ellos, que no eran del mundo, como tampoco él era del mundo. Decía que los santos sacerdotes, conforme a esas instrucciones, anduvieron siempre muy apartados de este siglo maligno y de todo lo que en él se hace, a ellos por tanto se ofrecía con frecuencia, solicitándoles usar del poder que Dios les dió para desarraigar de su corazón todo afecto mundano. Y esa gracia le alcanzaron, pues jamás hombre vivió en el mundo tan muerto; porque no tomaba voluntariamente contento alguno; usaba de él como quien no usa, y aun por sola necesidad u obediencia a la santísima Voluntad de Dios; mas sin apreciarlo ni solazarse

-J-en él, antes sufriendo peregrinamente cual alma cristiana en medio de los infiernos. Vivía en el mundo como Jesterista, aguantándolo pacientemente, no obstante el ansia que tenía de hacerlo añicos. Se consumía suspirando por el siglo venidero con los sentimientos del

DESPRECIO DEL MUNDO

183

Profeta que se quejaba de su tardanza : « *Heu mihi*, » decía, *quia incolatus meus prolongatus est* : ¡Ay de » . mi, cuánto dura mi destierro! » Se deshacía, como aquel santo Rey, por ver a su Criador : *Quando veniam* » *et apparebo bntelaciem Dei* ? ¿ Cuándo vendré y pare » ceré delante de ¡;ios? »

San Juan Eudes había renunciado el afecto inmoderado de sus padres y parientes, viendo en ello una de las principales obligaciones del clérigo, que elige a Dios por su porción cuando recibe la tonsura. `Melquisedec, que se presenta en la Escritura sin padre ni madre, era, en su sentir, el tipo del sacerdote cristiano. Sabía que no somos verdaderos discípulos de Jesucristo sino a la rigurosa condición de aborrecer a los que nos son más arrimados. Para amar a los suyos con purísimo amor espiritual, habíase despojado (le los sentimientos de la carne y de la sangre. No se entremetía de ningún modo en sus negocios, por haber leído en la epístola de S. Pablo a Timoteo que ninguno que milita para Dios ha de enredarse en asuntos de esta vida, a fin de agradar á quien le tomó por soldado. Esas mismas ideas Í inspiraba a los sacerdotes de su Congregación, diciéndoles : « No hay que meternos en pleitos para nadie. Varios me vienen solicitando, pero me excuso con todos, hasta con un cuñado mío que ha andado diez leguas expresamente para pedirme ese favor. A todos digo que tenemos una regla y que esa regla nos prohíbe terminantemente intervenir; pero que sí abogaré por ellos cerca de » Dios, de su santa Madre, de sus Ángeles y de sus » Santos. Decidles vosotros otro tanto. »

Ese su desprecio al mundo le inspiraba no poca aversión de las visitas y conversaciones inútiles que en él se usan. Más que de la peste bufa de los sitios, personas y compañías en donde sólo se trata de vanidades mundanas, pensando que es muy difícil oír hablar de esas cosas con estima y afición, sin conservar la mente impresiones dañosas y sentirse el corazón desgastado para la piedad. Sabía muy bien lo que dijo cuerdamente un gentil : que del roce con los hombres se regresa más flaco y menos hombre. No se preocupaba de saber noticias

cias y las escuchaba lo menos posible, admirándose cómo los cristianos, siendo hijos de Dios, gustan de hablar otro lenguaje que el de su Padre, y cómo entienden siempre en las cosas terrenales, habiendo nacido para el cielo. Conversando con seculares, seguía el precepto del Príncipe de los Apóstoles en su primera epístola, el cual ordena que nuestras pláticas versen sobre Dios. Obrando de esa manera, San Juan Eudes intentaba propagar el espíritu de Nuestro Señor (quien, según la promesa del Evangelio, se halla particularmente presente en las reuniones donde se habla de él) y hacer que se expendiese santamente el tiempo que en el siglo suele desperdiciarse con tanta prodigalidad. Su mente en esos momentos no se distraía del cielo, sin que la impidiesen elevarse las cosas de acá abajo, por ser Dios su paraíso, su mundo y su todo. Su corazón, abierto a las comunicaciones divinas, estaba cerrado a las de los hombres. Después de haber escuchado a éstos un rato por caridad, los traía suavemente a su sentir, y de tal modo les hablaba de las cosas de la eternidad, que se separaban de él deseosos de vivir en el temor de Dios y de trabajar muy de veras en el gran asunto de su salvación. Nadie se acercó a él sin sentirse mejorado.

En sus cumplidos con el prójimo, San Juan Eudes hablaba como pensaba, ajeno siempre de fingimientos y disimulaciones. Se portaba prudentemente pero sin ardid, cortésmente pero sin ceremonias, suavemente pero sin lisonja. Nunca alababa a los seculares por sus títulos, por su hacienda o por las demás cosas que estima el mundo. Había leído en los santos Padres esta memorable sentencia, salida en tiempos antiguos de la boca de un gentil : que la verdadera nobleza consiste en la virtud, la cual solamente merece ser honrada. Apreciaba tanto más la virtud de la sencillez, cuanto que la desprecia el mundo y la aborrece; y por su parte detestaba todo aquello que se le opone, como la hipocresía, la astucia, la disimulación, el doblez, el engaño, la curiosidad, la singularidad, la multiplicidad de pensamientos, de deseos, de palabras, de acciones, la sabiduría del

DESPRECIO DEL MUNDO

185

siglo y la prudencia de la carne. No podía sufrir la demasía, así fuese en cosas de devoción; y decía que en pasando éstas los límites de la sencillez y pobreza cristianas, cesaban de gustarle y no quería usarlas. Sobre todo, evitaba la mentira y amaba apasionadamente la verdad, que sabía ser la característica de los hijos de Dios. Nunca prometía cosa alguna sin voluntad de ejecutarla; y en dada la palabra, la cumplía luego fielmente.

No era amigo de exageraciones, y le costaba escuchar a esos que no aciertan a hablar si no amontonan superlativos. Disparatado le parecía ese modo de expresarse en boca de los que han consagrado su lengua al Evangelio, que a cada paso inculca a los cristianos suma sencillez. Así que tampoco le gustaban por escrito, y quería que en el escribir cartas se evitase todo lo que podía saber a mundo. A las personas que regía (y las llevaba muy derechas) prohibía terminantemente esos modales; y si faltaban, las reprendía paternalmente y las escarmentaba con suavidad, como se ve en varias cartas suyas, y entre ellas, en la que escribió a una monja de \$. Benito : « Se os ha escapado en vuestra carta, decíale, » una palabra del siglo : *b aise-main*, que os tengo ve » dada. Opino que por eso habéis de meditar medio » cuarto de hora en estas palabras que dijo Jesús a los » suyos : No son del mundo, como tampoco yo soy del » mundo. Adoradlo en su perfecta separación del » mundo, tanto en su modo de hablar como en lo demás. Adoradlo pronunciando esas palabras, entregaos y entregadros también a él, rogándole nos separe por como leto del mundo, y besad tantas veces el suelo por cuantas palabras hay en esta sentencia : No son del mundo. »

Dió otra reprensión por el estilo a una hija suya espiritual, religiosa de la Caridad, que había tropezado en un descuido parecido: «Ruego, decíale, a nuestra muy » » amada Madre Superiora os castigue por haber seguido al escribirme la moda del mundo, que tanto en esto como en todo lo demás, han de evitar y aborrecer mas que la peste las verdaderas hijas del santísimo

» Corazón de la Madre de Dios, porque todas esas modas » desagradan sobremanera a su Hijo y a ella. »

Por su parte, San Juan Eudes tenía en todo una aversión increíble a las modas. No podía tolerar esos cambios incesantes en el vestir, en los muebles y en los usos, a los cuales se rinden esclavizados los mundanos; y mucho más de culpar le parecía semejante sujeción en los sacerdotes, que son la sal, esto es, la sabiduría del mundo, y que no deben, a semejanza de los locos, cambiar como la luna. « , Qué desbarajuste sería, decía el » Santo, ver a los magistrados y gobernadores de una » ciudad corriendo por las calles detrás de un loco, ves » tidos como él, y haciendo los mismos ademanes que » inspiraran desprecio a todo un pueblo que los viera! » Pues tan grande trastorno sería ver a los sacerdotes, » a los príncipes de la Iglesia seguir al mundo insen» sato, y en vez de ser el dechado de los que la divina » Proviáncia confió a su solicitud, tornarse, como dijo » Nuestro Señor, sal insulsa, que ya perdió su fuerza y » sólo vale para que la echen fuera y la pisoteen. » Por eso despreciando universalmente el boato y las ganas de aparentar del mundo, tuvo siempre por norma la sencillez en su vestir, en sus n-uebles, en sus palabras, predicaciones, escritos v, por no alargar la lista, en todo.

Lamentaba en particular la ceguedad de aquellos mártires del diablo que llamaba, quienes por el maldito puntillo, se veían obligados, a fuer de sus máximas nefandas, a sacrificar al demonio su hacienda, su vida, su alma y su eterna salvación; quienes, ansiosos de contentar sus pasiones, no ponían reparo para retar a duelo a sus contradictores y enrojecerse las manos en sangre cristiana. En tiempo del Santo, por una fruslería había pendencias. Vióse a un hombre traspasar a otro que estaba a los pies del confesor, por no haber conseguido que le cediera su puesto. No escaseaban tampoco los que llamados para padrinos, se batían y mataban a sangre fría a sus más íntimos amigos, para satisfacer el enojo o la vanagloria de un impertinente con quien no tenían nada que ver. Nuestro piadoso mo

DESPRECIO DEL MUNDO

187

Parca ha remediado con sabias ordenanzas tan gran desorden, y también fueron gran parte para suprimirlo las fervidas predicaciones de nuestro celoso Misiopero.

En fin, esforzado como un apóstol, San Juan Eudes arremetió en todo contra el mundo y sus máximas. Un libro compuso, titulado « El *varón cristiano* », que embiste con furia sus vicios y puede considerarse como su condenación. « Ya veo, escribióle una persona de » gran mérito que le debía su convCrSion, ya veo que » nunca habrá tregua entre vuestra merced y el mundo. » *Si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat dili» geret... (1)*. Hemos de continuar, mientras vivamos, » esa santa guerra en que tenemos a nuestro Salvador » por modelo y por caudillo. »

San Juan Eudes apreciaba cual gracia singularísima el ser apartado del siglo, para vivir una vida más cristiana; y pensaba contribuir en gran manera a salvar un alma ayudándola a romper las ligaduras que acaso la ,ataran al mundok Era mucha su estima del estado religioso. Si alguien hallaba favorecido de la vocación, movía cielo y tierra para apremiarlo a obedecer la voz divina. Hasta excitaba a los padres a insinuar suavemente en el corazón de su hijos el deseo de tan santa vida, alejándolos con esmero de cuanto podía mancillar la blancura de su nifiez, y menoscabarles o quitarles ,del todo la gracia bautismal. Así es como lo escribió a una señora de calidad, penitenta suya, acerca de su -hija que prometía mucho para el servicio de Dios : « Es mi parecer, decíale, que vuestra hija ha de casar con un celeste y divino Esposo, que es rey del cielo y de la tierra; pero, amada hija, id preparándola poco a - w poco a ese divino desposorio. Cuidad que no mire mucho ' » a su enemigo, que es el mundo, exhortándola frecuen» temente a detestar sus vanidades y sus modas, pues » las aborrece la Virgen santísima y está siempre airada » contra ellas. Cuidad hasta. con quién y cómo se recrea, » y una que otra vez haced que se recree en vuestra

(1) Si del mundo fuerais, el mundo amaría lo suy .

» compañía. Que haga también una poca meditación. » Habladle a menudo de Nuestro Señor y procurad » inculcarle mucho odio al mundo y al pecado, y mucho » amor al que desea ser dueño absoluto de su corazón. » No quedó estéril esa advertencia; pues la doncella a cuya virtuosa madre iba dirigida, ingreso poco después en la Orden de S. Benito. Con sólo dos años que vivió en ella, alcanzó por su fervor y aun dejó atrás a las profesas más antiguas, y murió en olor de santidad, colmada de los favores del Señor a quien se había elegido por esposo.

Teniendo por una de las mayores gracias la de apartarse del siglo y entrar en religión, San Juan Eudes quería que se mostrasen muy agradecidas las almas a quienes Dios la había dispensado. Por su parte, daba continuas gracias por su vocación. « ¡Oh, qué felices » somos, escribía un día a una religiosa sobrina suya, y » cuánto aventaja nuestra condición las condiciones » más dichosas del siglo! ¡Oh, qué obligados estamos, » a bendecir, amar y servir fielmente a Nuestro Señor » y a su santísima Madre, por habernos sacado del » infierno del mundo, para colocarnos en el paraíso de » su santa casa! ¡Oli, de qué buena gana tenemos que » abrazar todas las obligaciones de nuestra profesión! »

Después de lo dicho, ¿ será de extrañar que nuestro Santo desagradara tanto al mundo, y que el mundo lo persiguiera con tanta saña? En ninguna ocasión dejó, por respeto humano, de dar a Dios lo que le debía; y nunca tampoco cesó el mundo de perseguirlo de mil maneras. Fue, como el justo aludido por Job, una lámpara despreciada; pero en ese desprecio halló su gloria, siendo así que en el Evangelio, Nuestro Señor proclama bienaventurados a los que son aborrecidos de ese mundo, cuyo fallo difiere infinito del fallo de su divina Sabiduría.

189

CAPITULO XXVIII

DE SU HUMILDAD.

Al hablar S. Pablo de la humildad, llámala por excelencia la virtud de Jesucristo. Ella estampa en nosotros su semejanza, y constituye la contraseña del cristiano. Es el fundamento de la salvación, el resguardo de la piedad y el canal de las bendiciones celestiales. Dicen las sagradas Letras que habiendo Dios criado de la nada todo lo que existe, funda también muchas veces en la nada sus obras de gracia. De lo cual nos suministra una prueba palmaria la historia de los Patriarcas y Profetas en el Antiguo Testamento, y en el Nuevo, la de la Virgen santísima y de los Apóstoles; pues sólo en su humildad descansa su elevación, y no fueron grandes ante Dios sino por haber sido pequeños en sus propios ojos. Por eso decía San Juan Eudes : « Dadme un alma humilde de veras y diré que de veras es santa; si es humilde en gran manera, diré que en gran manera es santa; » si es humildísima, que es santísima y engalanada con todo linaje de virtudes; diré que en ella es glorificada la divina Majestad y tiene Jesús su morada, siendo esa alma su tesoro y el paraíso de sus delicias; diré que en el reino de los cielos, será muy grande esa alma, puesto que asegura el Evangelio que quien se humilla será ensalzado. Por el contrario, un alma sin humildad es manida de demonios y despeñadero de toda clase de vicios. »

Segun la doctrina de los santos Padres, la humildad cristiana consiste particularmente en dos cosas : primero en conocerse a sí mismo, que es lo que se llama humildad de la mente; segundo, en amar la propia bajeza y la propia nada, lo cual lleva el nombre de humildad del corazón: Nadie (bien puede decirse sin exagerar) fué más versado que San Juan Eudes en esta importante ciencia.

Principiaremos por asentar en este capítulo lo que sentía **de sí mismo, dejando para l@s siguientes el tratar de su manera de ejercitar esta hermosa virtud.**

Mirándose como hombre, no a la luz engañosa del presumido entendimiento humano, sino a la luz de las divinas verdades de la fe, descubría que no era -más que tierra, corrupción y nada. Nunca perdía de vista su origen, y consideraba con frecuencia todos los momentos de su vida en que hubiera vuelto a la nada, de no haberle conservado el sér la divina Bondad por un milagro parecido al de la creación. Estaba persuadido de su incapacidad para el bien, y tanto la meditaba y ponderaba, que bien pudiera decir con el Profeta que tenía siempre delante su pobreza : *Ego vir videns paupertatem meam*. El conocimiento que había adquirido de la propia ineptitud para pensar, decir o, querer lo bueno, movíalo a elevarse a Dios y a clamar como David con humilde rendimiento : « ¡ Oh Dios, auxilio! Date » prisa, Señor, a socorrerme. » Holgábase con el apóstol S. Pablo de su incapacidad, considerándola como un terreno liso y llano para que edificara a su gusto Jesucristo. En menos se tenía que el barro, y pensaba no existir criatura, por ruin que se suponga, que no se le aventajara; pues que hasta ese punto lo rebajaba la corrupción del pecado que sentía en sí. Aun en las gracias que recibía, hallaba motivos para humillarse, ponderando la cuenta que le pediría el divino Juez por haberlas, como él pensaba, malogradas. Decía que todo el poder que dejó Adán a nuestra naturaleza no es más que impotencia, y el sentirnos capaces para algo, ilusión, presunción y opinión equivocada de nosotros mismos. Por eso confesaba cada día a los pies de Nuestro Señor su propia miseria, tal cual la veía Dios, y renunciando a la vida de los sentidos, se daba enteramente a él para reproducir su vida y continuar sus virtudes. Si de ese modo se ponía debajo de todas las criaturas, no es de extrañar que se reputara el último de los hombres y que para imitar a su Maestro, tomara el título de gusanillo de la tierra, como firmaha algunas veces sus cartas.

Aun sabía más de su propia indignidad. Considerándose como hijo de Adán, reparaba que había nacido con el pecado original, enemigo de Dios, súbdito del diablo, objeto de la abominación del cielo y de la tierra, incapaz de obrar bien y de evitar mal alguno por su propia virtud, sujeto a la esclavitud del pecado, de la cual no podía librarse sino por la gracia del Salvador : sentimientos que expresaba en estos términos : '« El » sér que hemos heredado de Adán, « que nos han » procurado nuestros pecados, es un ser de pecado y » de malignidad; y cuanto a este sér, no somos más » que pecado, maldición y abominación, y manantial » de pecado, de maldición y de abominación. Porque » así como una poca levadura leuda enteramente la » masa con que se mezcla y la transformia en levadura, « y así como un poco de hiel o de veneno que se echa en » un vaso de vino lo convierte todo en hiel o veneno : » así también el pecado ha estragado, corrompido y en, » venenado de tal modo todas las partes de nuestro » cuerpo y de nuestra alma, que nosotros sólo somos » corrupción, estrago y veneno; y de la misma manera » que el alma posee y llena a tal punto el cuerpo que anima, que éste no tiene sér, ni subsistencia, ni vida, ni potencia, ni operación sino en su alma y por su ma : de la misma manera, S. Pablo, refiriéndose a lo que somos de por nosotros mismos, nos llama el cuerpo U Ael pecado, *corpus peccati*, porque el pecado viene a » ser nuestra alma, nuestro espíritu, nuestra vida.. y de nosotros mismos, no tenemos ni subsistencia, ni ni potencia sino en el pecado, y no podemos sino aminándonos y moviéndonos el peccad(;. nsestencia de ese su sentir, San Juan Eudes sea indigno de vivir, diciendo que no merecía que ase la tierra, ni que pensase Dios en él, ni siquiera que ejerciese en él el rigor de su justicia. Se admiraba con el santo Job de que tuviese por bien abrir los ojos para eo nsiderarlo, y extender su brazo para condenarlo y castigarlo. Dábale gracias de la merced que le hacía aguan-át" dolo en su presencia e impidiendo por un continuo milagro su destrucción y su pérdida. Reconocía haber

merecido su enojo y el de todas las criaturas, y no poder gloriarse sino del infierno, que era la parte que le correspondía. Estimábase infinitamente indigno de que el Criador o la criatura le asistiesen o hiciesen ningún bien o tuviesen voluntad de hacérselo; porque careciendo de derecho a los privilegios del estado de inocencia, pensaba que ya no le debía el sol su luz, ni los astros su influencia, ni la tierra su sostén, ni el aire la respiración, ni los demás elementos sus propiedades, ni las plantas sus frutos, ni los animales sus servicios, - antes bien que el universo todo debía arremeter contra él para vengar la afrenta que hiciera al Criador pecando, como sucederá al fin de los siglos; y que su ser y su vida, su alma y su cuerpo con sus potencias y sentidos, ya no le pertenecían, habiendo merecido que se los quitase la Justicia divina y le privase igualmente de todos los favores que había recibido. Así que no quería que nadie le atendiese de ningún modo ni se acordase de él, pensando no merecerse esa molestia, y a veces ni siquiera se atrevía a solicitar las oraciones de nadie. Decía que ningún entendimiento, a no ser el divino, podía hacerse cargo de su indignidad; y que por muchos y grandes males que le sobrevinieren, aun merecía infinitamente más.

Ni paraba en eso su sentir. Teníase por un demonio encarnado, porque nada hallaba en sí, como de sí, que no fuese contrario a Nuestro Señor; y estimaba en mucho menos su propia voluntad, recapacitando que toda la malicia de los demonios y del Antieristo procede de la soberbia de su entendimiento y del desconcierto de su voluntad. Mirábase como un infierno horroroso donde cabían todos los crímenes, y era su convicción que de no haberlo detenido Dios, se hubiera en efecto despeñado al abismo del pecado. Por eso le decía a menudo con los sentimientos del gran S. Felipe Neri : « *A me tibi caveas, Domine, te enim hodie traditurus sum* » et omnia perpetraturus mundi peccata, nisi me tua » gratia benigne protexeris : Ten cuidado conmigo, » Señor, que hoy he de hacerte traición y he de cometer » todos los pecados del mundo, si no me asistes benigno

HUMILDAD

193

a a ninguno por gratia. » Jamás se anteponía mucho amor que fuese; al contrario, se dolía de las caídas del prójimo, y lejos de extrañarlas, daba gracias a Aquel que le sostenía a él con su brazo omnipotente. Se creía mucho más culpado que los que sucumbían, diciendo que si hubieran dispuesto de las mismas gracias que él, habrían sido mucho mejores sin comparación; que si Dios lo hubiera dejado solo, lo habría tiranizado el pecado como tiraniza a los demonios, y en pecado habría sido transformado completamente, como son transformados en santidad los santos del cielo. Afirmaba ser tan horrible y espantoso, que de haberje visto como era, no se le hubiera podido aguantar. Temiendo que sus pecados llamasen la venganza del cielo sobre los lugares que habitaba o atravesaba, al entrar en una ciudad rogaba a Nuestro Señor, como Sto. Domingo, que no la talara por sus crímenes.

Tan adentro tenía San Juan Eudes esos sentimientos en el corazón, que si podían acosarle las tentaciones de orgullo, frecuentes en los sabios y en los parece muy difícil que lograsen vencerlo. Se veía cómo algunos hombres, que aunque parezcan sencillos al mundo, llevan siempre consigo las señales de su ignominia, esto es, la condición de pecadores, son embargo tan propensos a vanagloriarse y estimarse en sí mismos. Considerábalos con S. Pablo como hombres que se engañan con la ilusión de su grandeza, como embusteros que se ufanan de lo que no poseen, como que roban a Aquel que es toda la gloria que a El solo pertenece, como demonios que no quieren su oprobio, aunque sean las más viles de las criaturas Santo renunciaba su parecer para ceder al mismo. Con sus iguales e inferiores se mostraba humilde, pues a todos tenía en más que a sí mismo, ni lugar de censurar lo que hacían los otros, sino alabarlos. E alababa por poco bien que hubiese, y nunca hablaba mal de nadie. Si desaprobaban sus acciones, y declarándose por los demás contra sí, con ellos. Si en sus santas empresas sentía

algún gusto, se humillaba profundamente ante Dios, recordando que de él proviene toda justicia, mientras que el bien propio de la criatura es la nada y el pecado. Pensaba que más había de temer por las faltas e imperfecciones que por obrar, que ensalzarse por el poco bien que hubiera en sus actos. Protestó mil y mil veces al pie del Crucifijo que no quería buscar más que la pura gloria de Dios en todo, confesando merecer que lo echasen de su presencia y que se abriese la tierra para tragarlo. Nunca se figuró al recibir una gracia, que la dispensara Dios a él o a la virtud de sus oraciones, sino a Jesucristo su Hijo, al cual ha entregado todas las cosas y para cuyos merecimientos no tiene repulsa. La humildad que manifestaba a San Juan Eudes lo que era de por sí, no le encubría lo que era en Nuestro Señor, por quien siempre fué muy agradecido de los favores que recibía de la divina Bondad.

Cuando en algo faltaba el Santo, humillábase sin desalentarse, y procurando tranquilizarse y no perder la paz del corazón, confesaba a los pies del sumo Juez que por su propia infidelidad había tropezado, y que si lo tratara como se merecía, no sólo cesaría de dispensarle mercedes en lo sucesivo, sino que también le habría de quitar las pasadas y lo habría de dejar desamparado por completo. Ese humilde sentir encendía en su corazón nuevo fuego de amor y nueva confianza. Continuaba dándose a Nuestro Señor para participar más eficazmente de su gracia y vivir más adicto al servicio del que todavía lo soportaba tan misericordiosamente después de haber sucumbido. Deploraba sus defectos porque ofendían a Dios, pero se consolaba porque le daban ocasión de amarlo con mayor fervor y de unirse con él más estrechamente. Deseaba verse librado de ellos, porque eran contrarios al amor de Jesús; mas no se desasosegaba si acaso tropezaba, considerando su tropiezo como un motivo más para acudir al Señor. Y de esa forma aconsejaba a las personas que tenía a su cargo :

« No, amada hermana, escribió a una monja de S. Be» nito, no : mientras estemos en la tierra, jamás nos

HUMILDAD

195

veremos libres del todo de los defectos y desperfectos de la tierra. ¡ Oh tierra, qué insoportable eres ! ¡ Oh lugar de pecado y de desdicha! ¿ nos detendrás toda vía mucho ? ¡ Oh Jesús ¿ no nos llevaréis pronto a vuestro lado? ¡ Ay Jesús amabilísimo! ¿ cuándo pues no habrá nada en nosotros que se oponga a vuestro amor? ¿ Cuándo pues os amaremos perfectamente? Apresurémonos, amada hermana, apresurémonos y esforcémonos por concluir la obra de Dios en nosotros, a fin de salir pronto de este lugar de tinieblas y de horror, para entrar en el reino del amor eterno. Por lo demás, humillémonos siempre mucho en vista de nuestras faltas; pero al mismo tiempo, salgamos fuera de nosotros mismos, huyamos de nosotros como de un sitio lleno de toda clase de males y miserias, para entrar en Jesús, quien es nuestra casa de refugio y nuestro tesoro, en el cual tenemos toda clase de bienes y encontraremos toda clase de virtudes y perfecciones, para ofrecerlas a su eterno Padre en satisfacción de nuestros pecados y desperfectos. Si permanecemos en nosotros, sólo hallaremos motivos de tristeza y de dolor; mas si salimos fuera de nosotros para levantarnos a Jesús, veremos en él tantas cosas peregrinas, tantas grandezas, tantas perfecciones, tantas maravillas, que sí lo amamos de veras, mucho nos holgaremos de ver todo eso y exclamaremos con la Virgen santísima: *Exulta,* spiritus meus in Deo salutari meo* : Se estremeció de gozo mi espíritu en Dios mi Salvador. Así hemos de portarnos con nuestros defectos. ¡ Oh felices defectos, si cabe la expresión, si nos dan motivo para salir de nosotros y elevarnos y unirnos a Jesús, el solo que carece de defectos y desperfectos! Sed toda suya, vivid toda en él, y por siempre. Todo vuestro soy yo en él y siempre irnas y más. ¡ Viva Jesús y María! »

Es'aj palabras, que también ponía por obra, demuestran que hallaba fuerza en su flaqueza, que su caída era el motivo de su elevación, y que sus faltas, en vez de desalentarlo como desalientan a las almas apocadas, éranle una razón más para echarse con **humildad y confianza**

fianza a los brazos de Nuestro Señor, quien, aunque mal servido, no cesaba de hacerle bien.

San Juim Eudes aborrecía infinito las alabanzas como veneno que son de la virtud. Alabarle era perseguirle, porque le hacía temblar el elogio al recordar aquellas palabras de Jesucristo : « ¡Ay de vosotros cuando los hombres dijeren bien de vosotros ! » En esos casos, elevaba su alma a Aquel que solo es digno de toda honra, y tenía muchas y, eces en boca y más aún en el pensamiento estas palabras de la Escritura *Mihi confusio et ignominia, tibi aute?r. honor et gloria* a mí confusión e ignominia, mas a ti, Señor, honra y gloria. En fin, no deseaba sino desaparecer de la mente de todas las criaturas, para que en 01 sólo se hiciese caso a Dios. Esa es la humilde plegaria que dirigía a menudo al Señor con indecible ardor y no menor insistencia. En el capítulo siguiente veremos cuan aficionado fué a la humildad, que se eligió por esposa y obsequió siempre con afectos de verdadero amador.

CAPITULO XXIX

DE SU AMOR A LAS HUMILLACIONES.

Comienzo este capítulo con las propias palabras del buen Padre Eudes : « La humildad de la mente, decía, » sin la del corazón, es humildad diabólica; pues los » demonios carecen de la humildad del corazón, mas » no de la otra, porque conocen muy bien la propia indig» nidad y maldición. » Aquel discípulo fiel de Jesucristo, habiendo aprendido mucho tiempo a conocerse a sí mismo, deseó mucho más obrar conforme a ese conocimiento, en lo cual consiste la ciencia de los Santos. Arrojábase a menudo a las plantas de su Maestro y lo adoraba propiamente estas palabras : « Si alguno » quisee venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, cargue

AMOR A LAS HUMILLACIONES

197

» con su cruz y sígame. » Anhelaba realizar esas palabras e indujo numerosas personas a solicitar para él esta gracia. Es de creer que le fué otorgada.

Nuestro Señor nos dió ejemplo de cumplida humillación excusando los honores y aceptando amoroso los desprecios. Cuenta el Evangelio cómo escapó de entre las manos de una muchedumbre que pretendía hacerlo rey, y cómo, en cambio, se entregó en las de otra que procuraba humillarlo hasta el suplicio de la cruz. A ese modelo se amoldó San Juan Eudes, y nunca se vió mayor aversión de todo aquello que tenía visos de elevado. No podía soportar títulos honoríficos. Si bien hubiera establecido una Congregación que, aunque pequeña al principio, brillaba sin embargo por el brillo mismo de su Institutor y los frutos sazonados que producía en sus seminarios y misiones, nunca tomó el título -de Superior general, ni consintió que se lo diesen, ni quiso que constase en las actas Públicas relativas a la institución y bienes de la misma Congregación; pues hartó honrado se -creía ya con ser el siervo de los siervos de Dios. -Por amor al vivir humilde, rehusó beneficios considerables : no los quiso por ser de mucho aparato. Como deseara un gran prelado de Francia dimitir su obispado para confiarlo a San Juan Eudes, contestó éste „-como sigue a las solicitudes que se le hicieron :

« No me tomo el honor de escribir al Señor Obispo, p-ties tan atónito estoy, tan confuso y espantado al verme

la orilla de este horrendo precipicio, que no sé lo que es de mí. Me he quedado como sin sentido y » sin habla, a no ser para gritar a voz en cuello, si me » atreviese, que no quiero más beneficio que el que se escogió mi Salvador, o sea su Cruz. Consuéleme mi graiidísima confianza en la bondad incomparable de mi amabilísimo Jesús y de su muy bondadosa Madre y mía, seguro de que darán a todo esto el rumbo que más gusten. Eso es lo único que les pido y que me dispensen la gracia de seguir en todo y por todo su ,y,santísima Voluntad. Ya me hago cargo de todo lo que recela para mí nuestro muy buen Señor de...

Se horroriza la carne y se asusta la naturaleza, pero

» el espíritu carga con todo por amor de nuestro amabilí» simo Crucificado -Y para satisfacción de mis culpas » (que la menor de ellas merece infinitamente más), » firmemente confiado que no me desamparará mi toda » bondadosa Madre. »

Esta carta, dirigida a quien le hizo la propuesta de parte del digno prelado, nos da a conocer su sentir sobre sí mismo y sobre la divina Bondad. Estimábase indigno de ser puesto sobre el candelero de la Iglesia. pero no ignoraba que Dios podía darle las disposiciones necesarias para desempeñar debidamente tan alto empleo. Su humildad lo rebajaba, y su sumisión a la divina Voluntad lo sostenía en su rebajamiento. Hacíale retroceder la desconfianza de sí mismo, mientras que le animaba a no oponerse su confianza en Dios. Temiendo empero que hubiera algo humano en esos sentimientos al parecer tan santos, escribió de nuevo al , mismo en los términos que ahora se verá, con lo cual cesaron de solicitarle a que aceptase aquel beneficio :

«Muy Señor mío: El temor que hasta ahora he tenido » de resistir a la Voluntad de Dios en el asunto que » sabéis, me ha obligado a consentir lo que se ha dicho » y hecho-para ello. Pero, por último, el conocimiento » muy claro que tengo de mi grande, de mi grandísima, » de mi muy infinita indignidad, y la aprensión de verme » comprometido a salir fianza por la salvación -de » tántas almas, me apremian y obligan a participaros, »muy Señor mío, que declaro rotundamente y de todo » corazón no querer más beneficio que el que escogio mi » Salvador, o sea su Cruz. Ese es el beneficio que yo » anhelo y abrazo y amo de todo corazón, por amor de » mi amabilísimo Redentor, que lo amó tanto » lo pre» firió a todo lo que más ama y estima en el mundo; » no quiero ninguno más, a no ser que lo quiera Dios » absolutamente. Os ruego leáis esta esquila al Señor, » Obispo y a sus Señores Vicarios, así como también al » Señor Obispo de***. Juan Eudes, Pbro. Misionero. » Aquí se ve manifiestamente que no fué grande en la Iglesia por haber sido humilde, y que 'prefirió vivir en un estado' de menor lustre, por cuadrar mejor con

la condición de esta hermosa virtud que se escogió por esposa, la cual se cría entre los des precios » las humillaciones.

San Juan Eudes tuvo siempre a la humillación un amor extremado; y haciéndose cargo que, como hijo de Adán, ésa era su herencia, la poseía con sosiego. Como hubiera estudiado con detenimiento aquellas -palabras del Espíritu Santo en el Eclesiástico : « Humíllate en » todo, y hallarás gracia ante Dios. », aprovechó mucho la advertencia y de continuo la puso por obra., con la seguridad de que era ése el mejor medio de acatar como se debe a su, divina Majestad. Al comenzar sus acciones, confesaba sus miserias, protestando que era indigno de existir, de vivir, de obrar, y que sin el auxilio de su divina gracia era incapaz de hacer cosa alguna agradable en sus ojos. Varias veces al día, y en particular cada mañana, se hincaba de rodillas a los pies de Nuestro Señor y de su santa Madre, para decirles con afecto que demostraba su inflamado deseo : « ¡Oh Jesús, oh » Madre de Jesús! sujeta bien debajo de vuestros pies » a este mísero demonio, aplastad a esta serpiente, » matad a este » antieristo con el soplo de vuestra boca, » atad a este Luzbel para que no haga hoy nada con» trario a vuestra santa gloria. Invoco el poder de vues» tro espíritu de humildad, para que aniquile mi so» berbia y con Vos me guarde humilde. Os ofrezco las » ocasiones de practicar la humildad que se presentan » en mi vida, y particularmente las de hoy, y Os ruego » bendecirlas. Renuncio a mí mismo y a todo lo que » pudiera quitarme la gracia de participar de vuestra » humildad. » Tan provechoso le fué ese ejercicio, que lo usó también para las otras virtudes que más falta le hacían.

Por amor de la humillación, San Juan Eudes encubrió cuanto pudo las ricas dotes que Dios le había prodigado. Con ser agudo su entendimiento, profundo su juicio y sublime su saber, raramente lo manifestaba, afectando gran sencillez en sus modales. Predicaba, sí, pero sin estudio de lucir conceptos sutiles o galas oratorias. Nunca hablaba con tono de sabio o santo, y

aun cuando se le consultaba en particular, contestaba humildísimamente. Del bien que hacía no esperaba agradecimiento, pues creía cumplir con su obligación, juzgando con S. Pablo que era deudor de todos y acreedor de ninguno. Para el cuerpo como para el alma, prefería lo ordinario y común. Todo lo que se le ponía delante le parecía bueno, aunque mal guisado, diciendo que era mucho para él y que no se merecía tanto. Escogía lo más vil y menos apetitoso, siempre satisfecho con tal que no lo estuviera la naturaleza, pues procuraba generalitente llevarle la contraria y mortificarla en todo. Las visiones, arrobamientos y otras gracias extraordinarias que se notan por fuera le asustaban, al pensar en el peligro a que exponen el alma, si no está firme en la humildad. En vez de codiciar semejantes favores se apartaba abisniándose en su nada, cuando Dios se los brindaba; y quedaban cuniplidos sus deseos con obtener de la divina Bondad otras gracias que dieran a su vida mayor semejanza con aquella vida escondida y despreciada que llevó Cristo en la tierra.

Con el fin de aplastar y aniquilar su soberbia, buscaba solícito y desempeñaba con humildad esos empleos que el mundo desprecia por bajos. Iba de vez en cuando la cocina a freagar platos con los hermanos coadjutores, los cuales obedecía. Otras veces se humillaba públicamente en presencia de la Comunidad, confesando sus faltas en términos tan humildes y con tanto sentimiento, que quedaban sus hijos hondamente conmovidos. Al obrar de esa manera, el Santo se proponía honrar con sus humillaciones las que sufrió Nuestro Señor en su vida y en su pasión; desagraviar la divina Justicia de los crímenes que decía haber cometido y del mal ejemplo que pensaba haber dado a su Comunidad; alcanzar del Señor el espíritu de humildad para su Congregacion recobrar fuerzas a fin de triunfar de sus defectos, considerándolos no como parecen a los hombres, que yerran tan fácilmente, sino como son en los ojos de Dios. Creíase responsable de las faltas de sus subalternos, y aun tenía por propios los pecados de todo el mundo, juzgando que por ellos había de hacer penitencia, ya

AMOR A LAS HUMILLACIONES

201

que era sacerdote. Y tan de serio se humillaba de esa forma, que se sentía dispuesto a confesar públicamente los pecados de su vida ante todo el universo, si Dios se lo hubiera requerido. No contento con esas humillaciones secretas que no salían de la casa en que habitaba, hacía a veces otro tanto por escrito, y postrado en espíritu a los pies de sus hijos derramados por diferentes lugares, les pedía perdón del mal ejemplo que les hubiera dado y los suplicaba intercediesen para que le otorgara Nuestro Señor la gracia de enmendarse como ardientemente lo deseaba.

Acostumbraba prevenir a los que le habían faltado, achacándose la sinrazón y excusándose de haberles dado quizá ocasión de enojarse. Lo propio hacía si pensaba haber faltado él, así fuese en lo más mínimo. Un día que un presbítero quería abandonar la Congregacion, se arrodilló a sus pies hasta por tres veces para detenerlo, mientras el desdichado quedaba tieso. Escribía con respeto a sus inferiores, y como desconfiara mucho de sí mismo, preguntábales humildemente su parecer. Conforme la apuntamos en el primer libro, quiso dimitir en favor de otro el cargo de Superior general, que tanto pesaba a su modestia; y hecha la elección, se bincó de rodillas ante el nuevo Superior pidiéndole la bendición insistentemente. Vióse entonces a un venerando Efl pedir a otro Samuel que le alcanzase las bendiciones del cielo. Luego que San Juan Eudes se vió librado de la obligación de mandar, que le parecía un yugo insoportable, manifestó insólita alegría y se sometió muy a gusto al yugo de la obediencia, más llevadero, pensaba él, y más a propósito para sus pobres hoiribros que ya se iban rindiendo bajo el peso de los años.

Tanto siendo superior como después de haberlo sido, San Juan Eudes cargaba de buena gana con toda clase de humillaciones, considerándolas no ya como pruebas con que intentara Dios aquilatar su virtud, antes como castigos que le mandaba su divina justicia. Jamás se quejaba de nadie; pues, recapacitando que llevaba en sí el venero de todo mal, ercía digno de todos los

desprecios, y pretendía que todo el mundo podía justamente perseguirlo, aunque ya fuera esto tomarse una molestia que él no merecía. A ejemplo de] Salvador que glorificó a su Padre con sus ignominias, en la ignominia cifraba él su contento. He aquí su sentir sobre este asunto, cual lo escribió a uno de, sus hijos que estaba de misión : « Mientras combatís en ésa la bestia de siete » cabezas y diez cuernos, aquí procura movernos guerra, » pero, gracias a Dios, sin quitarnos la paz, pues aque» llos que, por divina merced, son, tienen y hacen todo » lo que quieren, porque no quieren ser, ni tener, ni » hacer más que lo que quiere Dios : aquéllos no cesan » de disfrutar perfecto sosiego. Además me acuerdo » bien con nuestros bienhechores, habiendo resuelto » declararme por ellos contra mí mismo y contra mis » pecados, porque me parece que llevan razón de querer » aniquilar a un pecador que merece la ira de Dios y de » todas las criaturas, con tal que lo hagan por celo de » la divina justficia y con espíritu de cristiana caridad, » como debo creer y creo que lo hacen. »

Tales fueron los sentimientos de aquel varón que pensaba llevar reunidos en su persona a todos los malvados, y que constituyéndose a una su testigo y su juez, se acusaba y se condenaba a sí mismo, examinando y censurando sus actos, que parecían a sus ojos llenos de imperfecciones. Aborrecía su alma como el Salvador nos lo manda. Se admiraba que lo pudieran soportar las criaturas y no se levantaran todas contra él para aplastarlo. Creía que por mucho que bajara, nunca tocaría el fondo de su indignidad; que por mucho que se humillara, siempre quedaría infinitamente lejos del desprecio que merecía su bajeza, y que aun cuando las criaturas lo afrentaran a porfía, nada más le darían una mínima parte de lo que le, correspondía; de modo que solo Dios podía confundirlo con justa proporción. Se hallaba por lo tanto dispuesto a verse aniquilado hasta el punto que lo fué Jesucristo en su vida, su pasión y su muerte. Deseaba ser convertido con él en oprobio de los hombres y desecho del pueblo, sufrir la ira y el juicio del Padre eterno cuanto alcanzara su capacidad, ser suje

AMOR A LAS HUMILLACIONES

203

tado al poder de las tinieblas y afeado con todas las infamias que son consecuencia y paga del pecado. Oía sele decir a veces : « ¡ Oh hombre! ¿ Cómo es posible » que aun tengas vanidad viendo a tu Dios rebajarse » a tal extremo por tu amor? ¡ Oh Salvador mío, sea » yo humillado y aniquilado con Vos, partícipe de » vuestra profundísima humildad y hálleme dispuesto a » sufrir todas las confusiones y humillaciones que se » deben al pecador y al mismo pecado! »

Tal fué aquel digno misionero que, tratándose de humildad, no iba en zaga a, nadie, ni aun al mayor de los pecadores, y vino a ser valioso instrumento entre las manos de **lBIOS** para obrar maravillas. A imitación de la Virgen santísima, podía decir que en él y por él había hecho lirrandes cosas el Todopoderoso, porque había puesto la mirada en la bajeza de su siervo, que cada día se rebajaba más y más a sus propios ojos, para hacerse grato a los de su divina Majestad.

CAPITULO XXX

DE LAS ENSEÑANZAS QUE DABA SAN JuAN--- EUDES SOBRE LA HU-MILDAD.

Nuestro Señor Jesucristo vino expresamente al mundo para que aprendieran los hombres la virtud de la humildad que les era desconocida. No contento con ponerla él mismo por obra, quiso además enseñarla; y de todas las razones que alegó aquel Maestro divino, fué la más potente su ejemplo, como lo dió a entender un día a sus discípulos con estas pocas palabras : «Apren» ded de mí que soy manso y humilde de corazón. » Para aficionarse a esta virtud, bastaba tener a San Juan Eudes por guía; pues quien con él trataba salía sabio en

esta materia. Un no sé qué se desprendía de su persona que la inculcaba, y sólo con verle quedaba uno aniaestrado. Mas tampoco él se dió por satisfecho con llevar impresa en su exterior la virtud de la humildad; a imitación de su Salvador, quiso asimismo enseñarla por palabra, en público y en privado, especialmente a sus hijos, a quienes la propuso como fundamiento de su propia perfección y del edificio todo de su Congregación.

Juzgaba que por haber recibido la gracia del sacerdocio, que sobrepuja todas las gracias, tenían obligación de ser más humildes que los otros; porque un solo pecado de ellos equivalía y aun excedía los de pueblos enteros. Quería que estimasen los otros Institutos más que el suyo propio, si bien habían de quererlo con mayor afecto, ya que a ése y no a los otros los había llamado Dios. Y así lo hacía él efectivamente en todas las ocurrencias. Dejó a sus hijos una hermosa profesión de humildad que empieza por las palabras : *Domine Jesu Christe, nihil sumus*, como un espejo sincero donde puedan contemplar lo que son. Si las personas del mundo, por poco que se preocupen del aseo y hermosura del cuerpo, no dejan de mirarse al espejo cada maflana, y aun repetidas veces al día, para limpiar todo aquello que pudíeiFa afearlas : con mayor razón deben los siervos de Dios, que han de ser mucho más solícitos por la hermosura de su alma, pararse con frecuencia delante de este espejo, para ver si fio está tiznada por un orgullo latente o una estima desordenada de sí mismos.

Con intento de fomentar más y más entre los suyos la Virtud de la humildad, San Juan Eudes quiso que en ella meditasen cada lunes; y además, para cerrar la puerta a la envidia que suele entrar en las Comunidades con las preferecias que se demuestran a la extracción noble o al talento, estableció que aquellos de entre los suyos que hubieren sido de considerar en el siglo por su abolengo o su saber, no fuesen considerados por esos motivos después de admitidos en una Congregación donde no se reconoce más mérito que el de la virtud, y

ENSEÑANZAS SOBRE LA HUMILDAD

205

donde sólo se aprecia a los virtuosos. Recomendaba no poco ayudar a los Superiores y predicadores a precaverse de la vanagloria, que es peligro propio de su condición. -Por lo que a él hace, nunca dispensaba a los predicadores de las reglas comunes, como no lo exigiera la necesidad; ni gustaba de alabarlos, a no ser muy parcamente y aun sólo para animarlos. Pero en cambio, los avisaba puntualmente de sus faltas, o encargaba a otro de avisarlos. Al ser depuesto un superior, le asignaba el último lugar entre los presbíteros de la casa, y durante un año vivía en medio de sus hermanos como si nunca les hubiera mandado.

De todos los vicios, ninguno recelaba tanto para sus hijos como la soberbia, y no se can ' saba de enseñarles la humildad y de exhortarlos particularmente a condescender con el parecer del prójimo, ffiientras no fuere contrario a la moral del Evangelio. « Sobre todo, sobre todo, escribíales un día, guardémonos de pendencias y disputas, que nacen del apego a nuestro propio sentir y son retoños de nuestra soberbia : de esa soberbia que ni puede humillarse ni quiere que se figuren que ignora alguna cosa; de esa soberbia que quiere salir siempre ganando, llevar en todo la voz cantante y aparentar lo que no es. » En fin les dejó apuntadas para el decurso del año diversas prácticas que usan para fomentar en sí la humildad.

El Santo trataba asimismo de afirmar bien en esta virtud a las almas que guiaba. Disponiéndose su sobrina a revestir el hábito religioso de las Hermanas de la Caridad que él mismo había fundado, le escribió en estos términos : « Lo principal que habéis de hacer es humi» llaros profundamente'en vista de vuestra indignidad, » miseria y bajeza, y suplicar insistentemente a la » Virgen santísima que os alcance de su Hijo la gracia » de consideraros y trataros como la última de la casa, » y de holgaros de que como a tal se os considere y se » os trate toda la vida. Esto es, mi querida hija, lo que », particularmente os recomiendo. Hincadlo tan adentro » en vuestro corazón, que nunca se salga; y de esa forma,

» seréis hija del Corazón de la Madre del amor y de la » humildad. »

Otra vez, a una Superiora de la misma Orden, que le había participado el estado de su alma y el conocimiento que le daba Dios de su poquedad e indignidad, contestó lo siguiente :

« Cierto es, mi amadísima Madre, que las miserias » de los hijos de Adán exceden infinitamente cuanto » puede decirse y pensarse, porque llevamos con nosotros dos abismos de miserias que no tienen fondo : el » uno es el abismo de nuestra nada, y el otro, el abismo » del pecado. Dios permite, o mejor, os hace ver por » singular merced un poquillo de esos dos venenos inagotables de miseria, y eso por dos motivos : primero » para cerrar todas las puertas de vuestro corazón a la » maldita vanidad, que hace estragos peregrinos en » un sinnúmero de almas que profesan la virtud y la » devoción y aun tienden a la perfección, y por des » gracia despeña a la : perdición muchas de ellas;- así » como también para conservar, fortalecer y acrecentar » en vos la más necesaria de todas las virtudes, que es » la humildad, la cual a las almas que son suyas las » vuelve según el corazón de Nuestro Señor y de, su » santísima Madre; segundo, para haceros conforme a » nuestra adorable Cabeza que es Jesús, el cual dice » de sí mismo, según refiere el profeta Jeremías : » *Ego vir videns paupertatem meam : yo soy un hombre » que siempre está viendo su pobreza y su miseria. Por » que su santa humanidad veía perfectamente y muy » a las claras que nada era de por sí, y que procediendo » de Adán, de no haberla preservado el gran milagro de » la unión hipostática, hubiera nacido en pecado original y por tanto hubiera sido capaz de todas las » miserias de Adán. Penetraba hasta lo más recóndito » de esos dos abismos de la nada y del pecado; y ese » conocimiento la hundía en una humillación tan profunda como inconcebible, y le causaba indecible dolor. » Adorad, mi querida Madre, a esa divina Humanidad » en ese estado; dadle gracias de haber querido tolerarlo » por vuestro amor; entregaos a ella para andar, mien*

ENSEÑANZAS SOBRE LA HUMILDAD

207

» tras gustar, ese camino en su compañía; ofrecedle » vuestros disgustillos en acción de gracias por sus » tormentos, y rogadla que los aproveche en vuestro » lugar. Por lo que hace a vuestra merced, permaneced » siempre humillada y sumisa a la manera de guiarnos » Dios; pero cuidado de no desalentaros nunca, antes » alegraros y dad gracias al Señor de los favores que os » dispensa. Porque, os lo repito, mi querida Madre, lo » veo clarísimamente y tengo por seguro que es gran » favor del Cielo el hallaros en el estado que me des » cribís. Dichoso, dice S. Pablo, aquel que no se juzga » a sí mismo por lo que en sí siente o experimenta, pues » sucede a menudo que cuando uno se figura estar » perfectamente, entonces es cuando no está bien » delante de Dios, y que cuando a uno le parece estar » muy mal, entonces es cuando, delante de Dios, está » muy bien. Sometámonos plenamente confiados al » juicio, a la voluntad y al gobierno del que nos conoce » y ama infinitamente más que nosotros mismos. Este » mos quietos en nuestra nada, que es nuestra casa, y » aguardemos con paciencia, humildad, sencillez y » sumisión a aquel que para hacer todo lo que le viene » a gusto, no quiere otra materia ni otra tela que la » nada. De todo corazón, mi querida Madre, os pongo » en manos de su bondad todopoderosa, y la suplico » os aniquile por completo, para que en vuestra merced » él sea todo. Os ruego le dirijáis para mí esa misma » súplica. »

Por esta carta se ve si sabía de humildad aquel santo misionero; ahí se ve como relucen en palabras llanas sus elevados conceptos sobre esta materia; pero -también se trasluce que era humilde en gran manera, pues ponía por obra lo que enseñaba a los demás. A otro escribió como sigue : « Aun cuando después de haber » trabajado mucho por Dios, nos pagara con un solo » pensamiento bueno, debiéramos tener por garbosa » la tal paga de nuestros afanes y reconocer que ni aun » eso merecemos. ¡ Ay dolor! si Pasados mil años de » infierno, pudieranlos réprobos tener un solo pensamiento bueno de **Dios, cual honra** y gloria lo recibieran; y

» porque nunca lo tendrá, está el diablo rabiando. Como » los réprobos, pecadores somos también nosotros; y » de ellos sólo nos distingue la misericordia que nos » hace Dios. »

La humildad era el sumo bien que San Juan Eudes deseaba a las almas, juzgando que sin él, todos los demás no valen nada, y que con él se poseen todos juntamente. Así lo explicaba un día a las Religiosas de la Caridad, cuya perfección tomaba muy a pecho: « Sed » muy humildes, mis queridas hijas, sed humildísimas. » ¡ Qué ganas tengo de veros humildes! pues cuando lo) seáis en gran manera, Dios derramará copiosas sus » gracias en vuestros corazones. Un alma humilde de » verdad, es riquísima : lo tiene todo; pero si carece » de humildad, todo le falta, y se parece a un harnero » donde a la postre sólo quedan agujeros. Así que Dios » se guarda de dar y derramar sus gracias en semejante » alma por no desperdiciarlas. » - « Un solo grano de » humildad, decía en otra ocasión, vale más , que un » reino entero. Favor divino es que para rebajar el » orgullo y la propia estimación, sean persecuciones los » que toman en público la palabra; pues un soplo de » vanidad puede arrebatar todo el bien que hubieren » hecho no sólo en una misión, sino en su vida toda. »

Como quiera que San Juan Eudes hubiera logrado un convencimiento profundo de su cautiverio bajo la ley del pecado, de su indignidad para servir a Dios, de su insuficiencia para todo bien, de la falta infinita que le hacía Jesucristo y su gracia (por lo cual clamaba sin cesar a su divino libertador), procuraba asimismo inculcar a los demás ese modo de pensar, diciéndoles : « Dios permite a veces que forcejemos mucho tiempo » para vencer una pasión o afirmarnos en una virtud, » y que adelanten poco nuestras empresas, a fin de que seja lo que somos y ,pamos por experiencia prop lo que valemos solos, y nos veamos obligados a buscar » fuera de nosotros, en Jesucristo Nuestro Señor, el » poder servir a Dios. Antes de mandar su Hijo al » mundo, Dios quiso que el mundo lo deseara por » espacio de cuatro mil años, y durante dos mil, expe

» rimentara que no podía guardar la ley ni librarse del » pecado, y que necesitaba un espíritu nuevo y nueva » fuerza para oponerse al mal y obrar el bien, demos» trándonos de esa manera que quiere que conozcamos » y reconozcamos nuestra miseria a fin de damos su » gracia. »

Tan necesaria juzgaba la humildad a todos para salvarse, según lo enseña Nuestro Señor en el Evangelio, que la predicaba con frecuencia, arremetiendo fogoso desde el púlpito contra los vicios que le son contrarios. Publicó además unas meditaciones llenas de unción divina, donde profundiza a tal punto en la nada y en la miseria del hombre, que parece haberla contemplado a descubierto. Así lo atestiguan personas sabias y espirituales, que tienen por imposible el fijarse un tanto en la humildad que ahí se enseña sin sentirse movido del deseo de practicarla formalmente. Son esas meditaciones como un campo sagrado en donde han hallado los fieles el tesoro precioso del conocimiento de sí mismos, y de ese hallazgo se ven hoy día los frutos en un sinnúmero de almas que andaban buscándolo desde hace mucho tiempo.

CAPÍTULO XXXI

DE SU CASTIDAD Y DE SU MORTIFICACIÓN.

La pureza, que S. Pablo llama la santificación de la carne, es como el ángel tutelar de una persona consagrada a Dios. Si nuestros cuerpos son los templos vivos de su divina Majestad, la pureza viene a ser, en frase de Tertuliano, el sacristán y el pontífice. Así como es oficio de los sacerdotes que cuidan de los templos alejar cuanto pudiere profanar la santidad de esos lugares y proveerlos de adornos adecuados : así también es propio de esta virtud alejar del cuerpo del cristiano

los vicios que lo profanan y más se oponen a la espiritualidad y santidad de Dios, para luego hermosearlo con galas que prendan su corazón. Si tan necesaria es la pureza a los cristianos, ¿ cuánto más lo será a los Sacerdotes, a esos ángeles visibles de la tierra que en la Iglesia acompañan doquier al Cordero sin mancha y están continuamente ocupados en funciones que requieren pureza divina? El Pontífice de la Ley antigua usaba una ropa orlada con campanillas, para advertir a los sacerdotes del Viejo y del Nuevo Testamento que sus pasos, sus dichos y sus hechos han de proclamar su santidad por todas partes.

San Juan Eudes fué particularmente afecto a la castidad. Hizo vida de ángel en cuerpo de hombre y su carne se volvió espiritual, *angelizata caro*, como dice Tertuliano de los cuerpos vírgenes. Ese es un tesoro escondido que guardó siempre con un como pudor y rubor, pues que así suele encubrirse esa prenda, en sentir del mismo Padre. Se sabe muy de cierto por el testimonio fehaciente de sus confesores, que el Santo conservó intacta su pureza y se la llevó íntegra a la huesa : cosa rara, por cierto, en la corrupción del siglo en que vivimos; cosa rarísima, diríamos, si pudiéramos ver en qué lances se halló y qué airoso salió de la pelea. Temía más que el infierno el mero asomo de la impureza; más que de la peste huía de todo aquello que pudiera ocasionarla, cerrando a ese monstruo las puertas y caminos de su corazón por medio de la mortificación rigurosa de sus sentidos, especialmente de la vista.

Temblaba al recordar la caída de algunos eclesiásticos que conocía, y advirtiéndolo que habían ido a rodar al precipicio empezando por menudencias, andaba cauto hasta en lo más mínimo, mayormente cuando conversaba con mujeres. Nunca dirigía la palabra a éstas de no requerirlo la necesidad o la caridad; y dado caso que lo hiciese, cuidaba que fuese en sitio seguro -y durase la conversación lo menos posible. Andaba al tanto para que su corazón no se aficionara a ninguna; no iba a sus casas sino por verdadera necesidad, y tampoco les consentía venir a la suya sin un motivo muy serio. Si

CASTIDAD Y MORTIFICACIÓN 211

no podía por menos de hablarles en la iglesia, lo hacía de paso, de pie y en un momento. En el confesionario, sólo les hablaba de los deberes de su estado y del modo de cumplirlos; y en cualquier sitio que tratara con ellas, tenía la vista bajada, de manera que su propio recato le ponía un velo en la cara que no le dejaba verlas : ministro de un Dios celoso, no quería contristar a su Señor ni aun con una de sus miradas. Para inculcar a sus hijos esos mismos sentimientos, ordenó que no entraran mujeres en las casas de su Congregación, de no princesas o bienhechoras insignes o personas de gran autoridad, con condición empero de no ir solas. Junto a la puerta señaló un lugar, donde, viéndolo todos, se les pudiera hablar cuando fuere menester. Visitando a mujeres enfermas, nunca iba sin companero, y mientras las confesaba, dejaba abierta la puerta, de modo que vieran al confesor y a la penitente. Doquier se podía admirar en su persona una imagen fiel de la modestia de Nuestro Señor y de su santa Madre, que nunca perdía de vista.

A fin de conservar el tesoro precioso de la castidad que llevamos en vasos tan frágiles, tuvo gran devoción a la Virgen santísima. Estableció que cada sábado, se cantara en todas las casas de su Instituto la antífona *Invólata*, en honor de la pureza inmaculada de cuerpo y de espíritu de la Madre de Dios, a fin de pedirle para los miembros de la Congregación mucho amor a esa virtud y mucho horror al vicio opuesto. Con el mismo fin veneró también particularmente a las santas Vírgenes.

Ha de reconocerse empero que el medio precipuo que uso para lograr la castidad, fué la penitencia. En sus comidas, gastaba siempre alimentos vulgares; y cuando, por atender a la compañía, había de obrar de otra manera, lo hacía, sí, pero con aversión interior, únicamente por condescender con el prójimo y, no dar lugar a que algunos murmurasen y ofendiesen a Dios. Solía privarse de todo lo que pasaba de estrictamente necesario : verdadero nazareo que nunca traspasó las reglas de la sobriedad. De habersele consentido hubiera imitado en su vivir la austeridad de Juan Bautista; y

nunca subía a tanto su alegría como cuando carecía de lo necesario. Teníase por dichoso en esas ocasiones de parecerse a Jesús pobre y a su santa Madre que sufrió escasez, y aun en tanto estimaba la divina virtud de la pobreza, que gustó siempre de ostentarla en su porte; de modo que no sólo fué pobre su comida, sino también su vestir, blasonando de llevar la librea de esa princesa celestial, que fué el adorno de Jesús, de María y de los más de los Santos. Y juzgaba que esa virtud era de las que más ayudan a conservar la castidad.

No contento con cercenar demasías y privarse, a veces de lo necesario, San Juan Eudes maltrataba su cuerpo de un modo asombroso, y no dejó por catar ninguna manera de penitencia. Desde la edad de quince o dieciséis años, como ya dijimos, las vigiliias, los ayunos, las disciplinas, las camisas de cerda, los cilicios, las cadenillas de hierro, éranle cosa corriente. De todo ello usó hasta pasados los cuarenta años con tanto rigor, que consumió sus fuerzas y se vió reducido a punto de muerte. Como el Apóstol lo desea, llevaba eeflida a su cuerpo la mortificación de Jesús. Por sus propias manos y sin ayuda ajena, se había hecho varón de dolores. Cada día se inmolvaba en sacrificio' de una manera cruenta, para que fuese más acepto a su divina Majestad el sacrificio incruento que ofrecía en el altar santo. Llegó a tánto su exceso, que sus directores le obligaron a moderar su rigor, a fin de conservarse para la labor de las misiones, que emprendió a los veinticuatro años y prosiguió toda la vida. Tuvo orden expresa de cuidar de su salud, porque Dios quería valerse de él como de un instrumento para acrecentar su gloria; y comprendiendo que era obligación suya obedecer, aflojó un poco aquel rigor excesivo con que hasta entonces se había tratado; pues sabía que no agradaron a Dios los sacrificios de loj Judíos por viciarlos la propia voluntad de quienes los ofrecían, y no ignoraba que en los ojos de su divina Majestad, vale más la obediencia que la víctima.

Mucho se esforzaba también San Juan Eudes por mortificarse interiormente. Como nada viera en sí mismo, como de sí, que no fuera depravado y corrompido

CASTIDAD Y MORTIFICACIÓN

213

por el pecado, se anonadaba de continuo y renunciaba, como ya lo notamos, a su propio sentir y a sp propio querer en todas las ocurrencias. Ponderando además que Dios permite algunas veces que caiga uno en faltas humillantes, para escarmentarlo y curarlo de la soberbia de la mente y de la hinchazón del corazón, no ahorra fatigas por destruir ambos excesos y andaba siempre desconfiado de sí mismo. Esas prácticas eran en sus ojos las principales de la vida cristiana, el medio de los medios para formar y establecer a Jesús en nuestras almas, la única vía de salvación, pues que nuestro imprescindible ejercicio ha de consistir en renunciar a Adán y a todo lo que de Adán hemos heredado.

San Juan Eudes tenía particular devoción a Jesucristo penitente. Gustaba de contemplarlo sufriendo el castigo de nuestros pecados en todos los estados de su vida, pero especialmente en el Huerto de los Olivos, y le pedía parte de su espíritu de penitencia. Luego que sentía propensión a alguna cosa, anonadábala a los pies del Señor, protestando no querer más propensión que la suya. Lo propio hacía al notar en sí un afecto sensible; volvía al punto su corazón hacia Aquel que debía ser único objeto de su amor y devolvía al Dios de las consolaciones las que recibiera. Todo su contento se cifraba en el de Dios, y su alegría toda consistía en saber que Dios existía y era el Dios de su corazón.

En fin, podía decir con el Apóstol : « Vivo, no ya yo, » sino que Cristo vive en mí. » Renunciando espontáneamente a los placeres del espíritu, de mayor grado aún se privaba de los deleites del cuerpo, por ser más opuestos a la virtud de la castidad y cuadrar menos con la vida de un hombre que por vocación ha de asemejarse a los Ángeles. Por eso estrechaba amoroso en sus brazos todas las cruces que le venían, bendiciendo a Dios de haberle deparado ocasiones de mortificarse. Como él debieran portarse todos los que son llamados a la religión o al sacerdocio; pues han de estimar cual lucro y ventaja la muerte de la naturaleza, que les procura poder reflejar en sí con mayor tersura la vida mor

tificada de Nuestro Señor y conservar con seguridad ese precioso tesoro de la castidad, cuya profesión les granjea la consideración de los ángeles y de los hombres.

CAPITULO XXXI

DEI, A-MOR QUE TENÍA SAN JUAN EUDES A LAS CRUCES

Y DE LA PACIENCIA CON QUE LAS SOBRELLEVABA.

Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia. Tras las maldiciones de los hombres aguantadas como es debido, vienen infaliblemente las bendiciones del cielo. Así lo enseña Nuestro Señor en su Evangelio, donde se ve que la cruz es el medio más eficaz para adelantarse por los caminos de la gracia y encumbrarse a un grado altísimo de gloria. Siempre fué costumbre de Dios arrojar las almas selectas a la tribulación para hacerlas más dignas de realizar sus designios. De esa manera las prueba como se prueba el oro en el crisol; y más de una vez las transforma en víctimas de su justicia, antes de usarlas como instrumentos de su poder. Nada es tan ventajoso al hombre como el saber aprovecharse de sus penas. Esa es propiamente la ciencia de los Santos, es decir, la que más procura nuestra santificación. La cruz fué el camino recto por donde guió a San Juan Eudes la divina Sabiduría, sin que jamás se apartara de él aquel santo misionero. Miró la cruz como la miró su Maestro, como El le tuvo afición, se portó de idéntica manera y por idénticos fines la llevó. Era la cruz su tesoro y -su gloria, y como S. Pablo, blasonaba de no querer otra más. Eso se notó en todo el decurso de su vida; pero también ha manifestado a sus hijos en varias ocasiones su sentir sobre este punto.

Escribiendo a un presbítero de su Congregación que sufría una recia calentura, le dijo : « Amadísimo hermano : Bendito sea Jesús eternamente por complacerse en, daros parte de su Cruz. ¡ Oli, cuándo pues

AMOR A LAS CRUCES

215

» podremos decir de veras : *Nobis autem absit gloriari*; » *nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi, per quem » nobis mundus crucifixus est et nos mundo!* (1) ¡Oh, » qué cierto es que no hay nada de apetecer en este » mundo sino el ser clavado en la cruz con Jesucristo! » Abracemos pues de buena gana nuestras cruces, ama» dísimos hermanos, y procuremos llevarlas como nuestro » adorable Crucificado. » En 1658, con ocasión de haber conferido el Obispo de Bayeux, las Ordenes sagradas en la iglesia de S. Juan de Caen, se vió una procesión de 350 ordenandos ir a la iglesia y volver al seminario caminando y cantando con tan graciosa compostura, que saltaban a todos las lágrimas, aun a los mismos herejes, quienes bendecían una y mil veces a los misioneros. Ese espectáculo dejó a nuestro Santo enternecido y consolado, y le movió a escribir lo siguiente al Superior de una de sus casas que estaba al tanto de lo sucedido : « Entre todas esas ventajas me » he dado cuenta manifestísimamente de que el tiempo » de las humillaciones, de las tribulaciones, zozobras » y cruces es mucho más de codiciar y amar, mucho más » ventajoso, útil y precioso que el de los aplausos, eleva» ciones y consuelos. Lo uno y lo otro empero ha de » recibirse de la mano de Dios, y en ambas fortunas ha » de procurarse cumplir **ISU** santísima Voluntad. » Otra vez, escribiendo a la R. Madre de S. Gabriel, religiosa de Nuestra Señora de Montmartre, mujer de grandes virtudes que le tenía mucha confianza, decíale así : « Gracias, amada hija, por compartir tanto mis cruces. » Bendigo a Jesucristo por ellas y a su santísima Madre » también: pues espero de la bondad incomparable de » ambos que pos dará parte de todos los frutos y bendi» ciones que ha de sacar de ahí su gran misericordia. » Oli, qué tesoro más valioso es la cruz, ya que Nuestro » Señor la amó tanto, ya que con tanto amor la abraza» ron y llevaron su santísima Madre y todos los Santos. » Por cierto que si algún medio más adecuado hubiera

(1) Dios nos guarde de gloriarnos, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo está crucificado para nosotros, y nosotros para el mundo.

» en este mundo para glorificar a Dios y darle gusto, » Nuestro Señor lo hubiera escogido para sí y lo hubiera » dado a su Madre y a todos sus Santos. »

Con ese su sentir acerca de las cruces San Juan Eudes se tenía por dichoso de que Dios se las mandara, porque las consideraba como efectos de su misericordia y pruebas palpables de su amor. Es menester oírle hablar a él mismo : « La gracia de las gracias, decía, el favor de » los favores es el montón de cruces que mi amabilísimo » Crucificado me tiene dadas. Sea por ellas alabado y » glorificado eternamente. » Juzgaba que entonces acepta el Señor nuestros servicios, cuando nos los remunera con lo que él tomó para sí mismo, y cuando nos honra presentándonos el cáliz en que primero bebió él. «Ben» digo a Dios de todo corazón, decía un día a la Supe» riora de una Orden, por el favor que ha dispensado a » vuestra merced mandando a los vientos y a la tem» pestad, para que en vuestra alma sobreviniera la » tranquilidad y la bonanza. Pero mucho más le agra» dezco el haberos dado que sufrir lo mucho que habéis » sufrido en el estado en que os habéis hallado, segun » veo por vuestra carta. ¡Oh, qué rica dádiva de la » divina bondad! ¡Cuánto más hemos de agradecer a » Dios semejantes desolaciones que no todos los con» suelos de este mundo, ya que son los mayores pre» sentes que Dios hace en esta tierra a las almas que » más quiere! Si estuviésemos cien años de rodillas por) la mas mínima aflicción que nos pueda suceder, aun » sería poco para agradecerse dignamente, como lo » dijo él mismo al bienaventurado Enrique Suso, de » la Orden de Sto. Domingo. »

En la cruz, como se ve, disfrutaba San Juan Eudes, y era sumo su contento cuando tenía mucho que sufrir; de modo que a los días en que el dolor lo abrumaba, pudiera dárselos el nombre que aplicó el Espíritu Santo en la Escritura al día de la pasión del Salvador : día del gozo de su corazón. Así se lo explicó él a diversas personas con quienes se estrechaba. A las Religiosas de Nuestra Señora de la Caridad escribió lo que sigue : » En verdad, mis amadísimas hermanas, no hay en la

AT11011 A LAS CRUCES

217

» tierra ningún motivo verdadero de alegrarse sino el cumplir la divina Voluntad y ser despreciado y crucificado con Jesucristo. ¡ Qh! ¿ Cuándo pues tendremos los sentimientos del bienaventurado Juan de la Cruz! quien, preguntándole Nuestro Señor qué deseaba en pago de sus servicios, contestó de esta manera : Señor, sólo te pido sufrir y por ti ser despreciado? A buen seguro que el Espíritu Santo le inspiró solicitar ese bien, que es el mayor de esta vida. »

Escribiendo a dos religiosas de Montinartre que sufrían aflicción y pesadumbre, decíaies : « Os escribo la presente, amadas hijas, para aseguraros que a mí también me pesan vuestras cruces, al menos humanamente hablando; pues hablando cristianamente, he de deciros que el mayor motivo de alegría que podamos tener en la tierra es el ser crucificados con nuestro amable Redentor. La naturaleza no entiende este lenguaje, pero la fe nos enseña que ése es el sumo bien de las almas cristianas. Tan cierto es esto, que los Santos del cielo que padecieron acá abajo los mayores tormentos, trocarían muy a gusto, permitiéndolo Dios, el gozo que disfrutaban en la gloria por los sufrimientos que aguantaron en la tierra. Portanto, doy gracias infinitas a su divina bondad por las santas disposiciones que inspira a vuestros corazones en este asunto. Ánimo, mis amadas hijas, alegraos, alegraos de que vuestro queridísimo Jesús os da un poco de lo que más amó en este mundo, y de lo que tocó la mejor parte a su divina Madre. No habéis de dudar de que haga yo por vosotras, ante Dios, lo que mejor pueda. »

A una de esas dos religiosas a quienes dirigió la precedente, escribió en particular de esta manera : « Ruego a mi amadísimas hermanas me ayude a amar a Dios. Ya tiene por que manifestarle mucho amor; porque así como la mayor prueba de su amor, Jesús nos la dió sufriendo, sufriendo también por él es como mejor podemos probarle el nuestro. Si en los Serafines cupiera envidia, mucha la tuvieran al ver los dolores de nuestra amada hermana; y aun me atrevo

» a decir que de muy buena gana trocarían las delicias » que disfrutaban en la gloria por los mayores tormentos » que se puedan aguantar en la tierra. Gracias ínfi» nitas a nuestro adorabilísimo Crucificado por dar » parte de su corona de espinas a esa amada hermana » y dispensarle la gracia de sacar tan buen provecho, » y la suplico siga llevando siempre esa diadema con » toda la humildad, resignación Y amor que pueda. »

Ya puede argüirse de esos sentimientos que el Santo tenía muy adentro en el alma y procuraba estampar en la de los demás, que su mayor consuelo era el carecer de todo consuelo, y su único placer el sentirse agobiado de dolor; que hallaba la vida en la muerte, y tenía por verdadero paraíso lo que temen los mundanos como un infierno anticipado. No siendo pues San Juan Eudes de esas almas flojas y apocadas que se espantan por la menor dolencia y no saben acercarse al Calvario sin temblar, ni pueden sufrir que se les hable de cruces sin tratar de despiadado a quien les menta ese asunto, pedía a Dios tribulaciones y sufrimientos con indecible insistencia. Su oración fue oída, y pocos fueron tan contrariados y perseguidos como él; porque, poniendo aparte los trabajos anejos a la predicación del Evangelio y a sus demás empresas por la salvación de las almas, se vió embestido de diversas maneras. Nada se omitió para quitarle la honra y la fama. Corrieron murmuraciones, levantáronle atroces calumnias y a tal punto llegó el encono, que en tratándose de su persona, quedaban corridos sus mejores amigos, sin atreverse a sacar la cara por él, a pesar de constarles* su inocencia. Todos lo desampararon, como se notó en el libro primero, menos dos o tres. Vino a tan poco en la estimación de todos, que hasta su nombre era aborrecido. Como se presentara un día en casa de un caballero principal para hablarle de un asunto concerniente la gloria de Dios, no-bien hubo oído el seRpr aquel pronunciar su nombre, cuando al punto mandó despedirlo desabridamente con estas enojadas palabras : « Decid » a ese hombre que no quiero oír hablar de él, y que » más a gusto me viniera verle colgando de una horca,

AMOR A LAS CRUCES

219

» que saber que está pisando los umbrales de mi casa. » Otra vez, habiendo ido a solicitar a un oficial una gracia para su Congregación, se vió muy mal recibido, pues el oficial, tomándolo por la mano, lo llevó delante de su gente, y allí lo expuso al escarnio de todos y en presencia de todos zahirió su sencillez. En esas circunstancias, bien pudo decir el Siervo de Dios lo que el apóstol S. Pablo : *T anquam purgamenta hujus mundi lacti sumug, omnium peripsema : Pisoteados* somos como el barro de la calle, tratados como basura y desperdicios, que se tiran sin mirar. Esos ultrajes empero, eran para él delicias, y no por eso se desviaba de su deber.

Tan agobiado andaba bajo el peso de sus muchas cruces, que algunas personas devotas le tenían com asión y aun se quejaban a Nuestro Señor. « Po Sas » partes me vienen cruces, escribía a uno de los suyos, » y de no sostenerme Dios, me aplastarían; pues desde » hace poco, me h.,ni venido unas cuantas que pesan y » escuecen como nunca hasta ahora. » La divina Sabiduría encaminó al justo aquel por riscos y breñales, porque quería que en poco tiempo adelantase un buen trecho en la vía de la perfección. Abría en su alma cimientos muy hondos, para que después, elevado en gracia, no viniera por su altura a desplomarse.

Pero el Santo sacaba. muy buen provecho de las cruces para que esto pudiera sucederle. Tan pronto como le venía alguna, se postraba para adorar a la divina Providencia, v solicitar, mal que le pesara a su naturaleza, el cum&miento íntegro de los designios de Dios, el desagravio de su justicia y el acrecentamiento de su amor. Nunca volvía maldición por maldición; a las acusaciones que le levantaban, replicaba con el silencio, y sólo se disculpaba con la integridad de su vida y la pureza de sus costumbres. Su paciencia tenía que triunfar de sus mayores enemigos, y resistiendo sus ataques, dejarlos convencidos de su inocencia. La virtud de San Juan Eudes se pareció a la del Salvador, que en pago de sus inapreciables merecimientos recibió de los hombres la ignominia, el desprecio, el patíbulo, la cruz y la muerte. El demonio consideró a nuestro

Santo como roca firme; y desesperando vencerlo con sus tentaciones, trató de abatirlo con la calumnia, que es, según S. Juan Crisóstomo, *ultimum daemonis teluiñ* - la última flecha que dispara contra la constancia de los justos, para que si resistieron con su esmero y fidelidad los primeros ataques, sean siquiera sorprendidos y turbados por algún movimiento de impaciencia, al verse embestidos y perseguidos por murmuraciones que no pueden contrarrestar.

.Todos avisaban a S. Juan Eudes de las trampas y artimañas que se armaban contra él, para que procurase algún remedio; pero muy ajeno de esos sentimientos tan naturales a los hijos de Adán en esas circunstancias, no ' acertaba a contestar más que esto : *Jesus autem lacebat (1)*. Así se puede ver en muchas cartas suyas y en particular en una que escribió al Rector del seminario de Ruán, que se había tomado la libertad de exponerle su parecer y el de varias personas de consideración, so ' bre cómo había de proceder con un libelo que corría contra él: « Gracias mil, mi muy querido y amado » hermano, por la carta tan caritativa y rordial que, » me habéis escrito. Obligado os quedo en gran manera, » y también a esos bondadosos señores que nombráis. » Os ruego les hagáis presente mi agradecimiento y » les déis de mi parte un millón de gracias. Su celo y su » bondad son por cierto dignos de loa; mas como no » hallo escrito en el santo Evangelio que nuestro » divino y adorable Maestro usara ese proceder y esos » medios que se apuntan en vuestra carta para defen» derse contra la injusticia y la crueldad de los Judíos, » no acierto a resolverme sino a procurar imitar su » paciencia y su silencio : *Jesus autem tacebat*. Puede » ser que suscite Dios alguno para replicar al libelo; » pero sea lo que fuere, de todo corazón abrazo todas » las cruces que Dios sea servido mandarme, y le suplico » muy encarecidamente perdone a los que me persi» guen. El menor de mis pecados merece mil veces más. »

(1) Jesús empero callaba.

AMOR A LAS CRUCES

221

Franqueándose con algunas personas de confianza, les explica más detalladamente las disposiciones de su corazón en esos lances. « Cierta es, escribió un día a su » sobrina religiosa de Nuestra Señora de la Caridad, que » nuestro amabilísimo Salvador me manda muchas » cruces, pero al mismo tiempo, me manda también » muchas gracias, tántas, que todas mis aflicciones se » truecan en consolaciones. Por ahí corren contra mí » mentiras y falsedades a montones; pero de todo » sacaré Dios su mayor gloria,- y el padre de la mentira, » que las ha inventado, se quedará con la confusión. » A una Religiosa de Montmartre escribe así : « Rogad a » Dios por mí, amada hija, que lo necesito mucho, » estando por ahora más cargado de cruces que nunca. » Pero el menor de mis pecados merece mil veces más, » y me consuelo pensando que Dios es siempre Dios, que » saca siempre de todo su mayor gloria, y que todas las » potencias de la tierra y del infierno no pueden estor» barme de mi único quehacer, que es servir y amar a » mi bondadosísimo Redentor y a mi amabilísima » Madre. » - « Agobiado quedaría bajo la carga, escri» bió a otra Religiosa del mismo Monasterio, de no sos»_ tenerme Nuestro Señor y su santa Madre; pero me » comunican una fuerza singular; por lo que os ruego me » ayudéis a darles las gracias. Ayudadme también, por » favor, a rezar mucho por mis bienhechores. Mucho » tengo que agradecerles, ya que me procuran tan » espléndidas ocasiones de practicar las más hermosas » virtudes del Cristianismo, particularmente la humil_» dad, la sumisión a la divina Voluntal, el amor a » Jesús crucificado y a su santísima Madre crucificada » también con él. »

Esas fueron las admirables disposiciones del corazón paciente de nuestro santo sacerdote. Insensible a los ultrajes, se parecía a las estrellas, que van por el firmamento con un movimiento concertado y comunican su influencia a la tierra, a pesar de ser ésta ingrata y llevar hombres malos, que injurian al cielo. Daba gracias a Dios de mandarle esas grandes humillaciones para aplastar su soberbia y procurarle ocasión de poner por

obra la humildad cristiana. Perdonaba a sus calumniadores, llamábalos sus amigos y los tenía por sus mayores bienhechores. Rezaba y mandaba rezar por ellos; por ellos ofrecía y mandaba ofrecer el santo sacrificio de la Misa; suplicaba la divina misericordia los hiciera santos en la eternidad, y le dolían en el alma los males que les sobrevenían. Habiendo muerto de repente uno de ellos, manifestó el Siervo de Dios su sentimiento, y protestó que no había nada que él dejara por hacer para rescatarlo, si posible, dado caso que lo hubiera cogido Dios en mala hora. Ofrecíase a la divina justicia para padecer en este mundo las penas que sus enemigos habían de sufrir en el otro y alcanzar el perdón de sus pecados.

Así fué la virtud del Santo de los Santos. y así el distintivo de Jesús moribundo, cuya mansedumbre, paciencia y caridad imitó perfectamente San Juan Eudes. Fué un corazón adamantino, como dijo Orígenes de Job, que resistió la envidia de los hombres y la malicia de los demonios. Fué como una luna que en las menguas de sus eclipses, pareció nublada y oscura por la parte de la tierra, mas por la parte del cielo, nunca cesó de brillar con deslumbrantes fulgores.

CAPÍTULO XXXIII

CÓMO SE PORTABA EN SUS PENAS DE ESPÍRITU Y QUÉ

CONSEJOS DABA ACERCA DE LAS CRUCES.

Como los justos viven en la tierra para ser retratos del Verbo encarnado y cumplir en sí lo que parece faltar a los misterios, del divino Modelo, todos tienen que llevar la cruz, a fin de hacerse conformes a ese Dios crucificado por amor de ellos. Dos maneras de sufrimientos dividieron, o mejor dicho, consumieron la vida de Cristo : los sufrimientos del cuerpo y los del

CONDICIÓN EN LAS PENAS

223

espíritu. Estos últimos, que no se ven, son empero los que más escuecen. En la Pasión del Señor, los padecimientos internos sobrepusieron con mucho a los demás; pues el divino Paciente aguantó sin quejarse los azotes, las espinas y la cruz, mas no acertó a sentirse interiormente desamparado por su Padre sin manifestar su amargura. De estos martirios de adentro Dios solo es testigo, que los lionibres y los ángeles, espectadores de afuera, presencian por lo común los tormentos que padece el cuerpo, pero nada ven de los del alma. Por eso los que relatan la vida de los Santos se vuelven sucintos al tratar de las penas que aquéllos padecieron, de esas penas invisibles que los transformaron en imágenes perfectas y nobilísimas de Nuestro Señor Jesucristo.

Se sabe muy de cierto que a San Juan Eudes no escasearon cruces interiores, que abrumaban muchas veces su espíritu y eran tántas y tan recias, que le entraban congojas de agonía; pero se ignora a punto fijo de qué índole fueron. Ello es que se portó admirablemente en esos penosos trances a que se vió reducido. Adoraba entonces a Jesucristo en las privaciones, humillaciones, desasosiegos y tristezas que sufrió en su alma; se asociaba a las disposiciones de su corazón; rogábale bendecir y santificar sus penas ofreciéndoselas en hacimiento de gracias por las que él había soportado por su amor, y le suplicaba supliese sus deficiencias respecto de la majestad del Padre. En esas circunstancias, servía a Dios con mayor pureza, demostrándole que le amaba de veras por sí mismo y no por sus consolaciones. En vez de omitir sus devociones acostumbradas, las hacía con toda la perfección que podía, y cuanto---más frío y flojo se sentía, más acudía a aquel que era su fuerza y su todo; entregábase en sus manos con más resolución, y con mayor frecuencia elevaba a él su mente, produciendo repetidos actos de amor, sin preocuparse si iban o no acompañados de fervor y devoción sensibles. « ¿ Qué importa, decía, que no estemos contentos nosotros con tal que lo esté Jesús ? » A pesar de la ceguera y esterilidad en que se hallaba, no dejaba de presentarse

-como David en el lugar santo, para ver y adorar el poder y la gloria del Señor, para cantar alabanzas a su misericordia, que vale más que todas las vidas, y para protestarle que mientras viviera, había de bendecirlo y tendría siempre alzadas las manos para invocar su santo nombre.

Según pensaba San Juan Eudes, mucho mayor contento da a Dios lo que se hace en ese estado de aridez y desconsuelo espiritual, si se obra con la intención recta de honrarlo, que lo que se hace con gozo y gusto sensible; pues éste va muchas veces inficionado por el amor propio. Nunca desmayaba por las faltas que podían ocurrirle en esas vicisitudes, sino que se humillaba ante el Señor y le pedía las reparase él mismo, firmemente resuelto por su parte a servir y amar a Dios perfectamente, viniere lo que viniere, y a serle fiel hasta el último suspiro, como esperaba alcanzarlo de la divina misericordia. ¿Quién pondrá en duda después de lo dicho que hallara en la cruz lo que en ella puso el Salvador del mundo, esto es, la santificación? ¿Y quién dudará que la cruz fuera para él un medio seguro de adelantar en el camino de la perfección? El estado de aridez era en su sentir efecto de la grandísima misericordia de Dios, y por eso incitaba a todos a sacar buen provecho de sus penas, fueran como fueren. Cuidaba especialmente de inculcar a las almas que guiaba la importancia de ese estado, y de enseñarles cómo habían de portarse para hacerlo provechoso. Así podrá verse por los consejos siguientes que dirigió a diversas per' sonas.

Doña Lorenza de Budos, dignísima Abadesa del real Monasterio de la santísima Trinidad de Caen, fué acometida de un mal violento y recibió del Santo varias cartas de consolación, entre las cuales he escogido la siguiente que trata más a lo largo de cómo santificar sus dolencias.

« JESUS, MARÍ*.

» Muy Señora mía : La gracia y la paz de Jesucristo » Nuestro Señor sean con vuestra merced por siempre.

CONDUCTA EN LAS PENAS

225

» Lleno me siento de compasión por vuestra merced al verla siempre desmejorada y con dolores; y de dolor me sintiera lleno, si no viera a Jesús en sus males y dolencias. No veo en ellos más que a Jesús, no veo más que su bondad y su amor. Ahí está él, Señora; está en medio de vuestra merced, está en sus congojas y en sus sufrimientos; ahí está, todo amor y transformado todo en amor a vuestra merced; ahí está disponiendo y ordenando para vuestra merced esos mismos sufrimientos por amor; ahí está guiándola y encaminándola por los caminos de su amor, y llamándola a la perfección de ese mismo amor, por caminos de pena y de rigor. Ahí está soportando por amor a vos todos los sufrimientos del cuerpo y las penas del espíritu que tenéis que soportar; y aun cuando muchas veces no lo sintáis, ahí está sin embargo infaliblemente, pues que si no estuviera, mal podríais sobrellevar el menor de los males que sufrís. Ahí está otrosí purificándoos, santificándoos y preparándoos a cosas grandes, con tal que por parte vuestra, correspondáis como él os, lo pide. Ahí está con intento de llenaros toda de su amor, y de llenaros mucho más de lo que os llena el dolor. Digo más. No sólo quiere llenaros de su amor, sino que quiere transformaros toda en amor para consigo por medio de la cruz y de los sufrimientos, como transforma la cruz y los sufrimientos en amor para con vuestra merced. Ahí está, por fin, deseando ardiente» mente atraeros a sí, perfeccionaros y consumaros en » sí, por vía de los mismos sufrimientos.

» Dice su Apóstol que convenía que Jesús fuese consumado por los sufrimientos : *Decebal eum per passionem consummari.* ¡ Oh dignidad, oh santidad, oh excelencia admirable del sufrir, que sirve para perfeccionar y consumir a un Dios, para perfeccionar a Jesús Hombre Dios, para consumir al que es la consumación y la perfección de todas las cosas! Grande humillación fué para Cristo Jesús el haberse rebajado hasta poder ser perfeccionado y consumado; pero es gran dignidad para el sufrir el haber sido elegido y

» empleado por él y por su eterno Padre para ese perfeccionamiento y consumación. ¿ No os es un honor grande, Señora, no os es un gran favor y no ha deseros un gran consuelo el ser consumada y perfeccionada por los sufrimientos, como por los sufrimientos fué consumado Jesús? ¿No os parece amor raro y singular de Jesús para vos, el emplear para vuestra perfección y consumación los mismos medios que empleó para la propia? ¡Oh, bendito sea por 'r siempre ese amabilísimo Crucificado, pues os ha dado parte en las bendiciones de su Cruz! Suplícole os sacrifique todita consigo, y os crucifique por medio de ese mismo amor que lo clavó en la Cruz por vos. Veo en el mundo un sin fin de personas crucificadas, pero pocas veo crucificadas por el amor de Jesús. Algunas las hay crucificadas por su amor propio o por el amor desordenado del mundo; dichosos empero los que son crucificados por el amor de Jesús; dichosos los que viven y mueren en la Cruz con Jesús. De estos seréis vos, Señora, si lleváis vuestra cruz con amor, como Jesús, aceptándola, abrazándola y queriéndola de todo corazón, en honor y unión del mismo amor con que Jesús os la ha presentado, y del mismo amor con que la aceptó él y la llevó por vos.

» Con ese fin, poned frecuentemente la mirada en Jesús, que siempre os está presente y siempre os penetra y llena más aún que las congojas y dolores de que parecéis henchida. Ved tan sólo a Jesús en vuestros dolores y sufrimientos; ved tan sólo su bondad y su amor, que va disponiendo todo lo que os sucede. Abrazaos con -él solo, y no os fijéis más que en él. Desasíos de vuestros aburrimientos y disgustos, no les hagáis caso ni os fijéis en ellos. Apartad suave y fuertemente el espíritu de todos los pensamientos y objetos que pudieren inquietaros.- Volveos toda a Jesús que está vuelto todo a vos y tiene los ojos clavados en vos amorosamente. Agarraos a Jesús y a su divino amor como a vuestro todo, fuera del cual ya no queréis nada. Haced cuenta que ya no queda en el mundo más que vos y él, y que todo lo que no es él,

» ni os concierne ni os importa. Anegad todo pensamiento, toda consideración de vuestros intereses, de vos misma y de cualquier otra cosa, y aun anegaos » vos misma en buena hora en el piélago de esa bondad y » de ese amor de Jesús que os rodea, os penetra y os » llena, que está siempre atento, siempre mirando por » vos y por lo que os concierne, siempre ocupado con » infinitamente mayor diligencia y aplicación que vos » misma en procurar en todas las cosas vuestro bien y » provecho. ¡Oh amor! ¡oh bondad! ¡Oh Jesús, Dios » _de amor y de bondad! Adorad, Señora, adorad ese » amor, esa bondad muy adorable; adorad, amad, ben» decid a ese Jesús tan largo de amor y de bondad para » con vuestra merced; adorad, quered, glorificad todas » sus miradas y voluntades y voluntades sobre vuestra merced. Entregaos a él con frecuencia, y ofrecedle todo » vuestro estado de sufrimientos espirituales y corporales, en homenaje a los sufrimientos de su cuerpo y » de su alma divina. Adorad otrosí la paz y el sosiego » de esa alma santa en medio de las penas y de los tormentos, y rogad a Jesús que os haga partícipe de » esa paz y de ese sosiego y de todas las demás disposiciones con que sufrió. Tales son, Señora, las obras y ». obsequios que el mismo Jesús requiere de vuestra » merced por ahora; tal la fidelidad y honra que le » debéis en el presente estado. Suplícole estampe él » mismo estos pensamientos y estos sentimientos en » vuestra mente y en vuestro corazón; suplícole se » honre y glorifique él mismo en vos; y le suplico, por » fin, que en vos realice todas sus miras y voluntades, » no consintiendo que obste por parte vuestra estorbo » alguno.

» En cuanto a vos, Señora, sólo una cosa os pido, y es que recordéis y cumpláis una palabra que me dijisteis la última vez que me cupo la dicha de veros. Me dijisteis que ya no queráis nada más que lo que Dios quisiera, y que os sometáis totalmente a todo lo que gustara disponer respecto de vuestra merced. Eso me dijisteis con cierta fuerza y vigor de espíritu que me consoló no poco. Os suplico, por tanto, no, os

» desmintáis; antes demostréis en todas las ocasiones que os depare Dios, que no salió esa palabra de la boca sólo, sino del corazón y de la voluntad. Ya veis, Señora, si os hablo libremente; pero a ello me anima el celo por vuestra alma y la confianza en vuestra bondad. Permitidme añadir todavía una palabra, para rogaros sigáis mandando (como lo hacéis, me parece) que os lean de vez en cuando algo de devoción. Creo que os serán de provecho los actos de amor a Jesús que se os han escrito recientemente, si de rato en rato mandáis leer uno y lo consideráis suavemente, sin tirantez ni violencia. »

Esa carta, tan llena del espíritu de Dios, demuestra en cuánto tenía San Juan Eudes los sufrimientos, y qué bien sabía aprovecharlos.

Otra carta escribió a una señora de calidad, con ocasión de haberle ésta manifestado su pesar por tener que separarse de su hija, que iba a entrar en religión. Decíale así : « Dios os perdone ese vuestro quebranto por la mayor ventura que pueda suceder al precioso capullito de azucena y a su madre. Motivo infinito tenéis de regocijaros, e infinitamente infinito; pues que el más grande, el más noble, el más rico, y el más poderoso del mundo os ama hasta querer que le déis vuestra hija por esposa. No os conviene la leche, que os criaría lombrices. El camino de la Cruz es el más negro y el más grato a Dios; ya qué ilustre Señor lo escogió para sí y también para vos. Vivid tranquila---mi amadísima hija, si bien humillándoos siempre, y procurando hacer por parte vuestra lo poquillo que podáis. Pero cuando en esto faltareis, no perdáis ánimo; rogad a Nuestro Señor y a su santísima Madre que lo suplan todo, y sin duda suplirán. »

« Un favor particular os hace nuestro adorable Crucificado, escribió también a una monja de S. Benito, dejándoos todavía vuestro dolor de cabeza, para que así honréis un tanto su divina cabeza coronada de espinas. Poned mucho cuidado, mi amadísima hija, en portaros lo más santamente que podáis con vuestro

» mal, llevándolo con humildad, sumisión a la divina » Voluntad y amor a Jesús coronado de espinas. »

Como un hidalgo, que estimaba deber su conversión a San Juan Eudes después de Dios, hubiera dado en una aflicción muy costosa de llevar, recibió este consuelo de » su caritativo director : « Cuando con ojos de hombre os miro, muy Señor mío, en ese estado en que os ha» lláis, me siento por cierto conmovido hasta lo hondo y » me dais lástima grande. Mas cuando os considero con » los ojos de la fe, me entran ganas de bendicir a Dios » por lo que con vos está haciendo su bondad; pues » veo muy a las claras que todo lo sucedido va ordenado y dispuesto por su grandísima misericordia, que quiere cumpláis en este mundo la penitencia de vuestros pecados, a fin de perdonaros en el otro. Debemos » a su divina justicia cien mil fanegas de trigo, y con » una pajilla se da por pagado. ¡Oh qué favor! Hemos » merecido suplicios eternos, y con que suframos unas penillas temporales, se da por satisfecho. Penillas las » llamo, pues son pequeñísimas en comparación de lo » que se merece en nuestras ofensas. ¡Oh qué bondad! ¡Qué agradecimiento debemos a tanta bondad, y » cuán solícitos hemos de andar por aprovecharnos de esas gracias! A eso os exhorto de todo corazón, mi » carísimo hermano, a fin de que no pongáis estorbo » al intento que Dios tiene sobre vuestra merced en » este lance. Lo que intenta es purificarnos y lavar nuestras manchas con esta lejía, que nos parece algo » fuerte; pero cuanto más fuerte sea, más limpios que » daremos y más puros y más agradables a los ojos de » su divina Majestad, con tal que por parte nuestra correspondamos con las debidas disposiciones, que son » cuatro principales -

» La primera consiste en recibir nuestras aflicciones como de la mano adorable y del amable Corazón de » nuestro Padre celestial, que nos castiga no como juez severo y según nuestros deméritos, sino como » padre benignísimo e infinitamente menos de lo que nos corresponde. Si de esta parte las recibimos, no » las achacaremos a las criaturas, que sólo son las varas

» con que nos escarmienta ese buen padre : *Per quae » quis peceaverit, per haec et punietur (1)*. - La segunda » es humillarnos bajo la poderosa mano de Dios, teniénd» donos no por justos e inocentes, sino por culpados y » criminales, que tántas y tántas veces hemos mere» cido la ira de Dios y de todas las criaturas. Cuanto » más nos humillemos en nuestra tribulación, mi carí» simo hermano, más ensalzado será Dios y más cuidará » de ampararnos, para que todo redunde en provecho » nuestro. - La tercera disposición es mirar nuestro » pecado como el único autor de todos nuestros males, » y por tanto cambiar todo nuestro poder en venganza » e indignación contra ese monstruo, nuestro solo » enemigo, y valerDos de nuestras fuerzas todas para » perseguirlo y destruirlo por medio de una verdadera » penitencia, y para cerrarle en lo sucesivo las puertas » y caminos de nuestra alma. Quitemos la causa y » cesará el efecto. - La cuarta disposición es andar » con cuidado para no abandonarnos a sentimientos de » gentiles, que aborrecen a quienes los aborrecen, sino » imitar los de nuestro adorable Jefe, *qui cum maledi» ceretur, non maledicebat: et cum pateretur, non com» minabatur, sed tradebat se judicanti injuste (2)*, y que » nos da este precepto : *Diligite inimicos vestros: bene» lacite Ús qui oderunt vos, orate pro persequentibus et » calumniantibus vos, ut sitis filii Patris vestri, qui esi » in coelis, qui oriri lacit solem suum super bonos et » malos (3)*. »

Otra vez, contestando a una religiosa que le había descubierto su malestar, le dijo : « Si hablara según los » sentidos, mucho os compadeciera por todo lo que » estáis sufriendo; pero hablando según el espíritu, más » digna me parecéis de envidia que de compasión; pues » la mayor ventura que nos pueda suceder es el aseme

(1) Cada uno será castigado por donde hubiere pecado.

(2) El cual ultrajado no ultrajaba, padeciendo no amenazaba, sino que se entregaba al que juzgaba injustamente.

(3) Arnad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen, orad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace que salga su sol sobre los buenos y los malos.

» jarnos a nuestra divina Cabeza, a Jesucristo Nuestro Señor. Ahora bien, el estado de privación, de muer ' te y de aniquilamiento que sobrelleváis, se parece much al que llevó en este mundo ese amabilísimo Salvador. Entregaos pues a él, mi carísima Madre, para aguanta ese estado en su compañía y a su manera, y procurad hacer tres cosas : Primero, cuidad mucho de no perder ánimo; entregaos a la virtud y fuerza de Dios para que os sostenga, y decid de cuando en cuando : *In te Domine speravi, non con.tundar in aeternum (1)*. Segundo, aceptad ese estado de muerte y de aniquilamiento, y decid con el Hijo de Dios : *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum (2)*. Tercero, conformaos plenamente con la santísima Voluntad de Dios, diciendo con Nuestro Señor : *Pater, non mea, sed tua voluntas fiat (3)*. »

Ahí se ve cómo quería aquel varón tan sabio en la ciencia de la Cruz, que se portase uno con las que se complace mandar la divina Providencia. Cuando así se procede, se les va la amargura, y resultan un fruto regalado al paladar de los que tienen un poco de amor a Dios y de empeño por la propia salvación. San Juan Eudes estaba persuadido de que sufrir de esa manera era el camino más santificante y provechoso para el alma. A veces decía que cuantas más cruces hay en los asuntos de Dios, más ventajosos salen. Conociendo, pues, cuánto vale el sufrir, deseaba que no se desperdiciasen las ocasiones que pudieran ofrecerse. Como es la intemperie una cruz providencial, exhortaba a sus hijos a aguantarla en unión y acción de gracias a Nuestro Señor, que también la soportó cuando vivía en la tierra. Quería asimismo que en tiempo de bienestar, no se olvidasen los males, y que en medio de los gozos y consuelos de esta vida, se pensase que la dicha verdadera consiste en estar clavado en la cruz con Jesucristo y en llevarla como él.

(1) En ti, Señor, esperé, nunca seré confundido.

(2) Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

(3) Padre, hágase tu voluntad y no la mía.

Ese fué el sentir y ése el obrar que aprendió del Salvador aquel su aprovechado discípulo. Glorioso, como S. Pablo, de ignorarlo todo y de no saber más que a Jesús y a Jesús crucificado, y procuró siempre que halló ocasión divulgar ese saber y manifestar ese misterio, que fué tropiezo a los Judíos, y a los Gentiles locura. Muchas personas se han aprovechado de sus luces y de sus ejemplos; han mirado con estima y han llevado con respeto las cruces que les han venido, juzgando que eran las señales más certeras de que intentaba Dios admitirlas a disfrutar su gloria.

CAPÍTULO XXXIV

DE CÓMO SAN JUAN EUDES FUÉ -41-RTIR DE VOLUNTAD,
Y, POR LA GRACIA DE DIOS,

VIVIÓ DISPUESTO AL MARTIRIO.

Es el martirio cúspide y remate de la santidad cristiana, el milagro más grande que Dios obre en sus siervos, el favor más señalado con que los honre Jesús, y la prueba más certera que puedan ellos darle de su amor. San Juan Eudes se consideraba obligado a vivir como mártir y dispuesto al martirio, por pertenecer a Jesucristo de muchas maneras.

Reconocía, en efecto, que habiendo recibido el sér de su divina Majestad sólo para procurar su gloria, de ningún modo podría lograrla tan cumplidamente como ofreciéndole ese sér en sacrificio. Sabía asimismo que incumbe a la criatura la obligación de amar a su Hacedor de toda su alma y con todas sus fuerzas, y jamás quedará ese mandamiento tan cabalmente cumplido, como cuando por su Dios derrame uno la sangre o arriesgue la vida. Así que había adherido a los designios del Salvador, quien no anhelando nada tanto como padecer y morir continuamente por la honra de su Padre y por

DESEO DEL MARTIRIO

233

amor a los hombres, quiere realizar en sus miembros lo que en su estado de gloria no puede hacer por sí mismo. **No ignoraba, por fin, el Santo** que el bautismo le obligaba, en virtud **de su unión** con Jesucristo, a ser víctima perpetuamente inmolada a su amor, para honrar el sangriento martirio que padeciera él en su Pasión. « ¿A quién se le ocurre, decía, declararse cristiano, » adorar a un Dios crucificado, a un Dios que agonizó » y murió en la Cruz, a un Dios que despreció por amor » de nosotros una vida tan noble y tan preciosa, a un » Dios que cada día, y también por amor nuestro, se » inmola en nuestros altares, delante de nosotros, y no » estar dispuestos a sacrificarle lo más caro que tenga » mos en este mundo, y aun nuestra misma vida, que » al fin y al cabo es suya por tántos motivos? A buen » seguro que si a eso no estamos dispuestos, no somos » de verdad cristianos. » Su sacerdocio le apremiaba mas todavía a vivir como para el sacrificio, cuando pensaba que Nuestro Señor reunió en su persona las os nobles condiciones de sacerdote y de víctima, y cuando veía cada día en el altar santo un ejemplo admirable de ese aniquilamiento de sí mismo, tan de considerar y de ¡Imitar para los sacerdotes.

Por todas esas razones, suspiraba el Santo por el martirio que se deshacía. Durante muchos años lo pidió al Señor, y anhelaba con increíble fervor derramar su sangre para sellar las verdades de la fe y demostrar a su Dios el amor que lo consumía. Viendo que faltaban tiranos para darle muerte, estaba dispuesto a ir en busca de ellos a tierras lejanas, y así lo hiciera en efecto de no haberlo detenido sus directores. No pudiendo saciar ese afán, envidiaba a los que perecían a manos del verdugo. De toda su alma quisiera haber estado en su lugar para morir de muerte más parecida a la de su Maestro; pero al ver que sus anhelos nunca pasaban a más, suplicó a Dios años enteros que le mandara siquiera toda clase de aflicciones. Se le oyó a menudo exclamar en alta voz : « ¡Venid, cruces, venid, penas, para que yo sufra » como mi Salvador y por amor de ese divino Jesús, » que tánto sufrió por mí! » - « Es harto poco, decía,

» el tener sólo un cuerpo que inmolar y una vida que » perder y morir sólo una vez. ¡ Ay! amadísimo Jesús, » si tuviésemos todos los **cuerpos humanos que fueron,** » **son y han** de ser, muy de gusto quisiéramos, mediante » tu gracia, entregarlos por ti a toda clase de tormentos; » y si fuesen nuestras todas las vidas de los Ángeles y » de los hombres, con toda el alma te las ofreciéramos, » para ser sacrificadas a tu gloria. ¡ Oh! ¡quién pudiera » morir por tu amor tantas veces como momentos su» man los siglos pasados, presentes y venideros! ¡ Qué » ventura sería ésa! ¡Ah! único amor de nuestros » corazones, ¡quién liará que nos veamos rojos con » sangre que escurre, cubiertos de llagas y molidos de » dolores por tu amor, como tu lo fuiste por el nuestro! » ¡Ah! si algún día hemos de vernos en tan codiciable » estado, ¡qué glorias te entonaremos, cómo te bende» ciremos! ¡ Oh! ¡ dichoso y dichoso mil veces el día » aquel que satisfagas nuestras ganas insaciables de » vernos sacrificados en aras de tu puro amor! ¡ Oh » fuego, llamas, espadas, ruedas, patíbulos, gehenas, » oh todas las confusiones, escarnios y vituperios, oh » todos los tormentos, rabias y'erueldades de los hom» bres Y de los demonios, de la tierra y del infierno : » vení» gí, acudid y arremeted con nosotros, con tal que » no cesemos de amar a nuestro amabilísimo Jesús, que » vivamos y muramos amándolo, que lo amemos al » morir y que por su amor muramos, a fin de amarlo » por siempre en la vida perdurable! »

San Juan Eudes hizo un voto a Jesucristo, ofreciéndosele cual víctima, para ser sacrificado a su gloria y a su puro amor. He aquí la fórmula que se halló escrita de su propia letra :

« JESÚS, MARÍA.

« Oh amabilísimo Jesús mío, te adoro y te glorifico infi» nitas veces en el sangriento martirio que padeciste » en tu Pasión y Cruz. Cuanto puedo te adoro -y bendigo » en el estado de hostia y víctima en que eres continua» mente sacrificado por la gloria de tu Padre y por » nuestro amor. Te honro y te venero en el dolorosí

DESEO DEL MARTIRIO

235

simo martirio que sufrió tu santa Madre al pie de la cruz. Te alabo y glorifico en los diversos martirios de tus Santos, que por amor de ti aguantaron tántos y tan atroces tormentos. Adoro y bendigo todos los pensamientos, designios y el infinito amor que tuviste *ab aeterno* respecto de todos los bienaventurados mártires que hubo desde el principio y habrá hasta el fin del mundo en tu santa Iglesia. Adoro Y venero, de todos los modos que me es posible, el ansia afanosa y la sed abrasadora que tienes de sufrir y morir en » tus miembros hasta que se acabe el tiempo, a fin » de cumplir el misterio de tu santa Pasión y glorificar a » tu Padre con sufrimientos y muertes hasta la consu» mación de los siglos.

« Para honra y homenaje de todo eso, y en union con » el amor grandísimo con que te ofreciste a tu Padre cual » hostia y víctima en el momento de encarnarte, a fin » de ser inmolado por su gloria y nuestro amor por », medio del dolorosísimo martirio de la Cruz; así como » también en unión con todo el amor de tu sagrada » Madre y de todos tus santos mártires : a ti, oh Jesús » Señor mío, me ofrezco, me entrego y consagro cual » hostia y víctima, para sufrir en mi cuerpo y en mi » alma, según tu beneplácito y mediante tu santa » gracia, toda clase de penas y de tormentos, y aun para » derramar mi sangre y sacrificar mi vida por el linaje » de muerte que tu gustes : todo ello por tu sola gloria » y tu puro amor.

» Te hago votó, oh Jesús Señor mío, de no revocar » jamás, esto es, de no desmentir nunca con acto for» mal de retractación esta mi ofrenda, consagración y » sacrificio de mí mismo a la gloria de tu divina Majes» tad, y si alguna ocasión se presentare en que me » viere obligado a morir o a renegar tu santa fe o hacer » alguna cosa importante contra tu divina Voluntad, » confiado en tu bondad infinita y en el auxilio de tu » gracia, te hago voto y promesa, tan firme y cons» tante como en mí cabe, de confesarte, reconocerte, » adorarte y glorificarte en presencia del imindo entero, » a costa de mi sangre, de mi vida y de todos los mar

» tirios y tormentos imaginables, y de sufrir mil muertes con todos los suplicios de la tierra y del infierno, » antes que renegarte o hacer algo importante contra » tu santa Voluntad.

- » Oh buen Jesús, recibe y ten por agradable este mi » voto y sacrificio de mi Ser y de mi vida, en honor y » por los merecimientos del ¿lavinísimo sacrificio de ii » mismo a tu Padre, que cumpliste en la Cruz. Mírame » en lo sucesivo como hostia y víctima destinada a ser » inmolada totalmente a la gloria de tu santo Nombre. » Haz por tu grandísima misericordia que toda mi » vida sea para ti un perpetuo sacrificio de amor y de » alabanzas; haz que lleve una vida que imite y » honre tu vida santa y la je tu gloriosa Madre y de » todos tus santos Mártires, que no pase ningún día sin » sufrir algo por tu amor, y que muera de muerte que » se asemeje a tu santísima muerte. Eso te pido, oh » Jesús bondadosísimo, con gran humildad y encare» cimiento grande, por aquel amor ardentísimo que te » hizo morir por nosotros en la Cruz, por aquella sangre » preciosa que derramaste, por aquella muerte acerba » que sufriste, por el grandísimo amor que tienes a tu » Madre sagrada, _Reina de los Mártires, por el que » tienes a todos tus santos Mártires y por el que te » tienen ellos, y, en una palabra, por todo lo que tú » quieres y todo lo que te quiere a ti en el cielo y en la » tierra.

» Oh Madre de Jesús, Reina de todos los mártires, oh » santos Mártires de Jesús, rogád, por favor, a ese mismo » Jesús que, por su infinita bondad, realice en mi esas » cosas, únicamente para su gloria y su purísimo amor. » Ofrecedle este mi voto, y rogadle lo ratifique y eje» cute por la virtud de su preciosa sangre, como con » mi sangre propia voy a firmarlo, en prueba del deseo » que me consume de derraniarla por su amor hasta la » última gota. Juan Eudes.

» ¡Viva Jesús y María
que quiero mas que mi vida! »

DESEO DEL MARTIRIO

237

A continuación, el Santo escribió el *Credo* con actos de amor, invitaciones al martirio e invocaciones a Jesús y a María, Rey y Reina de los Mártires, Y a todos los Santos que algo sufrieron por la gloria de Dios.

Tales fueron los anhelos de aquel corazón magnánimo, que adoraba con frecuencia a Nuestro Señor como níártir soberano de su Padre eterno. Nutría especial devoción a los santos Mártires, por ser, en su sentir, más admirables ante Dios y pertenecer de un modo particular a Jesucristo, según lo canta la Iglesia en sus fiestas. Leía diariamente el martirologio, para rogar a los que se conmemoran cada día, le alcanzasen la gracia y le deparasen la ocasión de derramar su sangre por amor de su divina Majestad; y aun obligó a un amigo suyo, con quien tenía trabada santa estrechez, a aceptar de su mano un ejemplar de dicho libro, para que a diario lo leyera e hiciera por él la misma súplica. Compuso con ese fin una antífona y una oración en honor de los Mártires, v en ella pide a Nuestro Señor por intercesión de ellos, la gracia del martirio y un temple de mártir. Y eso no sólo lo deseaba para sí, sino también para cuantos luibieren de sufrir, particularmente para los que vivan en tieT os de la persecución del AnticriSto, que será la más bárbara de todas.

De ningún modo se le podía dar tanto gusto como hablándole del martirio; ni tampoco se le podía desear mayor ventura. Y en esto precisamente le demostraban la sinceridad de su efecto sus más íntimos amigos. Ha de citarse entre ellos al P. Ignacio José de Jesús María, carmelita descalzo, de quien se habló en otras ocaciones. Conociendo los sentimientos y los anhelos de aquel corazón esforzado, firmaba así las cartas que dirigía al Santo: «De vuestra merced humildísimo hijo y muy » atento servidor en Nuestro Señor, que os desea la » corona del martirio. Fray Ignacio José de Jesús » María, carmelita descalzo. »

San Juan Eudes no fué mártir tan sólo de voluntad; puede decirse que también lo fué de hecho. Jamás hubo quien defendiera con mayor constancia los intereses de Dios, y quedaron cortos para enervar su denuedo el

buen trato y el rigor, las promesas y las amenazas. Siempre fiel a su deber, hacía frente con vigor a -los enemigos de la gloria de su Maestro. Sólo temía el pecado, y antes que cometer el más mínimo, hubiera preferido derramar su sangre hasta la última gota. Por lo demás, mortificaba su carne y sus pasiones, frenaba sus apetitos desordenados, sufría pacientemente las miserias de la vida, aguantaba con alegría denuestos y persecuciones, bendecía a los que le maldecían y amaba tiernamente a los que le aborrecían. Mil veces se expuso a la muerte para socorrer al prójimo por amor de, Jesucristo, tanto cuando la peste como en sus misiones. A la honra de Dios enderezó todas sus acciones; y fué tan encendido el amor que le tenía que su violencia le consumió la vida. ¿ No ha de deducirse de todas esas señales que aquel digno misionero fué un verdadero mártir, va que los Padres de la Iglesia, entre otros, S. Cipriano, S. Isidoro, S. Gregorio Magno y Sto. Tomás llaman mártires a los santos que vivieron en esas disposiciones y ejercitaron esas prácticas, que ahora he apuntado?

De todos Modos, no puede quitársele la gloria de haber ofrecido a cada instante su vida en sacrificio, ya que ansiaba con pasión verse cortado en pedazos y reducido a no tener ni una gota de sangre en las venas, para probar a su divina Majestad el-celo y el amor que le devoraban por asentar y dilatar su imperio. Todos los cristianos, y aun más todos los sacerdotes, habrían de compartir esos divinos sentimientos; pues a los unos obligan las leyes del bautismo a llevar en sí la imagen de Jesucristo, y los otros, por razón de su sacerdocio, deben procurar la salvación de las almas así les cueste la vida, conforme al ejemplo que les dió Nuestro Señor en el Calvario. *Inspire et lac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est (1).* (Exod. 25.)

(1) Mira y haz conforme al modelo que se te ha enseñado en el monte.

239 CONCLUSIÓN DE TODA ESTA OBRA

Ahí tienes, lector amigo, cuál fué la vida y cuáles las virtudes del buen Padre Eudes. Si te das la molestia de leer su historia con un poco cuidado, no dudo que sacarás mucho provecho. En estos torpes rasgunos, descubrirás la imagen de un cristiano cabal y de un sacerdote evangélico, digno heredero del espíritu de los Apóstoles; o mejor dicho, verás juntas en su persona todas las virtudes de los grandes varones del Antiguo y del Nuevo Testamento. Y si quieres que te bosqueje en sombra su retrato y te presente un compendio de su vida, aquí té lo pondré en pocas palabras. Tuvo la fe de Abrahán, la piedad de Jacob, la castidad de José, la prudencia y mansedumbre de Moisés, el celo de Phinees, la religión de David, la sabiduría de Salomón, la entereza de Elías, la intrepidez de Juan Bautista, la vigilancia de S. Pablo y el amor de S. Pedro : en suma, todas las virtudes que se requirieron para ser un trasunto sincero de Jesucristo. Quiera el Espíritu Santo, que se hizo su Maestro, grabar algunas de ellas en nuestros corazones; y sí que lo hará, si con la misma docilidad que Juan Eudes escuchamos su voz y aprovechamos su gracia. Amén.

INDICE

Páginas

PRÓLOGO	5
CAPÍTULO I. - Del aprecio y amor que tuvo San Juan, Eudes a la virtud	11
CAPÍTULO II. - De su fe	14
CAPÍTULO III. -- De su esperanza y confianza en Dios	19
CAPÍTULO IV. De su amor de Dios.,	28
CAPÍTULO V. De su conformidad con la divina Voluntad	34
CAPÍTULO VI. - En qué manifestó particularmente su sumisión a la divina Voluntad	42
CAPÍTULO VII. - De su gratitud para con Dios	51
CAPÍTULO VIII. - De su amor a. Jesucristo Nuestro Señor	55
CAPÍTULO IX. - De su devoción a los misterios de Nuestro Señor	61
CAPÍTULO X. - De los misterios de Nuestro Señor que inspiraron particular devoción a San Juan Eudes	68
CAPÍTULO XI. - Invenciones de su amor a Nuestro Señor	74
CAPÍTULO XII. - De su devoción a la Virgen san- tísima	80
CAPÍTULO XIII. - De sus diversos ejercicios de devo- ción a la santísima Virgen	87

Páginas

CAPÍTULO XIV. - Contrato de místico enlace entre San Juan Eudes y la Virgen santísima	96
CAPÍTULO XV. - Gracias que San Juan Eudes recibió de María santísima	103
CAPÍTULO XVI. - De la devoción de San Juan Eudes a algunos otros San	106
CAPÍTULO XVII. - De lo mucho que estimaba la virtud de Religión. y de cómo la ejercitaba.	112
CAPÍTULO XVIII. - De su religión en el rezo del Oficio divino	119
CAPÍTULO XIX. - De su religión en lo referente al Santo Sacrificio de la Misa y a, la Sagrada Comunión	125
CAPÍTULO XX. - De su estima y afición a la oración.	134
CAPÍTULO XXI. - De la fe práctica que informaba las acciones de San Juan Eudes	142
CAPÍTULO XXII. - De la caridad de San Juan Eudes para, con el prójimo	150
CAPÍTULO XXIII. - De su caridad para, con los pobres	155
CAPÍTULO XXIV. - De la mansedumbre del buen Padre Eudes para con el prójimo	164
CAPÍTULO XXV. - Del celo de San Juan Eudes por la salvación de las almas	169
CAPÍTULO XXVI. - Del aborrecimiento, de San Juan Eudes al pecado y de cómo lo rehuía	175
CAPÍTULO XXVII. - De su desprecio del mundo	181
CAPÍTULO XXVIII. - De su humildad	189
CAPÍTULO XXIX. - De su amor a las humillaciones.	196
CAPÍTULO XXX. - De las enseñanzas que daba San Juan Eudes sobre la humildad	203
CAPÍTULO XXXI. - De su castidad y de su mortificación	209

ÍNDICE

243

Páginas

CAPÍTULO XXXII. - Del amor que tenía San Juan Eudes a las cruces y de la, paciencia con que las sobrellevaba	214
CAPÍTULO XXXIII. - Cómo se portaba en sus penas de espíritu y qué consejos daba acerca de las cruces	222
CAPÍTULO XXXIV. - De cómo San Juan Eudes fué mártir de voluntad, y, por la gracia de Dios, vivió dispuesto al mártirio.....	232
CONCLUSIÓN	239

